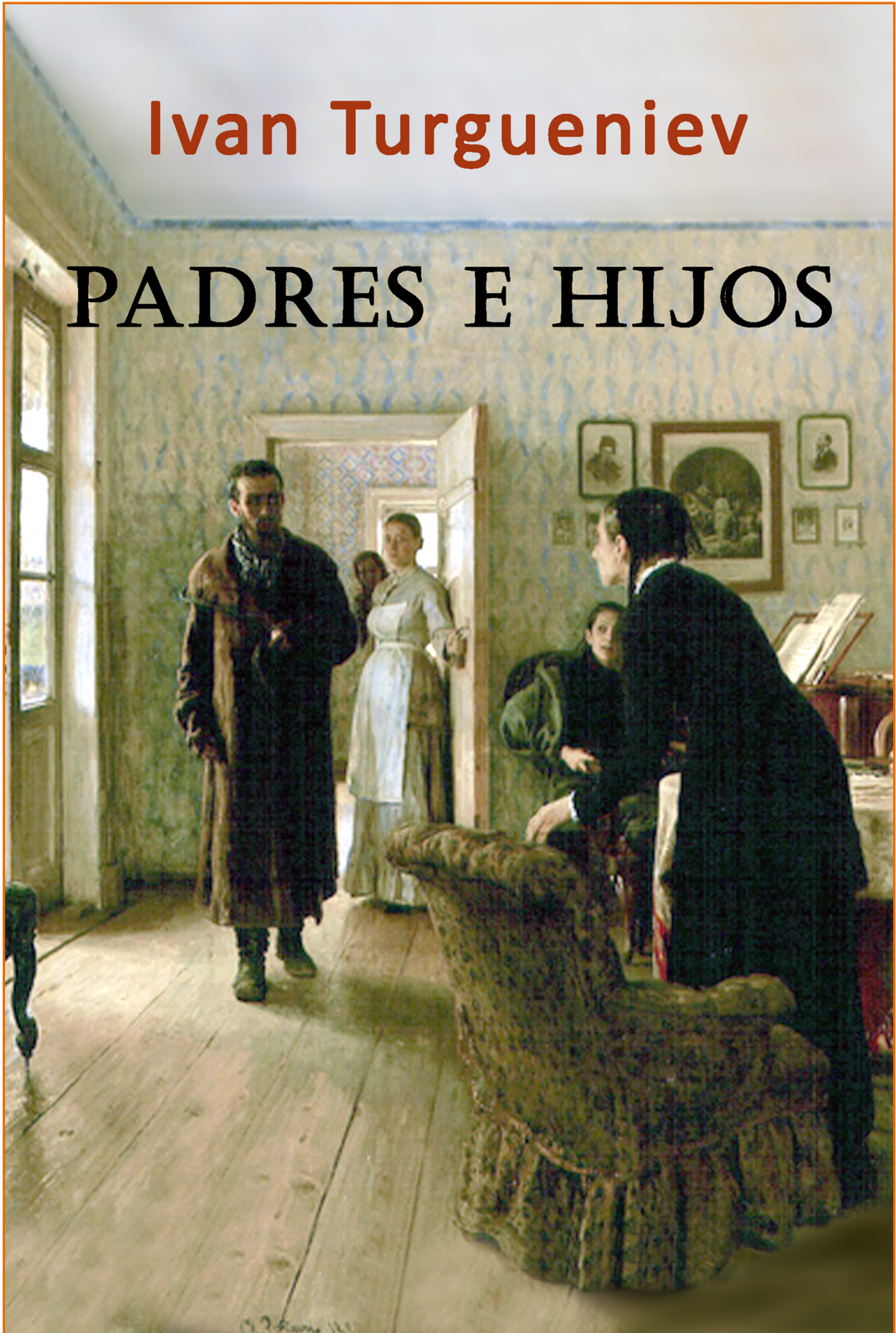


Ivan Turgueniev

PADRES E HIJOS



En el contexto de una Rusia sacudida por la reforma agraria y la abolición de la servidumbre, dos estudiantes, Evguéni Bazárov y Arkadi Kirsánov, regresan a sus casas, en provincias, después de tres años de ausencia. El reencuentro con sus progenitores pone de manifiesto los conflictos generacionales a través de los cuales Turguéniev hace un retrato magnífico de una sociedad que busca una salida a la profunda crisis en la que está inmersa. De los diálogos y reflexiones de sus personajes, el autor hace fluir las teorías políticas, filosóficas y científicas del momento, de las que Bazarov, personaje central de la novela, se hace eco configurándose como el prototipo de personaje nihilista. *Padres e hijos*, considerada como la obra cumbre de Turguéniev y uno de los hitos del realismo ruso, logra romper las barreras del espacio y el tiempo y sorprender, todavía hoy, por la modernidad de sus planteamientos.



PADRES E HIJOS IVÁN TURGUÉNIEV





Ivan Sergueevich Turguenev

Padres e hijos

ePub r1.0

Titivillus 21.01.17

Título original: Отцы и дети
Ivan Sergueevich Turguenev, 1862
Traducción: Rafael Cañete Fuillerat

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

En 1840, Aleksánder Bekéndorff, el jefe de la Gendarmería rusa con el despótico y funesto zar Nicolás I, aseguraba que el régimen de servidumbre era «un polvorín a los pies de Rusia». En los años de la Guerra de Crimea, y con las malas cosechas de los años 1854, 1855 y 1859, la pobreza del campesinado ruso horrorizaba incluso a aquellos mismos nobles y grandes propietarios rurales que les habían triplicado los tributos en especie, trabajo y dinero en los últimos cincuenta años. Uno de esos propietarios, de la región de Tula, reconocía que los campesinos comían todo tipo de porquerías: «bellotas, corteza de árbol, paja y hierba de los pantanos». Y otro de la región de Sarátov afirmaba que le había dado a probar a los cerdos el pan que se comían los campesinos y que aquéllos, después de olerlo, lo desechaban sin tan siquiera mordisquearlo. En sólo dos años, 1853-1855, la población campesina rusa adulta disminuyó un 10 por ciento. Los historiadores marxistas rusos coinciden en señalar que, científicamente, la primera «situación revolucionaria» que vivió Rusia se dio entre los años 1859 y 1861, pues convergían las tres condiciones «objetivas», según la terminología de Lenin, para ello: crisis entre las clases dirigentes, crisis en las clases bajas (léase campesinado) y una extraordinaria actividad de las masas (léase revueltas campesinas). Si la revolución no estalló, según esos mismos historiadores, es porque faltó el llamado «elemento subjetivo», es decir, la capacidad de la clase revolucionaria de pasar a la acción con la suficiente fuerza como para derrocar al régimen. No había en el país una clase capaz de levantar a millones de rusos descontentos y hacer la revolución. La burguesía estaba verde, el campesinado desmembrado e históricamente atrasado y la clase obrera comenzaba a formarse.

El nuevo zar, Alejandro II, era un hombre culto, práctico, prudente y muy influenciado por el espíritu de la época. Además, a diferencia de su predecesor, ni estaba demasiado interesado en los temas militares, ni tenía convicciones autocráticas. Sin embargo, un zar tan atípico fue capaz de poner en práctica las más difíciles reformas emprendidas en Rusia desde el reinado de Pedro el Grande. Subió al trono en 1855 y durante un año prosiguió con la Guerra de Crimea, pero tras la caída de Sebastopol tuvo que iniciar conversaciones de paz. En marzo de 1856, en un discurso pronunciado ante la nobleza moscovita, Alejandro II enunció una frase histórica: «Mejor abolir el régimen señorial desde arriba, que esperar al momento en que comience a ser abolido desde abajo». Se inició entonces un periodo de reformas

radicales que, alentadas por la opinión pública, fueron llevadas a cabo por el poder autocrático. Para ello el régimen encontró apoyo en las clases educadas y reformistas, repentinamente imbuidas de una fuerte convicción patriótica y un gran interés por el servicio público. Tras la derrota militar sufrida ante las potencias europeas occidentales, también las dos fuerzas de oposición más significativas —la nobleza liberal, por un lado, y el narodismo^[1] revolucionario, de otro— estaban convencidas de la necesidad de acabar en el campo ruso con el régimen de servidumbre; de reformar profundamente la administración; de explotar racionalmente los recursos naturales del país y adoptar medidas capitalistas para el desarrollo y la liberación del mercado ruso; y, limitando el despotismo y el carácter autocrático del régimen, de implicar a un sector más amplio de la población en el gobierno del país.

El 3 de marzo de 1861, la ley de la emancipación de los siervos de la gleba fue firmada y publicada. Alejandro se limitó a elegir entre las diferentes medidas que le recomendaron. El principal punto en cuestión era si los siervos debían convertirse en trabajadores agrícolas, que dependieran económica y administrativamente de los propietarios, o si se debían transformar en una clase de propietarios independientes, que pagaran un canon de arriendo a sus antiguos amos. La opción elegida fue la segunda.

Así estaba el país cuando, en febrero de 1862, la revista *Rússki Véstnik* [*El Boletín Ruso*] publicaba la primera versión de *Padres e hijos*, la cuarta novela de Iván Turguéniev.

Turguéniev, un liberal occidentalista entre narodistas y eslavófilos

Iván Serguéievich Turguéniev nació el 28 de octubre de 1818 en Oriol, una ciudad a unos 400 kilómetros al sur de Moscú. Su padre era un militar retirado, proveniente de una familia noble venida a menos, y su madre, Bárbara Petrovna, la heredera de una familia de ricos propietarios rurales. Pasó su infancia en la hacienda paterna en Spasski-Lutóvinov, en la región de Oriol, hasta que a los nueve años se trasladó con su familia a Moscú, donde estudió en pensionados privados. A los catorce años ya hablaba libremente en tres idiomas, amén de haberse familiarizado con las mejores obras de la literatura rusa y europea y, a los quince, ingresa en la Universidad de Moscú, continuando luego sus estudios de Filología en la Universidad de Petersburgo, donde se licenció. A los veinte años se matriculó en la Universidad de Berlín, entonces el gran centro de difusión de las teorías filosóficas de Hegel. En estos años berlineses mantuvo contactos amistosos con el poeta y pensador Nikolái Stankiévitsh y el teórico anarquista Mijaíl Bakunin, entrando en aquel círculo intelectual ruso interesado en el sistema filosófico hegeliano y que tanta influencia posterior tendría en Rusia.

En 1841 regresa a Moscú. En un primer momento piensa en dedicarse a la enseñanza, pero sus esperanzas en el restablecimiento de la cátedra de Filosofía en la universidad moscovita se ven frustradas. Entonces ingresa de funcionario en la secretaría del ministro del Interior y escribe una disertación sobre la imperiosa necesidad de introducir cambios radicales en la situación social y económica del campesinado ruso. Pero a los dos años pierde su interés inicial por la política gubernamental y cesa en su puesto.

Turguéniev creía en el Destino, en esa fatal confluencia de circunstancias que un día se ciernen sobre una persona y transforman de golpe toda su vida. El año 1842 fue decisivo en el futuro literario y personal de Turguéniev: el año de su primer éxito literario, su poema «Párasha», también el año de su encuentro personal con Bielinski y, por fin, el año en que conoció al «astro central» de su vida: una joven mezzosoprano de veintidós años, Pauline Viardot-García (1821-1910), que en el otoño de ese año interpretó en Petersburgo el papel de Rosina en *El barbero de Sevilla* de Rossini.

Pauline era hija de padres españoles y hermana de la célebre cantante de ópera María Felicia García Siches, *la Malibrán*. Pauline, dos años más joven que Turguéniev, estaba casada con Louis Viardot, un hispanista que tradujo *Don Quijote* al francés en 1836. El amor de Turguéniev por Pauline tenía notas medievales de amor galante, un amor que ni él mismo se podía explicar en su diario:

[...] Desde el momento en que la vi, desde ese minuto funesto, le

pertenecí todo entero, como un perro pertenece a su amo; y si ahora, cuando muero, ya no le pertenezco, es sólo porque ella me abandonó como a un perro. [...]. A decir verdad, nunca se interesó especialmente por mí. Al contrario, apenas notaba mi presencia, aunque a veces recurriera inocentemente a mi dinero. Para ella yo sólo era «uno rousso», «un bon enfant». Pero yo ya no podía vivir en otro sitio más que donde ella viviera. Y si yo me separé de lo que más quería, es decir, de mi propia patria, fue tan sólo por seguir a esa mujer.

Un trasunto de la relación de Turguénev con Pauline Viardot, quizá aderezada con elementos más trágicos, podría ser el tortuoso idilio entre Pável Kirsánov y la enigmática princesa R en *Padres e hijos*.

Por lo que se refiere a Bielinski, su encuentro con él y la buena crítica que éste hizo de su poema «Párasha» fueron circunstancias que determinaron su carrera de escritor. A partir de entonces Turguénev dedicó su vida a la creación literaria. Vissarión Bielinski, un crítico literario políticamente comprometido —se atrevió a tachar a Gógol de «predicador del látigo y apóstol del oscurantismo», cuando el genial ucraniano giró hacia el tradicionalismo en los últimos años de su vida—, era enemigo del arte por el arte. Su ideario artístico se podría resumir así: ninguna obra tiene valor si su autor carece del sentido de la verdad; el arte debe ser la expresión artística de una problemática social, y la personalidad del poeta se deduce de su obra, siendo ante todo un ciudadano de su país, su voz y su conciencia.

Bielinski (a él está dedicada la novela *Padres e hijos*) hará que el joven escritor se interese por el realismo y Turguénev escribe en esa onda sus primeros relatos en prosa —*Andréi Kolosov* (1844), *Tres retratos* (1845) y *El camorrista* (1846)—, incluso da sus primeros pasos en la dramaturgia y la comedia. Aunque busca un estilo propio, en el principiante Turguénev se aprecian las influencias de Pushkin, Lérmontov y Gógol. Utilizando los motivos líricos y los personajes introducidos por los primeros realistas rusos, trata de adaptarlos al realismo social europeo de mitad de siglo, que ante todo prima la exacta descripción del entorno social y la influencia que éste ejerce sobre el individuo. Es entonces cuando los intelectuales eslavófilos rusos comienzan a tachar a Turguénev de «occidentalista», término que el joven asume, por lo que tiene de oposición radical al régimen servil que mantiene oprimido al campesinado ruso y de reconocimiento de la vía europeísta hacia el desarrollo social y económico de Rusia. En literatura, ese «occidentalismo» se traduce en un escepticismo crítico hacia ciertas especificidades sociales y culturales rusas.

Sin embargo, el naturalismo comienza pronto a quedarle estrecho a Turguénev, ya que sus principios constriñen su particular y lírica concepción del mundo y su admiración por la belleza de la naturaleza y la poesía de los sentimientos humanos. Sumido en estas dudas formales y de contenido, que incluso le hacen pensar seriamente en abandonar la actividad literaria, Turguénev, tras una corta estancia en

París en 1845, decide en 1847 marcharse a vivir al extranjero y seguir los pasos de la cantante Pauline Viardot. Los tres años que reside en Alemania, y más tarde en Francia, transformarán radicalmente sus gustos literarios y su visión de la realidad. En París fue testigo de la revolución de la Comuna, pero a pesar del respeto que sentía por el proletariado y la gente sencilla, nunca llegó a aceptar por completo el ideario revolucionario.

Mientras tanto, la lejanía de su patria incrementaba su pasión por los aspectos positivos de la vida rusa y la oposición al régimen de servidumbre a que se veía sometido el campesinado ruso se convierte en él en una cuestión cardinal. Los recuerdos de su infancia y su pasión adolescente por la caza, que le llevó a conocer de primera mano la vida rural rusa de las regiones de Kursk, Orlov y Tula, en el centro de Rusia, están en la base de *Memorias de un cazador*, una serie de pequeños relatos aislados que, inicialmente y durante cinco años, fueron publicados regularmente en la revista *Sovremiennik* [*El Contemporáneo*] y luego, en 1852, en una compilación, y que gozó de un enorme y hasta entonces desconocido reconocimiento de público y crítica.

Los primeros relatos siguen estando, compositiva y estilísticamente, muy cerca de la estética naturalista, pero poco a poco esos cuadros cuasi etnográficos se van transformando en una especie de epopeya particular de la vida en el campo ruso: las consecuencias catastróficas del régimen servil en la economía campesina y el ocaso económico de los grandes propietarios y terratenientes rusos. Era la primera vez que un escritor colocaba al campesinado como fuente de los más altos valores morales de la sociedad rusa. *Memorias de un cazador* no es sólo un jalón decisivo en la carrera de Turguénev, sino que pone también la primera piedra en esa senda literaria que conduce a la *Guerra y Paz* de Tolstói, las novelas de F. Dostoiévski, la lírica de Nekrásov, la poesía épica de Sáltikov-Schiedrin y, no en menor medida, a esas manifestaciones de la conciencia nacional de donde surgen los movimientos sociales rusos de la segunda mitad del XIX.

En 1850 vuelve a Rusia y entabla una relación muy estrecha con Nekrásov y el círculo editor de la revista *Sovremiennik*, que poco a poco se va convirtiendo en el centro de la vida literaria rusa y en el foco cultural del narodismo demócrata y revolucionario.

Sin embargo, en 1852, el zarismo autocrático de Nicolás I se abate sobre Turguénev. Un artículo suyo que, sorteando la censura y en memoria de Gógol, se publica en *Sovremiennik*, le lleva a la cárcel, aunque el verdadero motivo de su detención era la suspicacia que provocaba en ciertos círculos gubernamentales su amistad con los revolucionarios rusos en el exilio (sobre todo, Gertzen y Bakunin). La prisión fue sustituida rápidamente por el destierro en la región de Orlov, aunque se le negó la salida al extranjero hasta 1856.

Durante su larga estancia en la hacienda Spaski, heredada de su madre, Turguénev sigue experimentando en su estilo narrativo. Las «líneas sencillas y

claras», típicas del escritor, van sustituyendo a sus antiguas maneras estilísticas. Los militantes eslavófilos y sus ideólogos, los hermanos Akrásov, ven con simpatía su rechazo de la injusticia y la inmoralidad de los grandes terratenientes rusos, así como la idea de que «los siglos de servidumbre y la larga hegemonía de las relaciones patriarcales han llevado al subdesarrollo civil del pueblo ruso». Los protagonistas de relatos como «Diario de un hombre superfluo» (1850), «Los dos amigos» (1853), «La calma» (1854), «Intercambio epistolar» (1854) y «Yákov Pacínkov» (1856) serán personajes arrancados del entorno social al que pertenecían, por nacimiento y educación, y que fracasan en sus intentos de dedicarse a tareas útiles al servicio de la comunidad o en su búsqueda de la felicidad personal: es decir, «personajes superfluos».

Otro punto crítico de inflexión en la carrera literaria de Turguénev lo marca la publicación de su primera novela, *Rudin* (1855), escrita en el apogeo de la Guerra de Crimea, en la que Rusia resultará vencida y que supone el umbral de grandes cambios. Rudin es una mezcla del «hombre superfluo» y del entusiasta romántico: en él confluyen las virtudes y defectos del *raznachínietz*, el intelectual surgido del pueblo llano, y también del iluminado, que lucha por la verdad y la justicia. En definitiva, un representante de esa *intelligentzia* que, para Turguénev, debe protagonizar el renacimiento político, social y cultural de Rusia. Con *Rudin*, también, se establece la temática, la forma y el modelo de esa novela, que luego se hará excesivamente repetitiva en la producción literaria de Turguénev.

Mientras tanto, la situación en Rusia cambiaba rápidamente. A finales de 1857, el gobierno anuncia su intención de liberar a los siervos de la gleba. Turguénev, tras dos años de viaje por Europa, regresa a Rusia en el verano de 1858. En ese mismo año publica su novela *Nido de nobles*, donde no se limita ya a reflejar los avatares de protagonistas individuales, sino que se atreve a dibujar un fresco histórico de la nobleza durante siglo y medio de hegemonía política y moral en la sociedad rusa y cómo aquélla fue, de generación en generación, acentuando su ruptura cultural, económica y social con el pueblo. Esta novela tuvo una gran aceptación de crítica y público y ese año, 1858, marca la cima de la popularidad literaria de Turguénev en Rusia.

Turguénev comienza a trabajar sobre *La víspera*, que, publicada en enero de 1860, provoca una reacción tempestuosa y contradictoria en el público y la crítica. Su protagonista, el revolucionario Insárov, parece desarrollar la idea de Turguénev de que «sólo las naturalezas heroicas y conscientes, aquellas que subordinan los intereses personales a los colectivos, harán avanzar a Rusia por el camino de los cambios». La juventud progresista recibió con entusiasmo la novela, pero tanto los círculos políticos liberales de derechas como los revolucionarios no podían aceptar el llamamiento a la unidad política que hacía Turguénev. Dobroliúbov, en nombre de *Sovremiennik* y como portavoz de los demócratas revolucionarios, rechaza la idea de la paz civil, de la cooperación de todas las clases de la sociedad rusa para conseguir el

principal objetivo: la reforma y renovación nacionales. Turguéniev rompe su colaboración con la revista, una decisión muy dolorosa, pero que no interrumpe su fiebre creativa.

Es justo en este momento, 1861, cuando Turguéniev escribe *Padres e hijos*. El escritor trata de mostrar a la sociedad el carácter trágico de los crecientes conflictos sociales y políticos que se abaten sobre el país. Sobre este telón de fondo, surge la polémica sobre cuál es el mejor camino para la salvación de Rusia, enfrentándose las propuestas que hacen los dos principales partidos de la oposición y la *intelligentzia* rusas. La apuesta de los liberales, representados en la novela por Pável Kirsánov, se basa en el respeto de los valores seculares y el reconocimiento del gran papel que deben seguir desempeñando en la sociedad rusa dos de sus instituciones clásicas: la comunidad agraria y la familia patriarcal. Todo ello, unido a un respeto sincero hacia determinados principios (progreso, humanidad y lógica histórica) y la transformación de Rusia en una nación moderna y civilizada a imagen de Occidente. En *Padres e hijos* esta vía se declara inviable. Los ideales liberales no se adecuan a la realidad, ni tampoco las medidas que proponen son capaces de superar las diferencias entre campesinos y grandes propietarios.

A la vía liberal se contraponen la propuesta de los *narodniki* (o narodistas), el movimiento demócrata-revolucionario. El protagonista de la obra, el nihilista Bazárov, propone el rechazo total e implacable de la realidad existente, la destrucción de sus bases, para que Rusia pueda salir del círculo vicioso de unos cambios mecánicos que no transforman nada. Frente a los ideales humanistas en los que se refugia la elite liberal y conservadora y las creencias y prejuicios del pueblo llano, Bazárov opone la verdad científica: debe ser la «*intelligentzia*» surgida de la clase media la que lidere los cambios. En sus polémicas ideológicas, Bazárov vence fácilmente a Pável Kirsánov.

Pero, a continuación, Turguéniev somete a Bazárov a las pruebas de la vida y muestra que sus ideas nihilistas conducen a la destrucción, pues se oponen a los valores espirituales y los principios y reglas eternos de la naturaleza y la vida. Los hijos rechazan la herencia recibida de sus padres y esa convicción de Turguéniev — las generaciones como cangilones aislados y sin transmisión patrimonial de valores en la noria histórica de Rusia—, apuntada ya en *Nido de nobles*, alcanza en *Padres e hijos* una profundidad desconocida, sugiriendo la ruptura del «enlace entre los tiempos» y la destructiva penetración de las contradicciones sociales y políticas en los principios básicos de la vida. Bazárov muere y lo hace también sin dejar huella ni herencia, como un «ser superfluo» o estéril más.

La propuesta de unidad nacional por la renovación salvadora de Rusia, sugerida de nuevo por Turguéniev en *Padres e hijos*, cae otra vez en saco roto. La publicación de la novela provoca un enorme escándalo literario. Los representantes de la crítica liberal y conservadora (Kátkov) dan por sentado que Turguéniev caricaturiza y se ríe de los «padres», idealizando inmerecidamente a la juventud radical. La crítica del

bando demócrata-revolucionario (Antónovich, Yúkovski y Chernisheski) denuncia lo contrario: Turguénev hace apología de los padres y satiriza malévolamente a la nueva generación, la juventud revolucionaria rusa. Las críticas ponderadas de Písarev en la revista radical-demócrata *Rússkoe Slova* y de Strájov en *Vremia*, sugiriendo el profundo trasfondo social y filosófico de la novela y el tratamiento objetivo que hace Turguénev de sus personajes, no evitan el ensañamiento general contra el escritor, quien, ofendido y desencantado, se marcha al extranjero y entra en una fase de esterilidad creativa. En dos años sólo escribirá un pequeño relato, «Fantasmas» (1864), y un ensayo lírico-filosófico, *¡Basta!* (1865), donde se escuchan tristes advocaciones a la fugacidad de los valores humanos.

Sin embargo, permanece activo en la polémica política. Desde Baden-Baden y París —donde pasará gran parte de los últimos veinte años de su vida— critica la fe que los *naródniki* depositan en las comunidades agrarias y en los instintos socialistas de los campesinos rusos. Turguénev no sólo predice la descomposición que amenaza a las primeras, sino también el progresivo desposeimiento de tierras y la pauperización de los segundos, paralelo al rápido ascenso y enriquecimiento de la burguesía agraria de los *kulaks*.

Este activismo en el pensamiento político le anima a regresar a la literatura con nuevas fuerzas. En 1867 termina *Humo*, donde Turguénev se aparta de su habitual estructura novelística en torno a un protagonista principal para crear varias líneas argumentales independientes, enlazadas entre sí con algún *Leitmotiv*, como puede ser el humo en la primera parte de la obra (símbolo de la crisis general rusa), que se convierte en elemento estructural de la novela. Las críticas, sin embargo, fueron pésimas, sobre todo las provenientes de los portavoces literarios de los partidos políticos.

La vida política rusa se aviva en la década de los setenta con los intentos de los *naródniki* de encontrar una salida revolucionaria a la crisis del país. Turguénev se desencanta de sus antiguas esperanzas políticas (unión nacional y liderazgo de la nobleza rural) y refuerza sus simpatías hacia los revolucionarios, entablando especial amistad con P. Lávrov, uno de los inspiradores de la llamada «marcha hacia el pueblo». Mientras tanto, los gustos literarios de Turguénev regresan a la temática rural rusa, en la línea marcada por *Diario de un cazador*, tal como se refleja en los relatos «Brigadier» (1866), «La infeliz» (1869), «Una historia extraña» (1870), «El rey Lear de la estepa» (1870), «¡Golpe, golpe, golpe!» (1871), «Punin y Baburin» (1874), «El reloj» (1875) y otros. En ellos, Turguénev trata de desentrañar la misteriosa esencia rusa y el potencial social y moral que se esconde tras ella, advirtiendo la rapidez del rechazo popular a la injusticia e inestabilidad del régimen zarista, que amenaza con salir a flote de manera violenta. Otro tema recurrente suyo de estos años es el interés por los recursos ocultos de la naturaleza humana, interés que se plasma en una serie de «relatos misteriosos» como «El perro» (1870), «El sueño» (1877), «Canción del amor triunfante» (1881) o «Clara Milich» (1883).

En 1877, Turguéniev publica *Tierra virgen*, donde trata de representar la actitud de la juventud revolucionaria de su tiempo, su movilización a favor del pueblo ruso, especialmente con la agudización de la crisis social y económica en Rusia y el progresivo empobrecimiento de las masas campesinas tras las reformas de los años sesenta. También plasma el fracaso de esos intentos, que achaca a la incompreensión, el oscurantismo y el atraso civil de los campesinos. «La Rusia sin nombre no está preparada para la revolución y, probablemente, tampoco la necesite», ésa parece ser la conclusión final del autor. Pero Turguéniev reconoce la fuerza moral que anima a los revolucionarios e, incluso, concuerda con ellos en la identificación de los problemas políticos, sociales y económicos del país. Disiente, sin embargo, de los métodos revolucionarios, porque Turguéniev es un *pastipiénovietz*, un enemigo de la violencia, un partidario de los cambios paulatinos y graduales, si bien, llegado el momento, no duda en renegar del liberalismo huero auspiciado por la nobleza reformista y en saludar a ese otro movimiento demócrata civilizado, que comienza a surgir de las entrañas del pueblo.

Aunque *Tierra virgen* no salvó la brecha que le había separado de la joven generación revolucionaria y de los *naródniki* desde la publicación de *Padres e hijos*, la crítica favorable que hizo de ella Lávrov, cabeza visible del narodismo más atemperado, hizo que la recepción que el pueblo ruso le ofreció al visitar de nuevo su país en febrero de 1879 fuera de lo más calurosa.

Turguéniev había alcanzado el cénit de su carrera literaria y del reconocimiento internacional. Para los escritores occidentales, Turguéniev era uno de los mayores exponentes de la cultura rusa y el realismo literario europeo. En 1878, junto con Victor Hugo, preside el Congreso Internacional de Literatura que se celebra en París.

Ya en la primavera de 1882 se hicieron visibles los primeros síntomas de la penosa enfermedad que arrastraría a Turguéniev a la muerte. Una de sus últimas obras fue *La lengua rusa*, un himno lírico rebotante de fe y confianza en el destino nacional de Rusia. «En mis días de duda y de pesaras reflexiones sobre el destino de mi patria, tú eres mi único sostén y apoyo. ¡Oh, sincera, poderosa y libre lengua rusa! De no ser por ti, ¿cómo podría haber evitado caer en la desesperación, al ver lo que se hacía en casa?...».

Turguéniev murió el 22 de octubre de 1883 en Bougival, cerca de París, y está enterrado en el cementerio Voljovói de Petersburgo.

Turguéniev, el frío acuarelista que huía del compromiso

Las obras más significativas de la literatura rusa del siglo XIX se caracterizan por ese afán de sacar a la luz y situar como objeto de discusión general los problemas sociales, políticos, éticos y filosóficos de su tiempo. Una riqueza temática que se convierte en la característica más definitoria de la literatura clásica rusa. Esa cualidad se manifiesta incluso en los títulos de las novelas, donde se da cuenta, en forma telegráfica y antitética, del problema del que se ocupará la obra: *Guerra y paz* de Tolstói, *Crimen y castigo* de Dostoievski, *Lobos y ovejas* de Ostrovski o *Padres e hijos* de Turguéniev.

Un título que, en *Padres e hijos*, resulta además engañoso. Porque no es el conflicto generacional el tema central de la novela, ni tan siquiera desempeña un papel decisivo en ella. *Padres e hijos* es un modelo de novela social-psicológica donde las vicisitudes de la realidad política y social se mezclan con una intriga amorosa. Pero la novedad de esta novela es que, en contraposición, por ejemplo, a *Nido de nobles*, Turguéniev da aquí prioridad absoluta a los conflictos políticos, sociales y económicos del momento. Y en la Rusia de 1850-1860 la cuestión más candente era la polémica sobre la reforma agraria y la abolición del régimen de servidumbre a que estaban sometidos los campesinos rusos, así como, ya en el plano político, el enfrentamiento que mantenían las dos opciones reales de oposición al régimen autocrático: la de la nobleza liberal y la de los grupos demócratas y revolucionarios.

Los demócratas revolucionarios, los *naródniki* Chernichievski y Dobroliúbov, veían claramente el carácter continuista de las reformas que se preparaban. Hablaban de la situación revolucionaria en la que se encontraba el país y llamaban al pueblo ruso a emprender acciones decisivas. Los liberales, por el contrario, depositaban grandes esperanzas en las reformas y las consideraban el único medio para resolver la cuestión campesina en Rusia. Ésa también era la posición de Turguéniev, partidario de un programa de reformas graduales y enemigo declarado de cualquier estallido revolucionario, así como de las ideas de futuro de la democracia revolucionaria.

En una carta que escribe en abril de 1862 a uno de sus amigos más próximos, el poeta, dramaturgo y traductor Konstantin Sluchievski, Turguéniev le confiesa:

Toda mi novela es un alegato contra la aristocracia como clase de vanguardia. Vea si no la debilidad, la dejadez y las limitaciones intelectuales de Nikolái y Pável Petróvich o de Arkadi. Mi sentido estético me obligó a escoger a los mejores representantes de esa clase nobiliaria rural, para así desarrollar mejor el tema central de la novela... Si la nata es mala, ¿qué decir de la leche?

En efecto, Pável, Nikolái y Arkadi Kirsánov son gente buena y honrada. Si comparamos su actitud vital con la de otros representantes de la nobleza liberal que aparecen en la novela (con su pariente Koliazin, alto funcionario del gobierno de San Petersburgo, o con aquel otro personaje aún más secundario, el presidente provincial de la Cámara de Impuestos, un amante de la naturaleza, especialmente en verano, «cuando la abeja obtiene de cada florecilla su botín de polen», todo un ejemplar de corrupción funcional), a los ojos del lector salen ganando los Kirsánov.

En *Padres e hijos* está fielmente reflejada la impotencia creciente de esa nobleza liberal para llevar a cabo su programa reformista. Pável Kirsánov posee incluso ciertos rasgos de la *intelligentzia* nobiliaria rusa que, hacia los años sesenta, comienza a abandonar sus ilusiones liberales y a pasarse a las posiciones conservadoras y autocráticas. Turguénev critica duramente a Pável, dejando claro que, aunque éste predique en un primer momento sobre el progreso, la constitución, la libertad de pensamiento y las libertades públicas, la suya es una falsa demostración de democratismo. Turguénev no sólo lo representa como un maniático anglófilo, sino también como un idealista huero, que odia y desprecia las ideas materialistas de Bazárov, además de asumir y defender los privilegios feudales de la nobleza y el concepto aristocrático del honor.

En el personaje del débil y humano Nikolái Kirsánov, Turguénev representó los rasgos característicos de los liberales reformistas moderados y sus deseos de adaptarse a los principios democráticos, a las «nuevas condiciones de la vida». Recibe amablemente a Bazárov y escucha con atención sus ideas, hasta el punto de asumir la caducidad de las suyas propias. Nikolái acepta los cambios: ha abolido la servidumbre en su propiedad y tiene cierta fama de «rojo» entre los propietarios de la región, pero su incompetencia y debilidad de carácter llevan su hacienda a la ruina. Todo el mundo le engaña: el administrador, los jornaleros, los campesinos arrendatarios. Y aunque luego la hacienda, ya en las manos directoras de Arkadi, se hace rentable, el padre, en su nuevo papel de juez de paz, sigue siendo igual de incompetente, pues no logra convencer a un solo propietario agrario de su región de las ventajas de las reformas.

La blandura y la irresolución alcanzan también al joven Arkadi. Su presunto «democratismo» termina en una especie de declamación liberal. Al comienzo de la novela imita a Bazárov en todo, pero cuando se distancia de él por cuestiones amorosas, deja asomar su verdadera identidad. Bazárov le llama «pequeño señorito liberal» y Turguénev, al final de la novela, muestra a las claras su falta de convicciones.

Frente a todos estos representantes de la llamada nobleza liberal, Turguénev planta a Bazárov, un portavoz de sus enemigos ideológicos, de la joven generación intelectual rusa surgida del Tercer Estado, los *raznochnitzi*, que propugnan la democracia y la revolución, esto es, la ruptura total con el régimen zarista.

Bazárov es el centro indudable de toda la novela: aparece en 26 de sus 28

capítulos. Además, Turguénev le obliga a recorrer por dos veces el mismo circuito espacial —la hacienda de los Kirsánov, la mansión de Odintsova y la humilde casa paterna— para que todos los demás personajes giren a su alrededor, se comparen con él, sufran su influencia y contemplen a dos Bazárov completamente distintos: el Bazárov de la primera vuelta —nihilista, inteligente, trabajador y pagado de sí mismo, con gran capacidad de trabajo, que se hace respetar y vence dialécticamente a todos sus contrincantes— y el Bazárov de la segunda vuelta, un Bazárov dubitativo y penitente de su drama amoroso, que muere considerándose un «hombre superfluo» más.

Si el carácter de Bazárov suma tantas cualidades positivas, ¿por qué, entonces, le resulta tan antipático al lector?... La explicación está en la retahíla de defectos, tan amplia como la de cualidades, que le cuelga Turguénev: egoísmo, soberbia, ausencia de bondad y piedad hacia el prójimo... Hasta el punto de que cuesta colocar a Bazárov en esa lista de héroes literarios creada por los grandes novelistas rusos del XIX: al lado de Onegin, Pechorin, Bezújov, Andréi Volkonski. Incluso los personajes nihilistas de Chernichievski, Lopújov o Rajmétov parecen más humanos que Bazárov. También el Raskólnikov de Dostoievski guarda cierta similitud con él, pero mientras el primero está constantemente dudando, sufriendo y martirizándose, Bazárov, en comparación, es como una piedra de sílex. Más desagradable que Rudin o Insárov, otros personajes de Turguénev. El autor acentúa casi en cada página la impetuosidad, la brusquedad, la dureza de carácter de Bazárov. Incluso el amor o la pasión laten en él de una manera tan potente y penosa, que más parece «maldad», una especie de maldad congénita. El amor de Bazárov produce respeto en Odintsova, pero miedo también.

[...] ¿Quería yo denostar o ensalzar a Bazárov?... Ni yo mismo puedo responder a esa cuestión, pues aún no sé si le quiero o le odio [...]. Sólo sé que no tenía ninguna idea preconcebida, ninguna intención concreta al ponerme a escribir sobre él: lo hice de manera inocente, incluso sorprendiéndome a mí mismo de lo que iba surgiendo. Le diré una cosa: describí a todos estos personajes como podría describir una seta, unas hojas, un árbol; se me llenaron los ojos de ellos y me limité a dibujarlos.

Carta de Turguénev a A. A. Feta, 6 de abril de 1862.

Al describir la figura de Bazárov, le atribuí un tono brusco e irrespetuoso y una total antipatía hacia el hecho artístico. Pero no lo hice con la estúpida intención de ofender a nuestra juventud... En este asunto poco tienen que ver mis inclinaciones personales. Al contrario, a muchos de mis lectores les sorprendería saber que, a excepción hecha de sus ideas respecto a la creación artística, comparto con Bazárov casi todos sus puntos de vista... Me acusan de estar de parte de los «padres»... ¡Precisamente a mí, que, al describir al

personaje de Pável Kirsánov, pequé contra la verdad artística y llevé sus defectos hasta la caricatura!

Artículo de Turguéniev a propósito de la publicación de *Padres e hijos*.

Turguéniev hace participar a Bazárov de las teorías filosóficas y científicas que se difundían en aquellos tiempos: el materialismo ruso de Chernichievski y Dobroliúbov, así como las nociones del materialismo primitivo de los filósofos alemanes Friedrich Büchner y Karl Vogt. Si Chernichievski habla de la necesidad de pasar de lo empírico a la idea, Bazárov no acepta el proceso racional como una etapa superior de la materia organizada y sobrevalora lo empírico, considerándolo como única fuente de conocimiento. El pensamiento mecanicista de Bazárov se refleja en esa identificación que hace entre los fenómenos sociales y los fenómenos naturales: «Las personas son como los árboles de un bosque; ni un solo botánico se ocuparía de cada abedul en particular». Elemento este que parece copiado de los teóricos alemanes del materialismo vulgar, Vogt y Büchner.

El personaje del intelectual demócrata de los años sesenta le salió a Turguéniev más complejo y contradictorio que el personaje de «hombre superfluo» de *Rudin*. Y ese espíritu contradictorio se muestra en las opiniones de Bazárov sobre el pueblo llano, la ciencia, el arte, etcétera.

Por un lado, Bazárov advierte su relación de sangre con el pueblo: su «abuelo araba la tierra»; los chicos de la servidumbre se van con él a coger ranas; los criados le ven como un igual... Pero, por otro lado, a veces Bazárov menosprecia al pueblo o ironiza a su costa. «Nuestro *mujik* se da por contento con robarse a sí mismo con tal de poder emborracharse en la taberna». Y ese pueblo, casi al final de la novela, le responde con la misma moneda: «Cosas del señor. ¡Qué puede saber él!».

¿Cómo explicar esta contradicción?... Sin duda, porque Turguéniev quería constatar que los intelectuales demócratas de los años sesenta (Chernichievski, Nekrásov o Uspienski) criticaban con severidad los prejuicios populares, la actitud servil de los *mujiks*, su pasividad... Aunque esa desconfianza en el pueblo ruso fuera contraria al propio espíritu de los demócratas revolucionarios.

Turguéniev también quiso adjudicar a Bazárov los rasgos típicos del científico naturalista-materialista ruso de la segunda mitad del siglo XIX. Bazárov es un experimentalista y se muestra tan enemigo de la ciencia abstracta como de la filosofía idealista o meramente especulativa. Bazárov es partidario de una ciencia aplicada y concreta, de una ciencia basada en la experiencia y próxima al materialismo. Los experimentos con seres vivos, por ejemplo, llevaron por aquellos años a las primeras formulaciones de la teoría celular; y la observación directa del mundo animal en su entorno, a la teoría de la selección natural de las especies. Por esa razón, Turguéniev pone a Bazárov a diseccionar ranas y a observar cultivos con su microscopio. Darwin publica *El origen de las especies* en 1859 y el químico ruso Aleksánder Bútlerov

formula por primera vez la teoría de la estructura química en 1861. Hechos que no podía obviar Turguéniev.

Turguénev, después de emplazar a Bazárov en las filas demócratas y de reconocer la validez de sus aficiones científicas y experimentalistas, choca claramente con su personaje al hacerle compartir las ideas que los nihilistas tenían en relación con la creación artística. Bazárov reniega del arte y de las teorías estéticas... ¿Por qué?... Aunque Turguénev no lo explica, lo cierto es que los círculos intelectuales liberales trataban por entonces de desviar hacia «el arte puro» la creciente preocupación que la juventud ilustrada mostraba por los problemas sociales y políticos que aquejaban al país. Maniobra a la que se opusieron los círculos demócratas a través de Chernichievski, con su rotunda defensa del realismo estético, esto es, el derecho del arte a emitir su veredicto sobre la realidad. Pero eso no es óbice para que, de cara al gran público, Turguénev obligara a Bazárov a renegar no ya sólo de Rafael Sanzio o de Shakespeare, sino hasta del mismo Pushkin, el poeta ruso por excelencia, el preferido del pueblo. Algo que sólo se explica por el hecho de que los liberales habían convertido a Pushkin en el «máximo valedor del arte por el arte», en su abanderado contra la teoría del realismo estético que los narodistas propugnaban.

En *Padres e hijos* los conflictos sociales o ideológicos se compaginan con la intriga amorosa. En realidad, la intriga amorosa se desplaza a un segundo plano. Y aunque Turguénev la despache en tan sólo cinco capítulos, esa intriga cumple un gran papel a la hora de caracterizar a los principales protagonistas. Bazárov, hasta el momento en que declara su amor a Odintsova a mitad de la novela, se muestra como una persona confiada en sus fuerzas. Su declaración de amor es como un punto de inflexión. A partir de entonces, Bazárov comienza a pensar en clave pesimista («Cada hombre cuelga de un hilo y en cualquier minuto el abismo se puede abrir bajo nosotros»), cae en la melancolía, pierde la confianza en sí mismo...

¿Cómo se explica esta transformación del personaje? Para Turguénev, la ideología y la política son manifestaciones relativas y pasajeras en el devenir histórico. Son limitadas de por sí y pasan a un segundo plano, reconociendo su inconsistencia al contrastarse con las leyes «eternas» de la naturaleza, como pueden ser el amor y la muerte. Aunque también es cierto que, en el desenlace de la intriga amorosa, resulte clave el hecho de que Anna Odintsova no encaje en el prototipo femenino que Turguénev acostumbraba a ofrecer a sus lectores. A diferencia de las jóvenes, dulces y poéticas heroínas, típicamente «turguenianas» (Liza Kalitina, Asia, Gemma), Odintsova no vive con el corazón, sino con la razón. Utilizando la terminología del propio Bazárov, Odintsova no es una mujer rumiante, sino una mujer felina, una mujer de presa. Bazárov logra interesarla, incluso hierirla, pero no la cambia ni la vence.

En *Padres e hijos* los personajes secundarios también desempeñan un papel importante. Con sus tintes caricaturescos, Sítnikov y Kúkshina contrastan y dan

esplendor a la «seriedad» de Bazárov. Si Bazárov es el típico representante de la joven generación de demócratas, Sítnikov y Kúkshina son simples imitadores que sólo asimilan los rasgos externos y livianos del nihilismo. Los ancianos Bazárov no sólo provocan una gran simpatía en el lector con su bondad, honradez y nobleza de pensamiento, sino que también contribuyen a perfilar al Bazárov intransigente, al hombre duro acostumbrado a no hacer ningún tipo de concesión, ni siquiera a doblegarse ante los poderosos sentimientos filiales.

Turguénev, como gran maestro de la palabra y de la creación literaria que es, utiliza un amplio arsenal de recursos artísticos para definir el carácter y el mundo interior de sus personajes. Y si se comparan las novelas de Turguénev con las de Gógol, Gonchárov, Dostoievski o Tolstói, esas claras diferencias compositivas saltan inmediatamente a la vista. Así, si Gógol se inclina por la caracterización indirecta, haciendo uso del entorno, la vestimenta o el mundo de objetos que rodean al personaje (Manílov, Sobakiévich); si en las novelas de Gonchárov predomina la caracterización estática del personaje, el retrato naturalista de su vida cotidiana, con un gran derroche de información «fisiológica» incluida (Oblómov, Zájár, Pshienitsin); si Dostoievski se inclina a la caracterización psicológica (Raskólnikov, Mishkin, Aliosha Karamazov) y Tolstói prefiere una especie de síntesis entre la caracterización retratista y la psicológica, ayudándose además del diálogo (Natasha Rostova, Andréi Bolkonski, Nejliúdob...), Turguénev, en cambio, es un especialista del diálogo y del retrato y la descripción física de sus personajes.

Es tan importante el diálogo en *Padres e hijos* que no sería correcto considerarlo un simple recurso técnico del escritor. El diálogo en la novela se centra en las discusiones pasionales sobre temas políticos y filosóficos. Frente a sus oponentes, Bazárov aparece como un polemista breve y lacónico y, si bien no se esfuerza en hablar «bonito», siempre resulta ganador.

Otra habilidad literaria de Turguénev es esa capacidad para retratar a sus personajes, que tanto recuerda a Gógol. El cantamañanas Sítnikov baja de un coche en marcha, llama a Bazárov a gritos, gira brincando alrededor de él, se ríe sin ton ni son... Las expresiones excesivamente educadas y los anglicismos de Pável Petróvich nos informan de su origen, sus gustos, su anglofilia. Retrato personal que, a veces, va precedido por una descripción explicativa del entorno espacial y el mundo de objetos que rodea a los personajes. «La tarjeta de visita torcida y clavada» junto a la campana de entrada de su casa y «las gruesas revistas rusas apiladas y cubiertas de polvo» ya nos informan del personaje de Kúkshina: una mujer de «ideario progresista», pero también descuidada, cómica, artificial y carente de autoestima. La casa de Odintsova, de un fasto desmedido, aunque carente de gusto, sugiere la artificialidad, el oportunismo y el sentido práctico que animan vitalmente al personaje...

El crítico ruso Yuli Eichenwald (1872-1928) escribió a propósito de *Padres e hijos*:

Turguéniev no es un escritor profundo. Su creación, en muchos aspectos, gira en torno a tópicos. Si Strájov calificó sus páginas de «acuarela», eso es cierto no sólo en relación con su estilo literario, su suavidad exterior, su tono distante, sino también en relación con la cara interna de su trabajo literario [...]. Turguéniev habla de todo: en su obra hay muerte, horror, locura, pero todo está descrito superficialmente, en tonos demasiado ligeros. Se puede decir que su relación con la vida es fácil y suave [...]. Turguéniev es un «turista de la vida». Va a todos los sitios, todo lo observa, pero no se queda mucho tiempo en ningún sitio [...]. Rico, variado, interesante, sin embargo, carece de énfasis, de entusiasmo, de profundidad en lo que escribe. Muestra la realidad, pero antes de hacerlo le extrae el corazón, la médula [...]. Turguéniev nunca penetra lo suficiente en sus personajes como para mezclar en ellos su propia personalidad de autor; pocas veces los acepta de corazón, pues para eso sería necesario ciertas dosis de ese compromiso social y político, al que él es tan ajeno.

Por ejemplo, en la cuestión de la liberación de los siervos de la gleba de febrero de 1861, Turguéniev prestó unos servicios publicísticos y de crítica extraordinarios. Tuvo incluso el mérito de liberar a sus siervos antes de la fecha fijada por el gobierno. En las descripciones que hace del agro ruso, se esfuerza por resaltar algunas caras concretas de esa masa informe que es el campesinado ruso. Sin embargo, no dice nada sobre las penalidades de la servidumbre, ni de la sangre y el dolor que han ocasionado esa desvergonzada epopeya esclavista. Al contrario, lo pinta todo como si fuera una acuarela plana e inofensiva [...]. Es fácil leer a Turguéniev. Con él la vida es fácil: nunca asusta ni aterroriza; por muy terribles que sean sus historias, nunca molestará al lector [...]. Cuando escribe, Turguéniev siempre es consciente de que existe un público... y también una crítica.

Y termino con esta confidencia de Lev Tolstói a su viejo amigo Piotr Pletniev en mayo de 1862, a propósito de *Padres e hijos*:

La novela de Turguéniev me ha entretenido mucho, pero me ha gustado bastante menos de lo que esperaba. Mi mayor reproche es que la novela resulta fría, algo impropio del talento de Turguéniev. Todo está expuesto de una manera inteligente, muy exacta, muy artística; todo muy edificante, muy justo. Pero no he encontrado una sola página que haya sido escrita con el corazón y, por eso mismo, ni una sola página me ha llegado al alma.

Rafael Cañete Fuillerat

Dedicado a
Vissarión Grigórevich Bielinski

I

—¿Qué, Piotr, no se ve nada todavía? —preguntaba el 20 de mayo de 1859 un hacendado de algo más de cuarenta años, enfundado en un abrigo cubierto de polvo y unos pantalones a cuadros, que salía al porche de techo bajo de una venta en el camino de ***. La pregunta se la dirigía a un criado joven y mofletudo, con una pelusa blanquecina en la barbilla y ojitos pequeños de mirada apagada.

El sirviente, en el que todo —el pendiente color turquesa de la oreja, los cabellos abigarrados y untados en grasa, los ademanes corteses—, en una palabra, todo, revelaba que era un hombre a la última, de la nueva generación, oteó servicial a lo largo del camino y respondió:

—Pues no, no se ve nada.

—¿Nada? —repitió el hacendado.

—Nada —respondió el criado por segunda vez.

El terrateniente suspiró y se dejó caer sobre un banco. Y ahora, mientras está sentado con las piernas dobladas, mirando pensativo a su alrededor, aprovecharemos para presentárselo al lector.

Se llama Nikolái Petróvich Kirsánov. A unas quince verstas^[1] de esta venta, posee una hermosa hacienda con unas doscientas almas..., o de más de dos mil desiatinas^[2] de extensión, como él prefiere decir desde que deslindara sus tierras de las de los campesinos y montara lo que él llama una «granja». Su padre, un general de la guerra de 1812, tosco y medio analfabeto, aunque buena persona, tiró toda su vida de charreteras y, primeramente al mando de una brigada y luego de una división, vivió siempre en provincias, donde, en virtud de su alta graduación, desempeñó un papel bastante significativo. Nikolái Petróvich nació en el sur de Rusia, como lo hiciera también Pável, su hermano mayor, de quien hablaremos más tarde, y se educó en casa hasta los catorce años, rodeado de preceptores baratos, asistentes impertinentes, aunque serviles, y demás personajes de regimiento y Estado Mayor. Su progenitora, de la familia de los Koliazin, Ágata de soltera y Agafókleia Kuzmínishna Kirsánova ya de generala, pertenecía a ese género de «comandantas consortes», una marimandona que vestía tocados vaporosos y crujientes vestidos de seda y era la primera en la iglesia en acercarse a la cruz. Hablaba mucho y en voz alta y, por la mañana, permitía a sus hijos que le besaran la mano, bendiciéndoles por la noche al irse a la cama. En una palabra, vivía a sus anchas. Como hijo de general que era, Nikolái Petróvich, al igual que su hermano Pável, pese a no distinguirse por su coraje y hacerse merecedor incluso del apodo de «cobardica», estaba destinado a hacer carrera de armas. Pero justo el día en que llegó la noticia de su incorporación al ejército se rompió una pierna y, tras dos meses en cama, quedó «paticojo» de por vida. Su padre tuvo que resignarse y destinarlo al servicio civil. Luego, cuando apenas había cumplido dieciocho años, lo llevó a Petersburgo y lo matriculó en la

Universidad. Por entonces, oportunamente, su hermano acababa de graduarse de oficial y fue destinado al regimiento de la Guardia. Así que los dos jóvenes se instalaron juntos en un mismo piso, sometidos a la vaga custodia de un tío segundo por parte materna, Ilia Koliazin, un funcionario de alto rango. El padre regresó a su división y al lado de su esposa y, tan sólo de vez en cuando, enviaba a sus hijos unas grandes cuartillas de papel gris, escritas con esa letra inclinada propia de los escribanos. Al final de las cuartillas, aureoladas con esmerados adornos, campeaban las palabras: «Piotr Kirsánov, general-mayor». Nikolái Petróvich se licenció en la Universidad en 1835, el mismo año en que el general Kirsánov, obligado a pasar a la reserva por una desafortunada inspección militar, y su esposa se fueron a vivir a Petersburgo. Pero cuando ya estaba a punto de alquilar una casa junto al jardín Tavríchesky y de inscribirse en el Club Inglés, murió de repente de un ataque de apoplejía. Agafókleia Kuzmínishna le siguió poco después: incapaz de acostumbrarse a una vida mediocre en la capital, la tristeza de su existencia retirada la consumió por dentro. Mientras tanto, Nikolái Petróvich había tenido tiempo, estando en vida aún sus padres y a costa de no pocos disgustos, de enamorarse de la hija del funcionario Prepoloviénsky, su antiguo casero, una hermosa y, como se suele decir, instruida muchacha: basta con decir que solía leer los sesudos artículos de la sección científica de las revistas. Se casó con ella en cuanto acabó el periodo oficial de luto y también dejó el Ministerio del Patrimonio Imperial, donde su padre le había colocado por recomendación, para disfrutar de la convivencia conyugal con su Masha. Al principio, en una casa de campo cerca del Instituto Forestal; luego en la ciudad, en un piso pequeño y coqueto, con una limpia escalera y un fresco recibidor y, por último, se marcharon a la aldea, donde se instalaron definitivamente y al poco tiempo les nació su hijo Arkadi. La pareja vivía en armonía y sin problemas económicos: casi nunca se separaban el uno del otro, leían juntos, cantaban a dúo y tocaban el piano a cuatro manos. Ella cultivaba sus flores y cuidaba del corral; él se ocupaba de la hacienda y, de vez en cuando, salía a cazar; Arkadi, por su parte, crecía y crecía, también en armonía y sin problemas. Transcurrieron diez años como en un sueño. En 1847 la esposa de Kirsánov murió. A él le costó mucho superar el golpe; su pelo encaneció en unas semanas. Y cuando ya se disponía a viajar al extranjero, así, para distraerse un poco..., estallaron los sucesos de 1848^[3]. Muy a su pesar regresó a la aldea y, tras un largo y continuado periodo de ociosidad, se enfrascó en reformar la hacienda. En 1855 matriculó a su hijo en la Universidad. Pasó tres inviernos con él, en Petersburgo, prácticamente sin salir de casa y procurando hacer amistad con los jóvenes compañeros de Arkadi. El último invierno no había podido ir y... ¡Aquí le tenemos ahora!, en el mes de mayo de 1859, con su cabello ya completamente cano, regordete y algo cargado de hombros. Está esperando a su hijo, que acaba de recibir su título de licenciado, como él mismo hiciera en otro tiempo.

El sirviente, como muestra de cortesía o, tal vez, deseando escapar del campo visual de su amo, traspasó el portón de la venta que daba a campo abierto y encendió

la pipa. Nikolái Petróvich agachó la cabeza y clavó la mirada en los vetustos escalones que subían hasta el porche: un pollancón de abigarrado plumaje se paseaba por ellos con aire majestuoso, golpeándolos gravemente con su grandes patas amarillas, mientras un gato churreto, acurrucado melindrosamente encima de la baranda, seguía sus movimientos con mirada hostil. El sol abrasaba: del penumbroso zaguán de la venta emanaba un aroma tibio de pan de centeno. Nuestro Nikolái Petróvich se había ensimismado en sus pensamientos. «Mi hijo ya es licenciado... ¡Mi Arkasha!», acudía de continuo a su cabeza. Trataba de pensar en alguna otra cosa, pero su mente se veía invadida de nuevo por los mismos pensamientos. Recordó a su esposa difunta... «¡No pudo esperar para verlo!», murmuró con tristeza... Una rolliza paloma gris azulada voló hasta el camino y, apresuradamente, se encaminó a beber del lagunajo que se había formado junto al pozo. Nikolái Petróvich estaba contemplándola, cuando sus oídos captaron el traqueteo de las ruedas que se acercaban...

—Señor, parece que ya llegan —anunció el criado, apareciendo de repente por el portón.

Nikolái Petróvich se irguió de un salto y clavó la mirada en el camino. Apareció un tarantás^[4], tirado por tres caballos de postas; dentro del coche se vislumbró la cinta de una gorra de estudiante y el perfil familiar de un rostro querido...

—¡Arkasha! ¡Arkasha!... —gritó Kirsánov, y echó correr agitando los brazos... Unos instantes después sus labios se aplastaron contra la mejilla barbilampiña, cubierta de polvo, del joven licenciado.

II

—¡Papá, deja primero que me sacuda! —dijo Arkadi con una voz timbrada y juvenil, aunque algo enronquecida por el viaje, respondiendo alegremente a las caricias paternas—. ¡Te voy a manchar de polvo!

—No importa, no importa —repitió sonriendo con ternura Nikolái Petróvich, mientras sacudía con la mano y por dos veces el polvo que se había depositado en el cuello del capote de su hijo y de su propio abrigo—. ¡Déjame que te vea, déjame que te vea! —añadió apartándose de él para, acto seguido, dirigirse con pasos precipitados hacia la venta, mientras gritaba—: ¡Aquí, venid!... ¡Rápido! ¡Traed los caballos!

Nicolái Petróvich parecía mucho más inquieto que su hijo; como si estuviese un poco azorado, intimidado incluso. Arkadi le retuvo.

—Papá —dijo—, permíteme presentarte a un buen amigo mío, Bazárov, de quien te he hablado con frecuencia en mis cartas. Amablemente, ha accedido a ser nuestro huésped.

Nicolái Petróvich se giró rápidamente y, acercándose a un joven alto, vestido con una hopalanda larga con borlas, que recién acababa de apearse del carruaje, estrechó con fuerza la mano cobriza y desnuda que éste tardó un momento en tenderle.

—Encantado de conocerle —dijo— y le agradezco su amable deseo de visitarnos. Espero que... Por favor, ¿su nombre y patronímico?...

—Evgueni Vasíliev —respondió Bazárov con voz indolente, aunque varonil, y, desabrochándose el cuello de su hopalanda, mostró su rostro por entero a Nikolái Petróvich. Con una frente despejada, la nariz achatada en la parte superior y afilada en la inferior, unos ojos grandes tirando a verdes y unas patillas colgantes del color de la arena, su rostro, enjuto y alargado, se avivaba con una sonrisa tranquila y una expresión de inteligencia y confianza en sí mismo.

—Espero, mi muy gentil Evgueni Vasílich, que no se aburra usted con nosotros —continuó Nikolái Petróvich.

Aunque sus finos labios se movieron levemente, Bazárov no dijo nada, limitándose a levantar la gorra en un gesto de reconocimiento. Sus cabellos rubio oscuros, aunque largos y tupidos, no podían disimular las voluminosas prominencias de su amplio cráneo.

—Entonces, Arkadi —prosiguió Nikolái Petróvich, volviéndose hacia su hijo—, ¿mandamos enganchar los caballos ahora o preferís descansar un rato?

—Papá, ordena engancharlos. Ya descansaremos en casa.

—¡Enseguida, enseguida! —repitió el padre—. Eh, Piotr, ¿no has oído? ¡Venga, hermano, disponlo todo! ¡Date prisa!

Piotr, que, como criado instruido que era, no se había acercado a besar la mano del hijo de su señor, limitándose a dedicarle desde lejos una inclinación respetuosa de cabeza, volvió a desaparecer por el portón de la venta.

—Yo he venido en calesa, pero para tu tarantás también hay un tiro fresco de caballos —informó solícito Nikolái Petróvich a Arkadi, que bebía agua de un cazo de hierro que le había ofrecido el ventero, mientras Bazárov, tras encender su pipa, se había acercado al cochero, ocupado en desenganchar el tiro de caballos cansados—. Como la calesa es de dos plazas, la verdad, no sé cómo tu amigo...

—Irá en el tarantás —le interrumpió Arkadi a media voz—. Y, por favor, no seas tan ceremonioso con él. Es una persona encantadora y muy sencilla, ya lo comprobarás.

El cochero de Nikolái Petróvich sacó los caballos.

—¡Venga, gordo con barbas, gíralos ya! —dijo Bazárov, dirigiéndose al cochero.

—¡Eh, Mitiuja! ¿No has oído cómo te ha llamado el señor? —el otro cochero, que estaba allí de pie, con las manos metidas en las aberturas traseras de su pelliza, se entrometió en la conversación—. ¡Y eso es lo que eres, un gordo con barbas!

Mitiuja se limitó a sacudir en el aire su gorro de piel y tiró de las riendas del caballo sudoroso que estaba en el centro de la troika^[5].

—¡Vamos, vamos, muchachos! —les exhortó Nikolái Petróvich—. ¡Ayúdense el uno al otro, que habrá vodka para los dos!

En unos minutos los caballos estuvieron enganchados al tiro. Padre e hijo se instalaron en la calesa y Piotr trepó al pescante. Bazárov subió al tarantás y reclinó la cabeza en la almohadilla de cuero. Los dos equipajes se pusieron en movimiento.

III

—¡Por fin te has licenciado y regresas a casa!... —dijo Nikolái Petróvich, sin dejar de palpar el cuerpo de Arkadi, ya un hombro, ya la rodilla—. ¡Por fin!

—¿Y el tío? ¿Está bien de salud? —preguntó Arkadi, quien, a pesar de la sincera y casi infantil alegría que le embargaba, deseaba cuanto antes derivar aquella conversación emocionada a otra más rutinaria.

—Está bien. Quería venir conmigo a esperarte, pero, por algún motivo, cambió de parecer.

—¿Llevabas esperándome mucho tiempo? —preguntó Arkadi.

—Unas cinco horas.

—¡Qué papá tan bueno!

Arkadi se giró con viveza hacia su padre y le estampó un sonoro beso en la mejilla. Nikolái Petróvich sonrió quedamente.

—¡Verás qué caballo tan estupendo te he preparado! —prosiguió el padre—. Y también hemos empapelado tu habitación.

—Y para Bazárov, ¿habrá habitación?

—También encontraremos una para él.

—Por favor, papá, sé amable con él. No puedo expresarte hasta qué punto valoro su amistad.

—¿Hace poco que le conoces?

—Hace poco, sí.

—Por eso no le vi el invierno pasado... ¿Qué disciplina es la suya?

—La principal, ciencias naturales. Pero sabe de todo. Quiere terminar de doctor el año que viene.

—¡Ah, en la Facultad de Medicina! —apuntó Nikolái Petróvich y calló un momento—... ¡Oye, Piotr!... —prosiguió, extendiendo el brazo—. ¿Los que van por allí no son campesinos de nuestra hacienda?

Piotr miró en la dirección que le indicaba su señor. Varias carretas, tiradas por caballos sin aparejo, rodaban a galope tendido por un estrecho camino vecinal. En algunas carretas iba un solo hombre, en la mayoría dos, todos con las pellizas desabrochadas.

—Así es, señor —repuso Piotr en voz alta.

—¿Y a dónde irán? ¿A la ciudad, quizá?

—Es de suponer que a la ciudad, a la taberna —añadió con desprecio y se inclinó ligeramente hacia el cochero, como buscando su confirmación. Pero el cochero no se dio por aludido: era un hombre a la antigua, que no compartía las ideas modernas.

—Este año los campesinos me están dando muchas más preocupaciones —prosiguió Nikolái Petróvich, dirigiéndose a su hijo—. No pagan el *obrok*^[6]... ¡Qué se le va a hacer!

—¿Y con tus jornaleros, estás satisfecho?

—Sí —musitó entre dientes Nikolái Petróvich—. Se están maleando, eso es lo peor, y no ponen celo en lo que hacen. Estropean los arneses. Aunque eso sí, arar, no han arado mal. Si se llega a moler, habrá harina... Pero, dime, ¿acaso te interesan ahora los asuntos de la hacienda?

—Lástima que tengáis aquí tan pocas zonas de sombra —observó Arkadi, sin responder a la última pregunta.

—He hecho instalar una gran marquesina sobre el balcón del lado norte —repuso Nikolái Petróvich—. Así que ahora podremos comer al aire libre.

—Entonces se parecerá demasiado a una dacha... pero bueno, eso no importa... En cambio, ¡qué aire hay aquí! ¡Qué bien huele! ¡En verdad creo que no hay otro lugar en el mundo que huela tan bien como estos parajes! ¡Y este cielo!...

De repente, Arkadi se contuvo, miró de soslayo hacia atrás y guardó silencio.

—Es natural —observó Nikolái Petróvich—, naciste aquí. Es normal que en este lugar todo te resulte tan especial.

—Pero, papá, da igual donde uno haya nacido...

—Sin embargo...

—No, da exactamente lo mismo.

Nikolái Petróvich miró de soslayo a su hijo. La calesa recorrió media versta antes de que la conversación entre ellos volviera a resurgir.

—No recuerdo si te conté en mi carta —comenzó Nikolái Petróvich— que Yegórovna, tu antigua niñera, había fallecido.

—¿De veras? ¡Pobre vieja!... ¿Y Prokófich, vive aún?

—Vive y no ha cambiado en absoluto. Sigue refunfuñando como siempre. En general, no encontrarás grandes cambios en Marino.

—¿Sigues con el mismo intendente?

—Quizá sea el capataz la única persona a la que haya sustituido. Decidí prescindir de todos los libertos, de los antiguos domésticos, o, al menos, no nombrarlos en ningún puesto de responsabilidad. (Arkadi señaló con la mirada a Piotr.)... *Il est libre, en effet*^[7] —reconoció Nikolái Petróvich a media voz—, pero es ayuda de cámara. Ahora mi intendente es un burgués pobre y, a lo que parece, un hombre eficiente. Le he asignado un sueldo de doscientos cincuenta rublos al año... Por cierto —añadió Nikolái Petróvich, frotándose la frente y las cejas, lo que en él siempre era señal de íntima turbación—, te acabo de decir que no encontrarás cambios en Marino... Pero no es del todo cierto. Creo que es mi obligación prevenirte por adelantado, aunque...

Titubeó un instante y, luego, prosiguió ya en francés.

—Un moralista riguroso encontraría que mi franqueza no viene al caso, pero, en primer lugar, ocultarlo es imposible y, en segundo lugar, tú ya sabes que, en las relaciones paternofiliales, siempre he mantenido unos principios particulares. Naturalmente, tienes todo el derecho a juzgarme. A mis años... Pero bueno,

resumiendo, esa... esa muchacha, de la que tú seguramente ya habrás oído hablar...

—¿Féniechka? —preguntó Arkadi con desenfado.

Nikolái Petróvich se ruborizó.

—Por favor, no pronuncies su nombre en voz alta... En definitiva... que ella vive ahora conmigo. La he instalado en casa... Hay dos pequeñas habitaciones... Sin embargo, todo se puede cambiar.

—Por favor, papá, ¿qué razón hay para eso?

—Alojar a tu amigo en casa resultaría... embarazoso.

—Por favor, por Bazárov no te preocupes. Él está por encima de todo eso.

—Bueno, y para ti también —profirió Nikolái Petróvich—. El problema es que el pabellón lateral de la casa no está habitable.

—Por favor, papá —continuó Arkadi—, parece como si te estuvieras disculpando. ¿No te da vergüenza?

—Pues claro que debería avergonzarme —respondió Nikolái Petróvich, ruborizándose cada vez más.

—¡Ya está bien, papá, ya está bien!... ¡Hazme el favor! —y Arkadi sonrió con dulzura. «¿Disculparse, de qué?», pensó para sí y, en ese momento, un sentimiento de indulgente ternura hacia aquel padre suyo, tan sensible y bueno, mezclado con una especie de oculta superioridad, inundó su espíritu.

—¡Por favor, déjalo ya! —repitió de nuevo, disfrutando sin querer de la consciencia de sentirse un ser libre e instruido.

Nikolái Petróvich le miró entre los dedos de la mano con la que se seguía frotando la frente y notó una especie de punzada en el corazón... E inmediatamente se sintió culpable.

—Éstas son ya nuestras tierras —musitó tras un largo silencio.

—Y aquél debe ser nuestro bosque, ¿no es así? —preguntó Arkadi.

—Sí, el nuestro. Pero lo acabo de vender. Lo talarán este año.

—¿Y por qué lo vendiste?

—Necesitaba el dinero. Además, estas tierras pasarán a manos de los campesinos.

—¿Esos mismos que no te pagan el canon?

—Eso ya es asunto de ellos, aunque ya pagarán algún día.

—¡Qué pena de bosque! —comentó Arkadi, contemplando a su alrededor.

Los parajes que cruzaban no podrían calificarse propiamente de pintorescos. Campos y más campos abiertos se extendían hasta el mismo horizonte, ora ascendiendo, ora descendiendo de nuevo. De vez en cuando se divisaban unos pequeños bosquecillos, mientras aquí y allá, cubiertas de un matorral bajo y algo ralo, serpenteaban las ramblas, sugiriendo inmediatamente a quien las contemplara la forma en que se representaban en los antiguos mapas de los tiempos de Ekaterina^[8]. Fueron surgiendo también unos riachuelos de riberas abarrancadas; algunos diminutos estanques con represas muy delgadas; varias aldeúchas formadas por isbas^[9] con unos techos bajos, oscuros y medio desmantelados; los retorcidos

cobertizos para la trilla, con sus paredes hechas de ramas secas y entrelazadas y portones rezongantes junto a los pajares vacíos; también iglesias, unas con paredes de ladrillo con calvas de estuco desgajado, otras de madera, con cruces inclinadas y cementerios desolados. A Arkadi se le oprimió un poco el corazón. Como hecho adrede, los campesinos con los que se cruzaban presentaban un estado andrajoso y montaban rocines de mala muerte. Unos sauces de tronco descortezado y ramas resquebrajadas se erguían en el camino, como pordioseros vestidos con harapos. Varias vacas descarnadas y de piel arrugada, como sorbidas desde dentro, comían con avidez la hierba de las cunetas; parecía como si acabaran de escaparse de unas zarpas crueles y mortíferas, de manera que, invocado por la penosa visión de esos animales indefensos en el marco de aquel hermoso día de primavera, emergió el níveo espectro de un invierno desolador e interminable, con sus nevadas, heladas y ventiscas... «No —pensó Arkadi—. Esta región es pobre y no sorprende por su abundancia, ni por el trabajo bien hecho. Imposible, imposible dejarla así, abandonada en este estado. Las reformas son imprescindibles... ¿Pero cómo llevarlas a cabo, por dónde empezar? ...».

Así reflexionaba Arkadi... Y mientras reflexionaba, la primavera iba marcando sus predios. Todo —los árboles, los arbustos, la hierba—, todo a su alrededor era de un verde dorado, todo brillaba y se agitaba suave y vastamente bajo el callado suspiro de una brisa tibia; las alondras invadían todos los rincones con sus interminables y sonoros trinos; las avefrías ora chillaban agitando sus alas sobre los bajos prados, ora guardaban silencio, sobrevolando a toda prisa las pequeñas elevaciones del terreno; los grajos se paseaban majestuosos, recortando sus negras siluetas en el tierno verdor del cereal de primavera: se perdían de vista entre el centeno, que ya comenzaba a blanquear, asomando de vez en cuando sus cabezas sobre las ondas del color del humo. Arkadi se sumergió en sus contemplaciones y así, poco a poco, fueron disipándose sus ingratos pensamientos... Luego, se despojó perezosamente de su capote y miró a su padre con una alegría tan infantil, que éste se vio impelido a abrazarlo de nuevo.

—Ya estamos cerca —observó Nikolái Petróvich—. En cuanto subamos esa cuesta, veremos la casa. Arkasha, viviremos juntos a las mil maravillas. Me echarás una mano en la administración de la hacienda, pero sólo si te apetece. Ahora lo que necesitamos es entendernos bien, conocernos estrechamente el uno al otro, ¿no te parece?

—Claro que sí —convino Arkadi—... ¡Qué día tan hermoso hace hoy!

—Es por tu llegada, hijo mío. Sí, la primavera está en todo su esplendor... Por cierto, cuánto de cierto escribía Pushkin, ¿recuerdas?, en *Evgueni Onegin*:

¡Cómo me entristece tu llegada!

¡Primavera, primavera, tiempo de amor!

¡Qué...!

—¡Eh, Arkadi! —sonó de repente la voz de Bazárov desde el tarantás—. ¡Tírame las cerillas! No tengo con qué encender mi pipa.

Nikolái Petróvich interrumpió su recitación y Arkadi, que había comenzado a prestarle atención, no sin cierta sorpresa y con manifiesta compasión, se apresuró a sacar de su bolsillo la cajita de plata donde guardaba las cerillas y se la pasó a Bazárov a través de Piotr.

—¿Quieres un puro? —gritó Bazárov de nuevo.

—De acuerdo —respondió Arkadi.

Piotr regresó a la calesa y, junto con la cajita de cerillas, le entregó un puro grueso y negro, que Arkadi encendió de inmediato, esparciendo a su alrededor un aroma de tabaco añejo, tan acre y fuerte que Nikolái Petróvich, que no había fumado jamás en su vida, muy a su pesar, aunque disimuladamente para no ofender a su hijo, volvió la nariz hacia otro lado.

Un cuarto de hora más tarde los dos carruajes se detenían ante el porche de una casa nueva de madera, pintada de gris y cubierta con un tejado rojo de hierro. Aquella casa era Marino, también Nóvaya Slobodka^[10] o, como la llamaban los campesinos, Bobily Jútor^[11].

IV

No hubo una muchedumbre de criados que se precipitara al porche para recibir a su señor. Tan sólo una niña de doce años y, detrás de ella, un joven muy parecido a Piotr, con una librea gris de blancos botones blasonados, el criado de Pável Petróvich Kirsánov, salieron de la casa. Fue éste quien abrió en silencio la portezuela de la calesa y desabrochó el mandil de cuero que les protegía del polvo. Nikolái Petróvich, en compañía de su hijo y Bazárov, cruzó una sala oscura y casi desierta, vio cómo detrás de una puerta aparecía y desaparecía un rostro joven de mujer y entró en un salón amueblado, éste sí, a la última moda.

—Ya estamos en casa —dijo Nikolái Petróvich en voz alta, quitándose la gorra y sacudiéndose el cabello—. Lo importante ahora es cenar y retirarse a descansar.

—Cierto, no estaría mal comer un poco —observó Bazárov, estirando el cuerpo y dejándose caer en el diván.

—Sí, sí, vayamos a cenar, cenemos cuanto antes —y Nikolái Petróvich, sin motivo aparente alguno, dio varios taconazos en el suelo—. Ahí llega, precisamente, Prokófich.

Entró un hombre de unos sesenta años, delgado, moreno de piel y con el pelo completamente cano, vestido con un frac color marrón con botones de cobre y un pañuelo rosa al cuello. Sonrió ampliamente y se acercó a besar la mano de Arkadi; luego, haciéndole una reverencia al invitado, retrocedió hasta la puerta y se quedó allí, con los brazos a la espalda.

—Aquí lo tienes, Prokófich —comenzó a decir Nikolái Petróvich—. Por fin regresa a casa... ¿Qué?, ¿cómo lo encuentras?

—Con un aspecto inmejorable, señor —respondió el viejo, y sonrió a sus anchas de nuevo para, de inmediato, fruncir sus tupidas cejas—. ¿Desea el señor que se sirva la mesa? —entonó con aire grave.

—Sí, sí, por favor... ¿Pero no querría usted antes, Evgueni Vasílich, pasar por su habitación?

—No, se lo agradezco, no es necesario. Ordene tan sólo que lleven allí mi pequeña maleta y también esta pequeña prenda de vestir —añadió el joven, despojándose de su hopalanda.

—Muy bien. ¡Prokófich, hazte cargo de su capote! (Prokófich, un tanto perplejo, cogió con ambas manos «la pequeña prenda de vestir» de Bazárov y, levantándola por encima de su cabeza, se retiró de puntillas)... Y tú, Arkadi, ¿no quieres pasar un momento por tu habitación?

—Sí, necesito asearme un poco —respondió Arkadi, y ya se encaminaba hacia la puerta, cuando en ese preciso momento entró en el salón un hombre de mediana estatura, que vestía un terno inglés de color oscuro, una pequeña corbata a la moda y unas botas acharoladas de media caña: era Pável Petróvich Kirsánov. Aparentaba unos cuarenta y cinco años: sus cabellos grises, cortados a cepillo, irradiaban un

brillo oscuro, como la alpaca; su rostro, de color bilioso, aunque sin una sola arruga, y de facciones extraordinariamente limpias y correctas, como si hubieran sido trazadas con un ligero y delicado buril, guardaba el vestigio de una impresionante hermosura; especialmente bellos resultaban sus ojos negros, rasgados y luminosos. La fisionomía toda del tío de Arkadi, elegante y de pura raza, conservaba esa esbeltez juvenil, esa tensión ascendente que eleva del suelo y desaparece prácticamente una vez cumplidos los treinta años.

Pável Petróvich sacó del bolsillo de su pantalón una mano con unas uñas largas y sonrosadas, que parecía aún más hermosa por contraste con la nivea blancura del puño, abrochado con un grueso y solitario ópalo, y se la tendió a su sobrino. Una vez ejecutado aquel previo *shake hands*^[12] a la europea, le besó tres veces a la rusa, es decir, rozando con sus perfumados bigotes las mejillas de su sobrino, y dijo: «¡Bienvenido!».

Nikolái Petróvich le presentó a Bazárov: Pável Petróvich inclinó ligeramente su flexible tallo y, aunque también le sonrió levemente, no sólo no le ofreció la mano, sino que incluso la volvió a meter en el bolsillo.

—Ya comenzaba a pensar que no llegarían hoy —comenzó a decir con voz agradable, balanceando el cuerpo, encogiéndose de hombros con prestancia y mostrando su hermosa y blanca dentadura—. ¿Acaso les ocurrió algo en el camino?

—No, nada —respondió Arkadi—. Simplemente, nos retrasamos un poco. Y ahora estamos hambrientos como lobos. Papá, métele prisa a Prokófich. Estaré de vuelta en un momento.

—¡Espera, voy contigo! —exclamó de repente Bazárov, dando un salto del diván. Y los dos jóvenes salieron juntos.

—¿Quién es ése? —preguntó Pável Petróvich.

—Un amigo de Arkasha, un hombre muy inteligente, a juzgar por sus palabras.

—¿Será nuestro huésped?

—Sí.

—¿Ese melenudo?

—Así es.

Pável Petróvich tamborileó las uñas sobre la mesa.

—Encuentro que Arkadi *s'est dégoûdi*^[13] —observó—. Me alegro de su llegada.

Se habló poco durante la cena. Bazárov, en particular, apenas dijo nada; en cambio, no paró de comer. Nikolái Petróvich contó varias anécdotas de lo que él llamaba su vida de hacendado, comentó algunas inminentes medidas del gobierno, habló de los comités, de los diputados, de la necesidad de mecanizar la agricultura, etc. Pável Petróvich se paseaba lentamente por el comedor (no cenaba nunca), de cuando en cuando tomaba un sorbo de una copa de vino tinto y, más esporádicamente aún, hacía alguna observación o, más bien, emitía una exclamación del tipo «¡ah!, ¡ajá!, ¡hum!».

Arkadi les puso al día de las noticias de Petersburgo, pero, al hacerlo, sentía un ligero embarazo, ese embarazo que tan habitualmente embarga a los jóvenes

que acaban de salir de la infancia y vuelven a un lugar donde todos están acostumbrados a verlos y considerarlos como unos chiquillos. Se extendía en explicaciones sin necesidad alguna; evitaba decir «papá» y en cierta ocasión hasta la sustituyó sobre la marcha con la palabra «padre», si bien es verdad que pronunciándola entre dientes; y, con más desparpajo de la cuenta, se llenaba la copa con mucho más vino del que realmente le apetecía y la apuraba hasta las heces. Prokófich no apartaba los ojos de él, aunque se limitaba a mover los labios sin decir una palabra. Nada más acabar la cena, todos se retiraron de inmediato a sus habitaciones.

—Un poco rarito, tu tío —le comentó Bazárov a Arkadi, sentándose en bata al lado de su cama y aspirando su pequeña pipa con energía—. ¡Vaya dandismo que se gasta en una aldea como ésta! ¡Y esas uñas, esas uñas! ¡Para mandarlas directamente a una exposición!

—¡Y eso que tú no sabes de la misa la media! —respondió Arkadi—. En sus tiempos era un león. Ya te contaré su vida un día de éstos. Todo un adonis y, además, traía loquitas a las mujeres.

—¡Vaya! ¡Entonces lo suyo le viene de antiguo! Sólo que aquí, lástima, no tiene a quien hechizar. Le estuve contemplando de la cabeza a los pies: ¡qué cuellos tan almidonados, qué portento, como si fueran de piedra! ¡Y esa barbilla suya tan bien afeitada!... ¿Qué pasa, Arkadi Nikoláevich, no te resulta cómico?

—Quizá, pero en verdad te digo que es un buen hombre.

—¡Más bien un fenómeno arcaico!... Tu padre, en cambio, sí que me pareció un buen hombre. Quizá lea poesía sin sacarle demasiado provecho, ni tenga demasiada cabeza para llevar esta hacienda, pero es pan bendito.

—Mi padre vale lo que pesa en oro.

—¿Te fijaste en cómo se ruborizaba?

Arkadi asintió con la cabeza, como si él mismo no se ruborizara.

—¡Qué fenómeno tan curioso, estos viejos románticos! —prosiguió Bazárov—. Destrozan su sistema nervioso hasta la exasperación, hasta perder el equilibrio mental... ¡En fin, me marchó!... En mi habitación hay un lavamanos inglés, pero la puerta no se cierra. A pesar de todo, es digno de alabanza: ¡un lavamanos inglés! ¡Qué signo de progreso!

Nada más salir Bazárov, una sensación de felicidad embargó a Arkadi. Qué placer acostarse en la casa paterna, en la cama de uno, bajo la colcha que bordaron unas manos queridas, quizá las manos de su aya, aquellas manos tan buenas, incansables y cariñosas. Arkadi recordó a Yegórovna. Suspiró y le deseó un descanso eterno en el cielo... Y eso que él nunca rezaba para sí mismo.

Tanto Bazárov como él se durmieron pronto, pero otros habitantes de la casa tardaron mucho más en hacerlo. A Nikolái Petróvich le turbaba el regreso de su hijo. Se había metido en la cama, pero seguía sin apagar la vela y, con la cabeza recostada sobre su brazo, se sumió en un tumulto de pensamientos. Su hermano permaneció

largo rato en su despacho, sentado en un sillón de la casa Gambs^[14], delante mismo de la chimenea, donde el carbón se consumía lentamente. Pável Petróvich no se había desvestido, tan sólo unos pantuflos chinos de color rojo sin calcañar sustituían en sus pies a las botas acharoladas de media caña. Sostenía en sus manos el último número del *Galignan*^[15], pero no lo leía; miraba fijamente la chimenea, donde, ora menguando, ora renaciendo, temblaba una llama azulada... A saber por dónde vagaban sus pensamientos, aunque, ciertamente, no lo hacían tan sólo por el pasado: su rostro tenía una expresión concentrada y sombría, algo que no suele ocurrir cuando un hombre anda ensimismado únicamente en sus recuerdos. Y en una pequeña habitación de la parte trasera de la casa, sentada sobre un gran baúl, vestida con una blusa de abrigo sin mangas de color azul celeste y con un pañuelo blanco echado sobre sus cabellos oscuros, se encontraba una joven, Féniechka, que tan pronto agudizaba el oído, como dormitaba o clavaba su mirada en una puerta abierta, tras la cual se veía una cama infantil, desde donde se oía la respiración tranquila del niño que en ella dormía.

V

A la mañana siguiente, Bazárov fue el primero en despertarse y salir de la casa. «¡Vaya! —pensó observando a su alrededor—. ¡Qué paraje tan feúcho!». Cuando Nikolái Petróvich separó sus tierras de las de sus campesinos, agregó a la nueva casa unas cuatro hectáreas de terreno completamente llano y calmo. Luego mandó construir la casa, las dependencias auxiliares y la granja, trazar el jardín y cavar el estanque y los dos pozos; pero los árboles nuevos enraizaron mal, el estanque recogía poca agua de correntía y la de los pozos tenía un sabor algo salobre. Tan sólo las lilas y acacias que formaban la pérgola del cenador crecieron como era debido; a veces allí almorzaban y tomaban el té. En pocos minutos, Bazárov recorrió todos los senderos del jardín y entró en la cuadra y la vaqueriza. Luego acertó a encontrar a dos muchachos de la servidumbre, con los que hizo inmediatamente amistad, y se marchó con ellos a coger ranas a un pequeño aguazal, que apenas distaba un kilómetro de la casa.

—¿Y para qué quiere usted las ranas, señor? —le preguntó uno de los muchachos.

—Pues verás —le respondió Bazárov, que poseía la especial habilidad de despertar confianza en la gente humilde, a pesar de tratarles con cierta displicencia y no mostrarse excesivamente indulgente con ellos—, las abro y veo qué pasa dentro de ellas. Y como tanto tú como yo somos como ranas, sólo que andamos de pie sobre nuestras piernas, pues así averiguo también qué pasa dentro de nosotros.

—¿Y qué falta te hace averiguarlo?

—Pues para no equivocarme si tú caes enfermo y tengo que curarte.

—¿Acaso eres *doctur*?

—Pues sí.

—¿Has oído, Vaska? El señor dice que tú y yo somos como ranas. ¡Qué curioso!

—Pues yo les tengo miedo a las ranas —reconoció Vaska, un muchacho de unos siete años, con una cabeza tan blanca como el lino, que andaba descalzo y vestía un caftán corto de color gris y cuello alto.

—¿Y por qué les temes? ¿Acaso muerden?

—Bueno, filósofos, ya está bien. ¡Meteos en el agua! —cortó Bazárov.

A esas alturas, Nikolái Petróvich, que también se había levantado ya, fue a ver a Arkadi y lo encontró vestido. Padre e hijo salieron a la terraza cubierta con la marquesina. Cerca de la balaustrada, en la mesa, entre grandes ramos de lilas, ya bullía el samovar. Entonces apareció una niña, la misma que la víspera había sido la primera en saludar a los viajeros en el porche, que informó con voz chillona:

—Fedosia Nikoláevna no vendrá, porque no se encuentra del todo bien. Así que me ha ordenado que les pregunte si ustedes mismos se servirán el té o si envía a Dúniasha.

—Yo mismo lo serviré —se apresuró a responder Nikolái Petróvich—. Arkadi, ¿tú con qué tomas el té, con crema de leche o con limón?

—Con crema —respondió Arkadi, y, tras hacer una pausa, preguntó—: ¿Papá?

Nikolái Petróvich miró a su hijo con cierta confusión:

—¿Qué ocurre? —le preguntó a su vez.

Arkadi bajó la mirada.

—Perdona, papá, si mi pregunta te resulta inoportuna —comenzó él—. Pero tú mismo, con lo franco que te mostraste ayer, me incitas a que también yo lo sea... No te enfadarás, ¿verdad?

—Habla.

—Me animas a que te pregunte... ¿No será porque yo estoy aquí por lo que Fén..., bueno, ella, no viene a servir el té?

Nikolái Petróvich se giró ligeramente.

—Sí, quizá. Quizá piense que... podría sentir vergüenza —respondió por fin.

Arkadi levantó rápidamente la mirada hacia su padre.

—Pues no tiene por qué avergonzarse. En primer lugar, porque ya conoces mi manera de pensar (a Arkadi le agradó mucho pronunciar esas palabras) y, en segundo lugar, ¿por qué iba a atreverme yo a poner ningún impedimento a tu vida o tus costumbres? Además, estoy seguro de que nunca harías una mala elección. Si has permitido que ella viva contigo bajo un mismo techo, es porque se lo merece. En cualquier caso, un hijo nunca debe convertirse en el juez de su padre y menos yo, teniendo un padre como tú, que nunca ha tratado de constreñir mi libertad.

La voz de Arkadi era vacilante al principio: se sentía generoso, pero al mismo tiempo parecía como si estuviera sermoneando a su padre. No obstante, el sonido de las palabras propias influye en quien las dice y Arkadi pronunció las últimas en un tono firme, incluso un tanto efectista.

—Gracias, Arkasha —tomó sordamente la palabra Nikolái Petróvich, mientras sus dedos recorrían de nuevo sus cejas y su frente—. Tus presunciones son de lo más justas. Naturalmente, si esa muchacha no lo mereciera... Pero tampoco se trata de un capricho decidido a la ligera. No me resulta cómodo hablar contigo sobre esta cuestión, pero comprenderás que a ella le resulte pesadoso permanecer aquí en tu presencia, especialmente al día siguiente de tu llegada.

—En ese caso, yo mismo iré a verla —se ofreció Arkadi en un nuevo acceso de magnanimidad, y saltó de la silla—. Le haré comprender que no tiene por qué avergonzarse ante mí.

Nikolái Petróvich se levantó también.

—Arkadi —comenzó a decir—, hazme el favor... Trata allí... En lo posible... No te he dicho que...

Pero Arkadi, que abandonaba a toda prisa la terraza, ya no le pudo escuchar. Nikolái Petróvich le siguió con la mirada mientras se alejaba y luego, abatido, se dejó caer sobre la silla. Su corazón comenzó a latir con fuerza... ¿Pensaba, acaso, en aquel momento en un próximo e inevitable enrarecimiento de las relaciones con su hijo? ¿No era posible que quizás Arkadi hubiera valorado una mayor discreción de su parte

en este asunto? ¿O acaso se estaba reprochando su presunta debilidad? Resultaba difícil saberlo; todos y cada uno de aquellos sentimientos estaban presentes en su estado de ánimo, pero más bien eran como sensaciones y, siendo así, nada claras; con todo, el rubor seguía sin desaparecer de sus mejillas y su corazón latía desbocado.

Al rato se escucharon unos pasos apresurados y Arkadi entró de nuevo en la galería.

—¡Ya nos hemos presentado, padre! —exclamó con una expresión afectuosa y de cierta bondadosa solemnidad en su rostro—. Es cierto que Fedosia Nikoláevna se encuentra algo indispuesta y que se reunirá con nosotros más tarde... ¿Pero cómo es que no me dijiste que tengo un hermano? De haberlo sabido, le hubiera besado ayer como acabo de hacerlo ahora.

Nicolái Petróvich quiso decir algo, levantarse y abrazar a su hijo... Pero Arkadi fue más rápido y corrió a prenderse de su cuello.

—¿Pero qué es esto? ¿Os abrazáis de nuevo? —sonó en ese momento, y a sus espaldas, la voz de Pável Petróvich.

Padre e hijo se alegraron por igual de aquella aparición. Existen situaciones conmovedoras a las que uno quiere poner fin cuanto antes.

—¿Y de qué te extrañas? —salió al paso alegremente Nikolái Petróvich—. Hacía siglos que esperaba a Arkasha... Y desde ayer sigo sin saciar las ganas que tenía de verle.

—La verdad es que no me extraña —observó Pável Petróvich—. Yo mismo le abrazaría otra vez de buena gana.

Arkadi se acercó a su tío y de nuevo volvió a sentir el perfumado contacto de sus bigotes. Pável Petróvich se sentó a la mesa. Vestía un elegante traje matinal a la moda inglesa y en la cabeza lucía un pequeño fez. El fez y la pequeña corbata, anudada de forma un tanto descuidada, sugerían el relajo característico de la vida en el campo; pero el apretado cuello postizo de la camisa, que no era blanca, sino de varios colores, como corresponde a un atuendo matinal, se clavaba implacable en su rasurada barbilla.

—¿Dónde está tu nuevo amigo?

—En casa, no. Suele levantarse temprano y pasear por ahí. Pero es importante no prestarle demasiada atención, porque abomina de las formalidades.

—Sí, eso se nota —repuso Pável Petróvich, comenzando ceremoniosamente a untar mantequilla en el pan—. ¿Y se va a quedar mucho tiempo con nosotros?

—Ya se verá. Está aquí de paso hacia la casa de su padre.

—¿Y dónde vive su padre?

—En nuestra misma provincia, a unas ochenta versts de aquí. Su padre tiene allí una pequeña propiedad. Antes trabajó de médico en un regimiento.

—Hum, hum, hum... No dejo de preguntarme dónde habré oído yo antes ese apellido, Bazárov... Nikolái, ¿en la división de papá había un médico apellidado Bazárov, o no te acuerdas?

—Sí, creo que sí.

—Exacto, así es. Entonces ese médico debe ser su padre... —Pável Petróvich se atusó el bigote—. ¡Hum!... Bueno, ¿y el propio señor Bazárov qué es? —preguntó pausadamente.

—¿Que quién es Bazárov? —Arkadi se sonrió—. ¿Quieres, tío, que te diga qué es Bazárov exactamente?

—Sí, sobrino, hazme ese favor.

—Un nihilista.

—¿Qué? —preguntó Nikolái Petróvich, mientras Pável Petróvich dejaba el cuchillo suspendido en el aire, con una porción de mantequilla en el extremo de la hoja, y se quedaba como paralizado.

—Un nihilista —repitió Arkadi.

—¡Un nihilista! —enfaticó Nikolái Petróvich—. Si no me equivoco, del latín *nihil*, «nada»... ¿Entonces califica esa palabra a la persona... que no reconoce nada ni a nadie?

—Di, mejor, que califica a quien nada respeta —le corrigió Pável Petróvich, afanándose de nuevo en la mantequilla.

—O a quien todo lo aborda desde un punto de vista crítico —apuntó Arkadi.

—¿Y no es lo mismo? —preguntó Pável Petróvich.

—No, no es lo mismo. Un nihilista es aquella persona que no se inclina ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio como cuestión de fe, sea cual sea el reconocimiento del que éste goce.

—¿Y acaso eso está bien? —le interrumpió Pável Petróvich.

—Según y cómo, tío. En algunos casos estará bien, en otros mal.

—Vaya. De todas formas, es algo que no va con nosotros. Nosotros somos gente del pasado, gente que cree que sin principios (Pável Petróvich pronunció esta última palabra de manera suave, a la manera francesa; Arkadi, por el contrario, pronunció «principio» acentuando la primera sílaba), sin esos principios aceptados como cuestión de fe, como tú dices, no se puede dar un solo paso, ni siquiera respirar. *Vous avez changé tout cela*^[16], Dios les dé salud y galones de general, mientras nosotros nos limitamos a admirarles, señores... ¿Cómo dijiste?

—Nihilistas —apuntó Arkadi sucintamente.

—Sí. Antes fueron hegelianos y ahora nihilistas. Quisiera yo ver cómo van ustedes a sobrevivir en el vacío, en un espacio sin gravedad... Y ahora, hermano mío, Nikolái Petróvich, haz el favor de llamar al servicio: es la hora de tomar mi cacao.

Nikolái Petróvich llamó y gritó: «¡Dúniasha!». Pero en lugar de Dúniasha, quien apareció en la terraza fue Féniechka en persona. Era una mujer joven de unos veintitrés años, de piel blanca y suave, pelo oscuro y ojos negros, de infantiles labios carnosos y delicadas manos. Vestía un pulcro vestido de indiana y una pañoleta azul celeste recién estrenada reposaba suavemente sobre sus hombros torneados. Traía en su mano una gran taza con cacao y, tras colocarla delante de Pável Petróvich, se

quedó confusa y como petrificada: un rojo de sangre caliente, como una ola escarlata, se extendió por debajo de la fina epidermis de su agraciado rostro. Ella bajó los ojos y se quedó de pie junto a la mesa, apoyándose ligeramente en ella con la punta de sus dedos. Parecía como si se avergonzara de su presencia, pero al mismo tiempo fuera consciente de su derecho a estar presente.

Pável Petróvich frunció las cejas con severidad, mientras Nikolái Petróvich parecía confundido.

—¡Buenos días, Féniechka! —musitó él entre dientes.

—¡Buenos días, señor! —respondió ella en voz baja, pero firme, y lanzando una mirada de reojo hacia Arkadi, que le sonreía amistosamente, salió sin hacer ruido. Caminaba contoneándose ligeramente, pero incluso aquello lo hacía con donaire.

Durante unos momentos, en la terraza reinó el silencio. Pável Petróvich, que sorbía su cacao, levantó de repente la cabeza.

—¡Vaya, por ahí llega nuestro señor nihilista! —anunció a media voz.

Y, efectivamente, por el jardín, caminando entre los parterres, se aproximaba Bazárov. Su abrigo de tela estaba embarrado y una viscosa planta de pantano se había enrollado en la redondeada copa de su sombrero. En su mano derecha sostenía un pequeño saquito y, en su interior, algo vivo se agitaba. Rápidamente se acercó a la terraza y, con un gesto de su cabeza, profirió en voz alta:

—¡Buenos días, señores! Perdonen mi retraso a la hora del té, pero estaré con ustedes en un santiamén. Antes tengo que acomodar a estos pequeños prisioneros.

—¿Qué lleva usted ahí? ¿Sanguijuelas? —preguntó Pável Petróvich.

—No, son ranas.

—¿Se las come usted o las cría?

—Las utilizo en mis experimentos —respondió Bazárov, indiferente, y entró en la casa.

—Ése va a rajarlas —comentó Pável Petróvich—. En los principios no creerá, pero sí en las ranas.

Arkadi miró a su tío con pesar, mientras Nikolái Petróvich se encogía de hombros con disimulo. Incluso Pável Petróvich tuvo la impresión de no haber ironizado con demasiada fortuna, así que comenzó a hablar sobre la hacienda y el nuevo intendente, que la víspera había ido a quejarse de que el bracero Foma era un camorrista y que se había desmandado por completo. «Se cree un Esopo —aseguró entre otras cosas—, pero va haciendo el imbécil por todas partes. ¡Tonto es y tonto morirá!».

VI

Regresó Bazárov, se sentó a la mesa y comenzó apresuradamente a tomarse el té. Los dos hermanos le miraban hacer en silencio, mientras Arkadi observaba con el rabillo del ojo ora al padre, ora al tío.

—¿Se alejó mucho de la casa? —preguntó por fin Nikolái Petróvich.

—Estuve en ese pantano que tienen ustedes cerca del bosquecillo de tiemblos. Al menos cinco becadas levantaron el vuelo ante mi presencia. ¡Podrías cazarlas, Arkadi!

—¿Usted no es cazador?

—No.

—¿Se dedica usted a la física en particular? —se unió Pável Petróvich al turno de preguntas.

—Sí, a la física; a las ciencias naturales en general.

—Dicen que los germanos, en los últimos tiempos, han hecho grandes progresos en esa rama del saber.

—Sí, en ese campo los alemanes nos dan sopas con onda —respondió Bazárov con cierta indolencia.

Pável Petróvich había utilizado el término «germanos», en lugar de «alemanes», en un sentido irónico que nadie, por cierto, pareció advertir.

—¿En tan alto concepto tiene usted a los alemanes? —preguntó con rebuscada cortesía Pável Petróvich, quien ya comenzaba a sentir una oculta aversión. A su natural aristocrático le indignaba la consumada desenvoltura de Bazárov. Aquel hijo de matasanos no sólo no se dejaba intimidar, sino que incluso se atrevía a responder de manera entrecortada y como a desgana, y en su voz había un deje zafio, casi insolente.

—Los sabios de allá son gente muy capaz.

—Vaya, vaya. Pero seguro que usted no tiene una opinión tan lisonjera de los sabios rusos...

—Quizá sea así.

—¡Qué abnegación tan encomiable! —repuso Pável Petróvich, irguiendo el talle y echando la cabeza hacia atrás—. Entonces, ¿cómo es que Arkadi Nikoláevich nos acaba de decir que usted no reconoce la autoridad intelectual de nadie? ¿Acaso no cree en ello?

—¿Y por qué tendría que reconocerla o creer en ella? Si a mí me demuestran un hecho, yo lo acepto, eso es todo.

—¿Y los alemanes siempre están demostrando hechos? —inquirió Pável Petróvich, y su rostro adquirió una expresión tan indiferente y distante, que parecía como si hubiera trepado a una cima que sobresaliera por encima de las nubes.

—No todos —respondió con un leve bostezo Bazárov, a quien era evidente que no le apetecía continuar aquella lucha floral.

Pável Petróvich lanzó una mirada hacia Arkadi, como si con ella le quisiera decir: «¡Pues sí que es cortés tu amigo!».

—Por lo que a mí se refiere —volvió a tomar la palabra, no sin cierto esfuerzo—, yo, pecador de mí, a los alemanes no les tengo ningún aprecio. Y a los rusos alemanes, ya ni le miento: sabemos de sobra qué tipo de pájaros son. Pero tampoco los alemanes de Alemania son plato de mi gusto. Los de antaño tenían un paso; entonces tenían al menos a un Schiller o, digamos, a un Goethe... Mi hermano, en particular, siente un gran aprecio por ellos... Pero ahora sólo producen químicos y materialistas de éstos...

—Un químico honesto es veinte veces más útil que cualquier poeta —le interrumpió Bazárov.

—Vaya —repuso Pável Petróvich, y arqueó ligeramente las cejas, como si se estuviera quedando adormilado—. Entonces, usted, a lo que se ve, ¿tampoco respeta el arte?

—¡El arte de amasar dinero, eso sí que es una almorrana! —exclamó Bazárov con una sonrisa burlona y despectiva.

—Ajá, conque ésas tenemos. Veo que no pierde oportunidad alguna de bromear. ¿Entonces no respeta usted nada?... Está bien, admitámoslo. ¿Eso quiere decir que sólo cree en la ciencia?

—Ya le he dicho que no creo en nada. Además, ¿a qué se refiere cuando habla de ciencia? ¿A la ciencia en general?... Hay ciencias como hay oficios o títulos; pero la ciencia, así en general, no existe en absoluto.

—Eso está muy bien, señor. Y respecto a las demás normas que se adoptan en sociedad, ¿también mantiene usted la misma actitud negativa?

—¿Pero qué es esto? ¿Un interrogatorio? —preguntó Bazárov.

Pável Petróvich palideció ligeramente... Entonces Nikolái Petróvich consideró oportuno inmiscuirse en la conversación.

—Ya habrá ocasión en que conversemos con más detalle sobre esta cuestión, estimado Evgueni Vasílich. Conoceremos sus opiniones y usted las nuestras. Por lo que a mí respecta, me alegro mucho de que se dedique a las ciencias naturales. He oído que Liébig ha hecho unos descubrimientos asombrosos en el campo de los abonos agrícolas. Quizá pueda usted ayudarme en mis trabajos agronómicos, darme algún consejo útil.

—Estoy a su entera disposición, Nikolái Petróvich... ¡Pero cómo podría yo atreverme con Liébig!... Primero tendría que aprender el abecedario de la ciencia agronómica y, ya después, tirar de libro, pues en esta cuestión estoy en pañales.

«¡Hum, ahora veo que eres un nihilista hasta los tuétanos!», pensó para sí Nikolái Petróvich.

—De todas formas, permítame recurrir a usted cuando surja la necesidad —añadió en voz baja—. Y ahora, hermano, supongo que deberíamos ir a hablar con el intendente.

Pável Petróvich se levantó de la silla.

—Sí —dijo él, sin mirar a nadie—. ¡Qué pena vivir apartado cinco añitos en una aldea, lejos de tantas mentes preclaras! Como se suele decir, el que es tonto, tonto se queda. Anda empeñado uno en no olvidar lo que le enseñaron y de pronto, ¡zas!, resulta que todo es absurdo. De pronto alguien te asegura que la gente sensata ya no se dedica a esas simplezas y que uno no es más que un zopenco desfasado. ¡Qué se le va a hacer! Está visto que la juventud es más sabia que nosotros.

Pável Petróvich se giró lentamente sobre sus talones y, lentamente también, abandonó la terraza. Nikolái Petróvich salió tras sus pasos.

—¿Qué pasa? ¿Siempre es así con vosotros? —preguntó Bazárov fríamente a Arkadi, nada más cerrarse la puerta detrás de los dos hermanos.

—Escucha, Evgueni, le has tratado con demasiada brusquedad —observó Arkadi—. Le has ofendido.

—¡Claro, me voy a dedicar yo ahora a halagar a estos aristócratas de provincias, cuando todo lo que tienen no es más que amor propio, maneras de león y fatuidad! Se creen que con estudiar la carrerita en Petersburgo ya tienen conocimientos para toda la vida... Pero, en fin, ¡allá ellos!... ¿Sabes? He encontrado un raro ejemplar de escarabajo acuático, un *Dystiscus marginatus*... ¿Lo conocías?... Ya te lo mostraré.

—Bien, te prometí que te contaría su historia —comenzó a decir Arkadi.

—¿La historia del escarabajo?

—Ya está bien, Evgueni... La historia de mi tío. Ya verás como no es el tipo de hombre que te imaginas. Y que se merece más compasión que burla.

—Y yo no lo discuto. ¿Pero se puede saber qué has visto en él?

—Hay que ser justo, Evgueni.

—¿Y eso a qué viene?

—No, escucha...

Y Arkadi le contó la historia de su tío. Una historia que el lector encontrará en el capítulo siguiente.

VII

Pável Petróvich Kirsánov recibió su primera educación en casa, al igual que su hermano menor Nikolái, y más tarde ingresó en el Cuerpo de Pajes. Ya desde la niñez se distinguía por su extraordinaria belleza; además, tenía confianza en sí mismo y era algo burlón, divertido y cáustico: en una palabra, era irresistible. Nada más graduarse de oficial, aparecía en todas partes. Lo llevaban en palmas y él se dejaba querer; incluso empezó a tontear, a hacerse el melindroso; pero hasta así quedaba bien. Las mujeres perdían la cabeza por él, mientras los hombres le llamaban fatuo y le envidiaban en secreto. Vivía en un mismo piso con su hermano, a quien quería sinceramente, aunque se le parecía más bien poco. Nikolái Petróvich cojeaba ligeramente, sus rasgos eran finos, agradables, pero tristes, con unos pequeños ojos negros y el cabello ralo; se dejaba llevar a gusto por la pereza, pero también disfrutaba leyendo y rehuía temerosamente los actos de sociedad. En cambio, Pável Petróvich no se quedaba ninguna tarde en casa, era célebre por su arrojo y destreza (introdujo entre la juventud mundana la moda de practicar gimnasia) y no leería por aquel entonces más de cinco o seis libros franceses. A los veintiocho años de edad ya era capitán; le aguardaba una brillante carrera. Pero de pronto todo cambió.

Por aquel tiempo, una mujer, la princesa R, a la que aún todo el mundo recuerda, se dejaba ver de vez en cuando en la sociedad de Petersburgo. Su marido era un hombre honrado y bien educado, aunque un poco simple, y no tenían hijos. Ella tan pronto viajaba al extranjero como regresaba a Rusia, llevando por lo general una vida un tanto extraña. Se había labrado fama de ser una coqueta frívola, que se entregaba con pasión a todo tipo de diversiones, bailaba hasta caer rendida, bromeaba y se reía a carcajadas con jóvenes galanes, a los que recibía en la penumbra de su recibidor antes del almuerzo y que luego, a la noche, lloraba y rezaba sin posibilidad de encontrar sosiego, paseando nerviosamente de un lado a otro de su habitación, muchas veces hasta el amanecer, mientras se retorció las manos presa de la melancolía o se quedaba sentada, toda ella pálida y fría, delante de su salterio. Pero comenzaba el día y, transformándose de nuevo en una dama mundana, subía al coche y bailaba, charlaba y se encontraba con cualquiera que le pudiera proporcionar unos momentos de diversión. Era una mujer extraordinariamente esbelta y su cola de pelo dorado, tan pesada como el oro, caía suelta hasta más abajo de sus rodillas. Sin embargo, nadie la tenía por una belleza. Lo único remarcable en su rostro eran sus ojos, pero incluso no propiamente los ojos —que eran pequeños y grises—, sino la mirada que brotaba de ellos, rápida y penetrante, indolente hasta la osadía y meditabunda hasta el abatimiento: una mirada verdaderamente enigmática. Algo extraño brillaba en ellos, aun cuando su lengua balbuciera las palabras más vacuas. Y vestía con una elegancia exquisita. Pável Petróvich se la encontró en una velada, bailó con ella una mazurca, durante la cual la mujer no abrió la boca, y eso bastó para que se enamorara apasionadamente de ella. Acostumbrado a cantar victoria, también esta vez consiguió

su objetivo, pero la facilidad del triunfo no enfrió en nada su pasión. Al contrario, se encaprichó con más fuerza, con más dolor, de aquella mujer que, incluso en las ocasiones en que se entregaba sin oponerse lo más mínimo, parecía como si se reservara algo íntimo e inaccesible, un rincón donde nadie podía penetrar. ¡Qué misterio podía anidar en su alma, eso sólo Dios lo sabía! Parecía como si aquella mujer dispusiera de unas fuerzas ocultas que ella misma desconocía; unas fuerzas que jugaban con ella a placer y que su reducido intelecto no podía meter en cintura. Toda su conducta era una sarta de incongruencias. Las únicas cartas que podrían haber despertado las justas sospechas de su marido, aquella mujer se las escribía a un hombre que le resultaba casi del todo ajeno y por un amor que más bien provocaba tristeza. Ya no se reía ni bromeaba con el hombre que había elegido; se limitaba a escucharle y mirarle con perplejidad. A veces, y por lo general de improviso, esa perplejidad suya se transformaba en una especie de horror frío y su rostro adoptaba una expresión salvaje y cadavérica. Entonces se encerraba en su dormitorio y su doncella, a poco que aplastara la oreja contra la cerradura, podía escuchar sus sofocados sollozos. Más de una vez Kirsánov, al regresar a casa después de una cita amorosa, sentía en su corazón ese despecho amargo y desgarrador que suele brotar del corazón tras un rotundo fracaso. «¿Qué más puedo desear?», se preguntaba, con el corazón transido de dolor. Un día le regaló un anillo con una esfinge tallada en la piedra.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿Una esfinge?

—Sí —respondió él—, es una esfinge: usted misma.

—¿Yo? —preguntó, levantando lentamente hacia él una misteriosa mirada—. ¿Sabe que es muy lisonjero de su parte? —añadió con una sonrisa burlona y anodina, mientras sus ojos le seguían mirando del mismo extraño modo.

Pável Petróvich no era feliz ni cuando la princesa R parecía quererle realmente; pero cuando ella se descariñó de él, algo que ocurrió muy pronto, Kirsánov casi se volvió loco. Se atormentaba y moría de celos; no la dejaba en paz y la seguía por todas partes. Hastiada de aquella obsesiva persecución, ella se marchó al extranjero. Entonces, él, haciendo oídos sordos a los ruegos de sus camaradas y a las exhortaciones de sus superiores, abandonó el ejército y partió en pos de la princesa. Pasó cuatro años en tierras extrañas, ya siguiendo sus pasos, ya tratando de olvidarse de ella, avergonzándose de sí mismo, indignado por su falta de carácter... Pero de nada le servía. La imagen de aquella mujer, una imagen incomprensible, casi absurda, pero al mismo tiempo tan fascinante, se había incrustado demasiado profundamente en su alma. Fuera como fuese, en Baden consiguió reanudar con ella sus antiguas relaciones; parecía que la princesa no le hubiera querido jamás con tanta pasión como entonces... Pero al cabo de un mes todo se acabó: el fuego se había reavivado por última vez para apagarse para siempre. Presintiendo la inevitable separación, Kirsánov trató al menos de que ella le siguiera considerando como un amigo, como si la amistad con aquella mujer fuera posible... La princesa se marchó en secreto de

Baden y desde entonces siempre esquivó a Kirsánov. Él regresó a Rusia e intentó reanudar su vida anterior, pero ya fue incapaz de adaptarse a ella. Vagaba de un lado para otro, como a merced de un veneno; seguía saliendo y manteniendo sus antiguas prácticas de hombre mundano; incluso tuvo ocasión de jactarse de dos o tres victorias amorosas más, pero ya no esperaba nada especial ni de él ni de los demás, y no tomó ninguna iniciativa. Envejeció, su pelo encaneció. Pasar las tardes en el club, aburrirse amargamente y participar en las discusiones de su círculo de solteros se convirtió para él en una especie de necesidad, algo que, como todos sabemos, es malo en cualquier circunstancia. Naturalmente, nunca pensó en casarse. Y así transcurrieron diez años grises y estériles, diez años que volaron rápidamente, a una velocidad inusitada. En ningún lugar como en Rusia vuela el tiempo de esa manera, aunque dicen que en la cárcel aún vuela más rápido. Una tarde, almorzando en el club, Pável Petróvich se enteró de la muerte de la princesa R. Había muerto en París y en un estado mental rayano con la locura. Kirsánov se levantó de la mesa y paseó largo rato por los salones del club, deteniéndose pasmado ante los jugadores de cartas, pero no volvió a casa hasta su hora de costumbre. Al poco tiempo recibió un paquete dirigido a su nombre y, en su interior, encontró el anillo que le había regalado a la princesa. Ella había dibujado una cruz sobre la esfinge y dejó ordenado que le dijeran que ésa era la clave del enigma: la cruz.

Eso ocurrió a comienzos de 1848, justo en la época en que Nikolái Petróvich, después de perder a su esposa, había regresado a Petersburgo. Pável Petróvich prácticamente no veía a su hermano desde que éste se fuera a vivir a la aldea: la boda de Nikolái Petróvich coincidió con los primeros días de idilio entre Pável Petróvich y la princesa. Luego, cuando regresó del extranjero, fue a visitarle con la intención de pasar dos meses con él y participar de su felicidad, pero se quedó sólo una semana. La diferencia de estado anímico entre los dos hermanos resultaba demasiado patente. En 1848 esa diferencia se redujo: Nikolái Petróvich había perdido a su mujer y Pável Petróvich sus recuerdos. Después de la muerte de la princesa, él trató de no volver a pensar en ella. Pero a Nikolái le quedaba la sensación de haber vivido consecuentemente y, además, veía crecer a su hijo cada día ante sus propios ojos. Pável, por el contrario, soltero y solitario, entró en una fase turbia y nebulosa de su vida, en esos tiempos en que las pesadumbres parecen esperanzas y las esperanzas pesadumbres, cuando la juventud ya ha pasado y la vejez aún no ha hecho su aparición.

Aquellos tiempos fueron más difíciles para Pável Petróvich que para cualquier otro: al perder su pasado, lo había perdido todo.

—No te invito a Marino —le dijo en cierta ocasión Nikolái Petróvich (quien puso ese nombre a la aldea en homenaje a su esposa)— porque, si tú ya te aburrías aquí cuando ella vivía, supongo que ahora te morirías de tristeza.

—En aquellos tiempos yo era una persona estúpida e inquieta —le respondió Pável Petróvich—, pero desde entonces, aunque no me he vuelto más razonable, sí, al

menos, he sentado la cabeza. Es al contrario: ahora, si tú me lo consientes, estaría dispuesto a vivir en tu casa para siempre.

Nikolái Petróvich le dio un abrazo como respuesta, pero tuvo que pasar medio año desde aquella conversación antes de que Pável Petróvich se decidiera a cumplir su propósito. Sin embargo, una vez instalado en la aldea ya no la volvió a abandonar, ni siquiera en aquellos tres inviernos en que Nikolái Petróvich se fue a vivir con su hijo a Petersburgo. Comenzó a leer, la mayoría de las veces en inglés; de hecho, toda su vida la dispuso a la manera inglesa. Veía raramente a sus vecinos y sólo salía para asistir a las asambleas, donde la mayor parte del tiempo permanecía en silencio y sólo tomaba la palabra para irritar y asustar a los propietarios de corte antiguo con sus propuestas liberales, pero sin acercarse a las posiciones de los representantes de la nueva generación. Unos y otros le tenían por un pagado de sí mismo; y tanto unos como otros le respetaban por sus maneras distinguidas, tan inglesas, por los rumores que corrían sobre sus victorias amorosas; por aquella elegancia suya en el vestir y el hecho de que siempre se alojara en la mejor habitación de los mejores hoteles; porque siempre comía bien y, en una ocasión, hasta almorzara con Wellington en el palacio de Luis Felipe; por el hecho de que, allá donde fuera, portara siempre consigo un neceser de plata auténtica y un baño portátil; porque de él emanaban siempre aquellos perfumes tan «nobles» y exclusivos; por aquella manera suya tan magistral de jugar al *whist* y de perder siempre; y, finalmente, también le respetaban por su irreprochable honradez. Las damas le tenían por un melancólico encantador, aunque no frecuentara su compañía...

—¿Ves ahora, Evgueni, lo injusto que eres cuando juzgas a mi tío? —profirió Arkadi al terminar su relato—. Y todo eso sin decirte que más de una vez ha sacado de apuros a mi padre, le ha entregado todo su dinero y, aunque la hacienda no la hayan repartido entre los dos, como tú no sabías, siempre está dispuesto a ayudar con lo que sea. Ah, y por cierto, siempre interviene a favor de los campesinos, aunque luego, cuando habla con ellos, arrugue el ceño y mate el olfato aspirando agua de colonia...

—Bueno, entonces habrán sido los nervios —le interrumpió Bazárov.

—Quizá, pero su corazón es de lo más bondadoso. Y no es ningún estúpido. ¡Si supieras la de buenos consejos que me ha dado... sobre todo... sobre todo, en lo que se refiere a la relación con las mujeres!

—¡Claro!... ¡Se quemó con su tazón de leche y ahora sopla el cazo de agua que le ofrecen los demás^[17]!... ¡Eso todo el mundo lo sabe!

—En una palabra —continuó Arkadi—, es una persona muy infeliz, créeme. Despreciarlo no sería justo.

—¿Y quién lo desprecia? —repuso Bazárov—. De todas formas, te digo que una persona que apuesta toda su vida a una carta, al amor por una mujer, y cuando le matan esa carta se aplana y desploma hasta el punto de no ser capaz de nada, esa persona, te digo, no es un hombre, no es un macho. Dices que es un infeliz: eso lo

sabrás tú mejor que yo; pero creo que aún no se ha quitado toda la tontería de encima. Estoy seguro de que no bromea cuando se considera el hombre más capaz por el simple hecho de leer el *Gallináceo*^[18] y librar del castigo corporal a algún *mujik* una vez al mes.

—Sí, pero ten en cuenta la educación que recibió, el tiempo que vivió —observó Arkadi.

—¿Educación, dices? —repuso Bazárov—. Cada persona debe educarse a sí misma, al menos así lo hago yo, por ejemplo... Y en cuanto a lo segundo, ¿por qué tengo yo que depender del tiempo en que viví? Mejor que el tiempo dependa de mí. ¡No, hermano, eso no es más que vacuidad, falta de disciplina! ¿Y qué es eso de las relaciones entre hombre y mujer? Nosotros, los fisiólogos, sabemos muy bien cómo son esas relaciones. Deberías estudiar con más detalle la anatomía del ojo: ¿de dónde sacas eso que dices, lo de la «mirada enigmática»? Eso no es más que romanticismo, tonterías, podredumbre intelectual, vana literatura... ¡Anda, vayamos a ver el escarabajo!

Y los dos amigos se encaminaron hacia la habitación de Bazárov, donde ya se había instalado una especie de tufo médico-quirúrgico, mezclado con el olor a tabaco barato.

VIII

Pável Petróvich no se quedó mucho tiempo en la entrevista de su hermano con el intendente, un hombre alto y delgado, con una dulce voz de tísico y una mirada ladina que, a todas las observaciones que le hacía Nikolái Petróvich, respondía con un «¡Pero señor, eso está claro!» e insistía en tachar a todos los campesinos de borrachos y ladrones. Tras los cambios recientes introducidos en la administración, la hacienda rechinaba como una rueda mal engrasada y crujía como un mueble de fabricación casera hecho de madera aún verde. Nikolái Petróvich no se desalentaba, pero a menudo suspiraba y se quedaba meditabundo: comprendía que sin inversión de capital la propiedad no levantaría cabeza y que prácticamente se había quedado sin dinero. Arkadi había dicho la verdad: Pável Petróvich había ayudado a su hermano más de una vez. En más de una ocasión, viéndole cómo se devanaba los sesos para encontrar la manera de salir de apuros, Pável Petróvich se había acercado lentamente a la ventana y, metiéndose la mano en el bolsillo, había balbucido de forma atropellada: «Mais je puis vous donner de l'argent^[19]», dándoselo. Pero ese día tampoco él llevaba dinero consigo y prefirió retirarse. Las cuitas de la hacienda le aburrían; además, siempre tenía la impresión de que Nikolái Petróvich, pese a todo su celo y espíritu de trabajo, no llevaba los asuntos como debiera, aunque tampoco supiera en qué se equivocaba concretamente. «Mi hermano no es lo suficientemente práctico —se decía a sí mismo—. Se deja engañar con facilidad». Por contra, Nikolái Petróvich, que tenía un alto concepto del sentido práctico de Pável Petróvich, siempre le pedía consejo. «Yo soy un hombre débil y blando; llevo toda mi vida apartado del mundo —solía decirle—. En cambio, tú has frecuentado a la gente y la conoces bien: para esas cosas tienes una vista de lince». Pero Pável Petróvich, como respuesta a sus palabras, se limitaba a darle la espalda sin tratar de sacarlo de su error.

Nada más dejar a su hermano en el despacho, se encaminó por el pasillo que separaba la parte delantera de la casa de la trasera y, al llegar a la altura de una pequeña puerta, se detuvo pensativo. Tras atusarse el bigote, tocó en ella.

—¿Quién es? ¡Pase! —se escuchó la voz de Féniechka.

—Soy yo —respondió Pável Petróvich y abrió la puerta.

Féniechka saltó de la silla en la que estaba sentada con su hijito y se lo entregó a la muchacha, quien lo sacó inmediatamente de la habitación. Féniechka se arregló precipitadamente la pañoleta.

—Perdone si la molesto —comenzó a decir Pável Petróvich sin mirarla—. Sólo quería pedirle... Hoy, al parecer, van ustedes a la ciudad... Si pudiera ordenar que me comprasen té verde...

—Como usted mande —respondió Féniechka—. ¿Cuánto quiere que le compren?

—Supongo que con media libra sería suficiente... Vaya, veo que ha introducido cambios aquí —añadió él, lanzando una rápida mirada alrededor, que resbaló también

por el rostro de Féniechka—. Esas cortinas de ahí —y alzó la voz, viendo que ella no le comprendía.

—Ah, sí, las cortinas. Nos las trajo Nikolái Petróvich, pero se colgaron hace tiempo.

—Cierto, hace mucho que no les visito... Por lo que veo, están ahora muy bien instaladas...

—Gracias a Nikolái Petróvich —susurró Féniechka.

—¿Están aquí mejor que en la otra ala del edificio? —preguntó Pável Petróvich con amabilidad, pero sin la menor sonrisa.

—Claro, señor, mucho mejor.

—¿Y quién se ha instalado allí en su lugar?

—La lavandera.

—¡Ah!

Pável Petróvich guardó silencio. «Ahora se irá», pensó Féniechka, pero no se fue y la joven se quedó allí clavada, moviendo nerviosamente los dedos.

—¿Por qué dispuso que sacaran al niño de la habitación? —por fin reanudó Pável Petróvich la conversación—. A mí me gustan los niños. ¡Déjeme ver el suyo!

Féniechka se ruborizó toda ella en una mezcla de confusión y alegría. Temía a Pável Petróvich: casi nunca le dirigía la palabra.

—¡Dúniasha! —llamó—. ¡Traiga a Mitia! (Féniechka trataba de usted a todos los habitantes de la casa). Pero no, espere un momento; hay que ponerle un vestidito.

Féniechka se dirigió hacia la puerta.

—No se moleste, da lo mismo —observó Pável Petróvich.

—Sólo es un momento —respondió Féniechka, saliendo con presteza.

Pável Petróvich se quedó solo y ahora sí que miró con especial atención a su alrededor. La habitación en la que se encontraba, pequeña y de techo bajo, estaba muy limpia y resultaba acogedora. Olía a suelo pintado recientemente y también a melisa y camomila. Varias sillas con respaldos en forma de lira, compradas en Polonia durante una campaña militar por el ahora difunto general, se disponían a lo largo de las paredes. En uno de los rincones, y al lado de un baúl forjado de tapa curva, se encontraba la cama, adornada con colgaduras de muselina. En el rincón contrario ardía una lamparilla de aceite ante una imagen grande y en tonos oscuros de Nikolái el Milagroso; un diminuto huevo de porcelana, prendido de la aureola, colgaba de una cinta roja sobre el pecho del santo. En las ventanas, unos tarros con mermelada del año anterior, lazados cuidadosamente, irradiaban al trasluz un color verdoso; en las tapaderas de papel de los tarros, Féniechka en persona había escrito con letras gruesas: «Grosella». Esa mermelada era la preferida de Nikolái Petróvich. Justo debajo del techo, dentro de una jaula que colgaba de un largo cordón, un pinzón rabricorto piaba y saltaba sin cesar, haciendo que la jaula se balanceara ligeramente y que los granos de cañamón cayeran sin tregua al suelo haciendo un ruido casi imperceptible. En la entreventana, sobre una pequeña cómoda, colgaban unos retratos

bastante malos, que un pintor de paso le había hecho a Nikolái Petróvich en distintas poses. También pendía allí un retrato absolutamente malogrado de la propia Féniechka; dentro de un marco oscuro, un rostro sin ojos sonreía de manera forzada: eso era todo lo que en el cuadro se podía desentrañar. Y justo sobre Féniechka, Ermólov^[20], embutido en un *burka*, fruncía el ceño con fiereza mirando hacia las lejanas cimas del Cáucaso, mientras un acerico de seda para alfileres, con forma de zapatilla, caía sobre su frente.

Transcurrieron cinco minutos. Se podían oír los frufrúes y murmullos en la habitación vecina. Pável Petróvich cogió un libro grasiento de encima de la cómoda, un tomo suelto de *Los arcabuceros* de Masalsky^[21], y pasó varias páginas... Entonces la puerta se abrió y Féniechka entró con Mitia en los brazos. Le había vestido con una pequeña camisa roja y un galón le adornaba el cuello; también le había lavado la cara y peinado sus finos cabellos. El niño resollaba, estiraba el cuerpo y encogía sus manitas como hacen todos los niños sanos. Al parecer, la camisita de seda influía positivamente en él, pues una expresión de satisfacción se dibujaba en su carita redonda. Féniechka había aprovechado también para poner orden en sus cabellos y lucir una pañoleta más bonita, aunque podría haberse quedado como estaba... ¿Acaso existe en el mundo imagen más seductora que la de una madre joven y hermosa con su saludable hijito en los brazos?

—¡Pero qué rollizo está! —exclamó, indulgente, Pável Petróvich, cosquilleando la doble papada de Mitia con la larga uña de su dedo índice. Pero el niño se había quedado mirando fijamente al pinzón y comenzó a reír.

—¡Es el tío! —le dijo Féniechka, inclinándose hacia el rostro del niño y sacudiéndolo levemente, mientras Dúniasha, en silencio, colocaba una vela aromática encendida en el alféizar de la ventana y ponía debajo de ella una moneda de dos kopeks.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó Pável Petróvich.

—Seis. Pronto, el día once, cumplirá siete.

—¿No serán ocho, Fedosia Nikoláevna? —tímidamente se inmiscuyó Dúniasha.

—¡Claro que no! Son siete —el niño soltó otra risotada, clavó la mirada en el baúl y, de improviso, atrapó con sus cinco dedos la nariz y los labios de su madre—. ¡Tunantuelo! —exclamó Féniechka, sin retirar su rostro.

—Se parece a mi hermano —observó Pável Petróvich.

«¿Y a quién si no se le iba a parecer?», pensó Féniechka.

—Sí —continuó Pável Petróvich, como si hablara consigo mismo—, el parecido es indudable. —Y miró a Féniechka con atención, casi con pena.

—¡Es el tío! —repitió ella, ahora en un susurro.

—¡Ah, Pável! ¡Mira dónde te encuentro! —sonó de repente la voz de Nikolái Petróvich.

Pável Petróvich se volvió rápidamente con el ceño fruncido, pero su hermano le miraba tan contento y agradecido que no pudo evitar responderle con una sonrisa.

—¡Qué niño tan precioso tienes! —exclamó en voz alta y miró su reloj—. Entré un momento para encargar té...

Y adoptando una expresión de indiferencia, Pável Petróvich salió inmediatamente de la habitación.

—¿Ha venido por su propia voluntad? —le preguntó Nikolái Petróvich a Féniechka.

—Sí, señor; tocó a la puerta y entró.

—Bien. ¿Y Arkasha no ha venido más a verte?

—No, no ha venido... Nikolái Petróvich, ¿no sería mejor que volviera a instalarme en la otra ala?

—¿Y eso por qué?

—Pienso si no sería mejor así durante los primeros días.

—¡N... No! —titubeó Nikolái Petróvich y se frotó la frente—. En todo caso, lo deberíamos haber hecho antes... ¡Hola, chiquitín! —exclamó con una viveza inesperada y repentina y, acercándose al niño, le besó en la mejilla; luego, se inclinó ligeramente y aproximó sus labios a la mano de Féniechka, que ahora estaba pálida como la leche en contraste con la camisita roja de Mitia.

—¡Nikolái Petróvich! ¿Qué hace usted? —balbuceó ella bajando la mirada, para luego, lentamente, levantarla de nuevo... Era magnífica la expresión de sus ojos cuando miraba de soslayo y sonreía tierna y un tanto bobamente.

Nikolái Petróvich había conocido a Féniechka como a continuación se narra. En cierta ocasión, tres años hacía ya de esto, tuvo que pasar la noche en una posada de una lejana ciudad de distrito. Le sorprendió la limpieza de la habitación que le habían asignado y la frescura de la ropa de su cama. «¿Será alemana la patrona?», pensó de manera fugaz. Pero no, la dueña resultó ser rusa, una mujer de unos cincuenta años, ropa muy limpia, de rostro agradable e inteligente y discurso sensato. A la hora del té conversaron un rato y Nikolái Petróvich quedó encantado con ella. Por entonces, acababa de instalarse en su nueva hacienda y, como no deseaba mantener campesinos en régimen de servidumbre, buscaba braceros. Por su parte, la dueña de la posada se quejó de los pocos viajeros que visitaban la ciudad y de los malos tiempos que corrían. Entonces, Kirsánov le ofreció trabajar en su hacienda como ama de llaves y ella aceptó, pues su marido hacía tiempo que había muerto, dejándola sola con su única hija, Féniechka. A las dos semanas, Arina Sávishna (así se llamaba la nueva gobernanta) llegó a Marino y se instaló en el ala de servicio. Muy pronto se confirmó lo acertada que había sido la elección de Nikolái Petróvich. Arina puso orden en la casa. Féniechka, que ya había cumplido diecisiete años, se dejaba ver muy poco y no daba a nadie que hablar: llevaba una vida recatada y sencilla y, tan sólo los domingos, Nikolái Petróvich advertía el fino perfil de su pálido rostro en un rincón apartado de la iglesia parroquial. Así pasó más de un año.

Una mañana Arina se presentó en su despacho y, tras saludarle con una profunda reverencia, como acostumbraba, le preguntó si podía ayudar a su hija, que tenía un

ojo lastimado por haberle saltado una chispa del horno. Como suele ocurrir entre las personas que salen poco de casa, Nikolái Petróvich, que tenía cierta práctica en curas médicas e incluso disponía de una pequeña botica homeopática, ordenó a Arina que trajera inmediatamente a la enferma. Al saber que el señor la llamaba a su presencia, Féniechka se asustó mucho, pero al final acudió con su madre. Nikolái Petróvich la acercó a la ventana y cogió su cabeza con las dos manos. Tras observar con atención el ojo que tenía enrojecido e infectado, le prescribió un colirio que él mismo preparó al instante y, haciendo tiras de su pañuelo, le enseñó a la muchacha cómo debía aplicárselo. Féniechka, tras escucharle con atención, quiso marcharse, pero Arina le imprecó: «¡Besa la mano del señor, tontuela!». Sin embargo, Nikolái Petróvich no le ofreció la mano, sino que, confuso, besó él mismo su cabeza gacha, justo en la raya del pelo. El ojo de Féniechka sanó rápidamente, pero la impresión que la muchacha había causado en Nikolái Petróvich no se borró con la misma celeridad. Kirsánov recordaba una y otra vez su tierno y candoroso rostro, levantado temerosamente hacia él; sentía el pelo suave de la muchacha entre las palmas de sus manos y rememoraba aquellos inocentes labios suyos, ligeramente entreabiertos, tras los cuales sus húmedos y perlados dientecillos brillaban al sol. A partir de entonces comenzó a observarla con atención en la iglesia y trataba de entablar conversación con ella. Al principio la muchacha le rehuía y un día, al caer la tarde, cuando los dos caminaban en direcciones opuestas por un estrecho sendero, abierto en un campo de centeno, ella decidió introducirse en el espeso y crecido cereal, mezclado con hierbas de aciano y ajenjo, a fin de evitar cruzarse con él. Kirsánov divisó la cabecita de la muchacha a través de la red dorada que formaban las espigas y, viendo que ella le miraba como una fierecilla acorralada, le gritó cariñosamente:

—¡Hola, Féniechka! ¡Que sepas que no muerdo!

—¡Hola! —susurró ella sin salir de su escondrijo.

Comenzaba ya la muchacha a habituarse lentamente a él, aunque continuara sonrojándose en su presencia, cuando su madre Arina murió repentinamente a causa del cólera... ¿Y ahora, qué iba a ser de Féniechka?... Había heredado de su madre la seriedad, el buen juicio y el amor por el orden, ¡pero era tan joven, estaba tan sola! ¡Y Nikolái Petróvich era tan bueno, tan humilde!... Que lo demás está todo dicho...

—¿Entonces ha sido mi hermano quien ha venido a verte? —le preguntó Nikolái Petróvich—. ¿Tocó a la puerta y entró?

—Sí, señor.

—Eso está muy bien... ¡Anda, déjame que columpie un poco a Mitia!

Y Nikolái Petróvich comenzó a lanzar a Mitia casi hasta el mismo techo, para gran satisfacción del pequeño y no poca preocupación de su madre, que a cada ascensión del infante extendía los brazos hacia sus piececillos desnudos.

Mientras tanto, Pável Petróvich ya estaba de vuelta en su elegante despacho. Empapelado graciosamente todo él en un color vivo, se podía ver un abigarrado tapiz persa del que colgaban algunas armas, varios muebles de madera de nogal tapizados

con tripe verde oscuro, una biblioteca de madera noble de roble negro al estilo «Renaissance^[22]», una chimenea y un espléndido escritorio, sobre el que reposaban varias figurillas de bronce... Pável Petróvich se derrumbó sobre el diván, colocó los brazos debajo de su cabeza e, inmóvil, se quedó mirando el techo casi con desesperación. Pero ya fuera porque quisiera ocultar la expresión de su rostro hasta a las mismas paredes, ya fuera por alguna otra razón, lo cierto es que se levantó, corrió las pesadas cortinas de las ventanas y, a continuación, se derrumbó de nuevo sobre el diván.

IX

Bazárov también conoció a Féniechka aquel mismo día. Paseaba con Arkadi por el jardín y le explicaba por qué algunos árboles, especialmente los robles, no agarraban en aquella tierra.

—Aquí se pueden plantar álamos, pinos y, quizá también algunos tilos, agregando, claro está, tierra negra. En cambio, allí, en el cenador, verás que las acacias y los lilos han agarrado bien, porque son unos árboles que se portan bien y apenas necesitan cuidados... ¡Vaya! ¡Parece que allí hay alguien!

Y, efectivamente, sentadas en el cenador, estaban Féniechka y Dúniasha con Mitia. Bazárov se detuvo y Arkadi saludó a Féniechka con la cabeza como un viejo conocido.

—¿Quién es? —preguntó Bazárov, después que hubieron pasado por delante de ellas—. ¡Qué muchacha tan hermosa!

—¿De quién hablas?

—Bien que lo sabes: hermosa sólo era una.

No sin cierta turbación, Arkadi explicó en pocas palabras a su amigo quién era Féniechka.

—¡Vaya! —exclamó Bazárov—. ¡Está claro que tu padre tiene buen gusto! ¡A fe mía que me cae bien! ¡Tu padre es un hombre fenomenal!... Pero hay que presentarse —añadió y se encaminó hacia el cenador.

—¡Evgueni! —gritó, alarmado, Arkadi a sus espaldas—. ¡Sé prudente, por favor!

—No te preocupes —repuso Bazárov—. Soy un hombre experimentado, de ciudad.

Y, ya cerca de Féniechka, se quitó la gorra.

—Permítame que me presente —comenzó él, inclinando cortésmente la cabeza—... Arkadi Nikoláevich, amigo y hombre de paz.

Féniechka se levantó del banco y se le quedó mirando en silencio.

—¡Qué niño tan precioso! —continuó Bazárov—. No se inquiete, aún no le he echado mal de ojo a nadie. ¿Por qué tiene las mejillas tan rojas? ¿Acaso está echando los dientes?

—Sí, señor —dijo Féniechka—, ya tiene cuatro dientecitos fuera y ahora sus encías se han vuelto a hinchar.

—A ver, déjeme... No tema, soy médico.

Bazárov cogió al niño en sus brazos, quien, para sorpresa de Féniechka y Dúniasha, no se asustó ni ofreció la más mínima resistencia.

—Ya veo, ya veo... No es nada, todo está en orden: será un niño con unos dientes estupendos. Si le ocurre algo, hágamelo saber. ¿Y usted, también goza de buena salud?

—Sí, gracias a Dios.

—Gracias a Dios, eso es lo mejor... ¿Y usted? —añadió Bazárov, dirigiéndose a

Dúniasha.

Dúniasha, una muchacha seria dentro de casa, pero risueña y burlona de puertas para fuera, le respondió con una risita.

—Perfecto... Bien, aquí tiene a su caballerito.

Féniechka tomó al niño en sus brazos.

—¡Qué tranquilo ha estado con usted! —exclamó ella a media voz.

—Los niños siempre se sienten tranquilos conmigo —repuso Bazárov—. Tengo práctica con ellos.

—Los niños intuyen a quien les quiere —observó Dúniasha.

—Exacto —estuvo de acuerdo Féniechka—. Ahí tienes a Mitia, que por nada del mundo se deja coger por un extraño.

—¿Y por mí, se dejará coger? —preguntó Arkadi, quien, tras permanecer un rato apartado del grupo, se había acercado por fin al cenador.

Y con las manos invitó a Mitia a dejarse coger, pero Mitia echó la cabeza hacia atrás y comenzó a lloriquear, lo cual turbó a Féniechka.

—Ya se vendrá conmigo más adelante, cuando se acostumbre a mi presencia —añadió comprensivo Arkadi y, dicho esto, los dos amigos se alejaron.

—¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó Bazárov.

—Féniechka... Fedosia —respondió Arkadi.

—¿Y su patronímico? Eso también *conviene* saberlo.

—Nikoláevna.

—*Bene*^[23]. Me gustó que no se azorara demasiado, aunque habrá quien la critique por eso... ¡Qué estupidez! ¿Y por qué tendría que azorarse? Ella es madre y, por tanto, está en su derecho.

—Está en su derecho —observó Arkadi—, pero mi padre...

—Y él también lo está —le interrumpió Bazárov.

—No, yo no opino así.

—Un segundo heredero no se acepta fácilmente, ¿no es eso?

—¡Cómo no te avergüenzas de atribuirme esos pensamientos! —se encaró acaloradamente Arkadi—. No es por eso por lo que considero que mi padre no tiene razón. Al contrario, pienso que debería casarse con ella.

—¡Vaya! —repuso Bazárov tranquilamente—. ¡Cuánta nobleza de espíritu! Todavía le das valor al matrimonio. No esperaba eso de ti.

Los dos amigos caminaron unos pasos en silencio.

—He visto ya todas las instalaciones de la hacienda de tu padre —comenzó de nuevo Bazárov—. El ganado es pésimo y los caballos están en las últimas. Las edificaciones son deficientes y los trabajadores, perezosos a más no poder. En cuanto al intendente, o es tonto o es un tunante, aún no me he aclarado bien sobre este punto.

—Te noto hoy algo severo, Evgueni Vasílievich.

—Sin duda, hasta los campesinos buenos deben burlarse de tu padre. Ya conoces el refrán: «El campesino ruso se merienda incluso a Dios».

—Creo que empiezo a coincidir con mi tío —observó Arkadi—. Decididamente, tienes una pésima opinión de los rusos.

—¡Vaya, qué cosa!... El ruso sólo es digno de admiración por la mala opinión que tiene de sí mismo. Lo único importante es que dos por dos son cuatro: lo demás son memeces.

—¿Y la naturaleza rusa también te parece una memez? —preguntó Arkadi, contemplando los abigarrados campos que se extendían en la lejanía, iluminados hermosa y suavemente por un sol ya en declive.

—También la naturaleza es una memez en el sentido que tú le das. La naturaleza no es un templo, sino un taller donde el hombre trabaja.

En ese momento, desde la casa, les llegaron unos pausados compases de violonchelo. Alguien interpretaba *La espera* de Schubert, con sensibilidad, pero con mano poco diestra, y la suave melodía se expandía melosamente por el aire.

—¿Quién está tocando? —preguntó Bazárov, sorprendido.

—Mi padre.

—¿Tu padre toca el violonchelo?

—Así es.

—¿Pero cuántos años tiene tu padre?

—Cuarenta y cuatro.

De repente, Bazárov soltó una risotada.

—¿De qué te ríes?

—¡Por favor!... ¡¿A los cuarenta y cuatro años, un *pater familias*^[24], en el distrito de ***, tocando el violonchelo?!

Y Bazárov continuó con sus risas, aunque Arkadi esta vez, pese a toda la veneración que sentía por su maestro, ni siquiera esbozó una sonrisa.

X

Pasaron dos semanas. La vida en Marino transcurría a su ritmo: Arkadi vivía como un sibarita, Bazárov trabajaba. Todos en la casa se habían acostumbrado a él, a sus maneras descuidadas, a su discurso parco y fragmentario. Y en particular Féniechka, que se había familiarizado hasta tal punto con él, que una noche envió a que le despertaran porque a Mitia le habían dado unas convulsiones. Bazárov acudió y como acostumbraba, entre bromas y bostezos, asistió al niño durante dos horas. Pável Petróvich, en cambio, odiaba a Bazárov con toda su alma: le tenía por un hombre orgulloso, cínico, insolente y plebeyo; presentía, además, que Bazárov no le respetaba como debía, que casi le despreciaba, a él... ¡A Pável Kirsánov! Nikolái Petróvich recelaba un poco del joven «nihilista», incluso dudaba de que la influencia que ejercía sobre Arkadi fuera beneficiosa; sin embargo, no sólo le escuchaba con interés, sino que asistía de buena gana a sus experimentos físicos y químicos. Bazárov había traído consigo un microscopio y pasaba horas enteras trabajando con él. Los sirvientes también se habían encariñado con Bazárov, aunque a veces se burlara de ellos: y es que le tenían, más que por un señor, por un igual. Dúniasha se reía con él a sus anchas y cuando, al ir por una muda de pañales para el niño, se cruzaba con Bazárov, le miraba a hurtadillas y más que significativamente. Hasta Piotr, un hombre estúpido, pagado de sí mismo y con el ceño siempre fruncido, un hombre cuyo único mérito consistía en su imperturbable mirada de cortesía, que leía deletreando y estaba continuamente cepillándose su levita, hasta él, digo, sonreía altanero y su rostro irradiaba satisfacción cuando Bazárov le prestaba la más mínima atención. Los chiquillos de la servidumbre corrían detrás de su *doctur* como perrillos falderos. El único criado que no le tenía en estima era el viejo Prokófich: siempre le servía la comida con gesto malhumorado, le llamaba «bribón» y «desollador» y aseguraba que, con aquellas patillas suyas, Bazárov parecía propiamente un cerdo escondido entre la maleza. A su manera, Prokófich era tan aristócrata como el mismísimo Pável Petróvich.

Llegaron los mejores días del año: los primeros días de junio. Hacía un tiempo magnífico y, aunque era cierto que el cólera amenazaba de nuevo por las cercanías, los habitantes de la provincia de *** estaban acostumbrados a sus visitas. Bazárov se levantaba muy temprano y se alejaba unas dos o tres versts de la casa, pero no para pasear —odiaba los paseos sin objetivo alguno—, sino para recoger hierbas o insectos. A veces se llevaba a Arkadi consigo; entonces, durante el camino de regreso, casi siempre se originaba una disputa, de la cual Arkadi solía salir vencedor, aunque sólo fuera por el hecho de que hablaba mucho más que su camarada.

Una mañana tardaban mucho en volver. Nikolái Petróvich salió a esperarles al jardín, pero al llegar a la altura del cenador oyó de pronto unos pasos rápidos y también las voces de los dos jóvenes. Arkadi y Bazárov caminaban por el otro lado del cenador, de manera que no advirtieron su presencia.

—Tú no conoces lo suficiente a mi padre —decía Arkadi.

Nikolái Petróvich se ocultó.

—Tu padre es un buen hombre —repuso Bazárov—, pero está anticuado, su tiempo pasó ya.

Nikolái Petróvich aguzó el oído... Arkadi no respondió nada.

«El hombre anticuado» se quedó inmóvil un par de minutos más y luego se encaminó lentamente hacia la casa.

—Hace tres días que le veo leyendo a Pushkin —proseguía Bazárov mientras tanto—. Por favor, convéncele de que eso no le sirve de nada. Ya no es un niño: y va siendo hora de que deje esas tonterías. ¡Hay que tener ganas de ser romántico en los tiempos que corren!... ¡Yo que tú, le daría algo instructivo para leer!

—¿Qué le darías tú? —preguntó Arkadi.

—Bueno, creo que *Kraft und Stoff* de Büchner^[25], sería un buen comienzo.

—Así lo pienso yo también —convino Arkadi—. Además, *Kraft und Stoff* está escrito en un lenguaje bastante asequible.

Ese mismo día, después del almuerzo, Nikolái Petróvich se sentó un rato a conversar con su hermano en el despacho de éste.

—¡Así que ya sabes!... Los dos estamos jubilados y somos unos anticuados. ¡Qué se le va a hacer!... Quizá Bazárov tenga razón en lo que dice... Pero reconozco que, en esta cuestión, sólo me duele una cosa: que precisamente ahora, cuando quería establecer una armonía firme y amistosa con Arkadi, resulte que, al estar yo anticuado, él me tome la delantera y ya no podamos comprendernos el uno al otro.

—¿Pero qué es eso de que nos ha tomado la delantera? ¿En qué se diferencia él de nosotros? —preguntó Pável Petróvich con impaciencia—. Eso es algo que ese señor, ese nihilista, le ha metido en la cabeza. Odio a ese matasanos, que no es más que un charlatán. Estoy seguro de que, a pesar de todas sus ranas, no tiene ni idea de física.

—No, hermano, en eso no tienes razón: Bazárov es inteligente y sabe de lo que habla.

—¡Y qué me dices de ese orgullo suyo tan desagradable! —le interrumpió de nuevo Pável Petróvich.

—Sí —asintió Nikolái Petróvich—, tiene mucho amor propio; pero eso es algo que conviene tener. Lo que a mí me rebela es otra cosa. Aparentemente hago todo lo que puedo para no perder el contacto con los tiempos que corren. He llegado a un acuerdo con los campesinos y llevo personalmente mi hacienda... ¡Si hasta tengo fama de «rojo» en la provincia!... Además, leo, me instruyo y, en general, me esfuerzo por estar a la altura de los retos actuales... Y, sin embargo, ellos dicen que mi tiempo ha pasado... Si te dijera, hermano, que hasta yo mismo empiezo a creer que nuestro tiempo ha pasado definitivamente...

—¿Y eso por qué?

—Pues te lo voy a explicar. Hoy estaba yo sentado leyendo a Pushkin... En

concreto, ese poema suyo, «Gitanos»... Pues bien, de pronto llega Arkadi, se acerca a mí y, sin decir una palabra, con una expresión de cariñosa conmiseración en su cara, tranquilamente, como un niño, va y me quita el libro de las manos y coloca delante de mí otro, escrito por un alemán... Hecho esto, me dedicó una sonrisa y se marchó, llevándose consigo el libro de Pushkin.

—¡No me digas!... ¿Y qué libro te dejó?

—Éste.

Y Nikolái Petróvich extrajo del bolsillo posterior de su levita la ya conocida obrita de Büchner, en su novena edición.

Pável Petróvich lo tomó y lo miró de un lado y de otro.

—¡Hummm! —bramó—. Así que Arkadi Nikoláevich se interesa por tu educación. ¿Y qué, has intentado leerlo?

—Lo intenté.

—¿Y qué?

—Pues que o soy un necio o lo que dice es de lo más absurdo. Debe ser que soy un necio.

—¿No habrás olvidado el alemán? —preguntó Pável Petróvich.

—Entiendo el alemán.

Pável Petróvich volvió a girar el librito en sus manos y miró a su hermano de soslayo. Los dos guardaron silencio.

—Bueno, a propósito —tomó de nuevo la palabra Nikolái Petróvich, con el propósito evidente de cambiar de tema de conversación—. Acabo de recibir una carta de Koliazin.

—¿De Matvéi Ílich?

—Sí, de él. Está en ***, viene a inspeccionar la provincia. Ahora es un pez gordo. Y dice que, como familia que somos, desea vernos, así que nos invita a los tres, también a ti y a Arkadi, a la ciudad.

—¿Y tú piensas ir? —preguntó Pável Petróvich.

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Demasiadas molestias y zarandeos recorrer en carruaje cincuenta kilómetros tan sólo para comer *kissel*^[26]. Está claro que *Mathieu*^[27] quiere mostrarse ante nosotros en la cima de su gloria. ¡Que el diablo se lo lleve! Además, como estará rodeado por todos los lisonjeros de la provincia, no creo que nos eche de menos. ¡Consejero secreto, menuda importancia! Si yo no hubiera dejado el ejército y siguiera tirando de cinchas y correas, sería ahora general ayudante cuando menos. Además, como ambos estamos jubilados y somos unos anticuados...

—Sí, hermano. Por lo visto, ya va siendo hora de que encarguemos un ataúd y crucemos los brazos con un crucifijo sobre el pecho —suspiró Nikolái Petróvich, siguiéndole la corriente.

—Pues yo no pienso rendirme tan pronto —farfulló su hermano—. Presiento que aún tendremos alguna escaramuza más con ese matasanos.

Y la escaramuza tuvo lugar aquel mismo día, a la hora del té vespertino. Pável Petróvich bajó al salón dispuesto ya al combate, irritado y con aire decidido. Sólo estaba a la espera del mínimo pretexto para lanzarse contra su enemigo; aunque el pretexto tardó en surgir. Bazárov solía hablar poco en presencia de los «veteranos Kirsánov» (así llamaba a los dos hermanos); además, aquella tarde no estaba de humor y por eso se limitaba a tomar en silencio una taza de té tras otra. Pável Petróvich virtualmente se consumía de impaciencia, hasta que, por fin, sus esperanzas se cumplieron.

La conversación giraba en torno a uno de los hacendados vecinos. «Un mamarracho, un aristocratucho», le calificó Bazárov, que le había conocido en Petersburgo.

—Perdone que le pregunte —tomó la palabra Pável Petróvich; sus labios temblaban—, en su opinión ¿las palabras «mamarracho» y «aristócrata» significan la misma cosa?

—Yo he dicho «aristocratucho», profirió Bazárov, tomando perezosamente un trago de té.

—Exactamente, así es; pero supongo que usted tiene la misma opinión de los «aristócratas» que de los «aristocratuchos». Y considero mi obligación decirle que no comparto esa opinión suya. Incluso me atrevería a añadir que, quienes me conocen, me tienen por una persona liberal y amante del progreso y que, precisamente por eso, admiro a los aristócratas auténticos. Acuérdesse, señor mío (y Bazárov levantó la mirada hacia Pável Petróvich justo en ese momento), acuérdesse, señor mío —repitió, acerando la voz—, de los aristócratas ingleses. Ellos no ceden un ápice de sus derechos y, precisamente por eso, respetan los derechos de los demás; exigen que los demás cumplan sus obligaciones para con ellos y, precisamente por eso, están dispuestos a cumplir sus obligaciones para con los demás. La aristocracia no sólo le dio la libertad a Inglaterra, sino que la sigue defendiendo.

—Esa canción ya la he escuchado yo multitud de veces —repuso Bazárov—, pero con ello ¿qué trata de demostrar?

—Con *aquesto*, señor mío, quiero demostrar (Pável Petróvich, cuando se enojaba, solía pronunciar enfáticamente las palabras *aquesto* o *aquesto*, aun siendo consciente de que la gramática rusa no permitía tal proceder. Esa extravagancia gramatical era un vestigio de la tradición retórica de los tiempos del zar Alejandro^[28]. A veces, los gerifaltes de entonces, cuando hablaban en su lengua vernácula, utilizaban *aquesto* y otros términos, como diciendo: nosotros, rusos de pura cepa, además de grandes magnates, nos permitimos desdeñar las reglas gramaticales que aprendimos en la escuela), con *aquesto* quiero demostrar que, sin ese sentimiento de honor personal, sin respeto a sí mismo —y entre los aristócratas estos sentimientos están bien desarrollados—, no existe base sólida para el bien general... para el *bien public*^[29], para el edificio social. La personalidad, señor mío, eso es lo fundamental. La personalidad individual debe ser tan robusta como una roca, pues todo se edifica

sobre ella. Sé muy bien que usted, por ejemplo, considera irrisorias mis costumbres, mi indumentaria y también mi pulcritud, pero todas ellas son consecuencia del sentimiento de respeto que tengo hacia mí mismo, de mi conciencia del deber. Sí, sí, señor mío, de mi conciencia del deber. Es cierto que vivo en una aldea, en un rincón apartado, pero con esto no hago mal viso de mí mismo; al contrario, me respeto como el hombre que soy.

—Permítame una objeción, Pável Petróvich —intervino Bazárov—. Dice que se respeta a sí mismo, sin embargo ahí está usted, sentado, de brazos cruzados. ¿Me puede decir qué beneficio extrae el *bien public* de esa actitud suya? Si usted no se respetara tanto, haría lo mismo.

Pável Petróvich palideció.

—Ésa es completamente otra cuestión. Y en absoluto me siento obligado ahora a explicarle por qué razón permanezco sentado de brazos cruzados, como usted mismo se ha permitido expresar. Yo sólo quiero decirle que el aristocratismo es un principio y que, en los tiempos que corren, sólo los mamarrachos y las personas sin honor pueden vivir sin principios. Esto fue lo que le dije a Arkadi el día de su llegada y esto mismo se lo repito a usted ahora. ¿No es así, Nikolái?

Nikolái Petróvich asintió con la cabeza.

—Aristocratismo, liberalismo, progreso, principios... —decía Bazárov mientras tanto—. ¡Cuántos extranjerismos... cuántas palabras inútiles! Un hombre ruso no las necesita ni regaladas.

—¿Y qué necesita el hombre ruso, en su opinión? Escuchamos lo que usted dice y parece como si nos encontráramos fuera de la humanidad, al margen de las leyes. ¡Pero, hombre, la lógica de la historia exige!...

—¿Y qué falta nos hace a nosotros esa lógica? Podemos pasar sin ella.

—¿Cómo es eso?

—Como lo oye. Me imagino que usted no necesita de lógica alguna para llevarse un trozo de pan a la boca cuando tiene hambre. ¡Entonces, qué falta nos hacen esas abstracciones!

Pável Petróvich hizo un aspaviento con sus manos.

—De veras que escucho sus palabras y no le comprendo. Está usted ofendiendo al pueblo ruso. ¡Soy incapaz de comprender cómo se pueden rechazar los principios, las leyes! Entonces, ¿en virtud de qué actúan ustedes?

—Tío, le dije que nosotros no reconocemos ninguna autoridad —se inmiscuyó Arkadi.

—Nosotros actuamos guiándonos por aquello que entendemos útil —profirió Bazárov—. Y, en los tiempos que corren, no hay nada más útil que la negación. Por eso renegamos de todo.

—¿De todo?

—De todo.

—¿Pero cómo es posible? Renegar no sólo del arte, de la poesía... sino también

de... ¡Da miedo pronunciarlo!...

—De todo —repitió Bazárov con indescriptible serenidad.

Pável Petróvich clavó su mirada en Bazárov. Aquello no se lo esperaba. Arkadi incluso pareció enrojecer de satisfacción.

—Entonces, perdone usted... —tomó la palabra Nikolái Petróvich—. Ustedes lo niegan todo o, para ser más precisos, son partidarios de destruirlo todo... ¿Pero acaso no es más necesario construir?

—Ésa ya no es tarea nuestra... Primero hay que limpiar el solar.

—La actual situación del pueblo así lo exige —añadió Arkadi con gravedad—. Y nosotros, además de cumplir sus exigencias, no tenemos ningún derecho a entregarnos a la satisfacción de nuestro egoísmo personal.

Aquella última frase, resultó evidente, no le gustó nada a Bazárov. Emanaba de ella un tufo filosófico, incluso romántico, y él asociaba filosofía con romanticismo. Pero Bazárov no consideró procedente corregir a su joven discípulo.

—¡No y no! —exclamó Pável Petróvich en un repentino arrebató—. ¡De ninguna manera puedo aceptar que ustedes, señores, conozcan tan bien al pueblo ruso como para convertirse en los adalides de sus necesidades o sus anhelos! ¡No! El pueblo ruso no es como ustedes lo describen. El pueblo ruso le tiene un sacro respeto a las tradiciones, es patriarcal, no puede vivir sin la fe...

—No seré yo quien le contradiga en esa cuestión —le interrumpió Bazárov—. Incluso estoy dispuesto a admitir que *en eso* está usted en lo cierto.

—Entonces, si estoy en lo cierto...

—Pero, de todas formas, eso no demuestra nada.

—Exacto, no demuestra nada —repitió Arkadi con la seguridad de un experto ajedrecista que, habiendo previsto un movimiento aparentemente peligroso del rival, se esforzara en no mostrar el más leve desconcierto.

—¿Cómo que no demuestra nada? —farfulló, atónito, Pável Petróvich—. ¿Entonces actúan ustedes contra su propio pueblo?

—Y si fuera así, ¿qué importancia tendría? —repuso Bazárov—. El pueblo está convencido de que, cuando truena, es el profeta Isaías, que surca los cielos montado en su carro. ¿Y qué? ¿Acaso tengo yo que darle la razón? En efecto, se trata del pueblo ruso, ¿pero acaso no soy ruso yo también?

—¡No, usted no es ruso, después de decir lo que ha dicho! Yo, al menos, no puedo tenerle como tal.

—Mi abuelo labraba la tierra —respondió con altanero orgullo Bazárov—. Pregúntele a cualquiera de sus campesinos en quién de nosotros, en usted o en mí, reconoce a un compatriota. Si usted ni siquiera sabe cómo hablar con ellos.

—Y usted sabe hablar con ellos y al mismo tiempo les desprecia.

—¡Y qué, si ellos se merecen ese desprecio! Condena usted mis ideas, ¿pero quién le ha dicho que crea en ellas sólo por azar, que sean fruto de ese mismo espíritu popular que usted defiende con tanta porfía?

—¡Claro! ¡Son tan necesarios los nihilistas!

—Que sean necesarios o no es una cuestión que no nos corresponde a nosotros dirimir. ¡Pero vamos, si hasta usted mismo se tiene por necesario!

—¡Señores, señores, por favor, sin alusiones personales! —exclamó Nikolái Petróvich, amagando con levantarse de su asiento.

Pável Petróvich se sonrió y, apoyando una mano sobre el hombro de su hermano, le obligó a sentarse de nuevo.

—No te preocupes —le dijo—. No pienso olvidar las obligaciones que me impone ese sentimiento de dignidad personal del que con tanta acritud se burla el señor... el señor doctor... Pero permítame una observación —prosiguió, dirigiéndose de nuevo a Bazárov—. Supongo que usted creará que esas teorías tuyas son una novedad. Pues, si es así, imagina usted mal. El materialismo que predica usted ha sido puesto en práctica más de una vez y siempre ha resultado ineficaz...

—¡De nuevo con extranjerismos! —le interrumpió Bazárov. Comenzaba a sulfurarse y su rostro iba adquiriendo un tosco color cobrizo—: En primer lugar, nosotros no predicamos nada; eso no entra en nuestras costumbres...

—Entonces, ¿qué hacen ustedes?

—Se lo diré. Antes, hasta hace bien poco, decíamos que nuestros funcionarios aceptaban sobornos, que nuestro país no disponía de caminos, ni comerciaba ni impartía una justicia decente...

—Sí, claro, ustedes denunciaban: creo que así es como se dice. Y yo mismo estoy de acuerdo con muchas de sus denuncias, pero...

—Pero luego caímos en la cuenta de que parlotear sobre nuestras calamidades públicas, sólo parlotear, no tenía ningún mérito, que eso sólo conducía a la chabacanería y al doctrinarismo. Nos dimos cuenta de que incluso nuestros intelectuales y hombres de vanguardia, nuestros denunciantes, por así decirlo, no llegaban a ningún sitio; que nos dedicábamos a tonterías, que no hacíamos más que platicar sobre el arte, la creación inconsciente, el parlamentarismo, la práctica y la teoría legal y no se sabe qué más, cuando lo importante eran otras cosas: el pan de cada día; esa burda superstición que nos ahoga; la quiebra de nuestras sociedades mercantiles por la simple razón de que no están en manos de gente honesta; esa libertad sobre la que tanto cacarea nuestro gobierno y que tan pocos beneficios reporta al pueblo, porque nuestros *mujiks*^[30] se contentan con robarse los unos a los otros, con tal de tener para emborracharse y dormir la mona en las tabernas.

—Bien —le interrumpió Pável Petróvich—, de acuerdo: entonces, ustedes se han dado cuenta de todo esto y han decidido abstenerse de emprender nada serio.

—Y decidimos abstenernos de emprender nada serio —repitió lúgubrementes Bazárov. Y, de pronto, se sintió enojado consigo mismo por rebajarse a darle tantas explicaciones a un señor como aquél.

—¿Y limitarse a renegar de todo?

—Eso es, a renegar de todo.

—¿Y eso se llama nihilismo?

—Y eso se llama nihilismo —repitió Bazárov, esta vez con manifiesta impertinencia.

Pável Petróvich entornó los ojos.

—¡Así que ésas tenemos! —observó con voz extrañamente tranquila—. El nihilismo pondrá fin a todas nuestras penas y ustedes se convertirán en nuestros héroes salvadores. Entonces, ¿por qué injurian ustedes a los demás, incluso a aquellos que denuncian las deficiencias del sistema? ¿No serán ustedes tan charlatanes como cualquier otro?

—Nos podrán acusar de cualquier pecado menos de ése —masculló Bazárov entre dientes.

—¿Entonces? ¿Piensan actuar o no? ¿Actuarán ustedes alguna vez?

Bazárov no respondió. Pável Petróvich se estremeció, pero se controló inmediatamente.

—¡Hum!... Actuar, destruir... —continuó él—. ¿Pero qué sentido tiene destruir sin saber siquiera por qué razón se destruye?

—Destruimos porque somos la fuerza —apuntó Arkadi.

Pável Petróvich miró a su sobrino y se sonrió.

—Sí, la fuerza. Y la fuerza no rinde cuentas a nadie —remató Arkadi y enderezó el cuerpo.

—Sí, la fuerza. Y la fuerza no rinde cuentas a nadie —remató Arkadi y enderezó el cuerpo.

—¡Serás infeliz! —gritó Pável Petróvich, que, decididamente, no se encontraba en condiciones de perseverar en lo que había prometido—. ¡Ya podrías pensar qué quieres para Rusia con esa frase tuya tan vulgar! ¡Hasta un ángel perdería la paciencia con lo que has dicho!... ¡La fuerza! ¡Incluso los calmuco y los mongoles salvajes disponen de fuerza! ¿Pero qué falta nos hace? Lo que nosotros amamos es la civilización; sí, sí, señor mío, los frutos de la civilización. Y no me vaya a decir usted que esos frutos son irrisorios. ¡Hasta el último vagabundo o *barbouilleur*^[31], hasta ese pianista que interpreta las canciones que le solicitan a cinco kopeks la noche, son más útiles que todos vosotros! ¡Al menos ellos representan a la civilización y no a la fuerza bruta mongola! ¡Os tenéis por personas progresistas, cuando en realidad lo único que os falta es meteros dentro de una *kibitka*^[32] calmuca!... ¡La fuerza!... ¡Sed conscientes, señores forzudos, de que no sois más que cuatro personas y media y que, frente a vosotros, son millones los que no permitirán que pisoteéis sus sagradas creencias y que os aplastarán si lo intentáis!

—¡Pues que nos aplasten, si es eso lo que nos merecemos! —repuso Bazárov—. Eso sólo el que sobreviva podrá contarlo. Pero no crea usted que somos tan pocos.

—¿Cómo dice? ¿Cree en serio que podrán convencer y meter en cintura a todo un pueblo?

—Ya conoce el proverbio: «Moscú entera ardió por culpa de una vela de a kopek»

—respondió Bazárov.

—Vaya, vaya. Comenzó usted con un orgullo casi satánico y termina con un tono burlón. ¡Ya veo qué apasiona a la juventud, ya veo cómo subyugan ustedes los inexpertos corazones de nuestros jóvenes! Vea, mire: precisamente uno de ellos se sienta a su lado y poco le falta para que le rinda veneración. ¡Disfrute de ello! (Arkadi se volvió y frunció el ceño). Y se trata de un contagio que llega ya demasiado lejos. Me han dicho que en Roma nuestros pintores apenas pisan el Vaticano. A Rafael^[33] le consideran prácticamente un necio y sólo porque, como aseguran, se trata de una autoridad. Y eso que su impotencia y esterilidad da asco y su imaginación no les llega más que para pintar «Muchacha en una fuente^[34]», que ya es decir, donde la muchacha parece un adefesio. Sin embargo, supongo, que para usted serán unos pintores fascinantes, ¿no es cierto?

—En mi opinión —repuso Bazárov—, Rafael no vale un pimiento y los otros aún menos.

—¡Bravo, bravo! ¡Escucha, Arkadi... y aprende cómo deben expresarse los jóvenes modernos de hoy en día! ¡Y cómo no van a seguirles! Antes los jóvenes tenían que estudiar: como no querían pasar por ignorantes, se esforzaban y estudiaban. Pero ahora les basta con proclamar «¡El mundo entero es una estupidez!» y ya tienen el título. Y los jóvenes, la mar de contentos. De hecho, si antes sólo eran imbéciles, ahora, de pronto, se han convertido en nihilistas.

—¡Vaya, ya veo que su sentido de la dignidad personal, tan alabado antes, terminó por abandonarle! —observó flemáticamente Bazárov, mientras Arkadi se ruborizaba todo él y sus ojos chispeaban—. Nuestra discusión ha llegado demasiado lejos. Creo que lo mejor será ponerle fin... Por lo demás, estaré dispuesto a darle la razón —añadió, mientras se levantaba— cuando usted me muestre al menos una sola disposición gubernamental que afecte a nuestra vida diaria, ya sea en el ámbito familiar o en el general, y que no merezca nuestra más completa e implacable repulsa.

—¡Millones de esas disposiciones le puedo presentar yo, millones! —exclamó Pável Petróvich—. Por ejemplo, ahí tiene la creación de las comunas agrarias.

Una gélida sonrisa torció los labios de Bazárov.

—Bueno, todo lo que se relaciona con la comuna agraria —repuso él—, mejor que lo discuta con su hermano. Al parecer, está experimentando ahora, y en propia carne, qué es todo eso de la comuna agraria, la garantía solidaria, la abstinencia de beber alcohol y demás sutilezas.

—¡O la familia! ¡La familia tal como está constituida entre nuestros campesinos! —gritó Pável Petróvich.

—Tampoco creo que les convenga a ustedes abordar en detalle esa cuestión. Sin duda, habrán oído hablar de los *snojachi*^[35]... Hágame caso, Pável Petróvich, concédase al menos un plazo de dos días. No creo que así, a vuela pluma, encuentre algo. Repase el conjunto de nuestro estado social y analice detenidamente cada una

de las clases que lo componen. Mientras tanto Arkadi y yo nos vamos a...

—Mofarnos de todo —culminó la frase Pável Petróvich.

—No, a rajar ranas. ¡Vamos, Arkadi!... ¡Hasta la vista, señores!

Y los dos amigos salieron. Los hermanos se quedaron solos, mirándose mutuamente en silencio.

—¡Ya lo ves! —tomó la palabra por fin Pável Petróvich—. ¡Ahí tienes a nuestra juventud! ¡Ahí tienes a nuestros herederos!

—¡Herederos! —repitió con voz triste Nikolái Petróvich. Durante toda la discusión había permanecido sentado como sobre ascuas, limitándose tan sólo a mirar a hurtadillas y con aire apenado hacia Arkadi—. ¿Sabes, hermano, de qué me he acordado? En cierta ocasión reñí con nuestra difunta madre: ella me gritaba, sin querer escucharme... Al final yo le dije algo así como que era imposible que me comprendiera, que pertenecíamos a dos generaciones diferentes. Ella se enfadó terriblemente y yo pensé: «¿Qué se le va a hacer? La píldora es amarga, pero hay que tragársela». Pues bien, ahora el turno nos llega a nosotros y nuestros herederos puede que nos digan: «Es que no sois de nuestra generación, así que tragaos la píldora de una vez».

—Eres excesivamente modesto y bondadoso —repuso Pável Petróvich—. Yo, por el contrario, estoy convencido de que tenemos mucha más razón que esos señoritingos, aunque quizá nos expresemos en una lengua un tanto desfasada, *vieilli*^[36], y no tengamos esa insolente presunción suya... ¡Qué petulante, la juventud de hoy en día! Les preguntas cualquier cosa, por ejemplo, qué vino prefieren, tinto o blanco, y ellos te responden con voz de barítono, haciendo un gesto así, como si todo el universo les estuviera contemplando en ese momento: «Me suelo inclinar por costumbre hacia el vino tinto»...

—¿No desean ustedes más té? —musitó Féniechka, asomando la cabeza por la puerta. La muchacha no se había decidido a entrar en el salón hasta que la discusión no hubo finalizado.

—No, ya puedes ordenar que retiren el samovar —le respondió Nikolái Petróvich, mientras se levantaba e iba a su encuentro. Pável Petróvich dirigió un brusco *bonsoir*^[37] a su hermano y se retiró a su despacho.

XI

Media hora más tarde Nikolái Petróvich se dirigió al jardín, a su apreciado cenador, donde le asaltaron tristes pensamientos. Percibía por primera vez las diferencias que le separaban de su hijo y presentía que éstas no harían más que agrandarse con el paso del tiempo. Era evidente que sus estancias invernales en Petersburgo habían resultado inútiles: las jornadas que había dedicado por entero a la lectura de las obras más actuales, la atención que había prestado a las conversaciones de los jóvenes, la alegría que había sentido al poder aportar también su opinión en sus fogosas polémicas... «Dice mi hermano que la razón está con nosotros —pensaba—. Incluso yo puedo creer, más allá de cualquier atisbo de amor propio, que quizá ellos estén más apartados de la verdad que nosotros, aunque también siento que cuentan con algo que nosotros no tenemos, que disponen de cierta ventaja... ¿Que son jóvenes? No, no todo reside en su juventud. ¿No consistirá esa ventaja en que las huellas del señoritismo son menos evidentes en ellos que en nosotros?».

Nikolái Petróvich agachó la cabeza y se pasó la mano por el rostro.

«¡Pero renegar de la poesía!... —volvió a pensar—. ¡No compartir la belleza que nos proporciona el arte, la naturaleza!...».

Y, alzando la vista, oteó a su alrededor, tratando de comprender cómo era posible no sentir admiración por la naturaleza. Atardecía ya; el sol se había ocultado tras el bosquecillo de álamos tiemblos que se alzaba a media versta del jardín: sus sombras se iban alargando sin tregua sobre la paz de los campos. Paralelo al bosquecillo, por un angosto y oscuro sendero, un joven *mujik* cabalgaba al pasitrote sobre un caballo blanco: pese a que avanzaba en el campo de sombra, se le distinguía con absoluta nitidez; todo, incluso el remiendo que llevaba en el hombro; las patas del caballo aparecían y desaparecían al ritmo agradable y preciso de su paso. Los rayos de sol penetraban en el bosquecillo por el lado opuesto y se abrían paso a través de la espesura, bañando los troncos de los tiemblos con una luz tan cálida que los hacía parecer troncos de pino, mientras su follaje casi azuleaba, coronado arriba por un cielo azul claro, apenas arrebolado aún por el ocaso. Las golondrinas volaban alto; el aire estaba completamente quieto; las abejas más tardías zumbaban perezosas y somnolientas en las flores de los lilos y unas pequeñas moscas se atropellaban como un torbellino sobre una larga rama solitaria. «¡Qué bien se está aquí, Dios mío!», pensó Nikolái Petróvich y unos amados versos acudieron a su boca, pero recordó a Arkadi y su *Kraft und Stoff* y decidió callarse, aunque permaneció sentado y entregado al doloroso y, al mismo tiempo, placentero juego de los pensamientos solitarios. Le gustaba entregarse a sus cavilaciones; la vida en el campo le había desarrollado esa capacidad. Tan poco tiempo como había pasado desde que se entregara a sus ensoñaciones en la venta del camino mientras esperaba a su hijo, pero suficiente para que se produjera aquel cambio. Sus relaciones mutuas, entonces nada claras, ya se habían definido... ¡Y de qué manera!... Acudió de nuevo a su memoria

la imagen de su difunta esposa, pero no aquella que conoció durante tantos años, no la hacendosa ama de casa, sino la muchacha joven, de fino talle e inocente y curiosa mirada, con su trenza reciamente entrelazada sobre su cuello juvenil. Recordó cuando la vio por primera vez. Era aún estudiante y se encontraron en la escalera de la casa donde él vivía; Kirsánov chocó con ella de forma involuntaria y se volvió rápidamente para disculparse, pero sólo pudo farfullar: «*Pardon, monsieur*^[38]». Ella bajó la cabeza y sonrió, pero se asustó de pronto repentinamente y echó a correr, aunque luego, en la curva de la escalera, se volviera para mirarle fugazmente y, adoptando un semblante serio, se sonrojara. Después llegaron las primeras tímidas citas, las medias palabras, las sonrisas a medias, los cambios de estado de ánimo, la tristeza, los arrebatos y, finalmente, aquella alegría contenida a duras penas... ¿Dónde habrían volado todas aquellas sensaciones? Luego ella se convirtió en su mujer y él fue feliz como pocos en la Tierra... «¿Pero por qué aquellos primeros, dulces momentos —pensó él—, no pudieron prolongarse eternamente, en una vida imperecedera?».

Aunque Nikolái Petróvich no trató de desentrañar su último pensamiento, sintió que quería mantener el recuerdo de aquellos plácidos días con más fuerza, si cabe, de la que le concedía la propia memoria; quería palpar de nuevo la proximidad de su María, sentir su calor, oír su respiración y, en aquel preciso momento, casi le pareció que sobre él...

—Nikolái Petróvich —la voz de Féniechka sonó al lado de donde se encontraba—, ¿dónde está usted?

Se estremeció. No sentía dolor ni remordimientos de conciencia... Aunque no se concediera siquiera la posibilidad de comparar a Féniechka con su esposa, lamentó que la muchacha hubiera decidido salir en su busca. De repente, aquella voz le recordó sus canas, su vejez, su actual... Y el mundo mágico donde acababa de internarse, aquel que había emergido de las nebulosas ondas del pasado, tembló y... se desvaneció.

—Estoy aquí —respondió—. Ahora voy... ¡Retírate!

«He aquí los vestigios del señoritismo», pensó él fugazmente. Féniechka entró en el cenador, le miró en silencio y se alejó. Entonces él advirtió con sorpresa que la noche había tenido tiempo de caer desde que se entregara a sus ensoñaciones. Todo a su alrededor se había sumido en la oscuridad y la quietud y el rostro de Féniechka se deslizó ante él, pálido, juvenil. Se irguió y quiso regresar a la casa, pero como su conmovido corazón no encontraba sosiego en su pecho, comenzó a pasear lentamente por el jardín, ora contemplando pensativamente sus pasos, ora levantando los ojos al cielo, donde ya se agolpaban y titilaban las estrellas. Caminó largo rato, casi hasta el cansancio, pero aquella angustia suya, lóbrega, inquieta e imprecisa, no terminaba de apaciguarse. ¡Ah, cómo se reiría Bazárov de saber lo que sentía en su alma! Hasta Arkadi se lo reprocharía. ¡Las lágrimas, esas lágrimas injustificadas asomando a sus ojos, a los suyos, a los de un hombre de cuarenta y cuatro años, agrónomo y

propietario de aquella hacienda! ¡Esto era cien veces más ridículo que su pasión por el violonchelo!

Nikolái Petróvich continuó paseando, sin atreverse a entrar en la casa, en aquel nido tranquilo y acogedor que le contemplaba tan afablemente con todas sus ventanas iluminadas. No se sentía con fuerzas de abandonar la oscuridad, de despedirse del jardín y la fresca sensación del aire en su rostro, de aquella tristeza, de aquella zozobra...

En un recodo del camino se encontró con Pável Petróvich.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó a Nikolái Petróvich—. Te veo pálido como un fantasma. Debes estar enfermo. ¿Por qué no te vas a la cama?

Nikolái Petróvich, en pocas palabras, le explicó su estado de ánimo y se alejó. Pável Petróvich caminó hasta el fondo del jardín y también él se entregó a sus cavilaciones, también él levantó los ojos al cielo. Pero en sus hermosos ojos oscuros no se reflejaba más que la luz de las estrellas. Él no era de natural romántico y su alma de misántropo, seca y elegante, a la manera francesa, no sabía soñar...

—¿Sabes? —le dijo Bazárov a Arkadi aquella noche—. Se me ha ocurrido una magnífica idea. Tu padre dijo hoy que había recibido una invitación de ese insigne pariente vuestro. Tu padre no piensa ir... ¿Por qué no nos largamos tú y yo a ***? Al fin y al cabo, ese hombre también te ha invitado a ti... ¡Mira qué tiempo hace! ¡Nos aireamos un poco y vemos la ciudad! ¡Pasamos allí cinco o seis días y... *basta*^[39]!

—¿Y desde allí regresarás a nuestra hacienda?

—No, tengo que ver a mi padre. ¿Sabes? Su casa está a treinta verstas de *** y hace tiempo que no le veo, ni a él ni a mi madre. ¡Quiero darles una alegría a mis viejos! Son gente buena y, sobre todo mi padre, muy divertido. Ellos ya sólo me tienen a mí.

—¿Y estarás mucho tiempo con ellos?

—No creo. Sin duda, me aburriré pronto.

—Y de regreso, ¿te pasarás por nuestra casa?

—No sé... ya veré. Bueno, ¿qué...? ¿Nos vamos a la ciudad?

—Quizá... —respondió Arkadi con cierta indolencia.

Pero en el fondo de su alma estaba encantado con la proposición de su amigo, si bien consideró obligado disimularlo. ¡No en vano era nihilista!

Al día siguiente Bazárov y él partieron hacia ***. Los jóvenes de Marino lamentaron su marcha: Dúniashka incluso dejó escapar unas lagrimitas... Pero los mayores suspiraron aliviados.

XII

La ciudad ***, hacia la que se dirigían nuestros amigos, se encontraba bajo la jurisdicción de un gobernador «de los jóvenes», déspota y progresista, esa conjunción tan frecuente en Rusia. Durante el primer año de su mandato, este dignatario ya había tenido tiempo de enemistarse no sólo con el jefe provincial, un capitán de infantería de Estado Mayor retirado, criador de caballos y hombre hospitalario, sino también con sus propios funcionarios. Finalmente, las disensiones surgidas por este motivo alcanzaron tal dimensión que el ministerio en Petersburgo estimó necesario enviar a un mandatario oficial con la misión de aclarar la situación en el mismo lugar de los hechos. La elección de la jefatura del ministerio recayó sobre Matvéi Ílich Koliazin, hijo de aquel Koliazin bajo cuya tutela estuvieron en su tiempo los hermanos Kirsánov. También él era «de los jóvenes», esto es, acababa de cumplir los cuarenta años, pero figuraba ya entre los prohombres gubernamentales y portaba una insignia a cada lado de su pecho, aunque una de ellas, hay que reconocerlo, era de las malas, es decir, se la había impuesto un país extranjero. Al igual que el gobernador a quien venía a auditar, se tenía por progresista y, siendo ya como era un personaje importante, no se parecía en nada a la mayoría de los demás insignes prohombres. Tenía de sí mismo el más alto concepto; su vanidad no conocía límites, pero él trataba de mantener una actitud humilde, miraba con aprobación, escuchaba con indulgencia y se reía de una manera tan bonachona que en los primeros instantes podía incluso pasar por un «muchacho encantador». Sin embargo, en los momentos importantes sabía darse empaque, como se suele decir. «Es imprescindible mostrarse enérgico —decía entonces—. *L'énergie est la première qualité d'un homme d'état*^[40]». Pese a ello, quedaba como un ignorante en la mayoría de las ocasiones y cualquier funcionario experto podía darle sopas con honda sobre cualquier tema. Matvéi Ílich mencionaba con mucha pompa a Guizot^[41] y se esforzaba por inculcar en todo aquel que le escuchara que él no era uno de esos burócratas desfasados y rutinarios, ni permanecía ajeno a ningún acontecimiento importante de la vida social... Todas las expresiones de ese tipo se las conocía al dedillo. Era cierto que seguía con enorme y desdeñosa magnanimidad todas las aportaciones literarias de su tiempo, si bien lo hacía de la misma manera que ese adulto que, al encontrarse en la calle con un grupo de chiquillos, se une a ellos. En realidad, Matvéi Ílich no se había alejado tanto de las maneras de aquellos prohombres de Estado de los tiempos del zar Alejandro que, al disponerse a asistir a la velada de la señora Svéchina^[42], por entonces residente en Petersburgo, se leían por la mañana el último artículo de Condillac^[43]. Aunque, eso sí, sus modales eran otros: como más modernos. Era un cortesano ladino, un lagarto de marca mayor, sin otras cualidades especiales. En los asuntos públicos no mostraba sensatez ni juicio alguno y carecía por completo de inteligencia, aunque se manejara *inteligentemente* en sus propios asuntos: ahí no había nadie que se le subiera a la

chepa y esa cuestión era fundamental.

Matvéi Ílich recibió a Arkadi con la bonhomía, diremos aún más, con la donosidad propia de un palaciego ilustrado. Sin embargo, se sorprendió al saber que los parientes a los que había invitado se habían quedado en la aldea. «Tu padre ha sido siempre un excéntrico», observó él, haciendo revolotear las borlas de su soberbia bata de terciopelo. De pronto, dirigiéndose a un joven funcionario que lucía un uniforme abotonado con esmero, preguntó con gesto de preocupación: «¿Qué ocurre?». El funcionario, a quien después de un largo silencio parecía que se le hubieran soldado los labios, se incorporó y miró a su jefe con aire perplejo. Pero Matvéi Ílich, una vez hubo desconcertado a su subalterno, se olvidó de él por completo. En general, a nuestros dignatarios les encanta desconcertar a sus subordinados y los procedimientos que utilizan para ello son de lo más variado. Por ejemplo, esta variante que ahora procedemos a describir goza de bastante predicamento, «*is quite a favorite*^[44]», como dicen los ingleses: el dignatario, de repente, deja de comprender las palabras más sencillas, como si se hubiera vuelto completamente sordo. Entonces lanza una pregunta de este cariz: «¿En qué día de la semana estamos hoy?». A la cual, el subordinado responde de la manera más respetuosa: «Hoy es viernes, su... Ex... Ex... Ex... lencia».

—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué ha dicho? —repite, tenso, el dignatario.

—Que hoy es viernes, su... Ex... Ex... lencia.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es eso de viernes? ¿Qué viernes ni viernes?

—Viernes, su... Ex... Exxx... Exxx... lencia... un día de la semana.

—¡Pero bueno! ¿Acaso se te ha antojado instruirme ahora?

En resumen, que Matvéi Ílich era un alto dignatario, por muy liberal que se considerara.

—Amigo mío, te aconsejo visitar a nuestro gobernador —le dijo a Arkadi—. ¿Comprendes? Te lo aconsejo no porque tenga en alta consideración esa admirable y antigua costumbre de visitar indefectiblemente a los poderes establecidos y así poder presentar nuestros respetos, sino simplemente porque el gobernador es una honestísima persona. Y con mucho más motivo si, como supongo, deseas conocer a la alta sociedad local... Supongo que no serás un huraño... Pasado mañana el gobernador organiza un baile.

—¿Y asistirá usted a ese baile? —preguntó Arkadi.

—Lo ofrece en mi honor —repuso Matvéi Ílich casi con pesar—. Tú bailas, ¿no?

—Bailo, pero mal.

—Pues qué lástima, aquí hay muchachas muy bonitas. Además, qué vergüenza para un joven no saber bailar. Te voy a dar este otro consejo, y no porque me guste observar las viejas costumbres ni considere que la inteligencia reside necesariamente en las piernas... Pero el byronismo es algo ridículo, *il a fait son temps*^[45].

—Bueno, tío, no es precisamente por byronismo por lo que yo...

—Te presentaré a las damas del lugar, seré tu padrino... —le interrumpió Matvéi

Ílich y se echó a reír con aires de suficiencia—. Te sentirás arropado, ¿no te parece?

En ese momento, un sirviente entró en la estancia y anunció la llegada del presidente de la Cámara de Tributos, un anciano de tierna mirada y labios arrugados, un extraordinario amante de la naturaleza, sobre todo en días de verano, cuando, según sus palabras, «cada abeja obtiene de cada flor su pequeño botín de miel^[46]». Arkadi se despidió.

Se reunió con Bazárov en el hotel donde se hospedaban y durante un buen rato trató de convencerle para que le acompañara a visitar al gobernador. «¡Qué le vamos a hacer! —se rindió por fin Bazárov—. ¡Si querías ahorcarte, no te quejes ahora de que la soga te aprieta! Si hemos venido aquí para conocer a los prohombres de nuestra provincia, ¡corramos a verlos!».

El gobernador les recibió cordialmente, pero no les invitó a sentarse ni tampoco él se sentó. Siempre andaba con prisas, siempre tenía algo pendiente que hacer. Desde que por la mañana se embutía en su ceñido uniforme y se anudaba su corbata, almidonada en demasía, ni siquiera podía comer y beber en condiciones, de tantas obligaciones como tenía. En su provincia le apodaban Bourdaloue, en alusión a los brebajes^[47] y al célebre predicador francés. Invitó a Kirsánov y Bazárov al baile y, dos minutos después, los volvió a invitar por segunda vez, ahora considerándolos hermanos y trastocando su apellido en Kaisárov.

Los dos amigos regresaban a pie desde la residencia del gobernador a su hotel, cuando un hombre de baja estatura, vestido con un dolmán al estilo eslavo, se apeó de repente de un carruaje que pasaba por allí y, al grito de «¡Evgueni Vasílievich!», se abalanzó hacia Bazárov.

—¡Ah, es usted, *herr* Sítnikov! —repuso Bazárov, sin dejar de caminar por la acera—. ¿Qué hace usted aquí?

—Imagínese, una casualidad —respondió el otro y, volviéndose hacia el cochero del carruaje, agitó la mano como unas cinco veces, mientras le gritaba: «¡Síguenos, síganos!»—. Mi padre tenía un asunto que resolver aquí, así que me pidió que viniera con él... —prosiguió, mientras saltaba a la acera por encima del canalillo de recogida de las aguas pluviales—. Hoy supe de su llegada a la ciudad y me acerqué a su hotel... (En efecto, los dos amigos, al llegar al hotel, encontraron allí una tarjeta con los bordes doblados y el nombre de Sítnikov escrito en francés por un lado y, por el otro, en caracteres cirílicos)... ¡Espero que no vengán de visitar al gobernador!

—Pues no espere nada, porque venimos precisamente de allí.

—¡Ah! En ese caso también yo iré a visitarle... Evgueni Vasílievich, presénteme a su... presénteme a este señor...

—Sítnikov... Kirsánov... —farfulló Bazárov sin detenerse.

—Encantado de conocerle —tomó la iniciativa Sítnikov, poniéndose a su lado, mientras sonreía con malicia y se despojaba rápidamente de sus guantes, elegantísimos—. He oído hablar mucho de usted... Yo soy un antiguo conocido de Evgueni Vasílievich; se puede decir que un discípulo suyo, pues a él le debo mi

regeneración...

Arkadi observó con atención al discípulo de Bazárov. Una expresión ansiosa y obtusa se dibujaba en los rasgos menudos, aunque agradables, de su rostro relamido; sus ojos, pequeños y como hundidos, miraban fija y nerviosamente, y su risa, breve y un tanto inexpresiva, denotaba también cierta inquietud.

—Quizá no me crea —prosiguió él—, pero cuando oí a Evgueni Vasílievich decir por primera vez que no se debía reconocer a ninguna autoridad, sentí tal entusiasmo que de pronto sentí cómo se me abrían los ojos. «He aquí mi hombre», pensé yo... ¡Ah, por cierto, Evgueni Vasílievich! Debería usted visitar sin falta y cuanto antes a cierta dama de esta ciudad que, aparte de contar con la inteligencia suficiente como para comprenderle, celebraría su visita como un auténtico regalo. Supongo que usted ya habrá oído hablar de ella.

—Pues no... ¿De quién se trata? —inquirió Bazárov de mala gana.

—Kúkshina, *Eudoxie*. Evdoxia Kúkshina. Una naturaleza prodigiosa, una mujer *émancipée*^[48] y vanguardista, en el sentido más preciso de la palabra... ¿Sabe qué? Vayamos a verla ahora. Su casa está a dos pasos de aquí. Almorzaremos allí... Seguramente, no habrán almorzado todavía, ¿no es así?

—Pues no, aún no.

—Entonces, estupendo. ¿Saben? Ella está separada de su marido y no depende de nadie.

—¿Es guapa? —le interrumpió Bazárov.

—N... no, justo eso no se puede decir de ella.

—Entonces, ¿por qué diablos quiere que vayamos a verla?

—Qué bromista, qué bromista... Ella descorchará una botella de champán en nuestro honor.

—¡Vaya! Ahora se ve lo práctico que es usted. Por cierto... ¿Sigue su padre dedicándose a la recaudación de impuestos?

—Sí, sigue recaudándolos —se apresuró a responder Sítnikov, soltando una risa estridente—. Entonces, ¿qué? ¿Vamos?

—No sé, la verdad.

—¡Ve! ¿No dijiste que querías reunirte con la gente de aquí? —le apuntó Arkadi a media voz.

—¿Y usted, señor Kirsánov? —preguntó Sítnikov, tomando la iniciativa—. Venga usted también. No nos iremos sin usted.

—¿Pero cómo vamos a presentarnos los tres así, de sopetón?

—¡No importa! Kúkshina es una mujer maravillosa.

—¿Y tendremos nuestra botella de champán? —preguntó Bazárov.

—¡Y puede que tres! —respondió Sítnikov—. ¡Eso se lo garantizo!

—¿Con qué?

—Con mi propia cabeza.

—Con tu dinero, mejor, padrecito... ¡En fin, vayamos, pues!

XIII

El hotelito noble al estilo moscovita en el que vivía Avdotia Nikítishna (o Evdoxia) Kúkshina se hallaba en una de las calles de la ciudad *** que, después de ser devoradas por el fuego, habían sido construidas de nueva planta. Es sabido que nuestras ciudades provinciales arden cada cinco años. Junto a la puerta, sobre una carta de visita clavada y con los bordes doblados, se veía el tirador de una campanilla y, en el vestíbulo, una mujer con cofia que no parecía del todo una sirvienta ni del todo una señorita de compañía recibió a los visitantes: un indicio claro de las convicciones progresistas de la dueña. Sítnikov preguntó si Avdotia Nikítishna se encontraba en casa.

—Víctor, ¿es usted? —se escuchó una voz aguda, que provenía de la habitación de al lado—. ¡Entre!

La mujer con cofia desapareció de inmediato.

—No vengo solo —profirió Sítnikov, despojándose con desenfado de su dolmán y dejando al descubierto algo parecido a una *podiovka*^[49] o un abrigo saco, mientras lanzaba una significativa mirada hacia Arkadi y Bazárov.

—No importa —respondió la voz—. *Entrez*^[50]!.

Los jóvenes entraron. La habitación a la que pasaron parecía más un despacho de trabajo que un recibidor. Papeles, cartas y gruesos ejemplares de revistas rusas, la mayoría de ellas con la faja de papel que las ceñía aún intacta, aparecían desperdigados sobre varias mesas cubiertas de polvo; por todos lados se veían colillas de cigarrillos rusos tiradas en el suelo. La dama se encontraba medio tumbada en un diván de cuero. Era una mujer aún joven, rubia y ligeramente descuidada, que lucía un vestido de seda no del todo limpio, unos gruesos brazaletes en sus cortos brazos y una pañoleta de punto en la cabeza. Ella se levantó inmediatamente del diván y, colocándose sobre sus hombros de manera descuidada un abrigo de piel amarillenta y aterciopelada de armiño, saludó en tono displicente: «¡Hola, Víctor!», y estrechó la mano que Sítnikov le ofrecía.

—Bazárov, Kirsánov —dijo él a su vez, de manera brusca y entrecortada, a la manera de Bazárov.

—Tengan la bondad —respondió Kúkshina y, clavando en Bazárov unos ojos redondos, entre los que se alzaba, diminuta y respingona, una nariz enrojecida, añadió —: Yo a usted le conozco —y le estrechó la mano a él también.

Bazárov arrugó el ceño. En la pequeña y poco agraciada figura de aquella mujer *emancipada* no había nada feo, pero la expresión de su cara influía negativamente en quien la contemplara. Casi involuntariamente entraban ganas de preguntarle: «¿Qué te pasa? ¿Tienes hambre?». O «¿Te aburres?». O «¿Qué te intimida?, ¿por qué estás tan tensa?». Al igual que Sítnikov, parecía como si tuviera el alma siempre crispada. Hablaba y se movía de una manera muy desenvuelta, pero, al mismo tiempo, algo

torpe. Era evidente que se tenía por un ser sencillo y bonachón, pero cuando hacía cualquier cosa, daba la impresión de que era justo lo que no quería hacer; todos sus actos parecían, como dicen los niños, hechos a posta, es decir, ejecutados de manera retorcida y poco natural.

—Sí, sí, Bazárov, yo le conozco a usted —repitió ella. (Había adoptado esa costumbre, tan habitual entre ciertas damas moscovitas, y también provincianas, de llamar a cualquier hombre por su apellido desde el mismo momento de conocerlo)—. ¿Les apetece un puro?

—Un puro no estaría nada mal. —Tomó la frase al vuelo Sítnikov, que ya había tenido tiempo de repachingarse en un sillón con los pies en alto—. Pero pónganos también algo para desayunar: tenemos un hambre atroz... ¡Ah, y ordene también que nos descorchen una botella de champán!

—¡Qué sibarita! —repuso Evdoxia y se echó a reír. (Al reírse, sus labios dejaban al descubierto las encías superiores)—. Bazárov, ¿acaso no tengo razón cuando digo que es todo un sibarita?

—Sencillamente, disfruto con los placeres de la vida —repuso Sítnikov, dándose importancia—. Pero eso no impide que sea todo un liberal.

—¡Lo impide, lo impide! —exclamó Evdoxia, si bien ordenó a su sirvienta que trajera el champán y preparara algo de comer—. ¿Usted qué cree? —añadió, dirigiéndose hacia Bazárov—. Estoy convencida de que comparte mi opinión.

—Nada de eso —repuso Bazárov—. Un trozo de carne es siempre más apetecible que un trozo de pan, incluso viéndolo desde un punto de vista químico.

—Ah, ¿se dedica usted a la química? A mí me apasiona. ¡Si le digo que incluso he inventado una especie de mástique!...

—¿Un mástique? ¿Usted?

—Sí, yo misma. ¿Y sabe para qué? Para hacer muñecas a las que no se les rompa la cabeza. También soy una mujer práctica. De todas formas, todavía no está preparado del todo. Me falta leer un poco más a Liebig^[51][51]... Por cierto, ¿ha leído usted el artículo sobre el trabajo femenino que ha publicado Kisliakov en *Noticias de Moscú*? Hágalo, se lo ruego. Supongo que también usted estará interesado en la cuestión femenina, ¿no es cierto? ¿Y en la instrucción pública?... Por cierto, ¿su amigo a qué se dedica?, ¿cómo se llama?...

La ciudadana Kúkshina dejaba caer una pregunta tras otra con rebuscada negligencia, como si no necesitara respuesta alguna; los niños mimados suelen hablar así con sus ayas.

—Me llamo Arkadi Nikoláich Kirsánov —respondió Arkadi en voz alta— y no me dedico a nada.

Evdoxia soltó una carcajada.

—¡Qué simpático! ¿Qué pasa, no fuman ustedes?... ¿Sabe, Víctor?, estoy enfadada con usted.

—¿Enfadada por qué?

—Me han dicho que ha vuelto a ensalzar en público a George Sand^[52]. ¡Una mujer caduca y nada más! ¡Cómo la puede comparar usted con Emerson^[53], si no tiene ni idea sobre educación, fisiología o cualquier otra cosa! ¡Ni siquiera de embriología habrá escuchado hablar, estoy segura! Y sin eso, en nuestro tiempo, ¿qué se puede emprender? (Evdoxia incluso se abrió de brazos.)... ¡Ah, qué artículo tan maravilloso ha escrito Elisievich sobre este asunto! ¡Qué señor tan genial! (Evdoxia utilizaba de continuo la palabra «señor» en lugar de «hombre»). ¡Usted, Bazárov, siéntese aquí a mi lado, en el sofá!... Quizá usted no lo sepa, pero le temo una barbaridad.

—¿Y eso por qué, si me permite la curiosidad?

—Es usted un señor peligroso, muy crítico... ¡Ay, Dios mío! Me hace gracia: hablo como una terrateniente de la estepa. Aunque, la verdad sea dicha, soy eso, una terrateniente. Dirigía mi propiedad personalmente e, imagínese, tenía de alcalde pedáneo a un tipo sorprendente, Yeroféi, un calco del trampero de Cooper^[54]. ¡Tenía un no sé qué de espontáneo!... Pero bueno, al final me afinqué aquí. Una ciudad insoportable, ¿no es cierto? ¡Qué le vamos a hacer!

—Una ciudad como cualquier otra —observó fríamente Bazárov.

—¡Lo terrible son esos intereses tan mezquinos! Antes pasaba los inviernos en Moscú... Pero ahora mi esposo, *monsieur* Kukshin, vive allí. Además, la Moscú de ahora..., no sé..., no es la misma de antes. Estoy pensando en marcharme al extranjero. El año pasado estuve a punto de hacerlo.

—¿A París, naturalmente? —preguntó Bazárov.

—A París y a Heidelberg.

—¿A Heidelberg, por qué razón?

—Por favor... ¡Allí está Bunsen^[55]!

A esto Bazárov no supo qué responder.

—¿No conoce usted a *Pierre Sapóshnikov*...?

—No, no le conozco.

—¡Por favor, *Pierre Sapóshnikov*!... Visita asiduamente la casa de Lidia Jostatova.

—Ni tampoco la conozco a ella.

—Bueno, pues él se ha comprometido a acompañarme. Gracias a Dios, soy una mujer libre, no tengo hijos... ¿Por qué habré dicho «gracias a Dios»?... En fin, da igual.

Evdoxia lió un cigarrillo con sus propios dedos, ennegrecidos por el tabaco. Luego pasó la lengua por el borde del papel, lo prendió y le dio unas cuantas chupadas.

Justo en ese momento entró la criada con una bandeja en sus manos.

—¡Llegó el almuerzo! ¿Gustan ustedes?... Víctor, descorche la botella. Ésa es tarea suya.

—Tarea mía, tarea mía —farfulló Sítnikov y rió otra vez de manera estridente.

—¿Hay mujeres hermosas en esta ciudad? —preguntó Bazárov, bebiéndose de un trago su tercera copa.

—Sí las hay —respondió Evdoxia—, ¡pero son tan vacías! Por ejemplo, *mon amie*^[56] Odintsova no está nada mal. Una pena que su reputación sea un tanto... No está nada mal, pero carece de libertad de criterio, de amplitud de miras, ni nada... de eso. Hay que cambiar el sistema de educación. Lo pienso desde hace tiempo: nuestras mujeres están muy mal formadas.

—Es inútil hacer nada con ellas —continuó Sítnikov—. Hay que despreciarlas, yo las desprecio, ¡de una manera total y absoluta! (La posibilidad de despreciar y expresar ese desprecio era lo que más le gustaba a Sítnikov; le encantaba especialmente atacar a las mujeres, sin sospechar que algunos meses más tarde tendría que humillarse ante su propia esposa, la princesa Durdoleósova, sólo porque ella era de mayor abolengo)... ¡Ni una sola está en condiciones de comprender la conversación que ahora mantenemos! ¡Ninguna se merece que nosotros, hombres serios, hablemos de ellas!

—Ni falta que les hace comprender nuestra conversación —profirió Bazárov.

—¿A quiénes se refiere? —se inmiscuyó Evdoxia.

—A las mujeres hermosas.

—¡Vaya! ¿Entonces usted, al parecer, comparte la opinión de Proudhon^[57]?

Bazárov enderezó el cuerpo con arrogancia.

—Yo no comparto las ideas de nadie; tengo las mías propias.

—¡Abajo los santones intelectuales! —gritó Sítnikov, siempre dispuesto a celebrar la mínima expresión brusca que saliera de los labios de aquella persona hacia la que manifestaba una actitud tan servil.

—Pero el mismo Macaulay^[58]... —intentó Kúkshina de nuevo.

—¡Abajo Macaulay! —tronó Sítnikov—. ¿Está usted a favor de esas cotorras?

—De las cotorras no, pero sí a favor de los derechos de la mujer, que he prometido defender hasta la última gota de mi sangre.

—¡Abajo...! —y aquí Sítnikov se contuvo—. Aunque no es que yo los niegue... —añadió.

—¡Ya veo que usted es esclavófilo!

—No, yo no soy esclavófilo, aunque, naturalmente...

—¡No, no, no! Usted es esclavófilo, un discípulo del *Domostrói*^[59]. ¡Sería usted feliz con un látigo en la mano!

—Eso del látigo estaría bien —observó Bazárov—, si no hubiéramos libado ya la última gota...

—¿La última gota de qué? —le interrumpió Evdoxia.

—De champán, honorabilísima Avdotia Nikítishna, de champán, no de su sangre.

—No puedo asistir impasible cuando alguien ataca a las mujeres —continuó Evdoxia—. Es horrible, horrible. ¡Ya podría usted leer *El amor* de Michelet^[60], en lugar de atacarlas!... ¡Qué maravilla!... ¡Señores, pero hablemos mejor de amor! —

añadió Evdoxia, dejando caer lánguidamente su mano sobre el mullido cojín del diván.

Se hizo un súbito silencio.

—Nada de eso. ¿Por qué razón deberíamos hablar del amor? —exclamó Bazárov —... Ha mencionado usted a una tal Odintsova... Creo recordar que la llamó así, ¿no es cierto? ¿Quién es esa dama?

—¡Un encanto, un encanto! —chilló Sítnikov, como un ratoncito—. Ya le presentaré. Una viuda rica e inteligente, aunque desgraciadamente, no lo suficientemente instruida. Haría mejor profundizando su amistad con nuestra Evdoxia. ¡Brindo por su salud, *Eudoxie*^[61]! ¡Choquemos nuestras copas! *Et toc, et toc, et tin-tin-tin! Et toc, et toc, et tin-tin-tin!!*

—Víctor, es usted un niño travieso.

El almuerzo se prolongó todavía un buen rato. A la primera botella de champán le siguió una segunda, luego una tercera y hasta una cuarta... Evdoxia hablaba sin parar. Y Sítnikov le daba la réplica... Largo y tendido teorizaron los dos sobre qué era el matrimonio, si un delito o un prejuicio social; cómo nacen los hombres, iguales o no; en qué consistía exactamente la individualidad. El convite derivó hasta el punto de ver a Evdoxia sentada ante un desafinado fortepiano, con la cara roja por el champán, tocando las teclas con sus uñas romas y entonando con voz ronca primero unas tonadas gitanas, luego la romanza de Seymour Schiff *Duerme, somnolienta Granada*, mientras Sítnikov, con una bufanda liada a la cabeza, representaba el papel del amante moribundo en los versos:

*Y fundir tus labios y los míos
en un cálido beso.*

Finalmente, Arkadi ya no aguantó más.

—Señores, esto se va pareciendo cada vez más a un Belén —observó en voz alta.

Bazárov, que tan sólo de tanto en tanto participaba en la conversación con alguna observación irónica —su atención estaba puesta fundamentalmente en el champán—, bostezó sonoramente, se levantó y, sin tan siquiera despedirse de la anfitriona, abandonó la casa en compañía de Arkadi. Sítnikov salió inmediatamente tras ellos.

—¿Qué, qué les dije? —inquirió, caracoleando obsequiosamente alrededor de los dos amigos, ora a su derecha, ora a su izquierda—. ¿No es una personalidad extraordinaria? ¡Éstas son las mujeres que necesitamos! A su manera, Kúkshina es todo un referente moral.

—¿Y este establecimiento de tu padre también es un referente moral? —preguntó Bazárov, señalando con el dedo la taberna ante la cual pasaban en aquel preciso momento.

Sítnikov emitió un gruñido y soltó de nuevo aquella risita suya. Se avergonzaba profundamente de sus orígenes, pero no sabía si sentirse halagado u ofendido por

aquel inesperado reproche de Bazárov.

XIV

Unos días más tarde se celebró el baile en la mansión del gobernador. Matvéi Ílich oficiaba de auténtico «héroe del baile». Y mientras nuestro prohombre iba diciendo a todos y cada uno de los presentes que asistía a la velada únicamente por respeto a la persona del gobernador, éste, el anfitrión, no paraba de «dar órdenes», incluso en el baile y sin tan siquiera mover un músculo. El exquisito trato de Matvéi Ílich sólo tenía parangón con su magnificencia. Guardaba una palabra atenta para todo el mundo —para unos, con un tono de repugnancia; con un tono de respeto, para otros—; se deshacía en cumplidos para con las damas *en vrai chevalier français*^[62] y se carcajeaba casi sin respiro con una risa grave y estentórea, como corresponde a un alto dignatario. A Arkadi le golpeó cariñosamente la espalda y le llamó en voz alta «su sobrinito». A Bazárov, que se sentía la mar de ligero dentro un frac pasado de moda, le honró con una mirada de soslayo, apática pero condescendiente, que rozó sus mejillas, y un mugido poco claro, aunque cordial, del que sólo se pudo descifrar un «yo» y un «muy». A Sítnikov le ofreció un dedo en ademán de saludo; hasta le sonrió, si bien a destiempo, cuando ya le había dado la espalda. Incluso a la misma Kúkshina, que se presentó en el baile sin miriñaque y con unos sucios guantes, aunque con un ave del paraíso de fantasía adornándole el cabello, incluso a Kúkshina le dedicó un *Enchanté*^[63]. Asistía al baile una enormidad de gente y había caballeros para dar y tomar. La gente de civil se apelotonaba mayormente a lo largo de las paredes, mientras los militares bailaban con ahínco, especialmente uno de ellos, que tras haber pasado unas seis semanas en París, se traía bien aprendidas ciertas intrépidas exclamaciones del tipo «Zut!», «Ah, fichtre», «Pst, pst, mon bibi»^[64], entre otras. Las pronunciaba a la perfección, con el auténtico *chic* parisino, pero al mismo tiempo decía «*si j'aurais*» en lugar de «*si j'avais*» o «*absolument*»^[65] en el sentido de «sin falta». En suma, que se expresaba en ese parloteo ruso-francés del que tanto se ríen los franceses cuando no se sienten en la obligación de tranquilizar a los nuestros con eso de que hablan el francés como los ángeles: «*comme des anges*».

Arkadi bailaba mal, como ya sabemos, y Bazárov no bailaba en absoluto: así que los dos se instalaron en un rincón. Al poco se les unió Sítnikov, quien, tras dibujar en su rostro una mueca burlona de desprecio y sin dejar de soltar expresiones envenenadas, miraba a su alrededor con insolencia, mientras parecía experimentar un auténtico placer. De repente la expresión de su rostro cambió y, volviéndose como confuso hacia Arkadi, anunció:

—Odintsova ha llegado.

Arkadi lanzó una mirada en la dirección indicada y distinguió a una mujer de elevada estatura con un vestido negro, que se había detenido en la puerta del salón de baile. Le sorprendió la dignidad de su porte. Sus brazos desnudos se extendían graciosamente a lo largo de su esbelto talle y unas ligeras ramitas de fucsia caían

donosamente desde sus brillantes cabellos hasta sus hombros en declive. La tranquila e inteligente mirada de sus ojos claros —sí, precisamente tranquila y no pensativa— brotaba de debajo de su frente, pálida y ligeramente pronunciada, mientras sus labios dibujaban una sonrisa apenas perceptible. Una especie de suave y tierno poderío emanaba de su rostro.

—¿La conoce usted? —le preguntó Arkadi a Sítnikov.

—Íntimamente. ¿Quiere usted que se la presente?

—Si fuera posible... después de esta contradanza.

Bazárov también se interesó por Odintsova.

—¿Quién es esa muñeca? —preguntó—. No se parece a las demás mujeres.

Terminó la contradanza y Sítnikov llevó a Arkadi hasta donde se encontraba Odintsova. A pesar de conocerla íntimamente, Sítnikov se trastabilló en su presentación y ella le miró con cierta sorpresa, si bien su rostro adoptó una expresión amable al oír el apellido de Arkadi. Odintsova le preguntó si era el hijo de Nikolái Petróvich.

—Así es.

—He visto dos veces a su padre, pero he oído hablar mucho más de él. Encantada de conocerle.

En ese preciso momento, un edecán voló hasta ella y la invitó a bailar la contradanza, a lo que ella dio su conformidad.

—¿Entonces baila usted? —le preguntó respetuosamente Arkadi.

—Claro que bailo. ¿Por qué pensaba usted que no iba a bailar? ¿O le parezco acaso demasiado mayor?

—Por favor, cómo puede usted pensar... En ese caso, concédame usted la mazurca.

Odintsova le sonrió indulgente.

—De acuerdo —respondió, y miró a Arkadi, pero no con altanería, sino de la manera en que las hermanas casadas miran a sus hermanos mucho más jóvenes.

Odintsova era un poco mayor que Arkadi, había cumplido los veintiocho años, pero, en su presencia, él se sentía como si fuera un escolar o un estudiante jovencito y hubiera entre ellos una diferencia de edad mucho más significativa. En ese momento, también se acercó a ella Matvéi Ílich, con sus aires de grandeza y sus obsequiosas palabras. Arkadi se apartó a un lado, pero sin quitar los ojos de ella. Como tampoco dejó de observarla mientras bailaba la contradanza. Odintsova conversaba con su pareja de baile con la misma naturalidad con la que lo había hecho con el alto dignatario, movía los ojos y la cabeza con soltura y una o dos veces se sonrió en silencio. Su nariz era un poco gruesa, como suele ser habitual entre las rusas, y el color de su piel, no del todo limpio. Con todos aquellos detalles, Arkadi concluyó que no había visto jamás a una mujer tan encantadora. El sonido de su voz no abandonaba sus oídos y hasta los mismos pliegues de su vestido parecían plisarse de manera distinta, más garbosa y amplia que las demás mujeres, mientras sus movimientos eran

naturales y armoniosos al mismo tiempo.

Arkadi sintió cierta timidez en su corazón cuando, a los primeros compases de la mazurca, se sentó al lado de su dama y, tratando de entablar conversación, no hacía más que pasarse la mano por el pelo, sin que se le ocurriese palabra alguna. Pero su timidez y su agitación duraron bien poco. La serenidad de Odintsova se le contagió también a él y, no había pasado un cuarto de hora, cuando ya le hablaba con toda libertad de su padre y su tío, de la vida en Petersburgo y en la aldea. Odintsova le escuchaba con un interés amable, abriendo y cerrando ligeramente el abanico. Su verborrea se interrumpía cuando los caballeros venían a reclamarle su baile; por cierto, que Sítnikov lo hizo por dos veces. Luego ella regresaba, se sentaba de nuevo a su lado y cogía el abanico, sin que su pecho respirara con mayor agitación que antes. Entonces Arkadi recuperaba su locuacidad, ahíto de felicidad por la oportunidad que tenía de estar a su lado y conversar con ella, mientras la miraba a los ojos y admiraba su hermosa frente y todo su rostro, tan agradable, serio y sensato. Odintsova, por el contrario, hablaba poco, pero su sapiencia de la vida se traslucía en sus palabras. Por alguna que otra observación suya, Arkadi llegó a la conclusión de que aquella joven mujer ya se había visto obligada a sufrir lo suyo, a reconsiderar bastantes cosas...

—¿Con quién estaba usted cuando el señor Sítnikov lo condujo hasta mí? —le preguntó ella.

—Ah, ¿así que se ha percatado de su presencia? —preguntó a su vez Arkadi—. Un tipo interesante, ¿no le parece? Se apellida Bazárov y es mi amigo.

Y entonces Arkadi comenzó a hablarle de «su amigo».

Hablaba de él con tanto detalle y entusiasmo, que Odintsova se giró hacia Bazárov y lo observó detenidamente. Entretanto, la mazurca llegó a su fin. Arkadi sintió pena de tener que despedirse de su dama. ¡Había pasado un rato tan agradable con ella! ¡Casi una hora!... Ciertamente que, durante todo ese tiempo, había advertido cómo ella le trataba constantemente con cierta condescendencia, como si le estuviera concediendo un favor... ¡Pero los jóvenes corazones no se atormentan por esa sensación!

La música enmudeció.

—*Merci* —le dijo Odintsova, mientras se levantaba—. Y recuerde que ha prometido visitarme. Venga usted con su amigo. Estoy muy interesada en conocer a esa persona, que tiene el valor de no creer en nada.

El gobernador se acercó a Odintsova para informarle de que la cena ya estaba dispuesta y, con gesto solemne, le ofreció su brazo. Ella, al salir, se volvió hacia Arkadi para dedicarle un último gesto y una última sonrisa. Él le respondió con una profunda reverencia y la siguió con la mirada (¡qué esbelto era su talle, bañado en el reflejo gris de la negra seda!), mientras pensaba: «A estas alturas, ya se habrá olvidado de mi existencia». Y sintió en su alma una especie de elegante resignación...

—¿Y bien? —le preguntó Bazárov a Arkadi en cuanto éste estuvo de vuelta en su rincón—. ¿Estás satisfecho? Un señor me acaba de decir que con esa dama «ay, ay, ay, hay que tener cuidado». Aunque también es verdad que el señor parecía algo estúpido. Así que prefiero oír tu opinión. Dime, ¿con esa dama, «ay, ay, ay, hay que tener cuidado»?

—No acabo de comprender del todo ese tipo de descripción —respondió Arkadi.

—¡Lo que faltaba! ¡Qué inocente es este chico!

—En ese caso, a quien no comprendo muy bien es a ese señor tuyo. Odintsova es una mujer muy agradable, de eso no hay duda, pero se desenvuelve de un modo tan frío y severo que...

—Del agua mansa... ¡Ya conoces el refrán! —asoció Bazárov al vuelo—. Dices que es fría. ¡Precisamente ahí reside su encanto! Porque a ti también te gustan los helados, ¿no es cierto?

—Quizá tengas razón —farfulló Arkadi—, en estas cosas no tengo experiencia. Pero ella quiere conocerte y me ha pedido que te lleve conmigo cuando vaya a visitarle.

—¡Me imagino la descripción que le habrás hecho de mí!... Pero te estoy agradecido. Sí, llévame contigo. Sea quien resulte ser, una leona provinciana o una *émancipée* al estilo de la Kúkshina, tiene unos hombros como hace tiempo no veía.

A Arkadi le molestó el cinismo de Bazárov, pero, como a menudo suele ocurrir en estas ocasiones, no afeó a su amigo aquello que precisamente le disgustaba de él...

—¿Y por qué razón no admites el derecho de las mujeres a pensar por sí mismas? —le preguntó a media voz.

—Hermano, porque mi experiencia me dice que sólo las mujeres feas tienen libertad de criterio.

La conversación se interrumpió allí. Los dos jóvenes abandonaron la casa inmediatamente después de la cena. Kúkshina les dedicó a su partida una sonrisa nerviosa y maliciosa, aunque tímida: sentía profundamente herido su amor propio por el hecho de que ni uno ni otro le hubiera prestado la más mínima atención. Fue la última en dejar el baile y, pasadas las tres de la madrugada, bailó con Sítnikov una polca-mazurca a la manera parisina. Con este espectáculo tan instructivo concluyó la velada del gobernador.

XV

—Veamos a qué orden de mamíferos pertenece este espécimen —le decía Bazárov a Arkadi al día siguiente, mientras subían juntos la escalera del hotel donde se había alojado Odintsova—. Mi nariz me dice que aquí hay algo que no marcha bien.

—¡Me asombras! —exclamó Arkadi—. ¿Cómo es posible que tú, Bazárov, te aferres a esa moral tan estrecha, esa moral...?

—¡Pero qué estrambótico eres! —le interrumpió Bazárov con brusquedad—. ¿No sabes, acaso, que, en nuestra jerga y para los nuestros, «no marchar bien» significa «marchar bien», que hay interés de por medio? ¿Acaso no has dicho tú hoy mismo que esta mujer se casó de manera extraña con un rico viejo, cuando esto, en mi opinión, no es nada extraño, sino, por el contrario, de lo más racional? No me creo las maledicencias que circulan por la ciudad, pero quiero pensar que son verdaderas, como dice nuestro ilustrado gobernador.

Arkadi no repuso nada y tocó a la puerta de la habitación. Un joven sirviente, vestido de librea, introdujo a los dos amigos en una sala llena de flores, aunque amueblada con mal gusto, como es habitual en la mayoría de las habitaciones de los hoteles rusos. Odintsova no tardó en aparecer, luciendo un sencillo vestido matinal. Parecía aún más joven a la luz de aquel sol primaveral. Arkadi presentó a Bazárov y, para su íntima sorpresa, advirtió que éste parecía turbado, todo lo contrario de Odintsova, que permanecía absolutamente tranquila, como el día anterior. Hasta el propio Bazárov notó su turbación y eso le enojó. «¡Vaya! ¡Así que te asustan las mujeres!», pensó para sí mismo y, dejándose caer en un sillón demasiado a la ligera, al estilo Sítnikov, comenzó a hablar con exagerada desenvoltura, mientras Odintsova no apartaba sus ojos claros de él.

Anna Serguéievna Odintsova era hija de Serguéi Nikoláevich Lóktiev, adonis, jugador y estafador reconocido que, tras mantenerse quince años en Petersburgo y Moscú en la cresta de la ola y en boca de todos, terminó perdiendo hasta la camisa y viéndose obligado a instalarse en el campo, donde, por cierto, murió al poco tiempo, dejando una insignificante herencia a sus dos hijas: Anna, de veinte años, y Katerina, de doce. La madre de las niñas, del linaje venido a menos del príncipe J..., había muerto en Petersburgo cuando su marido se encontraba aún en la plenitud de sus fuerzas. Anna quedó en una situación muy penosa tras la muerte de su padre. La brillante educación que había recibido en Petersburgo no la había preparado para sacar adelante una casa, ni mucho menos para soportar las tareas domésticas en una apartada y recóndita aldea. No conocía a nadie, lo que se dice a nadie, en los alrededores y, por tanto, no sabía a quién pedir consejo. Su padre había procurado evitar cualquier relación con sus vecinos; les despreciaba y ellos a él, cada uno a su manera. Pero la joven no perdió la cabeza y escribió inmediatamente a su tía materna, la princesa Avdotia Stepánovna J...ia, una vieja pérfida y orgullosa que, tras

instalarse en la casa de su sobrina y apropiarse de las mejores habitaciones, comenzó a gruñir y refunfuñar sin descanso de la mañana a la noche, incapaz siquiera de pasear por el jardín sin la compañía del único siervo de la gleba que le quedaba: un lacayo taciturno con tricornio, enfundado siempre en una librea ajada de color verde guisante con un pasamano azul celeste. Anna soportaba pacientemente todos los caprichos de su tía y además, dentro de sus posibilidades, se ocupaba de la educación de su hermana. Y cuando ya parecía resignada a la idea de ir marchitándose lentamente en aquel rincón perdido... el destino le tenía reservado otro futuro. Un tal Odintsov, un hombre rico de unos cuarenta y seis años, extravagante e hipocondríaco, gordo, agrio y algo pesado, aunque nada malo y sin un pelo de tonto, la encontró casualmente en su camino. Se enamoró de ella y pidió su mano. Ella consintió en ser su esposa y él, al morir después de vivir con ella seis años, le cedió toda su fortuna. Tras la muerte de su marido, Anna Serguéievna no salió de la aldea durante todo un año. Luego viajó con su hermana al extranjero, pero sólo visitó Alemania. Se aburrió, volvió y se instaló para vivir en su querido Nikólskoe, situado a unas cuarenta verstas de la ciudad de ***. Allí tenía a su disposición una magnífica mansión, perfectamente acondicionada, con un fabuloso jardín y varios invernaderos: el difunto Odintsov no se había negado ningún capricho. Anna Serguéievna aparecía raramente por la ciudad, la mayor parte de las veces por poco tiempo y para resolver algún asunto. En la provincia no la estimaban y muchos pusieron el grito en el cielo cuando se casó con Odintsov. Contaban fábulas de todo tipo sobre ella: aseguraban que había actuado de cómplice en las pillerías de tahúr de su padre; que su viaje al extranjero no había sido algo casual, sino con el propósito de ocultar ciertas consecuencias desagradables... «¿Comprende usted a qué me refiero?», solían concluir esos cronistas malévolos. «Esa mujer ha pasado por todo: por el agua y por el fuego...», decían de ella, a lo que el gracioso oficial de la provincia solía añadir: «¡Y también por las de Caín^[66]!». Todas aquellas habladurías llegaban a oídos de Odintsova, pero la dejaban indiferente: ella tenía un carácter independiente y de lo más resuelto.

Odintsova permanecía sentada, con la espalda apoyada contra el respaldo del sillón y, con una mano sobre otra, escuchaba a Bazárov. Éste, en contra de su costumbre, no sólo hablaba sin descanso, sino que lo hacía con el interesado propósito de encandilar a su contertulia, lo que sorprendía aún más a Arkadi, que no podía precisar si Bazárov estaba consiguiendo realmente su objetivo. Del rostro de Odintsova resultaba difícil deducir qué impresión le estaban causando las palabras de su amigo, ya que mantenía invariable la misma expresión de atenta amabilidad; la atención que mostraba iluminaba sus ojos, pero era una atención serena. La afectación de Bazárov en los primeros minutos de la visita le había causado una mala impresión, como cuando se advierte un mal olor o se oye un ruido estridente; pero en seguida se dio cuenta de que él se sentía turbado y de que la situación incluso la adulaba. Lo único que molestaba a Odintsova era la vulgaridad, pero nadie podría acusar a Bazárov de vulgar. En cuanto a Arkadi, aquel día no ganaba para sorpresas.

Esperaba que Bazárov hablara con Odintsova de sus convicciones y puntos de vista, como habría hecho con cualquier mujer inteligente: incluso ella misma había expresado sus deseos de conocer a esa persona «que tiene el valor de no creer en nada», pero, en lugar de eso, Bazárov comenzó a perorar sobre medicina, homeopatía o botánica. Resultó, además, que Odintsova no había perdido el tiempo en aquella vida de retiro que llevaba: había leído buenos libros y se expresaba en un ruso correcto. Ella intentó desviar la conversación hacia temas musicales, pero como Bazárov hubiera declarado previamente que abominaba el arte, volvió de nuevo y de manera imperceptible hacia la botánica, y eso pese a que Arkadi había comenzado ya a dar su opinión sobre la importancia de las melodías populares. Odintsova seguía tratándolo como lo haría con un hermano menor: daba la impresión de que valoraba en él esa bondad e ingenuidad propia de los jóvenes, pero nada más. La conversación, diversa, animada y tranquila, se prolongó durante más de tres horas.

Por fin, los dos amigos se levantaron y comenzaron a despedirse. Anna Serguéievna les miró con cariño, tendió a los dos su pálida y hermosa mano y, tras pensarlo un segundo, con una sonrisa indecisa, pero amable, dijo:

—Señores, si no temen el aburrimiento, vengan a visitarme a Nikólskoe.

—¡Por favor, Anna Serguéievna! —exclamó Arkadi—. Para mí sería un honor y un gran placer...

—¿Y para usted, *monsieur* Bazárov?

Bazárov se limitó a responderle con una inclinación de cabeza y Arkadi se sorprendió por enésima vez, al advertir que su amigo se sonrojaba.

—¿Y bien? —le preguntó ya en la calle—. ¿Sigues pensando de ella que *ay, ay, ay*?

—¡Y eso quién demonios lo puede saber! ¿Has visto qué dominio tiene de sí misma? —repuso Bazárov y, tras una breve pausa, añadió—: Parece una duquesa, una mujer con mucho poderío. Sólo le falta el manto por detrás y la corona en la cabeza.

—Nuestras duquesas no hablan el ruso de esa manera —observó Arkadi.

—Hermano mío, trabajó en las tierras comunales y comió de nuestro pan.

—De todos modos, es un encanto —exclamó Arkadi.

—¡Sí, una maravilla de cuerpo! —prosiguió Bazárov—. ¡Digno de figurar en el Museo Anatómico!

—¡Por Dios, Evgueni, ya basta! ¡Ella no es de ese estilo!

—Bueno, blandengue, no te enfades conmigo. ¡Lo dicho: un cuerpo de primera! ... ¡Tenemos que ir a visitarla!

—¿Cuándo?

—Pues pasado mañana. ¿Qué nos queda por hacer aquí? ¿Beber champán con la Kúkshina? ¿Escuchar a tu pariente, ese alto dignatario tan liberal?... Pasado mañana mismo nos largamos. Además, la pequeña hacienda de mi padre no queda lejos de allí... Nikólskoe queda en el camino a ***, ¿no es eso?

—Así es.

—*Optime*^[67]. Entonces, ¿para qué perder más tiempo aquí? Sólo los tontos y los sabios pierden el tiempo... Y lo dicho: ¡un cuerpo de primera!

Tres días después, los dos amigos rodaban ya por el camino de Nikólskoe. Hacía un día claro y no demasiado caluroso; los caballos de posta, bien alimentados, corrían a gusto, agitando ligeramente sus trenzadas y arremolinadas colas. Arkadi contemplaba el camino y se sonreía, sin que él mismo supiera de qué.

—¡Felicítame! —le instó de pronto Bazárov—. Hoy, 22 de junio, el día de mi santo. Ya veremos lo que me tiene reservado. En la casa de mis padres me esperaban justo hoy —añadió, bajando la voz...—. ¡Pero nada, qué importa, que me esperen!

XVI

La casa solariega en la que vivía Anna Serguéievna estaba emplazada sobre una colina descubierta en repecho, a poca distancia de una iglesia de piedra pintada de amarillo, con un tejado verde y blancas columnas y una pintura *al fresco*^[68] sobre el pórtico de entrada, que representaba la «Resurrección de Cristo» a la manera italiana. En un primer plano, destacaba especialmente por sus contornos redondeados la atezada figura de un guerrero feudal con yelmo y los brazos abiertos. Detrás de la iglesia se extendía la aldea en dos hileras de casas, con chimeneas que centelleaban fugazmente aquí y allá sobre los techos de paja. La casa solariega, construida en el mismo estilo de la iglesia, en ese estilo que nosotros conocemos con el nombre de «alejandrino»^[69], tenía también los muros pintados de amarillo, un tejado verde, blancas columnas y un frontón con escudo. Un arquitecto de la provincia había erigido los dos edificios con el visto bueno del fallecido Odintsov, incapaz de soportar, como él solía decir, cualquier tipo de innovación vacua y espontánea. A ambos lados de la casa y contiguos a ella se alzaban los oscuros árboles de un viejo jardín, mientras una alameda de pinos recortados conducía hacia la puerta principal.

Los dos amigos fueron recibidos en el vestíbulo por dos espigados lacayos de librea, uno de los cuales fue a buscar a toda prisa al mayordomo. El mayordomo, un hombre gordo vestido con un frac negro, apareció de inmediato y condujo a los huéspedes por una escalera alfombrada hasta una habitación especial, donde ya se habían instalado dos camas con todos los utensilios de aseo necesarios. Saltaba a la vista que en la casa imperaba el orden: todo estaba limpio y por todos lados se respiraba un fragante olor, como en las salas de recepción de los ministerios.

—Anna Serguéievna les da la bienvenida y les invita a verse dentro de media hora —anunció el mayordomo—. Entre tanto, ¿no ordenan nada los señores?

—Nada, respetable señor —respondió Bazárov—, salvo un vasito de vodka, si usted lo dispone traer.

—Como ordenen los señores —dijo el mayordomo un tanto desconcertado y, haciendo crujir sus botas, salió de la habitación.

—¡Qué *grand genre*!^[70] —observó Bazárov—. Se dice así en vuestro mundo, ¿no? Una duquesa en toda regla, sí señor.

—Una duquesa de buen corazón —replicó Arkadi—, ya que al primer encuentro invita a su casa a unos aristócratas tan potentes como nosotros.

—Especialmente a mí, un futuro matasanos, hijo de matasanos y nieto de sacristán... Porque tú sabías que soy nieto de un sacristán, ¿no?...

—Como Speranski^[71] —añadió Bazárov, torciendo el gesto tras un breve silencio—. ¡Sea como sea, esta dama nuestra no se priva de ningún capricho! Supongo que no tendremos también nosotros que vestirnos de frac...

Arkadi se limitó a encogerse de hombros... Pero lo cierto es que se sentía un

tanto azorado.

Media hora más tarde Bazárov y Arkadi entraron en el salón. Se trataba de una habitación amplia y de techos altos, amueblada con bastante lujo, pero sin un gusto definido. El pesado y costoso mobiliario se distribuía en el estricto orden habitual a lo largo de las paredes, empapeladas en marrón con un rameado dorado. El difunto Odintsov había comprado los muebles en Moscú, a través de un amigo y comisionista, comerciante de vinos. Situado en el centro, sobre el sofá pendía el cuadro de un hombre fofo y rubio, que miraba de manera poco amistosa a los huéspedes, o al menos eso parecía.

—Debe de ser *él* —le susurró Bazárov a Arkadi y, arrugando la nariz, añadió—: ¿Qué, ponemos pies en polvorosa?

Pero justo en ese momento entró la señora de la casa. Vestía un ligero vestido de tela de lana; el cabello, peinado con naturalidad, dejaba las orejas a la vista y le daba a su rostro, limpio y fresco, una expresión juvenil.

—Les agradezco que hayan mantenido su palabra de visitarme —comenzó ella—. Aquí, la verdad, se está bastante bien. Dentro de un momento les presentaré a mi hermana: toca muy bien el fortepiano. Sé que a usted, señor Bazárov, eso le deja indiferente, pero creí entender que a usted, señor Kirsánov, le gusta la música. Además de mi hermana, vive conmigo una vieja tía. Y un vecino viene de vez en cuando a jugar a las cartas. Ése es todo nuestro mundo. Bien, ahora tomemos asiento.

Odintsova pronunció todo ese pequeño discurso con voz clara y nítida, como si se lo tuviera aprendido de memoria. Luego se dirigió a Arkadi. Resultó que su madre había conocido a la madre de Arkadi e, incluso, había sido confidente de su amor a Nikolái Petróvich. Arkadi comenzó a hablar con pasión de su difunta madre, mientras Bazárov se puso a ojear unos álbumes. «¡Qué pacífico estoy!», se dijo para sí mismo.

Una preciosa galga con un collar azul entró corriendo en el salón haciendo resonar sus pezuñas en el suelo y, tras ella, lo hizo una muchacha de dieciocho años, de piel bronceada y pelo negro, con un rostro hermoso, aunque algo redondeado, y unos ojos negros y enormes. Traía en la mano una cesta llena de flores.

—Aquí tienen a mi Katia —dijo Odintsova, moviendo la cabeza en su dirección.

Katia se agachó con agilidad e, instalándose a los pies de su hermana, comenzó a seleccionar las flores. La galga, a la que llamaban Fifi, se fue acercando por turno a cada uno de los huéspedes, rozando sus manos con su frío hocico sin dejar de mover el rabo.

—¿Tú sola las has cogido todas? —preguntó Odintsova.

—Sí, yo sola —respondió Katia.

—¿Y la tía, vendrá a tomar el té con nosotros?

—Sin duda.

Cuando Katia hablaba, sonreía de una manera muy agradable, franca y tímida al mismo tiempo, y miraba a sus contertulios de abajo hacia arriba, entre severa y divertida. Todo en ella tenía un aire fresco y juvenil: la voz y esa típica pelusilla

adolescente por todo su rostro; sus manos sonrosadas, con redondeles blanquecinos en las palmas; sus hombros, un tanto comprimidos... Aunque se ruborizaba sin cesar, rápidamente recuperaba el aliento.

Odintsova se dirigió a Bazárov.

—¿Está usted, Evgueni Vasílievich, contemplando esas postales por cortesía? —comenzó Odintsova de nuevo—. Eso no es propio de usted. Ande, acérquese a nosotros y polemiquemos sobre cualquier cuestión.

Bazárov se acercó.

—¿De qué me ordena que hablemos? —preguntó él.

—De lo que usted quiera. Pero le advierto: soy una polemista tremenda.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿Acaso le sorprende? ¿Y por qué razón?

—Porque, a mi juicio, tiene usted un carácter frío y tranquilo y, para polemizar, se necesita pasión.

—¿Y cómo usted, en tan poco tiempo, sabe ya cómo soy? En primer lugar, soy impaciente y tenaz, si no, pregúntele a Katia; y, en segundo lugar, me apasiono con facilidad.

Bazárov miró a Anna Serguéievna.

—Naturalmente, usted debe conocerse mejor que nadie. Pero bueno, si discutir es de su gusto, discutamos. Cuando estaba contemplando esas vistas de la Suiza sajona en su álbum, aseguró usted que esa actividad no podía ser de mi gusto. Y lo dijo porque no ve en mí ningún interés por el arte. Y, en efecto, no lo tengo. Pero esas vistas también me podrían estar interesando desde un punto de vista geológico, por el proceso de la formación de las montañas, por ejemplo.

—Perdone, pero, como geólogo, usted recurriría antes a un libro o un artículo especializado, que a un dibujo.

—Pues mire, un dibujo puede mostrar en un segundo, y además desde un punto de vista práctico, lo que un libro describe en diez páginas.

Anna Serguéievna calló durante un momento.

—Entonces, ¿es cierto que no tiene usted el mínimo sentido artístico? —inquirió ella, mientras se acodaba en la mesa y, con ese simple movimiento, acercaba su rostro a Bazárov—. ¿Y cómo se puede vivir así?

—¿Acaso sirve para algo, si me permite preguntárselo?

—Naturalmente, aunque sólo sea para conocer y analizar a la gente.

Bazárov se sonrió.

—Para eso, en primer lugar, está la experiencia que da la vida; y, en segundo lugar, le aseguro que analizar a determinadas personas apenas cuesta esfuerzo. Las personas se parecen las unas a las otras tanto en cuerpo como en alma. Cada uno tiene el cerebro, el bazo, el corazón y los pulmones contruidos de la misma manera; y las llamadas cualidades morales son también idénticas en todos: una leve divergencia en los puntos de vista no significa nada. Basta con un solo ejemplar humano para juzgar

a todos los demás. Las personas son como los árboles de un bosque: ningún botánico perdería su tiempo en estudiar todos y cada uno de los abedules que conforman ese bosque.

Katia, que seguía formando tranquilamente su ramo eligiendo flor a flor, alzó con perplejidad sus ojos hacia Bazárov y, al cruzarse con su rápida y displicente mirada, se ruborizó hasta las orejas. Anna Serguéievna hizo un gesto con la cabeza.

—¡Así que los árboles de un bosque!... —repitió ella—. Entonces, según usted, ¿en nada se diferencia un hombre estúpido de otro inteligente, uno bueno de otro malo?

—No, claro que hay diferencias: como también entre un hombre sano y otro enfermo. Los pulmones de un tísico no están en el mismo estado que los de usted o los míos. Más o menos conocemos las causas de las afecciones corporales; como también que las enfermedades mentales vienen generadas por la mala educación, por todas esas miserias que van fijándose en las cabezas humanas desde la infancia; en una palabra, por el lamentable estado en que se encuentra la sociedad. Mejore usted la sociedad y se acabarán todas las enfermedades.

Mientras Bazárov hablaba, la expresión de su cara pareció decir: «¡Que me creas o no, me da exactamente igual!». Luego comenzó a acariciarse lentamente las patillas con sus larguísimos dedos, mientras sus ojos vagaban de un lado a otro.

—¿Así que usted cree —inquirió Anna Serguéievna— que cuando se reforme la sociedad ya no habrá ni tontos ni listos?

—Al menos, en una sociedad perfecta dará completamente igual que una persona sea tonta o lista, buena o mala.

—Sí, comprendo. Y también todos tendremos un bazo idéntico.

—Exactamente, señora.

Entonces Odintsova se dirigió a Arkadi.

—¿Y cuál es su opinión, Arkadi Nikoláevich?

—Estoy de acuerdo con Evgueni —respondió él.

Katia le lanzó una mirada de reojo.

—Me sorprenden ustedes, señores —dijo Odintsova—. De todas formas, seguiremos hablando en otra ocasión. Oigo ya los pasos de mi tía, que viene a tomar el té, y debemos esforzarnos en no violentar sus oídos.

La tía de Anna Serguéievna, la princesa J...ia, una mujer menuda, con el rostro contraído como un puño y unos ojos inmóviles y malignos que miraban por debajo de su canoso peluquín, entró en el salón y, tras hacerle una pequeña reverencia a los huéspedes, se dejó caer en un ancho sillón tapizado de terciopelo, en el cual nadie, a excepción de ella, tenía derecho a sentarse. Katia se apresuró a colocarle un escabel bajo los pies, pero la vieja no sólo no le agradeció la atención, sino que ni siquiera la miró, limitándose a hacerle un movimiento con sus manos debajo del chal amarillo, que cubría casi por entero su escuchimizado cuerpo.

—Tía, ¿ha descansado bien? —le preguntó Odintsova, elevando la voz.

—Otra vez está aquí esta perra —refunfuñó la vieja como respuesta y, al advertir que Fifi daba unos pasos indecisos en su dirección, le gritó—: ¡Fuera, fuera!

Katia llamó a Fifi y le abrió la puerta para que saliera.

Creyendo que la sacaban de paseo, Fifi se lanzó hacia fuera la mar de contenta, pero al quedarse sola detrás de la puerta, comenzó a rasguñarla y dar gañidos. La princesa arrugó el entrecejo y Katia amagaba ya con salir afuera, cuando Odintsova dijo:

—Bueno, supongo que el té ya estará dispuesto. Si ustedes gustan, señores... Tía, háganos el favor de tomar el té con nosotros.

La tía se levantó del sillón en silencio y fue la primera en salir del salón. Los demás se encaminaron tras ella hacia el comedor. Un joven lacayo de librea apartó ruidosamente de la mesa un sillón lleno de cojines, también reservado para la princesa, donde ella se dejó caer. Acto seguido recibió la primera de las tazas con escudo pintado que iba repartiendo Katia, encargada de servir el té, y vertió en ella unas cucharaditas de miel (opinaba que beber el té con azúcar era perjudicial, además de caro, y eso que no gastaba un kopek en nada de la casa). De repente, preguntó con voz ronca:

—¿Y qué escribe el *príncipe* Iván?

Pero nadie le respondió. Bazárov y Arkadi comprendieron inmediatamente que, pese a que todos trataban con respeto a la princesa, nadie le hacía caso. «¡La aguantan sólo para darse importancia, dado su linaje principesco!», pensó Bazárov... Después del té, Anna Serguéievna propuso dar un paseo: pero comenzó a lloviznear y toda la compañía, a excepción de la princesa, regresó al salón. Al poco llegó el vecino, de nombre Porfiri Platónovich, amante de los juegos de cartas, un hombre canoso y obeso, con unas piernecitas cortas y bien torneadas, muy amable y cortés. Anna Serguéievna, que se dirigía a Bazárov cada vez con más asiduidad, le preguntó si no quería medirse contra ellos al *préférence*, a la manera antigua. Bazárov aceptó, argumentando que, dado que iba a ser médico rural, le convenía ir practicando ya.

—¡Tenga cuidado! —le advirtió Anna Serguéievna—. Entre Porfiri Platónovich y yo le haremos picadillo. ¡Y tú, Katia —añadió ella—, toca algo para Arkadi Nikoláevich! Le encanta la música. También a nosotros nos vendrá de perlas escucharte.

Katia se acercó a regañadientes al fortepiano y Arkadi, a pesar de que, efectivamente, le gustaba la música, tampoco se mostró muy contento de seguirla. Tenía la impresión de que Odintsova le apartaba a conciencia de su lado, y su corazón, como le ocurriría a cualquier joven de su edad, comenzaba ya a impregnarse de ese sentimiento impreciso y angustioso, que es como la antesala del amor. Katia levantó la tapa del fortepiano y, sin mirar a Arkadi, le preguntó a media voz:

—¿Qué quiere que le interprete?

—Lo que usted prefiera —respondió Arkadi, indiferente.

—¿Qué música le gusta más? —repitió Katia, adoptando la misma actitud.

—La clásica —le respondió Arkadi con el mismo tono de voz.

—¿Le gusta Mozart?

—Sí, me gusta Mozart.

Y Katia sacó la partitura de la *Sonata-fantasía en Si menor* de Mozart. Tocaba muy bien, aunque de una manera un tanto rígida y seca. Sin apartar la vista de las notas y apretando con fuerza los labios, se mantuvo inmóvil, sentada erguida sobre el taburete. Tan sólo al final de la sonata se le encendió el rostro, mientras un mechón suelto del cabello caía sobre la ceja oscura.

A Arkadi le sorprendió especialmente el último movimiento de la sonata, ese movimiento en el que, entre la alegría que parece impregnar la festiva melodía, surgen de repente unos arrebatos de una triste y casi trágica amargura... Pero los pensamientos que las notas de Mozart habían despertado en él no iban dirigidos a Katia. Mientras la estuvo mirando, pensó tan sólo: «No toca mal esta muchacha. Y, además, también tiene su encanto».

Cuando terminó la sonata, Katia, sin retirar las manos del teclado, preguntó: «¿Suficiente?». Arkadi le respondió que no quería abusar de su amabilidad y trató de entablar conversación a propósito de Mozart. Le preguntó si había sido ella la que había escogido aquella sonata o, por el contrario, se la había recomendado alguien. Pero Katia le respondió lacónica y evasiva, como si se encerrara en sí misma. Cuando esto ocurría, tardaba un tiempo en mostrarse tal cual era; incluso su rostro adoptaba una expresión terca y casi obtusa. No es que fuera tímida, sino algo desconfiada y, además, se sentía como intimidada por su hermana y preceptora, cosa que ésta no sospechaba. Así que Arkadi, tratando de guardar la compostura, terminó por llamar a Fifi y, sonriendo, comenzó a acariciarle la cabeza; Katia, por su parte, se afanó de nuevo con sus flores.

Mientras tanto, Bazárov perdía una partida tras otra. Anna Serguéievna jugaba magistralmente a las cartas y Porfiri Platónovich también sabía manejarse. Al final Bazárov, aunque por poco, perdió, y eso le fastidió ligeramente. Después de la cena, Anna Serguéievna volvió a sacar el tema de la botánica.

—¡Si le parece, salgamos a pasear mañana por la mañana! —le dijo—. Me gustaría que me enseñara las denominaciones latinas de las plantas silvestres, así como sus propiedades.

—¿Y para qué quiere conocer las denominaciones latinas? —preguntó Bazárov.

—Hay que estar al día en todo —respondió ella.

—¡Qué mujer tan maravillosa es Anna Serguéievna! —exclamó Arkadi, al quedarse solo con su amigo en la habitación que les habían asignado.

—Sí —respondió Bazárov—, una mujer con cabeza. Además, ha visto de todo.

—¿Y eso, Evgueni Vasílich, en qué sentido lo dices?

—¡En el buen sentido, Arkadi Nikoláevich, amigo mío, en el bueno! Seguro que se maneja con la hacienda a las mil maravillas. Pero el verdadero portento no es ella, sino su hermana.

—¿Cómo? ¿Esa morenita?

—Sí, esa morenita. Quizá sea demasiado joven e inocente, asustadiza y silenciosa, y todo lo que se quiera decir. Pero ahí tienes alguien a quien dedicarte. Con ella puedes hacer lo que se te ocurra. En cambio, la otra ya es trigo molido.

Arkadi no respondió nada y cada uno se fue a la cama con sus propios pensamientos.

Anna Serguéievna también pensó aquella noche en sus huéspedes. Le gustaba Bazárov: su falta de coquetería y la excesiva brusquedad de sus opiniones. Veía en él algo nuevo, algo con lo que nunca antes se había encontrado, y por eso sentía curiosidad.

Anna Serguéievna era un ser bastante extraño. Sin dogmas ni prejuicios, no cedía ante nada ni buscaba refugios de ninguna clase. Tenía muchas cosas claras y le interesaba casi todo, pero nada la convencía por completo; incluso se podía decir que huía de las convicciones absolutas. Era de mente curiosa e indiferente al mismo tiempo: sus dudas ni se desvanecían en el olvido, ni se agudizaban hasta el punto de angustiarla. Si no hubiera sido tan rica e independiente, quizá se hubiera lanzado a la batalla y conocido la pasión... Pero le gustaba vivir sin complicaciones y, aunque en ocasiones se aburría, se ajustaba a su vida rutinaria sin alterarse, siendo raro que se preocupara hondamente por algo. También ella, a veces, veía a su alrededor los colores del arco iris, pero se sentía más relajada cuando desaparecían; tampoco los echaba de menos. Aunque su imaginación la transportara más allá de lo que las reglas de la moral ordinaria tenían por admisible, no por eso su sangre dejaba de fluir con calma por su esbelto, encantador y sosegado cuerpo. En ocasiones, sobre todo después de tomar un baño aromático, cuando sentía su cuerpo tibio y relajado, se sumergía en meditaciones sobre la insignificancia de la vida, sobre el mal, el dolor y las penalidades que ella encierra... Entonces una repentina valentía invadía y colmaba su alma, y una noble energía comenzaba a bullir en su interior. Pero bastaba que una corriente de aire se colara de repente por la ventana entornada, para que Anna Serguéievna sintiera un quejoso escalofrío, se enfadara y al instante ya sólo necesitara una cosa: que ese viento desagradable dejara cuanto antes de importunarla.

Como todas las mujeres que nunca han llegado a amar, sentía la carencia de algo, pero sin saber qué exactamente. En realidad, no necesitaba nada, aunque le pareciera que lo necesitara todo. Al difunto Odintsov apenas lo soportaba (en efecto, se había casado con él por interés, aunque, casi con toda seguridad no lo hubiera hecho, de no considerarle un hombre bueno) y esto le llevó a sentir una secreta repulsión hacia todos los hombres, a los que tenía en general por seres fofos, obscenos y pesados, completamente insoportables. Tan sólo una vez, durante su estancia en el extranjero, había conocido a una persona, un sueco joven y hermoso, con una noble expresión en su rostro y unos ojos azules de límpida mirada bajo su frente despejada, que le causara una fuerte impresión, pero eso no le impidió regresar a Rusia.

«¡Qué hombre tan extraño, ese matasanos!», pensaba ella, tendida en su

magnífico lecho entre almohadones de encaje y arropada tan sólo por una ligera manta de seda... Anna Serguéievna había heredado parcialmente el gusto paterno por el lujo. Había querido mucho a su progenitor, un hombre pecador, aunque bueno, y él, por su parte, también la adoraba. Solía bromear con su hija y tratarla como una igual, incluso se confiaba a ella y le pedía consejo. En cuanto a su madre, Odintsova apenas la recordaba.

«¡Qué hombre tan extraño ese matasanos!», se repitió de nuevo. Entonces se desperezó, sonrió y recostó la cabeza en sus brazos. Luego cogió una estúpida novela francesa, leyó apenas dos páginas y, dejando el libro, se durmió, limpia y fría toda ella, entre sus limpias y perfumadas sábanas.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Anna Serguéievna se marchó con Bazárov a recibir prácticas de botánica y no regresó hasta la misma hora del almuerzo. Arkadi no salió a ningún sitio y pasó cerca de una hora en compañía de Katia. Y aunque no se aburrió con ella y la muchacha se ofreció voluntariamente a interpretarle otra vez la sonata de la víspera, Arkadi no pudo contener una repentina opresión en su corazón, cuando distinguió por fin a la Odintsova regresando de su paseo. La dueña de la casa caminaba por el jardín con un paso un tanto cansado. Tenía ruborizadas las mejillas y los ojos le brillaban más de lo habitual bajo el redondo sombrero de paja, mientras hacía girar en los dedos el fino tallo de una florecilla silvestre. La ligera toquilla se le había deslizado hasta los codos y las anchas cintas grises del sombrero reposaban sobre su pecho. Bazárov caminaba detrás de ella, con paso indolente y, como siempre, seguro de sí mismo, pero la expresión de su cara, pese a resultar alegre e incluso amable, no le gustó nada a Arkadi. Tras musitar entre dientes un balbuciente «¡Buenos días!», Bazárov se dirigió a la habitación que ambos compartían, mientras Odintsova, tras estrechar distraídamente la mano que le ofrecía Arkadi, prosiguió también su camino.

«Ha dicho “¡Buenos días!” —pensó Arkadi—. ¡Como si no nos hubiéramos visto ya esta mañana!...».

XVII

El tiempo (ya se sabe) a veces vuela como un pájaro, a veces se arrastra como un gusano; pero cuando mejor nos sentimos es cuando no se advierte su paso, transcurra como transcurra, lento o rápido. Precisamente así transcurrieron para Arkadi y Bazárov los quince días que llevaban en la hacienda de Odintsova. En parte, eso se debía al orden que ella imprimía en su vida y en su casa. Lo mantenía con mano firme y obligaba a los demás a someterse a él. Durante el día, todo tenía lugar a la hora establecida. Por la mañana, a las ocho en punto, todos los habitantes de la casa se reunían para tomar el té; de la hora del té al almuerzo, cualquiera era libre de hacer lo que le viniera en gana: la dueña de la casa, en particular, empleaba ese tiempo en reunirse con el intendente de la finca (la hacienda estaba en régimen de arriendo bajo canon), el mayordomo y su ama de llaves. Antes de la comida todo el mundo volvía a reunirse para leer o conversar; la tarde se dedicaba al paseo, al juego de cartas o a la música; y a las diez y media de la noche, Anna Serguéievna se retiraba a su habitación, daba las órdenes oportunas para el día siguiente y se acostaba. A Bazárov no le gustaba demasiado aquella regularidad tan precisa de la vida cotidiana, tan solemne incluso. «Es como ir sobre ruedas», decía él. Los lacayos de librea, los ceremoniosos mayordomos ofendían su sentido democrático. Consideraba que, así las cosas, por qué no cenar a la manera inglesa, con frac y corbata blanca. En cierta ocasión confió a Anna Serguéievna su opinión al respecto. Por lo general, ella mantenía tal actitud que todo el mundo, sin dudarlo, se veía animado a manifestarle su parecer. Tras escucharle, ella dijo: «Desde su punto de vista quizá tenga usted razón y yo sea realmente una dama trasnochada. Pero en el campo hay que marcarse un orden, si no el aburrimiento le gana a uno la partida», y continuó respetándose su horario. Bazárov gruñía; pero si su vida y la de Arkadi transcurría en la casa de Odintsova así de placentera, era precisamente porque «allí todo marchaba sobre ruedas». Con todo, ya desde los primeros días de estancia en Nikólskoe se operaron ciertos cambios en los dos jóvenes. Bazárov, hacia quien Anna Serguéievna mostraba cierta predisposición, pese a estar de acuerdo con él en escasas ocasiones, comenzó a manifestar una ansiedad que nunca antes se le había observado: se irritaba con facilidad, hablaba a desgana, miraba con despecho y no podía quedarse quieto en un sitio, como si tuviera azogue en el cuerpo. Por su parte, Arkadi, convencido definitivamente de su amor por Odintsova, se dejó vencer por una tranquila melancolía. Una melancolía que, dicho sea de paso, no sólo no le impedía aproximarse a Katia, sino que incluso le ayudaba a entablar con ella unas relaciones cada vez más tiernas y amistosas. «Ella apenas repara en mí. ¡Qué se le va a hacer!... En cambio, Katia, este ser bondadoso, nunca me rechaza», pensaba para sus adentros, y entonces su corazón volvía a experimentar sentimientos magnánimos. Katia comprendía nebulosamente que Arkadi buscaba cierto consuelo en su compañía y por eso no le negaba a él, ni a sí misma, la ingenua satisfacción de una amistad a medias

pudorosa, a medias confiada. Nunca hablaban entre ellos en presencia de Anna Serguéievna: Katia siempre se intimidaba ante la escrutadora mirada de su hermana, mientras que Arkadi, como corresponde a un enamorado, no podía prestar atención a nadie más que no fuera el objeto de su amor, por muy a gusto que se encontrara a solas con Katia. Se sentía impotente para captar el interés de Odintsova; a solas con ella, se cohibía y no daba pie con bola, mientras ella no sabía qué decirle: le encontraba demasiado joven. Por el contrario, con Katia Arkadi se sentía a sus anchas. La trataba con condescendencia y la animaba a expresar las impresiones que le provocaban la música o la lectura de poemas, relatos y otras fruslerías parecidas, sin ser consciente, ni siquiera advertir que aquellas *fruslerías* también le ayudaban a distraerse. Katia, por su parte, no coartaba su melancolía. Arkadi se sentía bien en compañía de Katia y Odintsova en compañía de Bazárov, de manera que lo habitual era que las dos parejas, después de pasar juntos un rato, se fueran cada una por su lado, especialmente a la hora de los paseos. Katia *adoraba* la naturaleza y a Arkadi también le gustaba, aunque no fuera capaz de reconocerlo. A Odintsova, en cambio, la naturaleza le resultaba indiferente, lo mismo que a Bazárov. Aquella defección casi continua de los dos amigos no podía quedar sin consecuencias: las relaciones entre ellos comenzaron a cambiar. Bazárov dejó de hablar de Odintsova con Arkadi, incluso de denostar sus «maneras aristocráticas». Y si bien era verdad que seguía alabando a Katia como antes y le aconsejaba moderar su excesiva propensión hacia el sentimentalismo, ahora sus alabanzas resultaban apresuradas, sus consejos algo desabridos y, en general, hablaba con Arkadi mucho menos que antes... Parecía como si tratara de evitarle, como si se avergonzara de él...

Arkadi era consciente de todo esto, pero guardaba para sí sus impresiones.

La verdadera causa de todas estas «novedades» era el sentimiento que Odintsova inspiraba en Bazárov, un sentimiento que le enfurecía y atormentaba y del que renegaría con una carcajada de despecho y un cínico exabrupto si alguien aventurara, por vagamente que fuera, un diagnóstico de lo que le ocurría. Bazárov era un gran depredador de mujeres y de la belleza femenina, pero el amor en su sentido ideal o, como él lo llamaba, romántico, lo consideraba una pamplina, una estupidez imperdonable, además de creer que todos esos sentimientos caballerosos no eran más que anomalías o enfermedades, más de una vez había expresado su sorpresa por el hecho de que a sus afectados no los ingresaran en la casa amarilla de Toggenburgo^[72] con los antiguos bardos y trovadores alemanes. «Si te gusta una mujer —solía decir—, trata de entenderte con ella; si no lo consigues, no importa, abandónala, que el mundo no se acaba por eso». Odintsova le gustaba; los rumores que corrían sobre ella, su libertad e independencia de pensamiento, su evidente predisposición hacia él, todo hablaba a su favor. Pero pronto comprendió que ni «se entendería con ella», ni tampoco tendría fuerzas para apartarse de ella, por mucho que esto último le sorprendiera. Su sangre hervía con tan sólo pensar en ella; pero si bien estaba acostumbrado a meter su sangre en cintura, había algo, algo diferente, que se había

instalado en su cuerpo sin su consentimiento, algo de lo que él se había mofado desde siempre y que ahora irritaba su orgullo. En sus conversaciones con Anna Serguéievna seguía proclamando, incluso con más frecuencia que antes, su indiferente desprecio por todo lo romántico. Pero cuando se quedaba a solas se veía obligado a reconocer con indignación que el romanticismo se había instalado en su propia persona. Cuando se instalaba en ese estado de ánimo, se adentraba en el bosque y allí echaba a andar a grandes zancadas, arrollando las ramas que encontraba a su paso y renegando de Odintsova y de sí mismo en voz alta; o se encerraba en el henil o en algún cobertizo y, cerrando los ojos, se obligaba a dormir, algo que no siempre conseguía. Porque, de repente, un pensamiento cruzaba por su cabeza: que algún día quizá aquellos castos brazos rodearan su cuello, que sus labios orgullosos respondieran a sus besos y que la mirada de sus perspicaces ojos se posaran con cariño —sí, con cariño— en los suyos propios, y entonces su cabeza comenzaba a girar y girar, y durante un segundo lograba olvidarse de todo, justo hasta el momento en que su indignación brotaba de nuevo. De continuo sorprendía a su mente enfrascada en estos «vergonzosos» pensamientos, como si fuera el mismo diablo quien le mortificara. A veces creía advertir que en Odintsova se operaban ciertos cambios, que algo especial se dibujaba en la expresión de su cara, que quizá... Pero cuando eso ocurría, rápidamente daba un zapatazo en el suelo o rechinaba los dientes y se amenazaba a sí mismo con el puño cerrado.

Y, sin embargo, Bazárov no estaba del todo equivocado. Era cierto que se había instalado en la imaginación de Odintsova y que era él quien, de continuo, ocupaba su tiempo y también sus pensamientos. No le echaba de menos en su ausencia, ni tampoco le esperaba con anhelo, pero bastaba que Bazárov apareciera para que ella se sintiera revivir. Buscaba de buena gana quedarse a solas con Bazárov y conversaba a gusto con él, incluso en aquellas ocasiones en que le enfadaban u ofendían sus gustos y sus aristócratas costumbres. Era como si ella disfrutara poniéndole a prueba y, al mismo tiempo, tratara también de conocerse a sí misma.

Un día, paseando por el jardín, Bazárov le anunció con voz sombría su deseo de partir en breve hacia su aldea, a la casa de su padre... Odintsova palideció como si sintiera una punzada en el corazón, una punzada tan violenta que hasta ella misma se sorprendió y luego pasó mucho tiempo pensando qué podía significar aquello. Bazárov le había informado de su marcha no con la intención de ponerla a prueba, ni de comprobar qué salía de todo ello: él nunca «hacía experimentos» con esas cuestiones. Lo cierto es que aquella misma mañana había venido a verle Timoféich, el intendente de su padre y antiguo preceptor suyo. Pues bien, este Timoféich, un viejecito ajado, pero aún ágil, con el cabello rubio y descolorido, el rostro enrojecido y curtido por el sol y unas diminutas lagrimitas en los ojos hundidos, apareció de repente delante de Bazárov con su corto y pardo caftán de paño grueso, ceñido con un trozo de correa y calzado con unas botas alquitranadas.

—¡Ah, hola, viejecito mío! —exclamó Bazárov.

—¡Buenos días, querido Evgueni Vasílich! —le respondió el anciano, mientras le sonreía con alegría y el rostro se le cubría repentinamente de arrugas.

—¿A qué se debe tu visita? ¿Acaso te han enviado por mí?

—¡Por favor, padrecito, cómo puede pensar eso! —balbució Timoféich, recordando la orden tajante que su señor le había dado antes de partir—. Iba a la ciudad por asuntos de la hacienda, pero oí decir que el señor estaba aquí y me pasé para verle... ¡De no ser así, cómo iba a atreverme yo a molestarle!

—Anda y no mientas —le interrumpió Bazárov—. ¿Acaso el camino a la ciudad *** pasa por aquí?

Timoféich dejó caer el peso de todo su cuerpo sobre el otro pie, pero no dijo nada.

—¿Mi padre está bien?

—Sí, gracias a Dios.

—¿Y mi madre?

—Y Arina Vlásievna también, gracias a Dios.

—¿Están impacientes por mi llegada?

El viejecito inclinó su diminuta cabeza hacia un lado.

—¡Ay, Evgueni Vasílievich, cómo no le van a estar esperando! ¡Le juro por Dios que mi corazón sufre tan sólo por verlos en ese estado!

—¡Está bien, está bien! ¡No es necesario que exageres tanto! Diles que muy pronto estaré con ellos.

—Como usted ordene —respondió Timoféich con un suspiro.

Y dicho esto, el viejecito salió de la casa, se encasquetó la gorra y, ayudándose con las dos manos, trepó al ligero y humilde carruaje que había dejado a las puertas de la hacienda, y se puso en camino al pasitrote, aunque, claro está, no precisamente en dirección a la ciudad.

Esa misma tarde, Odintsova se reunió en su habitación con Bazárov, mientras Arkadi paseaba por el salón y escuchaba a Katia tocar el piano. Por su parte, la tía había subido a sus habitaciones: no soportaba las visitas y, mucho menos, a aquellos «jóvenes desenfrenados», como ella los llamaba. Y si bien en los salones principales de la casa se limitaba a estar siempre de morros, en cambio, en su habitación, a solas con su doncella, cogía tales berrinches y soltaba cada palabrota, que la cofia le brincaba en la cabeza a la par que su peluca postiza. Odintsova estaba al tanto de estas reacciones.

—¿Pero cómo decide usted marcharse así? —le dijo ella—. ¿Y su promesa?

Bazárov sintió cómo su corazón latía más deprisa.

—¿Qué promesa, señora?

—¿Se ha olvidado? Iba a darme unas lecciones de química.

—¡Y qué puedo hacer! Mi padre me espera y ya no puedo darle más largas. Además, usted misma puede leer *Notions générales de Chimie*^[73], de Pelouse y Frémy: es un buen libro y se lee fácilmente. En él encontrará lo que necesita.

—Pero, recuerde... Usted me aseguró que un libro no puede suplir... Ah, he

olvidado la expresión exacta que utilizó... Pero usted sabe a qué me refiero... ¿Lo recuerda?

—¿Y qué puedo hacer yo, señora! —repitió Bazárov.

—¿Por qué tiene que irse? —dijo Odintsova, bajando la voz.

Bazárov la miró. Ella había recostado la cabeza en el respaldo del sillón y cruzado los brazos, desnudos hasta los codos, sobre su pecho. Parecía más pálida a la luz de aquella lámpara solitaria, velada por una pantalla de papel festoneado. Un ancho vestido la cubría por entero con sus pliegues ligeros, dejando ver tan sólo las puntas de sus pies, también cruzados el uno sobre el otro.

—¿Y por qué tendría que quedarme? —respondió Bazárov.

Odintsova volvió ligeramente la cabeza.

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso no está bien en mi casa? ¿O acaso cree que no le vamos a echar de menos?

—Estoy seguro de que no.

Odintsova guardó silencio un momento.

—Se equivoca al pensar así. Además, no le creo. Eso no lo puede decir usted en serio —Bazárov seguía sentado, completamente inmóvil—. ¿Pero por qué calla usted, Evgueni Vasílich?

—¿Y qué le puedo decir yo? No creo que merezca la pena echar de menos a nadie y, mucho menos, a mí.

—¿Y eso por qué?

—Soy un hombre positivista, nada interesante. Tampoco sé hablar con las damas.

—Evgueni Vasílich, me está pidiendo usted que le haga cumplidos.

—No lo tengo por costumbre. ¿Acaso no sabe usted ya que el lado elegante de la vida, ese que usted aprecia tanto, no está a mi alcance?

Odintsova mordió un pico de su pañuelo.

—Piense lo que quiera, pero me aburriré cuando usted se vaya.

—Arkadi se queda —observó Bazárov.

Odintsova se encogió levemente de hombros.

—Me aburriré —volvió a decir.

—¿Usted cree? En cualquier caso, no se aburrirá por mucho tiempo.

—¿Y por qué cree eso?

—Pues porque ya lo dijo usted, que sólo se aburre cuando se altera el orden que ha impuesto en su casa. Ha organizado su vida con una corrección tan impecable que no deja ningún resquicio al tedio, la melancolía... o a cualquier otra sensación desagradable.

—¿Tan impecable le parezco? Quiero decir, ¿cree de veras que he organizado mi vida de la manera más acertada?

—¿Y tanto!... Por ejemplo: dentro de unos minutos darán las diez y ya sé de antemano que usted me echará de su habitación.

—No, no le echaré, Evgueni Vasílevich. Puede quedarse. Pero abra esa

ventana...; me siento un poco sofocada.

Bazárov se levantó y empujó el batiente de la ventana, que se abrió de una vez, dando un golpetazo... Él no esperaba que se abriera con tanta facilidad; además, le temblaban las manos. La noche, dulce y oscura, se asomó a la habitación con su cielo casi negro, el leve susurro de los árboles y el fresco aroma del aire, puro y libre.

—Corra la cortina y siéntese —le pidió Odintsova—. Quiero hablar con usted antes de su partida. Cuénteme algo sobre usted; casi nunca habla de sí mismo.

—Procuro conversar con usted sobre cuestiones que merezcan la pena, Anna Serguéievna.

—Es usted demasiado modesto... Pero me gustaría saber algo de usted, de su familia, de ese padre suyo por quien usted nos abandona.

«¿Por qué dirá esas cosas?», pensó Bazárov.

—No tiene el mínimo interés —declaró él en voz alta—, sobre todo para usted. Somos gente gris...

—¿Y yo, en su opinión, qué soy, una aristócrata?

Bazárov alzó la mirada hacia Odintsova.

—Sí —repuso él con excesiva severidad.

Ella sonrió.

—Ya veo lo poco que me conoce. Y eso que usted asegura que todas las personas se parecen las unas a las otras, de ahí que no merezca la pena estudiarlas aisladamente. Pero ya le contaré mi vida algún día... Antes, cuénteme usted la suya.

—Sí, la conozco poco —repitió Bazárov—. Quizá tenga usted razón; quizá todas las personas sean un misterio. Por ejemplo, usted: le incomodan las relaciones de sociedad, pero ha invitado a su casa a dos estudiantes... Dígame, ¿por qué, con su belleza e inteligencia, vive usted en el campo?

—¿Cómo? ¿Cómo ha dicho usted? —se aferró Odintsova a sus palabras con viveza—. ¿Con mi... belleza?

Bazárov arrugó el ceño.

—No importa —farfulló él—. Quería decir que no comprendo muy bien por qué ha decidido usted vivir en el campo.

—¡Ah, que no lo comprende!... ¿Ni tampoco se lo explica usted de alguna manera?

—Bueno... Creo que si vive permanentemente en este lugar es porque se ha mimado demasiado; que le encanta el confort y las comodidades y lo demás le resulta bastante indiferente.

Odintsova sonrió de nuevo.

—¿Usted, decididamente, no quiere aceptar que sea capaz de apasionarme?

Bazárov la miró de reojo.

—Por curiosidad, quizá; pero no de otra manera.

—¿De veras lo cree así?... Bueno, entonces ahora comprendo por qué nos llevamos tan bien: porque usted es igual que yo.

—Así que nos llevamos bien... —repitió sordamente Bazárov.

—¡Sí, tiene razón!... Ya había olvidado que usted quiere marcharse.

Bazárov se levantó. La lámpara iluminaba débilmente la recogida y perfumada habitación en penumbra; a través de la cortina, que la brisa mecía de vez en cuando, la salvaje frescura de la noche se vertía en su interior, dejando oír su murmullo secreto. Odintsova no movía un solo músculo de su cuerpo, pero una recóndita agitación se iba apoderando progresivamente de ella... Y también contagió a Bazárov, quien, de repente, fue consciente de encontrarse a solas con una mujer joven y hermosa...

—¿A dónde va? —preguntó ella pausadamente.

Él, sin responder nada, se dejó caer de nuevo en la silla.

—Y bien, así que usted me tiene por un ser tranquilo, rebuscado y algo mimado —prosiguió ella en el mismo tono de voz y sin apartar la mirada de la ventana—. En cambio, yo me conozco lo suficiente para decir que me siento muy desgraciada.

—¿Desgraciada usted? ¿Y por qué iba a sentirse así? ¿Acaso le da alguna importancia a esos mezquinos infundios?

Odintsova arrugó el ceño. Le irritó que Bazárov interpretara sus palabras de aquella manera.

—A mí esos infundios no me confunden en absoluto, Evgueni Vasílievich. Además, soy demasiado orgullosa para permitirles siquiera que me inquieten. Si me siento desgraciada es porque... no tengo ganas ni deseos de vivir. Me mira usted con incredulidad, como si pensara: y esto lo dice una «aristócrata», que vive entre encajes y se sienta en un mullido sillón de terciopelo. No lo oculto: me gusta el confort, como usted lo llama, y, a pesar de todo, no deseo vivir. Trate de resolver esa contradicción como usted mejor sepa. Aunque supongo que esto, a sus ojos, no será más que romanticismo.

Bazárov movió la cabeza.

—Es usted una mujer sana, rica e independiente... ¿Qué más le hace falta? ¿Qué más quiere?

—¿Que qué quiero?... —repitió Odintsova, y suspiró—. Estoy muy cansada y soy vieja, al menos tengo la impresión de que vivo desde hace mucho tiempo. Sí, soy vieja —añadió ella, y se estiró pausadamente las puntas de la mantilla sobre sus brazos desnudos. Sus ojos se encontraron con los de Bazárov y se ruborizó ligeramente—: ¡Tengo ya tantos recuerdos a mis espaldas! Mi vida en Petersburgo, la riqueza, luego la pobreza, la muerte de mi padre, mi matrimonio, después mi viaje al extranjero, como es costumbre... Recuerdos tengo muchos, pero nada que merezca la pena recordar; y ante mí, un camino largo, largo y sin objeto... No me apetece recorrerlo.

—¿Tan desencantada está usted? —preguntó Bazárov.

—No es eso —respondió ella tranquilamente—, lo que no estoy es satisfecha. ¡Si pudiera comprometerme fuertemente con algo!...

—Usted desea amar —le interrumpió Bazárov—, pero es incapaz de ello: ahí tiene la causa de su desgracia.

Odintsova se concentró de repente en examinar las mangas de su mantilla.

—¿Me considera incapaz de amar? —inquirió ella.

—¡Lo veo poco probable! Pero quizá me haya excedido al llamar desgracia la incapacidad de amar. Al contrario, quizá sea merecedor de compasión a quien le ocurra eso.

—¿Le ocurra qué?

—Enamorarse.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—De oídas —respondió él con gesto serio.

«Estás coqueteando conmigo —pensó Bazárov—. Te aburres y, de puro aburrimiento, me atormentas; mientras tanto, yo...». Y, en efecto, su corazón parecía desgarrarse por momentos.

—Además... —prosiguió él, inclinándose, echando el cuerpo hacia delante y poniéndose a jugar con el fleco del sillón—... Quizá sea usted también demasiado exigente.

—Es posible. Mi actitud es: o todo o nada. Una vida a cambio de otra. Toma la mía y dame la tuya, sin más consideraciones ni vuelta atrás. Si no es así, no me merece la pena.

—¿Qué puedo decirle? —apuntó Bazárov—. Me parece una condición justa, por eso me sorprende que hasta ahora... no haya encontrado usted... lo que desea.

—¿Acaso cree que es fácil entregarse a alguien por entero?

—Nada fácil, sobre todo si uno le da demasiadas vueltas a la cabeza, se mantiene a la expectativa o se pone un precio, quiero decir un precio excesivo. Pero si no se piensa demasiado, entregarse es fácil.

—¿Y cómo es posible no valorarse a sí mismo? Si yo no tengo ningún valor, ¿a quién le puede interesar mi abnegación?

—Ah, eso ya no es asunto nuestro; es el otro quien debe considerar cuánto valgo. Lo importante es saber entregarse.

Odintsova se separó del respaldo del sillón.

—Habla usted —dijo ella— como si todo esto ya lo hubiera experimentado.

—Me vino así a la mente, Anna Serguéievna, eso es todo. Ya sabe usted que este asunto no es de mi especialidad.

—¿Pero usted sabría entregarse?

—Lo ignoro, aunque tampoco quisiera parecerle engreído.

Odintsova no dijo nada y Bazárov guardó silencio. Unos acordes de fortepiano volaron hasta ellos desde el salón.

—¿Qué hace Katia tocando tan tarde? —observó Odintsova.

Bazárov se levantó.

—Sí, cierto, ahora sí que es tarde. Debe usted descansar.

—¡Espere un momento, qué prisa tiene...! Además, tengo algo que decirle.

—¿Qué?

—Espere —susurró Odintsova.

Sus ojos se detuvieron en Bazárov y pareció que ella lo examinaba detenidamente.

Bazárov comenzó a pasear por la habitación, pero, de repente, se acercó a ella y, apretándole la mano con tanta fuerza que casi la obligó a gritar, dijo precipitadamente: «¡Adiós!», y salió de la estancia. Odintsova se llevó a los labios sus recién aprisionados dedos, sopló sobre ellos y, levantándose impetuosamente del sillón, se lanzó a pasos rápidos hacia la puerta, como si tratara de hacer regresar a Bazárov... Pero justo en ese momento su doncella entró en la habitación portando una damajuana en una bandeja de plata. Odintsova se detuvo, ordenó a la doncella que saliera y, volviéndose a sentar, se quedó pensativa. Su trenza se soltó y cayó sobre su hombro como una oscura serpiente. La lámpara permaneció encendida un buen rato en la habitación de Anna Serguéievna y, durante todo ese tiempo, estuvo ella prácticamente inmóvil: tan sólo de vez en cuando se pasaba los dedos por los brazos, ligeramente entumecidos por el relente de la noche.

Dos horas más tarde, con las botas empapadas por el rocío, Bazárov, furioso y taciturno, entró en su habitación. Encontró a Arkadi sentado aún ante el escritorio con un libro en las manos y la levita abrochada hasta el cuello.

—¿No te has acostado todavía? —le preguntó en un tono, que parecía contrariado.

—Hoy has pasado mucho tiempo con Anna Serguéievna —observó Arkadi, sin responder a su pregunta.

—Sí, estuve con ella todo el tiempo que Katerina Serguéievna y tú estuvisteis tocando el piano.

—Yo no tocaba... —quiso objetar Arkadi, pero se calló. Notó cómo las lágrimas acudían a sus ojos y prefirió no llorar a la vista de alguien tan burlón como su amigo.

XVIII

Al día siguiente, cuando Odintsova apareció a la hora del té, Bazárov permaneció un buen rato con la cabeza inclinada sobre su taza hasta que, de repente, la levantó para mirarla... Ella se volvió hacia él, como si la hubiera tocado para llamar su atención, y entonces a Bazárov le pareció que su rostro se había vuelto aún más pálido durante la noche. Ella no tardó mucho en regresar a su habitación, para aparecer de nuevo sólo a la hora del almuerzo. El día había amanecido lluvioso y no había posibilidad de salir a pasear, así que todos los habitantes de la casa se congregaron en el salón. Arkadi cogió el último número de una revista y comenzó a leerlo en voz alta. La princesa, como de costumbre, manifestó al principio un gesto de sorpresa en su cara, como si Arkadi estuviera haciendo algo inconveniente, y luego se le quedó mirando con rencor; pero el joven no le prestó la más mínima atención.

—Evgueni Vasílievich —dijo Anna Serguéievna—, venga conmigo... Le quería hacer una pregunta... Ayer me habló usted de un manual de consulta...

Odintsova se levantó y se encaminó hacia la puerta, mientras la princesa miraba a su alrededor con una cara que parecía proclamar a los cuatro vientos: «¡Miren, miren ustedes! ¡Atónita estoy!», para luego clavar de nuevo su mirada en Arkadi. Éste, tras intercambiar una mirada con Katia, sentada a su lado, se limitó a levantar la voz y continuó con su lectura.

Odintsova se dirigió a pasos rápidos hacia su habitación, mientras Bazárov la seguía con presteza sin levantar la mirada hacia ella, aunque atento a los susurros y crujidos que hacía el vestido de seda que se deslizaba delante de él. Odintsova tomó asiento en el sillón que había ocupado la víspera y Bazárov hizo lo propio en la misma silla del día anterior.

—¿Cómo me dijo usted que se llamaba ese libro? —inició ella la conversación después de un breve silencio.

—Pelouse y Frémy, *Notions générales...* —respondió Bazárov—. Aunque también podría recomendarle a Ganot, *Traité élémentaire de physique expérimentale*. Sus ilustraciones son más claras y, en general, todo el manual...

Odintsova decidió aclarar la situación.

—Perdone usted, Evgueni Vasílievich, pero no le he llamado aquí para hablar de manuales de química. En realidad, deseaba continuar con nuestra conversación de ayer. ¡Se marchó usted tan de repente!... ¿No le aburriré?

—Estoy a su entera disposición, Anna Serguéievna. Pero, dígame, ¿de qué conversamos ayer?

Odintsova le dirigió a Bazárov una mirada oblicua.

—Creo que conversamos sobre la felicidad. Y yo le conté algunas cosas sobre mí. Por cierto, ya que he mencionado la palabra «felicidad», ¿me podría explicar por qué cuando disfrutamos, por ejemplo, de la música, de una velada maravillosa o de una amena conversación con personas interesantes, solemos asociar esos momentos a una

especie de felicidad infinita, existente en algún otro lugar, y no a una felicidad real, es decir, a una felicidad que estuviera dentro de nosotros? ¿Por qué será así? ¿No ha tenido usted nunca una sensación parecida?

—Ya conoce el refrán: «¡Qué bien se está donde no nos encontramos nosotros!» —repuso Bazárov—. Sin embargo, fue usted quien reconoció sentirse desdichada. Yo, en cambio, apenas me planteo cuestiones de ese tipo.

—¿Acaso le parecen ridículas?

—En absoluto, pero nunca me las planteo.

—¿De veras?... ¿Sabe? Me gustaría conocer qué cuestiones son las que se plantea usted.

—¿Cómo? No la he comprendido.

—Escuche, hace mucho que deseaba mantener una conversación aclaratoria con usted. Usted, no hay que decirlo, lo sabe perfectamente, es una persona fuera de lo corriente; aún es joven y tiene toda la vida por delante. Pero ¿qué es lo que busca?, ¿qué futuro le espera? Quiero decir... ¿qué objetivos persigue?, ¿a dónde quiere llegar?, ¿qué deseos alberga en su alma?... En una palabra, ¿quién y cómo es usted?

—Me sorprende, Anna Serguéievna. Sabe usted perfectamente que me dedico a las ciencias naturales y, en lo referente a quién soy yo...

—Sí, eso, ¿quién es usted?

—Ya le dije que pienso convertirme en médico rural.

Anna Serguéievna hizo un ademán de impaciencia.

—¿Por qué habla así? Ni usted mismo se cree lo que dice. Arkadi podría responder de esa manera, pero usted no.

—¿Y por qué Arkadi?...

—¡No siga por ahí!... No creo que usted se dé por satisfecho con una actividad tan modesta. Además, más de una vez ha dicho que la medicina no existe para usted. ¡Usted, con su amor propio, médico rural! Me responde así para esquivar mis preguntas, porque no me tiene ninguna confianza. ¿Y sabe usted, Evgueni Vasílievich? Yo sabría comprenderle a usted: también fui pobre y orgullosa, como usted lo es ahora; quizá haya pasado por las mismas experiencias que usted vive ahora.

—Todo eso está muy bien, Anna Serguéievna, pero perdone... No acostumbro a manifestar mis sentimientos. ¡Además, hay tanta distancia entre usted y yo...!

—¿Pero qué distancia? ¿Me está llamando «aristócrata» otra vez? ¡Basta ya, Evgueni Vasílievich! Creo haberle demostrado ya...

—Además —la interrumpió Bazárov—, ¿a qué vienen esas ganas de hablar y pensar en un futuro que tan poco depende de nosotros mismos? ¡Que surge una posibilidad de influir en él, pues estupendo, influyamos...! Pero si esa circunstancia no se da, al menos nos cabrá el consuelo de no haber parloteado demasiado e inútilmente sobre ello.

—¿Llama parloteo a una conversación amistosa?... ¿O acaso, al ser mujer, no me

considera merecedora de su confianza? Ustedes, los hombres, desprecian a todas las mujeres.

—Yo a usted no la desprecio, Anna Serguéievna, y usted lo sabe.

—No, yo no sé nada... De todas formas, supongamos que comprendiera su desgana por hablar de su futuro profesional... ¡Pero de ahí a no hablar de lo que ahora le acontece!...

—¡Lo que me acontece! —repitió Bazárov—. ¡Como si yo fuera un Estado o la sociedad!... De todas formas, no considero que sea nada interesante. Además, ¿cree usted que una persona tiene que comentar siempre en voz alta lo que «le acontece»?

—No veo por qué no se pueda expresar lo que uno siente en su alma.

—¿Puede usted? —preguntó Bazárov.

—Puedo —respondió Anna Serguéievna tras una leve vacilación.

Bazárov agachó la cabeza.

—Es usted más afortunada que yo.

Anna Serguéievna le miró inquisitivamente.

—¡Como quiera! —prosiguió ella—. Pero algo me dice que usted y yo no nos hemos conocido en vano; que usted y yo llegaremos a ser buenos amigos. Estoy segura de que su, cómo llamarla, esa tensión, esa reserva suya, terminará por desaparecer.

—¿Ah, pero me nota tenso o... cómo ha dicho también... reservado?

—Sí.

Bazárov se levantó y se acercó a la ventana.

—Y quiere usted saber por qué me muestro tan reservado, qué ocurre en mi interior, ¿no es eso?

—Sí —repitió Odintsova, con un temor que a ella misma le pareció incomprensible.

—¿Y no se enfadará usted?

—No.

—¿No? —Bazárov, de pie, seguía dándole la espalda—. Pues bien, sepa usted, entonces, que la amo. Estúpidamente, con locura... ¡Ya ve lo que ha conseguido!

Odintsova extendió sus brazos hacia delante, mientras Bazárov apoyaba la frente contra el cristal de la ventana. Jadeaba y todo su cuerpo parecía temblar. Pero no se trataba del temblor provocado por una especie de timidez juvenil, ni era el dulce pavor de la primera declaración de amor lo que le atenazaba. No, era pasión lo que latía en su interior, una pasión violenta y apremiante, una pasión similar a la maldad o, al menos, emparentada con ella... Odintsova sintió temor y compasión al mismo tiempo.

—Evgueni Vasílievich —dijo ella, y una involuntaria ternura sonó en su voz.

Él se volvió con rapidez y, dirigiéndole una mirada voraz, atrapó sus manos y las atrajo súbitamente hacia su pecho.

Ella no se liberó inmediatamente de su abrazo, pero un instante después ya se

encontraba en un rincón lejano y, desde allí, miraba a Bazárov. Él se abalanzó hacia ella...

—Usted no me ha comprendido —susurró ella con precipitado temor, dando la impresión de que gritaría si él se atrevía a dar otro paso... Bazárov se mordió los labios y abandonó la habitación.

Media hora más tarde la sirvienta le entregaba a Anna Serguéievna una nota de Bazárov. Constaba de un solo renglón: «Debo marcharme hoy mismo o puedo quedarme hasta mañana». «¿Por qué tendría que marcharse? Ni yo le comprendí a usted ni usted me comprendió a mí», le respondió Anna Serguéievna, y pensó: «Ni siquiera yo misma me comprendo».

Odintsova no se dejó ver hasta la hora del almuerzo. Durante todo ese tiempo estuvo paseando de un lado para otro en su habitación, con las manos cruzadas atrás, deteniéndose de vez en cuando, ora ante la ventana, ora ante el espejo, pasándose pausadamente el pañuelo por el cuello, donde creía tener una mancha enrojecida. Una y otra vez se preguntaba qué necesidad había tenido ella de «conseguir», por utilizar la expresión de Bazárov, que él se sincerara y si en verdad no había sospechado nada más... «La culpa ha sido mía —profirió en voz alta—, pero tampoco podía prever las consecuencias». Luego recordó el rostro casi salvaje de Bazárov al lanzarse hacia ella y, ruborizándose, se sumió de nuevo en sus pensamientos...

—¿O quizá...? —pronunció de pronto y, deteniéndose, se sacudió los rizos de su cabello... Entonces se contempló en el espejo. Su cabeza, echada hacia atrás, la misteriosa sonrisa que se dibujaba en sus ojos entornados y sus labios entreabiertos, parecieron aclararle en un instante lo que ella misma se trataba de ocultar...

«No —decidió por fin—. Dios sabe a dónde llevaría todo eso. Con estas cuestiones, mejor no bromear. No hay nada preferible a la tranquilidad de espíritu».

Si su tranquilidad no parecía afectada, sí que se sentía afligida. Incluso, en cierto momento y sin saber siquiera por qué, dejó escapar unas lagrimitas, pero, desde luego, no por estimar que la hubieran ofendido de algún modo. No, no se sentía ofendida: al contrario, su sentimiento era más bien de culpabilidad. Influida por muy diversas y ocultas sensaciones, la impresión de que su vida iba pasando, así como el deseo de novedades y sorpresas, parecían empujarle hasta esa frontera que ella ya conocía y otear desde allí lo que había al otro lado: y lo que veía al otro lado no era el abismo, sino el vacío... o el escándalo.

XIX

Por mucho dominio que tuviera sobre sí misma o por muy encima que se encontrara de cualquier prejuicio, Odintsova se sintió algo incómoda al hacer su entrada en el comedor a la hora del almuerzo, el cual, por cierto, transcurrió de la manera más feliz. Llegó Porfiri Platónovich, que acababa de regresar de la ciudad, y contó varias anécdotas. Entre otras cosas, les informó de que el gobernador había ordenado a sus funcionarios que calzaran espuelas, por si se daba el caso de que los mandara a caballo a alguna misión urgente. Arkadi comentaba a media voz las noticias con Katia, mientras atendía gentilmente a la vieja princesa. Bazárov se mantenía en un silencio terco y sombrío. Odintsova le miró un par de veces, directamente, no de soslayo, y contempló su rostro lívido y severo, su mirada abatida, la marca de una esquivia osadía en cada uno de sus rasgos, y pensó: «No... no... no...». Después del almuerzo, todos se encaminaron hacia el jardín y Odintsova, notando que Bazárov quería hablar con ella, dio unos pasos hacia un lado y se detuvo. Él se acercó a ella y, sin levantar la vista, le dijo con voz grave:

—Debo pedirle excusas, Anna Serguéievna. Es lógico que esté enojada conmigo.

—No, no estoy enfadada con usted, Evgueni Vasílievich —respondió Odintsova —, pero sí apenada.

—Pues aún peor. En cualquier caso, ya tengo suficiente castigo. Mi situación, y en esto estará usted de acuerdo conmigo, es de lo más estúpida. Usted me escribió en su nota: «¿Por qué tiene que marcharse?». Pero yo no puedo ni quiero quedarme. Mañana ya no estaré aquí.

—Evgueni Vasílievich, ¿pero por qué?...

—¿Que por qué me marchó?

—No, no era eso lo que quería preguntar.

—Lo pasado ya no se puede cambiar, Anna Serguéievna... y, antes o después, esto tenía que ocurrir. Por lo tanto, debo marcharme. Sólo conozco una circunstancia que me permitiría quedarme; pero esa circunstancia no se dará nunca. Porque usted, y perdone mi insolencia, ni me quiere ni me querrá nunca, ¿no es así?

Los ojos de Bazárov brillaron un instante bajo sus oscuras cejas.

Anna Serguéievna no le respondió. Un pensamiento cruzó por su mente: «Temo a este hombre».

—¡Adiós, señora! —exclamó Bazárov como si adivinara su pensamiento y encaminándose hacia la casa.

Anna Serguéievna echó a andar despacio detrás de él, llamó a Katia, la cogió del brazo y ya no se separó de ella durante toda la tarde. Esta vez no quiso jugar a las cartas, en cambio sus risas iban en aumento, lo que no concordaba con la palidez y la turbación de su rostro. Arkadi, perplejo, no dejaba de observarla de esa manera tan especial de los jóvenes, es decir, preguntándose qué significaba aquello. Bazárov se encerró en su habitación, pero regresó a la hora del té. Anna Serguéievna deseaba

consolarlo con algunas palabras amables, pero no sabía qué decirle...

De repente, un suceso imprevisto la sacó de dificultades: el mayordomo anunció la llegada de Sítnikov.

Resulta difícil transmitir con palabras qué revuelo armó la entrada en el salón del joven progresista. A pesar de haberse decidido, con la importunidad que le caracterizaba, a visitar a una mujer a la que apenas conocía y que nunca le había invitado, pero en cuya casa se alojaban personas inteligentes y conocidas, el joven se intimidó lo indecible y, en vez de saludar y pronunciar las consabidas disculpas, ya preparadas de antemano, farfulló una explicación estúpida, increíble. A saber: que Evdoxia Kúkshina le había enviado para que se interesase por la salud de Anna Serguéievna; además, como Arkadi Nikolaévich había hablado de ella en unos términos tan elogiosos, pues... Y al llegar aquí ya no supo cómo seguir y se puso tan nervioso que terminó sentándose sobre su propio sombrero. Pero como nadie le indicó la dirección de la puerta y Anna Serguéievna incluso le presentó a su tía y a su hermana, pronto se recuperó del desconcierto y comenzó a chacharear a discreción. A menudo la irrupción de la trivialidad resulta útil en la vida: afloja las cuerdas tensadas en demasía y modera también la presunción y la dejadez propias, recordándonos cuán cerca están estos sentimientos el uno del otro. Con la llegada de Sítnikov todo se tornó más insustancial y sencillo; incluso todos comieron más de lo habitual y se fueron a dormir media hora antes de lo previsto.

—Ahora te podría repetir —dijo Arkadi, ya en la cama, a Bazárov, que también se había desvestido— algo que me dijiste en cierta ocasión: «¿Por qué estás tan triste? Con toda seguridad, vendrás de cumplir un sagrado deber».

Desde hacía un tiempo, en la relación entre los dos jóvenes se había instalado ese tipo de engañosa y achulada jocosidad que suele servir de indicador de ocultas insatisfacciones y reproches reprimidos.

—Me marchó mañana a casa de mi padre —dijo Bazárov.

Arkadi se irguió y apoyó el peso de todo su cuerpo sobre un codo. Estaba sorprendido y, al mismo tiempo, se sentía aliviado.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Y esa tristeza tuya a qué se debe?

Bazárov dejó escapar un bostezo.

—Saber tanto envejece antes de tiempo.

—¿Y qué me dices de Anna Serguéievna? —continuó Arkadi.

—¿Qué pasa con Anna Serguéievna?

—Quería preguntarte si te deja marchar.

—No trabajo para ella bajo contrato.

Arkadi se quedó pensativo. Bazárov se metió en la cama y volvió el rostro hacia la pared.

Transcurrieron algunos minutos en silencio.

—¡Evgueni! —dijo Arkadi de repente.

—¿Qué?

—Yo también me marchó contigo mañana.

Bazárov no respondió.

—Pero yo regreso a mi casa —continuó Arkadi—. Iremos juntos hasta el caserío Jójlovski y tú allí le alquilas unos caballos a Fíodot. Me encantaría conocer a tus padres, pero no quiero causar molestias, ni a ti ni a ellos. De regreso, pasarás por nuestra casa, ¿no es así?

—Sí, dejé allí mis cosas —respondió Bazárov sin volverse.

«¿Por qué no me preguntará por qué razón me voy y así, tan repentinamente como él? —pensó Arkadi—. A fin de cuentas, ¿por qué me voy?; ¿y por qué se marcha él?», continuó con sus pensamientos. Y como no lograba responder de manera satisfactoria a sus propias preguntas, su corazón se inundó de amargura. Presintió que le resultaría difícil abandonar aquel tipo de vida, al que estaba tan acostumbrado. Y la idea de quedarse solo también le resultaba extraña. «Algo ha ocurrido entre ellos —pensó—. ¿Por qué iba yo a remolonear alrededor de Odintsova, cuando él se haya marchado? La hastiaría del todo y perdería mi última oportunidad». Y se esforzó por imaginar los rasgos de Anna Serguéievna, aunque pronto otros rasgos comenzaron a dibujarse lentamente sobre el hermoso rostro de la joven viuda.

—¡También lo siento por Katia! —le susurró a la almohada, que ya comenzaba a empapar con sus lágrimas. De repente, se irguió y, echándose hacia atrás el cabello, exclamó en voz alta—: ¿Y ese estúpido de Sítnikov, a qué demonios habrá venido?

Bazárov se removió primero en el lecho y luego respondió:

—Tú, hermano, por lo que veo, sigues igual de tonto que antes. La gente como Sítnikov es más que necesaria. Al menos yo, trata de comprenderlo, necesito a ese tipo de imbéciles. ¡Si no fuera por ellos, hasta los mismos dioses saldrían escaldados!

...

«¡Ajá, ahora comprendo!», pensó Arkadi, y en ese preciso instante, y por primera vez, se abrió ante él un abismo sin fondo muy particular, el amor propio de Bazárov.

—¡Así que tú y yo somos como dioses! O, mejor dicho, el dios eres tú y yo, yo... ¿un imbécil más, tal vez?

—Sí —respondió Bazárov con aspereza—, todavía eres un tonto.

Odintsova no se mostró especialmente sorprendida cuando Arkadi, al día siguiente, le comunicó que se marchaba con Bazárov. Parecía distraída y cansada. Katia le miró en silencio y con rostro serio, y la princesa hasta dio gracias a los cielos santiguándose por debajo del chal, algo que a Arkadi no le pasó desapercibido. En cambio, Sítnikov, que acababa de bajar a almorzar luciendo otro nuevo y elegante atuendo de los suyos, aunque esta vez no de corte eslavófilo, sí que se sobresaltó sobremanera: la víspera había sorprendido al sirviente que le habían asignado con la cantidad de ropa que había llevado consigo y resultaba que ahora, de repente, ¡sus amigos le abandonaban! Con aire indeciso, no sabía qué hacer con sus pies, caminó un poco a saltitos de aquí para allá, como una liebre acosada en un claro del bosque, y

de pronto, medio asustado, medio gritando, anunció que él también se marchaba. Naturalmente, Odintsova no hizo nada para retenerlo.

—He traído una calesa bastante confortable —añadió el desdichado joven, dirigiéndose a Arkadi—. Podría usted venirse conmigo y dejar que Evgueni Vasílievich cogiera su carruaje; así resultaría más cómodo.

—No se preocupe por mí. Tendría usted que desviarse de su camino y la casa de mi padre queda lejos.

—No importa, no importa, dispongo de mucho tiempo. Además, tengo asuntos que resolver por esa zona.

—¿Arriendos que cobrar? —inquirió Arkadi en un tono demasiado despectivo.

Pero Sítnikov se encontraba en un estado de desesperación tal que, contrariamente a su costumbre, ni siquiera rió la chanza.

—Le aseguro que mi calesa es de lo más confortable —balbució— y hay espacio suficiente para los dos.

—No aflija a *monsieur* Sítnikov con una negativa —rogó Anna Serguéievna...

Arkadi la miró e inclinó significativamente la cabeza.

Los invitados partieron después del almuerzo. Odintsova, al despedirse de Bazárov, le ofreció la mano, mientras le decía:

—Nos volveremos a ver, ¿no es cierto?

—Como usted disponga —respondió Bazárov.

—En ese caso, hasta la vista.

Arkadi fue el primero en salir al porche y subir a la calesa de Sítnikov. El mayordomo le ayudó respetuosamente y él sintió auténticas ganas de golpearle o de echarse a llorar. Bazárov se instaló en el tarantás. Cuando llegaron al caserío Jójlovski, Arkadi aguardó a que Fídot enganchara los caballos y entonces, acercándose al tarantás, con su sonrisa de siempre, le dijo a Bazárov:

—Evgueni, llévame contigo. Quiero ir contigo.

—Sube —respondió Bazárov entre dientes.

Sítnikov, que se paseaba de aquí para allá, silbando como un descosido y sin apartarse de las ruedas de su carruaje, se quedó boquiabierto al escuchar aquellas palabras. En cambio, Arkadi sacó su equipaje de la calesa con fríos ademanes, se sentó al lado de Bazárov y, saludando cortésmente a su antiguo compañero de viaje con una inclinación de cabeza, le gritó al cochero: «¡Arrea los caballos!». El tarantás se puso en movimiento y pronto se perdió de vista... Completamente desconcertado, Sítnikov miró hacia su cochero, pero éste hizo como que jugaba a golpear con su fusta la cola del caballo de refuerzo. Entonces Sítnikov subió a la calesa y, tras gritarle a dos *mujiks* que pasaban casualmente por allí: «¡Cubríos la cabeza, imbéciles!», se marchó a toda prisa hacia la ciudad, donde llegó bastante tarde. Al día siguiente visitó a Kúkshina y puso de vuelta y media a aquellos dos «asquerosos y orgullosos maleducados».

Cuando Arkadi tomó asiento en el tarantás al lado de Bazárov, apretó fuertemente

la mano de su amigo y durante un buen rato no abrió la boca. Bazárov pareció comprender y valorar el significado tanto del apretón de manos, como de su silencio. La noche anterior no había podido pegar ojo y llevaba ya varios días que apenas fumaba ni comía. Sombrío y anguloso, el perfil de su rostro destacaba bajo la gorra rusa que llevaba encasquetada.

—Bueno, hermano... —dijo por fin—. Al menos podrías invitarme a un cigarro... Y ahora mírame y dime... Tengo la lengua amarilla, ¿no es cierto?

—Sí, está amarilla —respondió Arkadi.

—Me lo imaginaba... Hasta el cigarro me sabe mal... Bien fastidiado que estoy.

—En efecto, has cambiado en estos últimos tiempos —observó Arkadi.

—¡No es nada! Ya me pondré mejor. Sólo me preocupa una cosa. Mi madre es tan madraza que si no echas panza o comes diez veces al día, sufre lo que no está escrito. Con mi padre, en cambio, no hay problema. También él pasó por todo: por el cedazo y por el tamiz... No, no debería fumar —dijo a continuación, y tiró el cigarro al polvo del camino.

—¿Son veinticinco verstas lo que hay hasta tu casa? —preguntó Arkadi.

—Sí, veinticinco. Pero mejor pregúntale a ese sabio de ahí.

Y señaló al *mujik* que iba sentado en el pescante, un empleado de Fiodótov.

Pero el sabio respondió con el habla del lugar:

—¿Y quién puede saber eso? Aquí las verstas no las ha medido nadie. —Y dicho esto, continuó abroncando al caballo central de la troika, porque, según decía, «daba coces con la cabeza y el espinazo», esto es, que hacía movimientos bruscos.

—Sí, sí, mi joven amigo —prosiguió Bazárov—. ¡Qué ejemplo tan aleccionador! ¡Sólo el diablo sabe cuánta estupidez hay en el mundo!... Todos los hombres pendemos de un hilo y en cualquier minuto se puede abrir el precipicio a nuestros pies. Sin embargo, nos empeñamos en crearnos todo tipo de problemas para fastidiarnos aún más la vida.

—¿Qué insinúas? —preguntó Arkadi.

—No insinúo nada, te digo directamente que tú y yo nos hemos comportado como idiotas. ¡Aquí sobran los comentarios!... Es algo que ya aprendí en las prácticas de clínica: quien planta cara al dolor, termina vencíéndolo.

—La verdad, no te comprendo bien —repuso Arkadi—. A lo que se ve, no tienes motivo de queja.

—Pues ya que no me comprendes bien, te diré lo siguiente: es preferible ponerse a partir piedras en una carretera que dejar que una mujer se apodere siquiera de la punta de tu dedo. Todo eso no es más que... —y aquí Bazárov estuvo a punto de añadir su palabra favorita: «romanticismo», pero se contuvo y, en su lugar, dijo—: «una estupidez»... Quizá no me creas ahora, pero de todas maneras te lo diré. ¡Fíjate en nosotros! Caímos bajo el influjo de las mujeres y nos pareció placentero, pero escapar de él resulta tan agradable como bañarse en agua fría un día de calor. Un hombre no debería interesarse por esas nimiedades. «El hombre debe ser fiero»,

como reza un excelente refrán español... —Y dirigiéndose al *mujik* que se sentaba en el pescante, prosiguió—: Por ejemplo, tú. ¡Eh, que hablo contigo, sabihondo! ¿Tienes mujer?

El *mujik* giró hacia los dos amigos su rostro, vulgar y cegato.

—¿Mujer? La tengo. ¿Cómo no iba a tener mujer?

—¿Le pegas?

—¿A mi mujer? De todo hay. Si no hay motivos, no le pego.

—Eso está bien. Y ella, ¿te pega a ti?

El *mujik* tiró de las riendas.

—¿Qué cosas dice usted, señor! ¡Cómo le gusta bromear!... —el *mujik* parecía ofendido.

—¿Has oído, Arkadi Nikoláievich?... Sin embargo, a nosotros nos han pegado... Ya ves de qué nos sirve ser personas instruidas.

Arkadi no tuvo más remedio que reírse y Bazárov se giró y ya no volvió a abrir más la boca en todo el camino.

A Arkadi las veinticinco versts le parecieron cincuenta. Pero al bajar una empinada colina asomó por fin la pequeña aldea donde vivían los padres de Bazárov. Cerca de ella, junto a un bosquecillo de abedules, se divisaba una casa solariega con el techo de paja. En la primera isba encontraron a dos *mujiks* con gorros en la cabeza que reñían entre ellos. «¡Eres un cerdo de los grandes —decía uno—, pero peor que el más pequeño de los lechones!»... «¡Y tu mujer es una bruja!», repuso el otro.

—Por ese trato tan natural y el gracejo de sus giros verbales —le hizo notar Bazárov a Arkadi— comprobarás que los campesinos de mi padre no se cortan un pelo... ¡Vaya, allí le tienes, saliendo al porche de su pequeña casa! Seguro que ha escuchado las campanillas del carruaje. ¡Sí, es él, es él, reconozco su silueta!... ¡Eh, eh...! ¡Pobrecillo, cómo ha envejecido!

XX

Bazárov se asomó fuera de la carreta, mientras Arkadi sacaba la cabeza por encima de la espalda de su amigo y lograba distinguir en el porche de la pequeña casa señorial a un hombre alto y delgado, con el pelo despeinado y una nariz fina y aguileña, vestido con una vieja levita militar que llevaba desabrochada. Permanecía de pie con las piernas desmañadamente abiertas, mientras fumaba una pipa y entornaba los ojos por culpa del sol.

Los caballos se detuvieron.

—¡Vaya, por fin te decidiste a venir a vernos! —profirió el padre de Bazárov sin dejar de fumar, aunque el chibuquí le temblaba entre los dedos—. Bueno, baja, baja ya de la carreta y dame un abrazo.

Y abrazó a su hijo...

«¡Eniúsha, Eniúsha^[74]!», se oyó una temblorosa voz de mujer. La puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció una viejecita regordeta y de baja estatura con blanca cofia y blusa corta de abigarrados colores. Soltó un gemido, se tambaleó y de seguro que se hubiera derrumbado al suelo si Bazárov no la hubiera sujetado a tiempo. Los cortos y rollizos brazos de la anciana se anillaron inmediatamente a su cuello, la cabeza se aplastó contra su pecho y se hizo el silencio. Sólo se escuchaban sus entrecortados sollozos.

El viejo Bazárov respiró profundamente y empequeñeció aún más los ojos.

—¡Bueno, basta, Arisha, ya está bien! ¡Déjalo ya! —dijo el viejo, intercambiando una mirada con Arkadi, que permanecía inmóvil al lado del carruaje, mientras el cochero se volvía respetuosamente de espaldas en el pescante—. ¿Qué necesidad hay de montar esta escena? ¡Venga, por favor, déjalo ya!

—¡Ay, Vasili Ivánich, padrecito, palomito mío!... ¡Con los siglos que llevo sin ver a nuestro Eniúshenka! —balbuceó la viejecita sin aflojar su abrazo y, apartando de Bazárov su rostro arrugado y emocionado, bañado en lágrimas, le miró con sus húmedos y diminutos ojos antes de aplastarse de nuevo contra él.

—Sí, es normal, entra dentro de la naturaleza de las cosas —repuso Vasili Ivánich—, pero haríamos mejor entrando ya en la casa. Evgueni trae a un invitado... Perdona —añadió, dirigiéndose a Arkadi y saludándole con un leve taconazo—, pero usted comprende... La debilidad femenina, el corazón de una madre...

No obstante, también los labios y las cejas del anciano se contraían convulsivamente y su barbilla temblaba... por mucho que él, era evidente, tratara de vencerse a sí mismo y mostrarse poco menos que indiferente. Arkadi le saludó con una reverencia.

—Vamos, mamaíta —dijo Bazárov y condujo a la afectada anciana al interior de la casa. Después de acomodarla en un acogedor sillón, volvió a abrazar brevemente a su padre y le presentó a Arkadi.

—Me alegro de corazón de conocerle —dijo Vasili Ivánovich—; tan sólo le ruego que sea indulgente: vivimos humildemente, a lo militar... ¡Por favor, Arina Vlásievna, tranquilízate ya! ¡No seas tan pusilánime! Nuestro noble huésped estará reprobando tu actitud.

—Perdone, querido... No tengo el honor de conocer su nombre y patronímico —inquirió la anciana a través de las lágrimas...

—Arkadi Nikoláich —le apuntó Vasili Ivánich a media voz, en un tono solemne.

—Perdone, señor, a esta tonta —la anciana se sonó la nariz y girando su cabeza, ora a la derecha, ora a la izquierda, se secó los ojos con esmero—. Perdóneme. Pero es que llegué a pensar que moriría antes de ver otra vez a mi ni...ñito.

—Pues ya ve, señora, ha llegado a verlo —repuso Vasili Ivánovich—. ¡Tániushka! —gritó, dirigiéndose ahora a una muchacha descalza, de unos trece años de edad, que lucía un vestido de indiana de un rojo chillón y miraba medrosamente desde el otro lado de la puerta—. ¡Tráele a la señora un vaso de agua en una bandeja! ... ¿Me has oído?... Y ustedes, señores —añadió con un donaire propio de otros tiempos—, permítanme proponerles que me acompañen al despacho de este veterano, ya retirado.

—¡Ay, Eniúshechka, antes abrázame al menos otra vez! —gimió Arina Vlásievna. Bazárov se inclinó hacia ella—. ¡Ay, qué mocetón tan guapo estás hecho!

—Guapo o no, es lo de menos —observó Vasili Ivánovich—. Lo importante es que se ha hecho todo un hombre: como se suele decir, *un ommfé*^[75]... Y ahora, Arina Vlásievna, espero que, una vez saciado tu corazón de madre, te preocuparás de saciar el hambre de tus queridos huéspedes. Ya sabes que con cuentos no se alimentan los ruiseñores.

La anciana se levantó del sillón.

—La mesa estará dispuesta en un minuto, Vasili Ivánich. Ahora mismo corro a la cocina y ordeno que pongan el samovar y todo, todo lo necesario. Tres años sin verle, ni darle de comer ni de beber... ¿No le parece horrible?

—Bueno, tú sabrás, señora de la casa; haz lo que tengas que hacer y no nos dejes en mal lugar. Y ustedes, señores, hagan el favor de venir conmigo. Evgueni, ahí viene Timoféich a presentarte sus respetos. También te alegras de verle, ¿eh, vieja cepa? ¿Te alegras o no, vieja cepa? Síganme, se lo ruego...

Y Vasili Ivánovich inició la marcha torpemente, arrastrando y haciendo ruido con sus viejos y gastados zapatos.

Toda la casa consistía en seis diminutas habitaciones. Una de ellas, allí donde el anciano llevó a nuestros amigos, se llamaba «el despacho». Una mesa de robustas patas y cubierta de papeles ennegrecidos, como ahumados por un polvo ancestral, ocupaba todo el espacio existente entre las dos ventanas. De la pared colgaban todo tipo de armas turcas, látigos de cuero, sables, dos mapas militares, algunas láminas de anatomía, un retrato de Hufeland^[76], un monograma de pelo enmarcado en negro y un diploma cubierto con un cristal. Un diván de cuero, hundido y desgarrado por

algunos lados, se emplazaba entre dos enormes armarios de abedul de Karelia. En los estantes se apretujaban, sin orden ni concierto, libros, pequeñas cajas, pájaros disecados, frascos y redomas. Una máquina eléctrica rota aparecía arrumbada en un rincón.

—Ya le advertí, mi estimado huésped —comenzó Vasili Ivánich— que aquí vivimos, por así decirlo, como en un vivac de campaña...

—¿A qué vienen tantas disculpas? —le interrumpió Bazárov—. Kirsánov sabe perfectamente que ni tú ni yo somos ningún Craso y que tampoco vives en un palacio. La cuestión es dónde lo instalamos.

—Por favor, Evgueni, allí, en la otra ala, hay una habitación estupenda. Allí estará la mar de bien.

—¿Cómo, has añadido un ala a la casa?

—¡Cómo no! ¡Allí, al lado de la sauna! —dijo Timoféich, inmiscuyéndose en la conversación.

—Así es, al lado de la sauna —añadió apresuradamente Vasili Ivánovich—. Además, estamos en verano... Ahora mismo voy para allá y doy las órdenes oportunas. Mientras tanto, tú, Timoféich, lleva allí su equipaje. Y a ti, Evgueni, naturalmente, te cedo mi despacho. *Suum cuique*^[77].

—¡Ahí lo tienes! Un viejecito de lo más divertido y bondadoso —apuntó Bazárov en cuanto Vasili Ivánovich hubo salido—. Tan extravagante como el tuyo, sólo que de otro género. Este mío no para de hablar.

—Tu madre también es una mujer maravillosa —apuntó Arkadi.

—Sí y, además, sin malicia alguna. ¡Ya verás qué almuerzo nos pone!

—No les esperábamos hoy, señor; por eso no nos trajeron la carne de ternera —advirtió Timoféich, que acababa de entrar, trayendo a rastras la maleta de Bazárov.

—Nos arreglaremos sin la ternera. ¡No siempre se pueden hacer maravillas! La pobreza, dicen, no es un vicio.

—¿Cuántas almas tiene tu padre a su cargo? —preguntó repentinamente Arkadi.

—La hacienda no es de él, sino de mi madre, y creo que son quince las almas asociadas a ella.

—En total, son veintidós —observó Timoféich de mala gana.

Se oyó el ruido de unos zapatos arrastrándose y Vasili Ivánovich apareció de nuevo.

—Dentro de unos minutos su habitación ya estará dispuesta para acogerle —proclamó con solemnidad—... Arkadi... Nikoláich, ése es su patronímico, ¿no es cierto? Bien, aquí tiene al criado que estará a su servicio —añadió, señalando al niño que acababa de entrar con él, con el cabello cortado casi al rape, un caftán azul con los codos desgarrados y calzando unas botas prestadas—. Se llama Fiedka. Aunque mi hijo me vuelva a reprender, le ruego de nuevo que sea indulgente con nosotros. Por cierto, Fiedka sabe preparar la pipa. Pero usted no fuma, ¿no es cierto?

—Fumo puros —respondió Arkadi.

—Y muy bien que hace. Yo también prefiero los puros, pero resulta difícil abastecerse de ellos en estos parajes tan apartados.

—¡Ya está bien de hacerte el pobre Lázarov! —le volvió a interrumpir Bazárov—. Mejor harías si te sentaras en el diván y dejaras que te contemplara a mis anchas.

Vasili Ivánovich soltó una risotada y se sentó. Tenía unos rasgos parecidos a los de su hijo, sólo que su frente era más baja y estrecha y la boca algo más grande. No se quedaba quieto un solo momento y sacudía los hombros como si la chaqueta del traje le quedara corta, justo por debajo de los codos. Luego comenzó a pestañear, a toser y a mover los dedos, mientras su hijo hacía alarde de una despreocupada inmovilidad.

—¡Que deje de hacer el pobre Lázarov! —repitió Vasili Ivánovich—. Evgueni, no pienses que trato de darle lástima a nuestro invitado, lamentándome de vivir en este rincón tan apartado. Por el contrario, opino que, para un ser pensante, resulta del todo indiferente en qué lugar apartado de la civilización viva. Al menos, yo trato en lo posible, válgame la expresión, de que no me crezca el moho, de no quedar desfasado respecto a los tiempos que corren ahí fuera.

Vasili Ivánovich sacó del bolsillo un fular nuevo de color amarillo que había cogido al pasar por la habitación de Arkadi y, agitándolo en el aire, añadió:

—Y no hablo ya de que yo, por ejemplo, y no sin un gran sacrificio personal, pusiera a mis *mujiks* en régimen de canon y les cediera la tierra en aparcería. Consideré que era mi deber, además de parecerme una decisión de lo más juiciosa, pese a que otros propietarios no lo crean así. Pero no, yo me refería a las ciencias, a la formación personal.

—Sí, ya veo que tienes *El amigo de la salud*^[78] del año 1855 —observó Bazárov.

—Un viejo camarada me lo envía por amistad —aclaró rápidamente Vasili Ivánovich—. Por ejemplo, aquí donde me ven, tengo mis conocimientos en frenología^[79] —añadió, dirigiéndose más bien a Arkadi y señalando hacia una pequeña cabeza humana de yeso, que yacía en un armario y estaba dividida en cuadrados numerados—. Y sé quiénes son Schönlein o Rademacher^[80].

—Vaya, ¿aún creen en Rademacher en esta provincia? —preguntó Bazárov.

Vasili Ivánovich tuvo un acceso de tos.

—Sí, en esta provincia aún creemos en él... Claro que vosotros sabéis mucho más de todo esto. ¿Cómo voy yo a tratar de compararme con vosotros, que venís detrás recogiendo el testigo? También en mi juventud nos parecían ridículos el humorista Hoffmann^[81] y un tal Brown^[82], con su vitalismo, y, sin embargo, fueron muy renombrados en su tiempo. Vosotros ya habréis sustituido a Rademacher por alguna otra eminencia a quien prestar culto, pero dentro de veinte años quizá también vuestro héroe resulte ridículo.

—Pues, para tu tranquilidad, te diré —repuso Bazárov— que ahora nos tomamos a chacota eso de la medicina y que no nos quitamos el sombrero ante nadie.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso no quieres ser médico?

—Claro que quiero, pero lo uno no impide lo otro.

Con un tercer dedo, Vasili Ivánovich sacudió su pipa, en la que aún quedaba algunas cenizas calientes.

—Bueno, puede ser, puede ser, no voy a discutir contigo. A fin de cuentas, ¿quién soy yo?... Un pobre médico militar, ya en retiro, *voilà tout*^[83]!, y convertido a última hora en agrónomo. Yo serví en la brigada de su abuelo —añadió, dirigiéndose de nuevo a Arkadi—. ¡Sí, señor! ¿Qué no habré visto yo en mis tiempos? ¡En qué círculos y con qué gente no me codeé!... ¡Sí, señor!... Aquí donde me ven, este que les habla... ¡le tomó el pulso al príncipe Wittgenstein^[84] y al general Yukovski^[85]! Sí, a aquellos que comandaban el ejército del sur en la campaña del año catorce, ¿comprenden?... (Y en ese momento Vasili Ivánovich apretó significativamente los labios)... A todos los conocí, sin excepción... Aunque bueno, mi trabajo consistía en otra cosa... Yo a mi lanceta y... ¡*basta*^[86]!. Por lo que se refiere a su abuelo, era un hombre muy digno, un auténtico militar.

—Venga, ¡reconoce que era un alcornoque de marca mayor! —repuso Bazárov con indolencia.

—¡Ay, Evgueni, qué maneras tienes de expresarte! Podrías ser más indulgente... Naturalmente, el general Kirsánov no pertenecía a ese género de...

—¡Está bien, olvídalo!... —le interrumpió Bazárov—. Cuando nos acercábamos a la aldea, me alegré mucho de ver tu bosquecito de abedules. ¡Cuánto ha crecido!

Vasili Ivánovich se animó.

—¡Pues mira qué jardincito tengo ahora! Planté cada árbol con mis propias manos. Y tengo frutas, bayas y todo tipo de hierbas medicinales. Vosotros, los jóvenes, podréis trapacear lo que queráis, pero el viejo Paracelso dijo una santa verdad: *In herbis, verbis et lapidibus*^[87].... Tú ya sabes que dejé de practicar la medicina, pero unas dos veces por semana me obligan a recordar los viejos tiempos. Viene gente a verme y no está bien que les cierre la puerta. La gente pobre acude a pedirme ayuda. ¡Y como no hay un solo doctor en toda la zona! Figúrate, un vecino cercano, un mayor retirado, también recibe a enfermos. En cierta ocasión pregunté si había estudiado Medicina... Y me respondieron que no, que no había estudiado nada, que lo hacía por pura filantropía... ¡Ja, ja, ja, por filantropía! ¡Eh!... ¿Qué te parece? ¡Ja, ja, ja!

—¡Fiedka, lléname la pipa! —ordenó secamente Bazárov.

—Un día, ese doctor acudió a la casa de un enfermo —prosiguió Vasili Ivánovich con un cierto desconsuelo— y el enfermo estaba ya con sus antepasados. El criado no dejó pasar al médico, diciéndole que ya no hacía falta. Entonces, el médico, que de ninguna manera esperaba ese desenlace, confuso, preguntó: «Y dígame, ¿el señor hipó antes de morir?». «Sí, doctor». «¿Hipó mucho?». «Pues, sí, mucho». «Bueno, entonces hizo lo debido», y se marchó... ¡Ja, ja, ja!...

El viejo fue el único en soltar la carcajada. Arkadi se limitó a esbozar una sonrisa en su rostro. Bazárov tragó una bocanada de humo. En esos términos se prolongó la

conversación cerca de una hora. Arkadi pudo escaparse un momento a su habitación: aunque era una especie de antesala del baño, le pareció cómoda y limpia. Por fin entró Tániusha y anunció que el almuerzo estaba dispuesto.

Vasili Ivánovich fue el primero en levantarse.

—¡Adelante, señores! Sean magnánimos y discúlpennme si les he aburrido con mi charla. Espero que la dueña de la casa les procure más satisfacciones que yo.

El almuerzo, aunque preparado apresuradamente, resultó de lo más sabroso, además de abundante. Tan sólo el vino, como se suele decir, desmereció hasta cierto punto: un jerez casi negro, que Timoféich había comprado en la ciudad a un conocido comerciante y que tenía un sabor entre miel y colofonia. También las moscas importunaron lo suyo. Habitualmente, un niño de la servidumbre se encargaba de espantarlas ayudándose de una gran rama verde; pero en esta ocasión Vasili Ivánovich prescindió de él por temor a que los representantes de la nueva generación le juzgaran mal. Arina Vlásievna tuvo tiempo para acicalarse con una alta cofia con cintas de seda y un chal azul cielo con dibujos. Al ver de nuevo a su Eniúsha, volvió a derramar unas lagrimitas, pero esta vez su marido no tuvo que reconvenirle: ella misma se apresuró a secarse las lágrimas, antes de que éstas comenzaran a gotear sobre su chal. Sólo comieron los comensales jóvenes: los dueños de la casa ya habían almorzado hacía tiempo. Fedka servía la mesa, al parecer bastante agobiado por las botas ajenas que le habían obligado a calzar, ayudado por una mujer tuerta y de facciones masculinas, llamada Anfísushka, que también hacía las veces de ama de llaves, lavandera y encargada de las aves del corral. Vasili Ivánovich no dejó de pasearse por la habitación durante todo el tiempo que duró el almuerzo y, con aire satisfecho, incluso beatífico, disertó sobre los graves temores que le infundía la política napoleónica y el embrollo de la cuestión italiana^[88]. Arina Vlásievna no reparaba apenas en Arkadi, ni le agasajaba como huésped que era. El rostro redondo apoyado sobre un puño, los gruesos labios de color cereza y los lunares que se dibujaban en sus mejillas y encima de las cejas le daban una expresión sumamente bondadosa. La anciana no apartaba los ojos de su hijo ni dejaba de suspirar. Se moría por saber cuánto tiempo pensaba quedarse, pero no se atrevía a preguntárselo. «¿Y si responde que dos días?», se decía a sí misma, y entonces se le oprimía el corazón. Cuando los jóvenes acabaron con la carne, Vasili Ivánovich desapareció un instante y regresó con media botella de champán ya descorchada. «¡Ya ven! —exclamó—. ¡Aunque vivamos en un lugar de lo más apartado, sabemos cómo festejar las ocasiones especiales!». Llenó tres copas y un pequeño vaso, deseó salud a sus «muy estimados huéspedes» y de un trago, a la manera militar, se bebió su copa y la estrelló contra el suelo. Luego obligó a Arina Vlásievna a beberse su vasito hasta la última gota. Cuando llegó la hora de la confitura, Arkadi, que no soportaba lo dulce, se sintió en la obligación de probar al menos cuatro clases diferentes de mermeladas recién acabadas de confitar. Obligación tanto mayor en cuanto que Bazárov se negó categóricamente a probarlas y encendió de seguida un cigarrillo. Luego sirvieron té

con nata, mantequilla y bollos. Finalmente, Vasili Ivánovich llevó a todo el mundo al jardín para que admirara la belleza de la tarde y, al pasar junto a un banco, le susurró a Arkadi:

—Aquí es donde me siento a filosofar como un ermitaño, mientras contemplo el ocaso. Y más allá he plantado varios de esos árboles, que eran los preferidos de Horacio.

—¿Qué árboles son éstos? —preguntó Bazárov, que le había oído.

—Pues... acacias.

Bazárov soltó un bostezo.

—Bien, supongo que ya es hora de dejar que los viajeros reposen en brazos de Morfeo —observó Vasili Ivánovich.

—¡O, lo que es lo mismo, que ya es hora de dormir! —aclaró Bazárov—. Una suposición muy acertada. Ciertamente, ya es hora.

Al despedirse de su madre, Bazárov la besó en la frente, mientras ella le abrazaba y con las manos, a sus espaldas, a hurtadillas, le bendecía por tres veces. Vasili Ivánovich acompañó a Arkadi a su habitación y le deseó «un descanso tan reparador como el que yo solía disfrutar en mis buenos tiempos». Y, en efecto, Arkadi durmió magníficamente en la antesala del baño, donde olía a menta y dos grillos, soporífera y alternativamente, frotaban sus alas detrás de la estufa. Después de dejar a Arkadi, Vasili Ivánovich se encaminó hacia su despacho y, haciéndose un hueco a los pies de su hijo, se disponía ya a charlar un rato con él, cuando Bazárov le despachó sin contemplaciones, proclamando que quería dormir, ya que no había pegado ojo desde por la mañana. Sin embargo, no logró dormirse hasta el amanecer. Con los ojos desmesuradamente abiertos, Bazárov contemplaba, rencoroso, la oscuridad: comprobó que los recuerdos de su niñez ya no ejercían ningún poder sobre él; y también que no lograba apartar de su mente los amargos recuerdos de las últimas horas.

Por su parte, Arina Vlásievna primeramente rezó a sus anchas y luego, durante un buen rato, se quedó conversando con Anfísushka, quien sin mover una ceja y clavando su único ojo en su ama, le hizo partícipe, entre susurros, de sus propias consideraciones e impresiones sobre Evgueni Vasílievich. La anciana estaba mareada por la alegría, el vino y el humo de los cigarros. Su marido hizo amago de hablar con ella, pero luego desechó la idea con un gesto de su mano.

Arina Vlásievna procedía de una familia noble de vieja estirpe y parecía hecha para haber vivido dos siglos antes, en los antiguos tiempos de la corte moscovita. Era una mujer muy devota y sensible, y creía en toda suerte de sueños, cábalas, buenaventuras y fórmulas mágicas; también en orates, duendes y espíritus del bosque y en todo tipo de aciagos encuentros; en las pócimas de los curanderos, en la sal del Jueves Santo y en el inminente fin del mundo; creía que si el Domingo de Pascua se dejaban encendidas las velas durante toda la noche, el alforfón granaría bien y que una seta no crecía más después de ser vista por un ojo humano; creía que al diablo le

gustaban los lugares acuáticos y que todos los judíos tenían una mancha sanguinolenta en el pecho. Le daban miedo los ratones, las culebras, las ranas, los gorriones y las sanguijuelas, y también los truenos, el agua fría, las corrientes de aire, los caballos, los machos cabríos, las personas pelirrojas y los gatos negros, además de temer a los grillos y los perros por animales impuros. No comía carne de ternera, paloma, conejo o cangrejo, tampoco queso, espárragos, chufas o sandía, porque una sandía abierta recordaba la cabeza de Juan Bautista; y de las ostras no hablaba más que entre estremecimientos. Tenía buen apetito y disponía la mesa a conciencia. Dormía diez horas al día, pero podía quedarse en vela toda la noche si a Vasili Ivánovich le dolía la cabeza. No había leído un solo libro, a excepción de *Alexis* o *Las chozas del bosque*, y escribía una sola carta, dos todo lo más, en todo el año. En cuanto a las labores domésticas, se lo sabía todo sobre confituras y frutas pasas, pese a que por nada del mundo se manchaba las manos en esas tareas y, por lo general, cuando se levantaba de su sillón, lo hacía a regañadientes. Arina Vlásievna era una mujer muy buena y, a su manera, nada estúpida. Sabía que el mundo estaba dividido en señores que debían mandar y en gente sencilla que estaba obligada a obedecer y, por esa misma razón, no veía con malos ojos ni las maneras demasiado obsequiosas ni las reverencias exageradamente serviles. Pese a ello, trataba a sus subordinados con cariño y dulzura, no dejaba a ningún pobre sin limosna y nunca juzgaba mal a nadie, por mucho que le gustara cotillear de vez en cuando. En su juventud había sido muy guapa, tocaba el clavicordio y se manejaba un poco en francés, pero tras aquel vagabundeo de tantos años al que la había sometido su marido, con el que se casó contra su voluntad, engordó demasiado y se olvidó de la música y la lengua francesa. A su hijo le quería y temía por él lo indecible. Y en Vasili Ivánovich había delegado por entero la administración de la hacienda, en la que ya no se inmiscuía por nada del mundo: eso sí, suspiraba, hacía aspavientos con el pañuelo y arqueaba más y más las cejas cada vez que su viejo comenzaba a hablar de los planes y reformas que pensaba hacer en ella. Era aprensiva, temía constantemente que ocurriera una gran desgracia y se echaba a llorar en cuanto recordaba algo triste... Mujeres así ya no se estilan. ¡Y sólo Dios sabe si habría que alegrarse por ello!

XXI

Nada más levantarse, Arkadi abrió la ventana y el primer objeto con que se toparon sus ojos fue Vasili Ivánovich. Vestido con una bata de Bujara, ceñida a la cintura con un pañuelo, el anciano cavaba afanosamente en el huerto. Al advertir a su joven huésped, se apoyó sobre la azada y gritó:

—¡Salud!... ¿Cómo ha dormido usted?

—Estupendamente —respondió Arkadi.

—Pues, como ve usted, aquí me tiene, como un Cincinato^[89], trazando un arriate de rabanetes tardíos. En los tiempos que corren, cada uno debe obtener el alimento con sus propias manos, sin esperar nada de los demás. ¡Y eso, si Dios lo permite! Ahora debemos hacer nuestras tareas por nosotros mismos. Así que Jean-Jacques Rousseau tenía razón. Sin embargo, señor mío, hace apenas media hora me habría visto en una situación completamente diferente. Vino a verme una mujer que se quejaba de *agobio* —eso en palabras de ella, entre nosotros disentería—, así que decidí..., ¡cómo podría expresarlo mejor!, *inyectarle* algo de... opio. Y a otra le he extraído un diente. Le propuse anestésicarla con éter... pero ella no quiso. Todo esto lo hago gratis, *en amateur*^[90]. Porque yo no voy de divo: en realidad, soy un plebeyo, un *homo novus*^[91]. No pertenezco a la nobleza, como mi esposa... ¿No le apetece venirse aquí, a la sombra, y descansar al fresco de la mañana hasta la hora del té?

Arkadi se reunió con el anciano.

—¡Bienvenido sea otra vez! —saludó en voz alta Vasili Ivánovich, colocando su mano a la manera militar sobre el gorro sucio con el que se cubría la cabeza—. Sé que usted está acostumbrado al lujo y los placeres, pero ni los más grandes de este mundo despreciarían resguardarse un rato, y según en qué ocasiones, bajo el techo de una choza como ésta.

—Pero, por favor, ¿qué grande de este mundo soy yo? —respondió Arkadi—... Ni tampoco estoy acostumbrado al lujo.

—Vamos, vamos... —repuso Vasili Ivánovich en tono zalamero—. Sería capaz de cortarme la mano o desaparecer de este mundo como garantía de lo que digo: conozco cualquier pájaro al vuelo. A mi manera, soy un buen psicólogo, además de un estupendo fisonomista. Incluso me atrevería a decir, jovencito, que si no dispusiera de este don, hace tiempo que habría muerto, que me habrían borrado del mapa. Por eso mismo, también le digo sin cumplidos que la amistad que veo entre usted y mi hijo me alegra en lo más profundo. Acabo de verle hace un momento: de acuerdo con su costumbre, que seguramente usted ya conocerá, se levantó muy temprano y fue a pasear por los alrededores... Perdona mi curiosidad, pero ¿hace tiempo que conoce usted a mi Evgueni?

—Desde el pasado invierno.

—Bien. Y permítame otra pregunta... Pero antes, ¿no sería mejor que nos

sentáramos?... Y ahora, como padre suyo que soy, con toda franqueza, permítame otra pregunta: ¿qué opinión le merece a usted mi Evgueni?

—Su hijo es una de las personas más admirables que haya conocido nunca —respondió Arkadi con viveza.

De repente, los ojos de Vasili Ivánovich se abrieron con desmesura, mientras sus mejillas se ruborizaban ligeramente. La azada resbaló de sus manos.

—Entonces, cree usted que... —comenzó a decir.

—Estoy seguro —continuó la frase Arkadi— de que a su hijo le espera un brillante futuro y que honrará y dará lustre a su apellido. Estoy convencido de ello desde el primer día en que le conocí.

—¿Y cómo... cómo fue? —apenas pudo articular Vasili Ivánovich. Una luminosa sonrisa separó sus labios abultados y ya no se borraría más de ellos.

—¿Quiere saber cómo nos conocimos?

—Sí... y así, en general, cómo ustedes...

Entonces Arkadi comenzó a narrarle su encuentro y a hablar de Bazárov, aún con más ardor y mayor entusiasmo del que empleara durante la velada en la que bailó una mazurca con Odintsova.

Vasili Ivánovich escuchaba y escuchaba, se sonó las narices, se pasó el pañuelo de una mano a otra, tosió, se removiό el pelo y, finalmente, incapaz de reprimirse por más tiempo, se inclinó sobre Arkadi y le besó en el hombro.

—Hace usted que me sienta como el más feliz de los padres —musitó, sin dejar de sonreírse—. Debo decirle que... adoro a mi hijo. Y mi viejecita, ya no le digo: normal, ¡es su madre! Sin embargo, no me atrevo a expresar mis sentimientos en su presencia. A él no le gusta, es enemigo de todo tipo de efusiones sentimentales; hasta el punto de que muchos le censuran por su dureza de carácter, viendo en ello un signo de orgullo o insensibilidad. Pero con personas como él no se puede emplear la vara de medir habitual, ¿no es cierto? Un ejemplo: cualquiera en su lugar tiraría y tiraría de sus padres; en cambio, él, ¿lo creerá usted?, nunca nos ha pedido un kopek de más, ¡gracias a Dios!

—Es una persona honrada, desinteresada —observó Arkadi.

—Eso mismo, desinteresada. Y yo, Arkadi Nikoláich, no sólo le adoro, sino que me enorgullezco de él y toda mi ambición consiste en que, con el tiempo, en su biografía incluyan estas palabras: «Su padre era un simple médico militar, pero comprendió pronto sus posibilidades y no escatimó nada en su educación», y al anciano se le rompió la voz.

Arkadi le apretó la mano.

—¿Cree usted —preguntó Vasili Ivánovich tras un breve silencio— que en la carrera médica conseguirá el reconocimiento que usted le augura?

—Naturalmente, pero no en la carrera médica, aunque en ella también estaría entre los primeros.

—¿En cuál entonces, Arkadi Nikoláich?

—Resulta difícil decirlo ahora, pero sin duda será una celebridad.

—¡Una celebridad! —repitió el anciano, ensimismándose en sus pensamientos.

—Arina Vlásievna les ruega sentarse a tomar el té —anunció Anfísushka, pasando por delante de ellos con una fuente llena de frambuesas maduras.

Vasili Ivánovich salió de su ensimismamiento.

—¿Y tendremos también nata fría para las frambuesas?

—Sí, señor.

—¡Pero que esté fría, eh!... No se ande con cumplidos, Arkadi Nikoláich, ¡coja algunas más!... ¿Qué estará haciendo Evgueni, que no viene?

—¡Aquí estoy! —se oyó la voz de Bazárov desde la habitación de Arkadi.

Vasili Ivánovich se volvió con rapidez.

—¡Ajá! ¡Así que querías hacerle una visita a tu amigo!... Pero llegas tarde, *amice*^[92]. Ya hemos mantenido una larga conversación entre nosotros. Ahora tenemos que sentarnos a tomar el té: tu madre nos llama. Por cierto, tengo que hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Un *mujik* de los nuestros padece *tiricia*...

—¿«Ictericia», querrás decir?

—Sí, una *tiricia* crónica, muy tenaz. Le prescribí centaurea y corazoncillos hipéricos, que comiera mucha zanahoria y le di bicarbonato de sodio. Pero eso son sólo remedios paliativos y necesita algo más consistente. Y estoy seguro de que tú, aunque te mofas de la medicina, sabrás darme algún consejo sensato. Pero de esto ya hablaremos luego. Ahora vayamos a tomar el té.

Vasili Ivánovich se levantó del banco con viveza y entonó un fragmento de *Roberto*^[93]:

*Una ley, una ley, una ley nos imponemos
vivir con... vivir con... alegría*

—¡Qué vitalidad! —exclamó Bazárov, retirándose de la ventana.

Era mediodía. El sol abrasaba tras una fina cortina de nubes blancuzcas y compactas. Todo estaba en silencio; tan sólo los gallos quiquiriqueaban entre sí en su tono arrogante, despertando en todo aquel que les oyera una extraña sensación de aburrimiento y somnolencia; además del incesante chillido de un joven azor, que resonaba como una llamada plañidera allá, en lo más alto de las copas. Arkadi y Bazárov se tumbaron a la sombra de un pequeño almiar de heno, después de extender bajo sus cuerpos un par de brazadas de hierba crujiente y algo reseca, aunque aún verde y aromática.

—Aquel álamo tiemblo —comenzó a decir Bazárov— me recuerda mi infancia. Se levanta en el borde de una zanja, junto a un cobertizo para la leña ya abandonado, y yo, en aquel tiempo, estaba convencido de que, tanto el tiemblo como la zanja

poseían una especie de talismán: nunca me aburría, ni me sentía nostálgico en sus proximidades. Pero entonces no comprendía que si no me aburría era precisamente porque era un niño. Sin embargo, ahora, ya adulto, ese talismán no me funciona.

—¿Cuánto tiempo pasaste aquí? —preguntó Arkadi.

—Seguidos, unos dos años. Luego veníamos sólo por poco tiempo y de vez en cuando. Llevábamos una vida errante; íbamos de ciudad en ciudad.

—¿Y cuánto lleva esta casa en pie?

—Mucho tiempo. La construyó mi abuelo, el padre de mi madre.

—¿Qué era tu abuelo?

—Ni el demonio lo sabe. Al parecer, capitán ayudante. Estuvo a las órdenes de Suvórov^[94] y siempre estaba contando la hazaña de cuando cruzaron los Alpes. Yo creo que mentía.

—Supongo que por eso tenéis ese cuadro de Suvórov en el recibidor... A mí me encantan este tipo de casitas como la vuestra, viejas pero acogedoras. Parece, incluso, que tienen un olor especial.

—A meliloto y aceite de lamparilla, a eso huelen —explicó Bazárov, bostezando — ¿Y qué me dices del montón de moscas que hay en estas agradables casitas, eh?... ¡Pufff!

—Dime —comenzó de nuevo Arkadi, tras un breve silencio—, ¿y te controlaban mucho de pequeño?

—Ya ves cómo son mis padres. No son nada severos.

—¿Y los quieres, Evgueni?

—¡Los quiero, Arkadi!

—¡Ellos también te quieren mucho!

Bazárov calló un instante.

—¿Sabes lo que pienso? —repuso al fin, colocando las manos debajo de la cabeza.

—No, no lo sé. ¿Qué piensas?

—Pues pienso en lo a gusto que viven mis padres. Mi padre, a sus sesenta años, aún se ocupa de sus cosas, habla de «medios paliativos», cura a la gente, se muestra generoso con sus campesinos: en una palabra, se divierte. Mi madre también vive bien: tiene el día tan ocupado con sus cosas, con sus «¡ah!» y sus «¡oh!», que no tiene tiempo de pensar en nada más. En cambio, yo...

—¿Tú, qué?...

—En cambio yo, pienso: aquí estoy, tumbado a la sombra de este almiar; y el lugar que ocupo es tan diminuto, tan pequeño en comparación con ese vasto espacio, donde ni estoy ni cuento para nada; y la fracción de tiempo en la que vivo es tan insignificante, en relación con toda esa eternidad que no viví ni viviré... Y, sin embargo, en el interior de ese átomo, en ese punto matemático que soy, la sangre circula y el cerebro no sólo funciona, sino que incluso aspira a algo... ¡Qué absurdo! ¡Cuánta insignificancia!

—Perdona que te diga, pero lo que tú piensas de ti mismo, se podría aplicar a todas las demás personas...

—Tienes razón —convino Bazárov—. Pero yo sólo quería decir que ahí tienes a mis padres, ocupados en sus cosas, sin preocuparse de su propia insignificancia, sin que esa sensación les agobie... En cambio, yo únicamente siento rabia y aburrimiento...

—¿Rabia? ¿Rabia de qué?

—¿De qué? ¿Cómo que de qué? ¿Acaso ya te has olvidado?

—No me he olvidado de nada, sin embargo no te reconozco ese derecho a sentir rabia. Te sientes infeliz, y yo estoy de acuerdo, pero...

—¡Vaya! Veo que tú, Arkadi Nikoláevich, también entiendes el amor como esos jóvenes a la moda: pita, pita, ¡ven, gallina!... Y, cuando la gallina hace ademán de acercarse, echáis a correr. Yo no soy así. Pero dejemos este asunto. No sólo no hay nada que me pueda ayudar, sino que, además, me avergüenza hablar de ello —dijo, y se volvió de lado—... ¡Bravo! ¡Mira esa hormiga, cómo arrastra a la mosca medio muerta! ¡Llévatela, hermana, arrástrala contigo! ¡Aunque se resista, sé consciente de que tú, como animal que eres, tienes derecho a no mostrar piedad alguna! ¡No seas como tu hermano, que se destruye a sí mismo!

—¡No deberías decir eso, Evgueni! ¿Cuándo te has destruido tú?

Bazárov levantó la cabeza.

—Ése es mi único motivo de orgullo. Si no me he destruido yo, tampoco me va a destruir una mujer... ¡Amén! ¡Se acabó! No me volverás a escuchar una palabra más sobre este asunto.

Los dos amigos permanecieron durante un buen rato tumbados en silencio.

—Sí —comenzó Bazárov de nuevo—, el hombre es un ser extraño. Si analizas desde lejos la retirada vida que llevan aquí mis «padres», puedes pensar: ¿qué hay mejor que esto?... Comer, beber y saber que actúas correctamente, del modo más racional. Pero no, eso aburre. Queremos relacionarnos con los demás, aunque sólo sea para enfadarnos o compartir cosas con ellos.

—Hay que organizarse la vida de tal manera que cada instante tenga valor por sí mismo —dijo Arkadi, pensativo.

—¡Mira quién lo dice! Los momentos dulces y significativos, aunque engañosos, existen, incluso se puede aceptar lo insignificante... Pero las contradicciones, ¡ay, las contradicciones!... Lo malo son las contradicciones.

—Las contradicciones no existen para el hombre que no acepta reconocerlas.

—¡Hum!... Eso que acabas de decir es *un lugar común por oposición*.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues esto: decir, por ejemplo, que la educación y la instrucción es algo útil, es un lugar común; en cambio, si dices que la instrucción es perniciosa, eso es un lugar común por oposición. Es cierto que resulta más elegante, pero en el fondo son la misma cosa.

—Entonces, ¿la verdad dónde está, en qué lado se encuentra?

—¿Dónde?... Pues te responderé como el eco: ¿dónde?

—Hoy, Evgueni, estás melancólico.

—¿Eso crees? Seguramente me habrá afectado el sol... Ni tampoco es bueno comer tantas frambuesas.

—Entonces, no nos vendría mal una siestecita —observó Arkadi.

—Quizá tengas razón. Pero no me mires: todos ponemos cara de tonto cuando dormimos.

—¿No te daba igual lo que pensarán de ti?

—No sé qué decirte. Un hombre de verdad no debería preocuparse de eso; un hombre auténtico no es alguien en quien se piensa, sino alguien a quien se obedece o se odia.

—¡Qué extraño! Yo no odio a nadie —proclamó Arkadi, después de reflexionar un momento.

—En cambio, yo odio a muchas personas. Tú eres un alma tierna y blanda. ¡A quién podrías odiar tú!... Eres tímido y tienes poca confianza en ti mismo...

—¿Y tú? —le interrumpió Arkadi—. ¿Tienes mucha confianza en ti mismo? ¿Te tienes en buen concepto?

Bazárov calló un momento.

—Cuando me encuentre con un hombre que no ceda ante mí —respondió por fin pausadamente—, entonces cambiaré la opinión que me tengo... ¡Odiar!... Por ejemplo, esta mañana, cuando pasábamos por delante de la isba de Filip, nuestro capataz —tan blanca, tan bonita—, tú dijiste que Rusia alcanzaría la perfección cuando el último *mujik* poseyera una casa como ésa, y que todos nosotros deberíamos trabajar para conseguirlo. En cambio, yo abomino de ese último *mujik*, se llame Filip o Sidor, por quien me tendría que desvivir, sin que él tan siquiera me diera luego las gracias... Además, ¿qué falta haría que me las diera o no?... El *mujik* vivirá en su isba blanca y en mi tumba crecerán las malvas... ¿Y qué?

—¡Ya basta, Evgueni!... Escuchándote hoy, uno, sin querer, tendría que darle la razón a los que nos acusan de falta de principios.

—Hablas como tu tío... Aún no te has dado cuenta... ¡Los principios no existen, sólo existen las sensaciones! Y todo depende de ellas.

—¿Cómo dices?

—Lo que escuchas. Por ejemplo, fíjate en mí: yo mantengo una visión negativa de las cosas en virtud de mis sensaciones. Me gusta ser negativo, porque así está configurado mi cerebro. ¡Y con eso es suficiente! ¿Por qué me gusta la química? ¿Por qué a ti te gustan las manzanas?... ¡Como consecuencia de las sensaciones! Y así ocurre siempre. El hombre nunca logrará profundizar más. Esto no te lo dirá cualquiera, ni yo mismo puedo que te lo diga más.

—¿Entonces? ¿También la honradez es una sensación?

—¡Y tanto!

—¡Evgueni! —exclamó Arkadi con voz dolida.

—¿Qué, qué pasa? ¿No te gusta lo que digo? —le interrumpió Bazárov—. ¡Sí, hermano! ¡Si quieres segar todo, empieza por tus propios pies!... Pero bueno, por hoy ya hemos filosofado bastante. «La naturaleza inspira el silencio del sueño», como dijo Pushkin.

—Pushkin nunca dijo nada parecido —repuso Arkadi.

—¡Ah, que no lo dijo! Pero pudo y debió decirlo, como poeta que era. Por cierto, supongo que también él serviría en el ejército.

—¡Pushkin nunca fue militar!

—Por favor, pero si prácticamente en cada una de sus páginas escribe: «¡Al combate!», «¡Al combate por el honor de Rusia!».

—¡Pero qué bulos te estás inventando! ¡Todo eso es una calumnia!

—¡Calumnia! ¡Y qué importa! ¡Ya veo que quieres asustarme con esa palabra que te has sacado de la chistera! ¡Sea cual sea la calumnia que levantes contra un hombre, él, en realidad, se merece algo veinte veces peor!

—¡Será mejor que durmamos un rato! —dijo Arkadi con despecho.

—¡Con sumo placer! —repuso Bazárov.

Pero ninguno de los dos pudo dormir. Un sentimiento casi hostil había anidado en sus jóvenes corazones. Cinco minutos más tarde abrieron los ojos y se miraron en silencio el uno al otro.

—¡Mira eso! —dijo Arkadi de repente—. ¡Una hoja seca se ha desprendido de ese arce y está cayendo al suelo! Sus movimientos son idénticos al vuelo de una mariposa. ¿No es extraño? Lo más triste y mortecino se parece a lo más alegre y vital.

—¡Ay, Arkadi Nikoláich, amigo mío! —repuso Bazárov—. Sólo te pido que no hagas frases bonitas.

—Hablo como sé... ¡Vaya, por fin asomó el déspota! Si me vino esa idea a la cabeza, ¿por qué no puedo expresarla?

—Vaya, ¿y entonces por qué no puedo expresar también yo mis propios pensamientos?... Y, en ese sentido, opino que hablar bonito es de mal gusto.

—¿Y qué es de buen gusto? ¿Blasfemar?

—¡Vaya! Al parecer, estás dispuesto a seguir las huellas de tu tío. ¡Cómo se alegraría ese idiota, si escuchara lo que estás diciendo!

—¿Cómo has llamado a Pável Petróvich?

—Le he llamado lo que procede: idiota.

—¡Eso es intolerable! —exclamó Arkadi.

—¡Vaya! ¡Habló la voz de la sangre! —repuso tranquilamente Bazárov—. Y sé muy bien con qué porfía se mantiene viva esa voz entre la gente. El hombre está dispuesto a renunciar a casi todo, menos a los prejuicios. Así, reconocer, por ejemplo, que un hermano que se apropia de los pañuelos de los demás es un ladrón, es algo del todo imposible. Por favor, si es *mi* hermano, el *mío*, ¿cómo no va a ser un genio?...

—Lo que ha hablado en mí no es la voz de la sangre, sino la de la justicia —

repuso Arkadi, encorajinado—. Pero como tú no comprendes ese sentimiento, ni conoces su *sensación*, eres incapaz de juzgarlo.

—En otras palabras: que Arkadi Kirsánov es un ser demasiado elevado para que yo le comprenda... Pues bien, inclino mi cabeza en señal de respeto y cierro la boca.

—¡Evgueni, ya está bien, por favor! ¡Al final terminaremos riñendo!

—¡Ay, Arkadi! Hazme ese favor, peleémonos al menos una vez como es debido... ¡Hasta perder la cabeza! ¡Hasta el aniquilamiento!

—Si consintiera, quizá termináramos...

—¿Llegando a las manos? —completó Evgueni la frase—. ¿Y qué? Aquí, en el almiar, en un entorno tan idílico, a cubierto del resto del mundo, de miradas extrañas... No estaría mal, ¿no te parece?... Tú nunca podrás conmigo. Ahora mismo te agarro de la garganta...

Bazárov alargó torpemente sus largos y férreos dedos... Arkadi se giró hacia él y se puso en guardia, como si se aprestara en broma a plantarle batalla... Pero la expresión en el rostro de su amigo le pareció tan maligna, tan grave el barrunto de amenaza que se dibujó en la burlona sonrisa de sus labios, en sus ojos encendidos, que, sin querer, se sintió intimidado...

—¡Vaya! ¡Aquí estáis escondidos! —se escuchó en ese preciso momento la voz de Vasili Ivánovich; y el viejo médico militar surgió ante los jóvenes, vestido con una chaqueta a rayas y un sombrero de paja, ambos de fabricación casera—. ¡Y yo buscándoos por todas partes!... Habéis encontrado el lugar ideal para entregaros a la mejor de las ocupaciones... Tumbarse en la tierra, contemplar el «cielo»... ¿Sabéis? ¡Lo que hacéis tiene un significado especial!

—Yo miro al cielo sólo cuando quiero estornudar —farfulló Bazárov y, dirigiéndose a Arkadi, añadió a media voz—. ¡Qué pena, que nos haya interrumpido!

—¡Basta ya! —musitó Arkadi, estrechando furtivamente la mano de su amigo—. Pero te advierto que ninguna amistad resiste encontronazos como éstos.

—Os contemplo, queridos contertulios —decía mientras tanto Vasili Ivánovich, sacudiendo la cabeza y cruzando y apoyando sus manos sobre un bastón hábilmente trenzado, también de producción casera, con la cabeza de un turco tallada en la empuñadura—, os miro y no puedo menos que admirarme. ¡Cuánta fuerza hay en vosotros, qué radiante juventud, cuánto talento y capacidad!... Como Cástor y Pólux... ¡Pintiparados!

—¡Otra vez apuntando hacia la mitología! —ironizó Bazárov—. ¡Ahora me explico lo buen latinista que tuviste que ser en tus tiempos! Creo recordar que incluso te dieron una medalla de plata por tus capacidades compositivas, ¿no es cierto?

—¡Los Dioscuros, los Dioscuros^[95]! —repitió Vasili Ivánovich.

—Sin embargo, padre, ya es suficiente. ¡Deja de mostrarte tan zalamero!

—Una vez en un siglo no es pecado —farfulló el anciano—. Por cierto, que les estaba buscando no para dirigirles cumplidos, sino para, en primer lugar, informarles de que ya es la hora de la comida y, en segundo lugar, Evgueni, para ponerte en

antecedentes... Tú eres un hombre inteligente y conoces a las personas; también a las mujeres. Así que haz el favor de perdonarnos... Tu madre ha decidido rezar un *tedeum* con motivo de tu llegada. No pienses que te llamo para que asistas a las oraciones, pues ya han tenido lugar. Pero el padre Alekséi...

—¿El pope?

—Sí, eso, el cura... En fin... que va a comer... con nosotros... Algo que yo ni esperaba ni quería... Pero, no me preguntes cómo, así salió... El pope no comprendió bien mis palabras y... entonces Arina Vlásievna, pues... Pero bueno, es un hombre muy bueno y razonable...

—Y no se comerá mi ración, ¿no es cierto? —preguntó Bazárov.

Vasili Ivánovich se echó a reír.

—¡Por favor, qué dices!

—Yo sólo pido eso. Por lo demás, estoy dispuesto a sentarme a la mesa con la persona que sea.

Vasili Ivánovich se colocó bien el sombrero.

—Estaba convencido —profirió el viejo— de que estarías por encima de cualquier prejuicio. Hasta yo mismo, un viejo de sesenta y dos años, me he liberado de ellos. (Vasili Ivánovich no se atrevía a reconocer que él también quería que se oficiaran las oraciones... En ese sentido, era tan devoto como su propia mujer). ¡Además, el padre Alekséi tenía tantas ganas de conocerte! Te caerá bien, ya lo verás. Además, no le hace ascos a jugar a las cartas, incluso... y esto que quede entre nosotros... ¡le gusta fumar en pipa!

—En ese caso, después de comer nos sentaremos a jugar al *yeralash*^[96] y le desplumaré.

—¡Je, je, je, ya veremos!... Tu madre dijo lo mismo en dos ocasiones.

—¿Y qué? ¿No te apetece recordar los viejos tiempos? —inquirió Bazárov con un acento especial.

Las mejillas bronceadas de Vasili Ivánovich enrojecieron por la confusión.

—¡Cómo no te da vergüenza, Evgueni!... Lo pasado, pasado está. De acuerdo, estoy dispuesto a reconocer ante *los aquí presentes* que en mi juventud sentí pasión por las cartas. ¡Pero ya pagué por ello!... ¡Ah, qué calor hace! Permitidme que me sienta con vosotros. Si no les molesto, claro está.

—En absoluto —respondió Arkadi.

Vasili Ivánovich se tumbó sobre el heno entre gemidos.

—Este lecho que han preparado ustedes aquí, estimados señores —dijo el anciano, tomando de nuevo la palabra—, me recuerda mis años de vida militar, en los vivacs. Los puestos médicos de campaña los levantábamos en lugares como éste, alrededor de un almiar, y eso, si Dios se compadecía de nosotros. —Y soltó un suspiro—: ¡Cuántas experiencias en mis años de juventud! Por cierto, si me lo permiten, les contaré un curioso episodio que tuvo lugar durante la epidemia de peste en Besarabia.

—¿Por el que te condecoraron con la orden de Vladímir? —se inmiscuyó Bazárov—. Ya me lo conozco, ya me lo conozco... Por cierto, ¿por qué no la llevas prendida?

—Ya te he dicho que no tengo prejuicios —farfulló Vasili Ivánovich (el anciano había ordenado la víspera que descosieran la pequeña cinta roja de su levita), aprestándose a contar el episodio de peste—... ¡Vaya, pero si se ha dormido! —le susurró de repente a Arkadi, señalando hacia Bazárov, y le lanzó un guiño de complicidad—... ¡Eh, Evgueni, despierta! —Y luego añadió en voz alta—: ¡Venga, vamos a comer...!

El padre Alekséi, un hombre grueso y bien parecido, con el cabello tupido y cuidadosamente cortado y el cinturón bordado en la sotana de seda color lila, resultó ser un hombre hábil e ingenioso. Fue él quien se apresuró a estrechar la mano de Arkadi y Bazárov, como si comprendiera de antemano que no necesitaban bendición alguna de su parte y, por lo general, mantuvo una actitud bastante desenvuelta. Ni se traicionaba a sí mismo, ni tampoco le metía el dedo en la llaga a nadie; tan pronto se burlaba oportunamente del latín del seminario, como salía en defensa de su obispo. Se tomó dos vasos de vino y rechazó el tercero, aceptando el puro que le ofreció Arkadi, aunque no lo encendió, argumentando que ya se lo fumaría en casa. Lo único que resultaba desagradable en su persona era ese continuo afán suyo en atrapar con la mano, de manera lenta y meticulosa, las moscas que revoloteaban alrededor de su rostro y que, incluso, consiguiera aplastar alguna que otra. Se sentó a la mesa de tapete verde con una expresión de moderada satisfacción y acabó ganándole a Bazárov dos rublos y cincuenta kopeks en papel, pues en la casa de Arina Vlásievna no tenían ni idea del pago en moneda de plata... Ella, como siempre, se sentó al lado de su hijo (nunca jugaba a las cartas) con la mejilla apoyada en el puño, levantándose tan sólo para ordenar que llevaran un nuevo plato a la mesa. Temía acariciar a Bazárov y él ni le daba pie ni tampoco requería sus caricias. Además, Vasili Ivánovich le había aconsejado a este respecto que procurara no «molestarlo» en demasía. «A la gente joven no le gustan esas cosas», le aseguró él. (Huelga decir en qué consistió la comida de aquel día: al rayar el alba, el propio Timoféich había partido hacia el este a comprar una ternera circasiana y, luego, había tomado otra dirección para encontrar fices, gobios y cangrejos. Tan sólo en setas pagó a unas viejas la cantidad de cuarenta y dos kopeks de cobre). Pero los ojos de Arina Vlásievna, siempre fijos en Bazárov, no sólo expresaban devoción y cariño; también dejaban traslucir tristeza, una mezcla de miedo y curiosidad, y algo así como un contenido reproche.

Sin embargo, Bazárov no parecía estar demasiado interesado en averiguar qué expresaban exactamente los ojos de su madre. Fueron contadas las ocasiones en que se dirigió a ella y, en todos los casos, se limitó a hacerle una pregunta escueta. Tan sólo una vez él le pidió la mano para que le diera suerte y entonces ella, en completo silencio, posó su delicada mano en la ancha y áspera palma de su hijo.

—¿Qué? —preguntó ella un poco después—. ¿Te he servido de alguna ayuda?

—Aún me va peor —respondió él con una sonrisa burlona y displicente.

—Es que apuestan a ojo —dijo el padre Alekséi un tanto compasivo, mientras se acariciaba su preciosa barba.

—Estrategia napoleónica, padrecito, estrategia napoleónica —comentó Vasili Ivánovich, colocando un as sobre la mesa.

—La misma que le condujo a la isla de Santa Elena —repuso el padre Alekséi, matando su as con un triunfo.

—¿Eníushka, no te apetece un poco de agua con grosella? —preguntó Arina Vlásievna.

Bazárov se limitó a encogerse de hombros.

—¡Basta! —le dijo a Arkadi al día siguiente—. Mañana mismo me marchó. Me aburro; me apetece trabajar y aquí no puedo. Me iré contigo a tu aldea. Dejé allí todos mis preparados y al menos, en vuestra casa, uno puede encerrarse a trabajar. Aquí, aunque mi padre no deja de decir que su despacho está a mi disposición y que nadie me molestará, es el primero en seguirme como una sombra. Además, ¿cómo podría yo encerrarme con llave para evitar a mi padre o a mi madre? La escucho suspirando al otro lado de la pared y, cuando me acerco a verla, no tengo nada que decirle.

—Se llevará un gran disgusto —observó Arkadi—. Y tu padre también.

—Vendré a verles de nuevo.

—¿Cuándo?

—Antes de irme a Petersburgo.

—Me da pena, sobre todo de tu madre.

—¿Y eso? ¿Te ha metido en el bolsillo con sus bayas?

Arkadi bajó los ojos.

—Evgueni, no conoces a tu madre. Es una mujer encantadora, y también inteligente, de verdad te lo digo. Hoy estuve hablando media hora con ella, y es tan interesante, tan sensata...

—Seguro que le contaste hasta el último detalle de mí...

—No hablamos sólo de ti.

—Puede ser. Mejoras a ojos vista. Si puedes mantener una conversación de media hora con una mujer, ya es una buena señal. De todos modos, me marchó.

—Te resultará difícil darles la noticia. No hablan de otra cosa que de lo que haremos dentro de dos semanas.

—Sí, no será fácil. ¡Qué demonio me mandaría hoy a mí a llevarle a mi padre la contraria! Hace unos días ordenó azotar a uno de sus campesinos censatarios y muy bien que hizo. ¡Sí, sí, no me mires con ese espanto en los ojos! Hizo muy bien: es un ladrón y un borracho de marca mayor. Pero mi padre no se esperaba de ninguna manera que yo me enterara de lo sucedido. Se sintió muy abochornado. Y ahora tendré que afligirle por segunda vez... ¡No importa!... Como se suele decir, ¡aguantará hasta la boda!

Bazárov dijo: «¡No importa!», pero dejó pasar un día entero antes de decidirse a poner a Vasili Ivánovich al corriente de sus intenciones. Por fin, cuando el anciano le deseaba ya buenas noches en su despacho, Bazárov le dijo con un prolongado bostezo:

—Ah, vaya, un poco más y me olvido de decírtelo... Por favor, ordena que manden nuestros caballos al puesto de postas de Fiódot.

Vasili Ivánovich se quedó sorprendido.

—¿El señor Kirsánov nos deja?

—Sí, y yo con él.

A Vasili Ivánovich se le transformó la cara.

—¿Te vas?

—Sí... tengo que hacerlo. Por favor, dispón lo de los caballos.

—Está bien... —balbució el anciano—. Al puesto de postas... Está bien... Sólo... Sólo que... Dime, ¿por qué te vas?

—Tengo que ir a la casa de los Kirsánov por unos días. Luego volveré aquí de nuevo.

—¡Así que por unos días!... Está bien. —Vasili Ivánovich sacó el pañuelo y se sonó los mocos, doblando el cuerpo hasta casi rozar el suelo—. ¡En fin..., tenía que llegar el momento!... Yo, en cambio, pensaba que te quedarías con nosotros más tiempo. Tres días... Es tan poco tras tres años de ausencia... ¡Muy poco Evgueni!

—¡Pero si ya te he dicho que estaré de vuelta muy pronto!... De veras, tengo que hacerlo.

—Tienes que hacerlo... Bueno, ¿qué se le va a hacer? Lo primero es el deber... Entonces envío los caballos, ¿no es eso? Está bien. Naturalmente, ni Arina ni yo esperábamos esto. Ella incluso acababa de pedirle flores a la vecina para ponértelas en la habitación. (Vasili Ivánovich no mencionó que todas las mañanas, al amanecer, con los pies desnudos y en zapatillas, se encontraba con Timoféich y, con dedos temblorosos, sacaba un asignado^[97] desgarrado tras otro y le encargaba que comprara los artículos más variados, haciendo especial hincapié en los alimentos para la mesa y aquel vino tinto que, por lo que había advertido, tanto les gustaba a los dos jóvenes.) ... Lo más importante es la libertad. Ése es mi lema... No hay que ponerle trabas a nadie... No hay que...

De repente, se calló y se encaminó hacia la puerta.

—De verdad, papá, nos veremos muy pronto.

Pero Vasili Ivánovich, sin volverse, agitó tan sólo la mano y abandonó la habitación. Cuando regresó a su dormitorio, encontró a su mujer dormida y se puso a rezar en susurros para no despertarla, pero ella se despertó.

—¿Qué te pasa, Vasili Ivánich? —preguntó ella.

—¿A mí, madrecita?

—¿Vienes de ver a Eniúsha? Sabes lo que me preocupa: si dormiré bien en ese diván. Le ordené a Anfísushka que le pusiera tu colchón de campaña y almohadas

nuevas. Con gusto le hubiera dado nuestro edredón, pero recordé que no le gusta dormir demasiado mullido.

—No pasa nada, no te preocupes, madrecita. Está bien... «Señor, ten piedad de nosotros, pecadores» —y prosiguió a media voz con sus oraciones. A Vasili Ivánovich le daba lástima su viejecita; no quería apenarla con el dolor que le aguardaba, con toda la noche por delante.

Bazárov y Arkadi partieron al día siguiente. Toda la casa parecía ya triste desde el amanecer. A Anfísushka se le caían los platos de las manos; incluso Fedka parecía perplejo y se despojó de sus botas prestadas. Vasili Ivánovich se mostraba más atareado que nunca: aparentemente, se había armado de valor, hablaba en voz alta y daba taconazos en el suelo, pero el rostro se le había afilado y evitaba encontrar la mirada de su hijo. Arina Vlásievna lloraba en silencio; se habría derrumbado por completo y perdido el control de sí misma si su marido, por la mañana, durante dos horas, no la hubiera convencido de que aceptara lo irremediable.

Sólo cuando Bazárov logró zafarse de los abrazos que le retenían y subir al tarantás, tras prometer repetidas veces que estaría de vuelta antes de un mes; sólo cuando los caballos se echaron a trotar, repiquetearon las campanillas y las ruedas comenzaron a girar y, al poco tiempo, ya no había nada que ver, porque hasta el polvo levantado por el carruaje se había vuelto a depositar en el suelo; sólo cuando Timoféich, tambaleándose encorvado y con paso cansino, regresó a su cuartucho; sólo cuando los dos viejecitos se quedaron a solas en su casa, ahora repentinamente encogida y como desvencijada; sólo entonces Vasili Ivánovich, que hasta hacía escasos momentos había estado agitando enérgicamente su pañuelo en el porche, sólo entonces, Vasili Ivánovich se derrumbó como un fardo en la silla y, abatido, dejó caer la cabeza contra su pecho. «Nos dejó, nos ha abandonado —balbució—. Se aburría con nosotros. ¡Y ahora nos hemos quedado solos, completamente solos!», repitió varias veces, estirando su brazo hacia delante, con el dedo índice en ristre. Entonces Arina Vlásievna se acercó a él y, apoyando su cabeza canosa en la cabeza canosa de él, musitó: «Vasia, ¿qué le vamos a hacer? Nuestro hijo se ha hecho independiente. Como un halcón, llega volando cuando quiere y, cuando quiere, se va. En cambio, tú y yo somos como dos hongos en el hueco de un árbol, los dos juntitos y sin movernos de nuestro nicho. Yo sí que me quedaré aquí contigo, invariablemente, hasta el final. Como tú conmigo».

Vasili Ivánovich retiró de su rostro las manos de ella y abrazó a su mujer, a su esposa, aún con más fuerza de como lo hiciera en su juventud. Y ella le confortó en su pena.

XXII

En silencio, intercambiándose de vez en cuando algunas palabras insustanciales, llegaron nuestros amigos hasta el cambio de postas de Fiódot. Bazárov estaba disgustado consigo mismo, y Arkadi descontento con Bazárov. Además, sentía en su corazón esa tristeza sin motivo aparente, tan exclusiva de los jóvenes. El cochero sustituyó el tiro de caballos y, al subir al pescante, preguntó: ¿a la izquierda o a la derecha?

Arkadi se estremeció. El camino de la derecha conducía a la ciudad y a su casa; el de la izquierda a la hacienda de Odintsova.

Miró a Bazárov.

—¿Evgueni? —preguntó—, ¿vamos a la izquierda?

Bazárov se volvió.

—¿Qué estupidez es ésa? —farfulló.

—Ya sé que es una estupidez —respondió Arkadi—. ¿Pero qué importancia tiene eso? ¿Acaso es la primera vez?

Bazárov se caló la gorra hasta la frente.

—Como quieras —respondió por fin.

—¡Toma hacia la izquierda! —gritó Arkadi.

El carruaje emprendió la marcha en dirección a Nikólskoe. Pero una vez decidida la estupidez, los amigos se mantuvieron en un silencio aún más obstinado que el anterior, incluso parecían enfadados.

Ya por la manera en que les recibió el mayordomo en el porche de la mansión de Odintsova, adivinaron los amigos que habían actuado de la manera más necia, cediendo repentinamente a la fantasía que les había asaltado. Era evidente que no les esperaban. Aguardaron un buen rato sentados en el vestíbulo con la expresión más necia en sus caras que se pueda imaginar. Por fin, Odintsova acudió a saludarles. Lo hizo con la amabilidad habitual en ella, pero se mostró sorprendida por su pronto regreso y, de la parsimonia de sus palabras y movimientos, era obvio deducir que la decisión de los jóvenes no le alegraba en demasía. Ellos se apresuraron a aclarar que sólo habían hecho un alto en el camino y que, dentro de unas cuatro horas, reanudarían su viaje hacia la ciudad. Ella se limitó a emitir una leve exclamación, rogó a Arkadi que presentara sus respetos ante su padre y ordenó que fueran a llamar a su tía. La princesa compareció medio adormilada, lo que acentuaba aún más la maligna expresión de su viejo y arrugado rostro. Katia no se sentía bien y no salió de su habitación. De repente, Arkadi deseó ver a Katia con tanta intensidad como a la propia Anna Serguéievna. Pasaron las cuatro horas hablando sin ton ni son sobre las cuestiones más intrascendentes. Anna Serguéievna hablaba y escuchaba sin sonreír lo más mínimo. Y tan sólo en el momento de la despedida, el antiguo sentimiento de amistad pareció removerse en su alma.

—Hoy padezco un ataque de hipocondría —dijo ella—, pero espero que no se

hayan sentido afectados por ello y nos visiten de nuevo pasado un tiempo. Se lo digo a los dos.

Tanto Bazárov como Arkadi respondieron con una silenciosa reverencia, subieron al carruaje y, sin detenerse ya en ningún sitio más, pusieron rumbo hacia Marino, donde llegaron sin contratiempos al día siguiente por la tarde. Durante todo el camino ni uno ni otro mencionaron el nombre de Odintsova. En particular, Bazárov apenas abrió la boca, limitándose a contemplar por el lado de su asiento el paisaje que se extendía más allá del camino, con una expresión obstinada en su rostro.

En Marino todos se alegraron muchísimo de verles. La prolongada ausencia de su hijo comenzaba a preocupar a Nikolái Petróvich. El anciano soltó un grito, pataleó en el suelo y saltó del diván cuando Féniechka se acercó corriendo y, con ojos radiantes, le informó de la llegada de los «jóvenes señores». Hasta Pável Petróvich sonrió condescendiente, sintiendo un agradable cosquilleo en su interior, mientras agitaba los brazos hacia los viajeros que regresaban. Comenzaron los saludos, las preguntas. Arkadi llevó la voz cantante, especialmente durante la cena, que se prolongó hasta muy pasada la medianoche. Nikolái Petróvich ordenó que se sirvieran varias botellas de cerveza inglesa, recién traída de Moscú, entregándose él mismo a la francachela hasta el punto de que sus mejillas se tornaron de un color carmesí, mientras no paraba de reír, con una risa entre nerviosa e infantil. La animación general contagió incluso a la servidumbre. Dúniasha corría como una posesa de aquí para allá, dando portazos sin ton ni son, mientras Piotr, pasadas ya las dos de la madrugada, trataba aún de tocar un vals cosaco en su guitarra. Las cuerdas comenzaron a sonar lastimeras y agradables en el aire sereno de la noche, pero salvo unas florituras iniciales, nada aprovechable salió de los dedos del instruido ayudante de cámara: la naturaleza le había negado cualquier aptitud musical, al igual que a todos los presentes.

Y, sin embargo, la vida no transcurría nada feliz en Marino, pues el pobre Nikolái Petróvich las estaba pasando canutas. Los problemas de la hacienda crecían de día en día y los remedios que se aplicaban resultaban cada vez más desoladores y menos prácticos. Las pendencies con los jornaleros se hacían insoportables; unos exigían el finiquito o un aumento de sueldo; otros se marchaban tras recibir algún pago a cuenta. Los caballos enfermaban, los arneses ardían como si los quemaran adrede y las labores se llevaban a cabo con negligencia. La trilladora enviada desde Moscú no se pudo utilizar porque pesaba demasiado; trajeron otra, pero se averió nada más estrenarla. La mitad del establo ardió porque una vieja ciega de la servidumbre se empeñó en desparasitar su vaca con un tizón ardiendo y en un día de viento; si bien, según la versión de la propia vieja, la desgracia había ocurrido porque al señor de la hacienda se le había metido en la cabeza fabricar quesos y otros inusitados productos lácteos. El intendente se transformó de repente en un holgazán, incluso comenzó a engordar, como engorda cualquier ruso que se apunta al «pan fácil». Cuando veía acercarse a Nikolái Petróvich, trataba de dejar patente su celo en el trabajo, arrojando un leño a algún lechón que pasara corriendo por allí al lado o amenazando a algún

niño del servicio que andara por allí semidesnudo, pero lo cierto es que casi todo el tiempo se lo pasaba durmiendo. Los campesinos a canon no pagaban el arriendo en plazo, además de robar la leña; casi todas las noches amenazaban al guardia forestal y, a veces, incluso tomaban a la fuerza, y de prestado, los prados de la «granja», llevando sus caballos de labor a pastar allí. Nikolái Petróvich pensó en imponerles una multa por los daños causados en los sembrados, pero, por lo general, las cosas terminaban en que los caballos volvían con sus dueños, después de alimentarse un día o dos a costa del patrón de la hacienda. Para colmo de males, los *mujiks* comenzaron a pelearse entre ellos: los hermanos exigían partir las parcelas que habían arrendado juntos y sus esposas no se avenían a convivir en armonía en una misma casa. De repente estallaba la reyerta y todo se ponía patas arriba; como si obedecieran una orden, todos los campesinos se congregaban junto al porche de la oficina e importunaban al señor, las más de las veces borrachos, algunos con las jetas destrozadas por los golpes, exigiendo un juicio y castigo para los culpables. Estallaba el tumulto y comenzaban los gritos; los gemidos de las mujeres se mezclaban con los juramentos de los hombres. Entonces había que escuchar a las partes en litigio y gritarles hasta quedarse afónico, sabiendo siempre de antemano que sería imposible encontrar una solución acertada que contentara a todos. Luego faltaron brazos para la siega. Un campesino rico de la vecindad, con cara de buena persona, dijo que pagaría a los segadores dos rublos por desiatina, pero luego les engañó de la manera más descarada. Las mujeres exigían unos jornales nunca vistos y, mientras las mieses se desgranaban en los campos y seguían sin superarse los problemas para comenzar la siega, el Consejo Tutelar amenazó de repente con el pago inaplazable y sin demora de su porcentaje en la cosecha...

—¡Ya no tengo fuerzas! —se le oyó exclamar más de una vez a Nikolái Petróvich—. ¡Mediar en la pelea no puedo, llamar al comisario de policía no me lo permiten mis principios y sin miedo al castigo no consigues nada de ellos!

—*Du calme, du calme*^[98] —aconsejaba Pável Petróvich, mientras mascullaba entre dientes, fruncía el ceño y no dejaba de estirarse los bigotes.

Bazárov se mantuvo al margen de esas «querellas», además de que no era de buena educación que él, como invitado, se inmiscuyera en asuntos que no eran los suyos. Al día siguiente de su regreso a Marino volvió a sus ranas, sus infusorios y sus compuestos químicos y a ellos les dedicaba todo su tiempo. Arkadi, por el contrario, se consideraba obligado si no a ayudar directamente a su padre, sí, al menos, a parecer dispuesto a prestarle la ayuda que necesitara. Escuchaba pacientemente sus quejas y, en cierta ocasión, hasta se atrevió a darle un consejo, no tanto para que lo siguiera, como para mostrar su interés. Los quehaceres de la hacienda no le disgustaban, incluso veía con agrado la posibilidad de dedicarse a la agronomía. Pero por aquellos días eran otros los pensamientos que rondaban por su cabeza. Con gran asombro suyo, Arkadi no dejaba de pensar en Nikólskoe. Hasta entonces, si alguien le hubiera dicho que llegaría el día en que se aburriría conviviendo con Bazárov bajo

un mismo techo, le habría respondido con un encogimiento de hombros —¡y con más razón aún bajo aquel techo, el de la casa paterna!— y, sin embargo, eso era lo que le pasaba, se aburría y su cuerpo le pedía marcharse de allí. Comenzó a dar largos paseos hasta caer exhausto, pero eso tampoco le ayudaba. Un día que hablaba con su padre se enteró de que Nikolái Petróvich guardaba varias cartas, bastante interesantes, que años atrás la madre de Odintsova había dirigido a su difunta mujer. Desde aquel momento, Arkadi no dejó a su padre ni a sol ni a sombra hasta conseguir aquellas misivas, aunque para encontrarlas Nikolái Petróvich tuviera que rebuscar en veinte cajas y baúles distintos. Cuando aquellos papeles, carcomidos por el tiempo, cayeron en sus manos, Arkadi pareció tranquilizarse, como si viera ante él la meta hacia donde debía caminar. «“Se lo digo a los dos”, eso fue lo que añadió ella al despedirse —no dejaba de murmurarse a sí mismo—. Volveré, volveré allí de nuevo, ¡demonios!». Pero entonces recordó su última visita, así como la fría acogida que Odintsova les había dispensado, y la misma torpeza e inseguridad de antes volvió a apoderarse de él. Pero el «deseo de aventura» de la juventud, ese recóndito deseo de tentar a la suerte y poner a prueba las propias fuerzas sin la compañía ni la protección de nadie venció por fin.

Así que, no habían pasado diez días desde su regreso a Marino, cuando de nuevo, bajo el pretexto de conocer el funcionamiento de las escuelas dominicales, partió hacia la ciudad y, desde allí, puso rumbo a Nikólskoe. Sin dejar de apremiar al cochero que le conducía hasta allí, como un joven oficial en el campo de batalla, sentía terror y, al mismo tiempo, alegría. La impaciencia le ahogaba. «Lo importante es no pensar», se aseguraba a sí mismo. Fue afortunado de que le cayera en suerte un cochero de los osados, un «traguero». Se detenía en todas las posadas del camino y preguntaba: «¿Un trago?», o bien, «¿Un vasito?», pero luego ponía los caballos a todo galope sin mostrar ningún miramiento por ellos. Por fin divisó a lo lejos el alto tejado de aquella mansión que ya le resultaba tan conocida. «¿Pero qué hago? —relampagueó de pronto en la cabeza de Arkadi—. ¿No sería mejor que diera media vuelta?». La troika seguía galopando a buen ritmo; el cochero silbaba y azuzaba los caballos; el puentecillo de madera crujía ya bajo las ruedas y los cascos de los caballos; ahí se aproximaba la avenida de abetos de copas recortadas... Un vestido rosa de mujer se dejó entrever entre la verde y oscura espesura y un rostro joven, que oteaba a lo lejos bajo los ingrátidos flecos de una sombrilla... Reconoció a Katia y ella también le reconoció a él. Arkadi le ordenó al cochero que detuviera a los desenfrenados caballos, saltó del carruaje y se acercó a ella. «¡Es usted! —exclamó la muchacha y su rostro comenzó a enrojecer lentamente—. ¡Venga a ver a mi hermana! ¡Está allí, en el jardín! ¡Se alegrará de verle!».

Katia condujo a Arkadi hasta el jardín. El hecho de haberse encontrado con la muchacha lo interpretó Arkadi como un auspicio de lo más favorable. Se alegró de verla, como si se tratara de un familiar. ¡Todo había salido tan bien: sin mayordomo, sin tener que anunciarse! Tras un recodo del sendero divisó a Anna Serguéievna.

Estaba de espaldas y, al oír sus pasos, se volvió lentamente.

Sentía ya Arkadi cómo la turbación se apoderaba de nuevo de él, cuando las primeras palabras de ella le tranquilizaron de inmediato. «¡Hola, fugitivo! —exclamó Odintsova con su cariñosa y pausada voz, mientras caminaba a su encuentro, sonriendo y con los ojos entornados por el sol y el viento—. Katia, ¿dónde lo has encontrado?».

—Anna Serguéievna —comenzó a decir—, le traigo algo que usted no puede imaginar siquiera...

—Ha venido usted; eso es lo mejor que me podría traer.

XXIII

Después de despedir a Arkadi con una compasión socarrona y darle a entender que se daba cuenta exacta de la verdadera intención de su viaje, Bazárov se aisló del mundo por completo: la fiebre del trabajo le absorbió por entero. Pável Petróvich y él ya no discutían; tanto más cuanto que aquél, en su presencia, adoptaba una pose exageradamente aristocrática y expresaba sus opiniones más con sonidos que con palabras. Tan sólo una vez amagó Pável Petróvich con discutir con el «nihilista» a propósito de los derechos de la nobleza del Ostsee^[99], una cuestión de máxima actualidad por aquellos días, pero inmediatamente se contuvo a sí mismo, limitándose a comentar con gélida cortesía:

—¡Vaya, ya olvidaba que somos incapaces de comprendernos el uno al otro! Al menos, yo me reconozco incapaz de comprenderle.

—¡Y está en lo cierto! —exclamó Bazárov—. El hombre puede comprender cómo actúa el éter o qué ocurre en el interior del sol y, acto seguido, sentirse incapaz de comprender por qué otra persona se suena las narices de manera diferente a la suya.

—¿Le parece ingenioso lo que ha dicho? —le espetó Pável Petróvich y, acto seguido, se alejó.

Bien es cierto que eso no era óbice para que Kirsánov, a veces, pidiera permiso a Bazárov para asistir a sus experimentos. Incluso, en cierta ocasión, acercó al microscopio su rostro, perfectamente perfumado y aseado con loción, para observar cómo un translúcido infusorio se tragaba un polvillo verde y luego trataba de deglutirlo pacientemente, ayudándose de una especie de ágiles dientecillos dispuestos en su garganta. Sin embargo, quien con mayor asiduidad visitaba a Bazárov era su hermano, Nikolái Petróvich, quien con sumo gusto habría acudido cada día a «instruirse», como él solía decir, si las obligaciones de la hacienda se lo hubieran permitido. Procuraba molestar lo mínimo al joven naturalista: se sentaba en algún rincón de la habitación, observaba con atención y raramente se permitía hacerle alguna cautelosa pregunta. Durante el almuerzo y la cena, trataba de desviar la conversación hacia cuestiones de física, química o geología, ya que cualquier otro tema, incluso los relativos a la administración de la hacienda, por no hablar ya de los políticos, podía conducir, si no a un enfrentamiento, sí a un malestar general. Nikolái Petróvich sospechaba que la animadversión que su hermano profesaba a Bazárov no había disminuido en absoluto. Un incidente sin importancia, entre otros muchos, vino a confirmarle en sus suposiciones. El cólera había hecho acto de aparición en las inmediaciones de Marino, incluso había «borrado de la lista» a dos vecinos de la propia aldea. Pues bien, Pável Petróvich sufrió un fuerte amago y, a pesar de penar toda una noche, evitó recurrir al saber médico de Bazárov. Cuando se vieron a la mañana siguiente y Bazárov le preguntó por qué no había mandado que le llamaran,

él, con el rostro aún pálido, aunque perfectamente peinado y afeitado, le respondió: «¿Acaso no dijo usted, si no recuerdo mal, que no creía en la medicina?»... Y así fueron pasando los días. Bazárov trabajaba a porfía, aunque con aire adusto, y eso que había encontrado en la casa de Nikolái Petróvich a un ser con quien, si bien no podía compartir los pesares de su alma, al menos podía conversar a gusto... Y ese ser no era otro que Féniechka.

Solía encontrarla por la mañana temprano, en el jardín o en el patio. Él nunca iba a su habitación y ella tan sólo en una ocasión se acercó a su puerta para preguntarle si debía bañar o no a Mitia. Ella no sólo confiaba en Bazárov, y no le temía, sino que además, en su presencia, se sentía como más libre y desenvuelta que ante el propio Nikolái Petróvich. Resultaría difícil explicar por qué era así; quizá porque inconscientemente Féniechka percibiera que Bazárov no tenía ninguna de esas componentes de nobleza o de superioridad que atraen y asustan al mismo tiempo. A sus ojos sólo era un hombre sencillo y un médico excelente. Se ocupaba de su hijo en su presencia, sin intimidarse, y en cierta ocasión en que la cabeza le dolía y le daba vueltas, sorbió de sus manos una cucharada de jarabe. Cuando estaba en compañía de Nikolái Petróvich, evitaba encontrarse con Bazárov; pero no lo hacía por malicia, sino por un cierto sentido de la decencia. En cambio, a Pável Petróvich le temía ahora más que nunca. Desde hacía un tiempo él la vigilaba, inesperadamente aparecía a sus espaldas, como si surgiera de la misma tierra, con su suéter, aquel rostro suyo tan inexpresivo, su mirada penetrante y las manos metidas en los bolsillos. «¡Es como si me helara la sangre!», se quejaba Féniechka en presencia de Dúniasha y la muchacha le respondía con un suspiro, mientras pensaba en otro «insensible» galán, en Bazárov, quien, sin éste sospecharlo, se había convertido en el «cruel tirano» de su corazón.

A Féniechka le caía bien Bazárov; pero también ella le caía bien a él. Cuando hablaba con ella, su rostro incluso se transformaba, adoptaba una expresión radiante, casi bondadosa, y sobre su indolencia habitual solapaba una especie de burlona deferencia. Féniechka estaba cada día más hermosa. Existe un momento en la vida de las mujeres jóvenes en el que éstas, de pronto, parecen florecer y abrirse como rosas de verano, y Féniechka estaba justo en ese momento. Todo parecía contribuir a su esplendor, incluso aquel tórrido calor de julio. Con su vestido blanco y ligero, hasta ella misma parecía más grácil y blanca. El sol no lograba broncear su piel y el calor, del que no podía resguardarse, tan sólo había logrado sonrosar ligeramente sus orejas y sus mejillas, aunque eso sí, inyectando en su cuerpo una tranquila pereza, que se reflejaba en la soñolienta languidez de sus hermosos ojos y prácticamente le impedía trabajar. Involuntariamente, sus brazos iban resbalando poco a poco hasta sus rodillas y bastaba que caminara un poco para que comenzara a gemir y lamentarse con una graciosa impotencia.

—Deberías bañarte con más frecuencia —le solía decir Nikolái Petróvich, que había aprovechado uno de los estanques de la finca que aún no se había desecado para construir una especie de piscina cubierta.

—¡Ay, Nikolái Petróvich! En el jardín no hay ninguna sombra. De aquí al estanque me muero de calor y luego tengo que volver.

—Sombra no hay, eso es verdad —respondía Nikolái Petróvich, frotándose las cejas.

Un día, sobre las seis de la mañana, cuando Bazárov regresaba ya de su paseo matutino, encontró a Féniechka en el cenador del jardín, todo cubierto de lilas que, aunque ya florecidas, aún se mantenían verdes y frondosas. Estaba sentada en un banco y, como de costumbre, se cubría la cabeza con un gran pañuelo blanco. A su lado yacía un manojo de rosas rojas y blancas, aún bañadas por el rocío de la mañana. Él la saludó:

—¡Ah! ¡Evgueni Vasílievich! —exclamó ella, mientras levantaba ligeramente un borde del pañuelo para verle y la manga de su vestido se deslizaba hasta el codo, dejando su brazo desnudo al descubierto.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Bazárov, sentándose a su lado—. ¿Está haciendo un ramo de flores?

—Sí, para la mesa del desayuno. A Nikolái Petróvich le encanta ese detalle.

—Aún queda mucho tiempo para el desayuno... ¿Qué cantidad de flores!

—Las acabo de cortar. Más tarde hace calor y es imposible salir; ahora, al menos, se puede respirar un poco. Este calor me deja completamente exhausta. A veces pienso si no estaré enferma.

—¿Pero qué fantasía es ésta? ¡A ver, déjeme que le tome el pulso! —y Bazárov tomó su mano, buscó una vena que le latiera acompasadamente y comenzó a contar las pulsaciones—. ¡Usted vivirá cien años! —proclamó por fin, liberando la mano de la muchacha.

—¡Ay, Dios no lo quiera! —exclamó ella.

—¿Cómo es eso? ¿No quiere vivir tanto tiempo?

—¡Sí, pero cien años! Mi abuela vivió hasta los ochenta y cinco, ¡pero qué vida de mártir, la suya! Sorda, jorobada, con la piel ennegrecida y tosiendo sin parar. Todo era un suplicio para ella... ¿Me puede decir qué vida es ésta?

—¿Entonces ser joven es mucho mejor?

—¡Claro que sí!

—¿Y qué tiene de mejor la juventud? ¡Dígamelo!

—¿Que qué tiene? Pues todo. Por ejemplo, ahora soy joven y puedo hacer lo que quiera: ir para allá, regresar, llevar cosas... sin pedir que nadie me ayude... ¿No le parece esto mejor?

—Pues a mí me da igual ser joven que viejo.

—¿Cómo puede decir que le da igual? Eso que usted dice es imposible...

—Pues dígame usted, Fedosia Nikoláevna, qué falta me hace ser joven, si vivo solo, sin familia ni mujer...

—Eso siempre dependerá de usted.

—¡Qué va a depender!... ¡Si al menos alguna mujer se apiadara de mí!

Féniechka miró de soslayo a Bazárov, pero no dijo nada.

—¿Qué libro es ese que lleva? —preguntó ella tras una breve pausa.

—¿Éste? Un libro científico bastante complicado.

—¿Siempre está usted estudiando? ¿No se aburre? Además, usted ya debe saberlo todo.

—Pues, a lo que se ve, no todo... ¡Pruebe a leer un poco de este libro!

—¿Para qué, si no comprenderé nada? ¿Es un libro ruso? —preguntó Féniechka, tomando en sus manos aquel tomo pesado y perfectamente encuadernado.

—Sí, ruso.

—De todas formas, no comprenderé nada.

—Bueno, mi interés no consiste en que usted comprenda; simplemente, quería observarla mientras lee. Cuando lee usted, la punta de su naricita se mueve de una manera muy graciosa.

Entonces, Féniechka, que ya se disponía a deletrear a media voz el artículo que había abierto al azar y que versaba sobre la «creosota», se echó a reír y apartó el libro a un lado... El libro, con la risa, resbaló del banco al suelo.

—También me gusta verla reír —dijo Bazárov.

—¡No siga!

—Me gusta oírla hablar, su voz suena como el susurro de un arroyuelo.

Féniechka volvió la cabeza hacia otro lado.

—¡Cómo es usted! —exclamó ella, acariciando las flores con sus dedos—. ¿Y qué puede escuchar de mí? Usted, que habrá conversado con tantas mujeres inteligentes...

—¡Ah, Fedosia Nikoláevna! ¡Créame! Todas las mujeres inteligentes del mundo no valen lo que su delicado codo.

—¡Qué ocurrencias tiene! —musitó Féniechka, apretando una mano contra otra.

Bazárov cogió el libro del suelo.

—Es un libro de medicina, ¿por qué lo ha tirado usted?

—¿De medicina? —repitió Féniechka, girándose hacia él—. ¿Pues sabe? Desde que usted me dio aquellas gotas, ¿recuerda?, ¡no se puede imaginar lo bien que duerme Mitia! No sé cómo podría agradecerérselo. ¡En verdad, qué bueno es usted!

—Pues a los médicos hay que pagarles —observó Bazárov con una sonrisa burlona—. Ya sabe usted lo interesados que son los médicos.

Féniechka levantó sus ojos hacia Bazárov. Ahora parecían todavía más oscuros, debido al claro fulgor que se proyectaba sobre la parte superior de su rostro. Ella no sabía si él hablaba en broma o en serio.

—Si usted así lo desea, por nosotros encantados... Sólo que tendré que consultarlo con Nikolái Petróvich...

—¿Pero acaso cree que quiero dinero? —le interrumpió Bazárov—. No, yo no quiero ningún dinero de usted.

—¿Entonces qué? —inquirió Féniechka.

—¿Qué? —repitió Bazárov—. ¡Adivínelo!...

—¿Me cree una adivina?

—Entonces se lo diré yo... Quiero... una de esas rosas.

Féniechka volvió a reír, incluso juntó las manos de asombro, hasta ese punto le había parecido divertido el deseo de Bazárov. Se reía y, al mismo tiempo, se sentía halagada. Bazárov la miraba sin apartar los ojos de ella.

—Está bien, está bien... —dijo por fin Féniechka e, inclinándose sobre el banco, comenzó a hurgar entre las rosas—. ¿Qué rosa prefiere, blanca o roja?

—Roja y más bien pequeña.

La muchacha se enderezó.

—Aquí tiene, cójala —dijo, pero inmediatamente retiró la mano y, mordiéndose nerviosa los labios, miró hacia la entrada del cenador; luego agudizó el oído.

—¿Ocurre algo? —preguntó Bazárov—. ¿Nikolái Petróvich?

—No... Él se marchó al campo... pero no es a él a quien temo... En cambio, Pável Petróvich... Me pareció que...

—¿Qué?

—Me pareció que rondaba por ahí. Pero no, no hay nadie. ¡Tome usted! —dijo Féniechka, entregándole la rosa a Bazárov.

—¿Y por qué teme usted a Pável Petróvich?

—Me asusta siempre. Decir, no es que me diga nada, pero me mira de una manera extraña. Pero bueno, a usted tampoco le cae bien. Recuerdo que antes solían discutir por todo. Yo nunca logré comprender de qué iba la discusión, pero notaba que usted le daba sopas con honda... Así...

Y Féniechka hizo un movimiento con las manos para mostrar cómo, en su opinión, Bazárov le daba sopas con honda a Pável Petróvich.

Bazárov sonrió.

—Y si me hubiera vencido él —preguntó—, ¿habría usted acudido en mi ayuda?

—¿Y cómo podría yo haberle ayudado? Pero no, a usted no hay quien le venza.

—¿Usted cree? Pues yo sé de una mano que, a poco que quiera, me tumba con un solo dedo.

—¿Qué mano es ésa?

—¿Acaso no lo sabe usted?... ¡Acérquese, mire qué bien huele la rosa que usted me ha dado!

Féniechka estiró el cuello y acercó su rostro a la flor... El pañuelo resbaló de su cabeza a los hombros, descubriendo una suave masa de cabellos negros y brillantes, ligeramente en desorden.

—Espere, que quiero olerla con usted —dijo Bazárov, y entonces se inclinó y la besó con fuerza en sus labios entreabiertos.

Ella se estremeció y apoyó sus dos manos en el pecho de él, pero las apoyó suavemente, de manera que él pudo renovar y prolongar su beso.

Una tos seca restalló detrás de las lilas. De un salto, Féniechka se apartó al otro

extremo del banco. Entonces apareció Pável Petróvich, hizo una leve reverencia y, tras musitar con malicioso rencor un «Ah, ¿estaban ustedes aquí?», abandonó la escena. Féniechka recogió todas sus rosas y escapó corriendo del cenador.

—Eso no ha estado bien, Evgueni Vasílievich —musitó ella al marcharse. Y un sincero reproche se abrió hueco en sus palabras.

Bazárov repasó mentalmente la escena que acababa de transcurrir y sintió remordimientos de conciencia y un doloroso despecho hacia sí mismo. Pero al instante sacudió la cabeza, se felicitó irónicamente por su «formal estreno en el mundo de la seducción» y se marchó a su habitación.

Pável Petróvich, por su parte, abandonó el jardín y, caminando lentamente, se internó en el bosque. Permaneció allí bastante tiempo y, cuando regresó a la hora del desayuno, Nikolái Petróvich le preguntó, preocupado, si se sentía bien, hasta ese punto su rostro parecía sombrío.

—¿Sabes? A veces tengo vómitos de bilis —le respondió Pável Petróvich tranquilamente.

XXIV

Dos horas más tarde tocaba a la puerta de Bazárov.

—Perdóneme por interrumpirle en sus trabajos científicos —comenzó, sentándose en una silla junto a la ventana y apoyándose con los dos brazos en su precioso bastón con empuñadura de marfil (habitualmente no lo utilizaba en sus paseos)—, pero me veo obligado a pedirle que me dedique cinco minutos de su tiempo... no más.

—Todo mi tiempo está a su disposición —respondió Bazárov, que había sentido como si algo recorriera su rostro en el preciso momento en que Pável Petróvich cruzó el umbral de su puerta.

—Con cinco minutos tengo suficiente. He venido para hacerle una proposición.

—¿Una proposición? ¿De qué se trata?

—Le ruego que escuche con atención lo que he venido a decirle. Durante sus primeros días de estancia en casa de mi hermano, cuando yo aún no me había negado el placer de conversar con usted, tuve oportunidad de escuchar su opinión sobre las más variadas cuestiones. Pero, por lo que puedo recordar, en ninguna de las conversaciones que mantuvimos, ni tampoco en mi presencia, surgió nunca la cuestión del desafío o del duelo, en general. Dicho esto, ¿me podría exponer usted ahora su opinión al respecto?

Bazárov, que se había puesto en pie y hecho amagos de saludar a Pável Petróvich, se sentó en el borde de la mesa y se cruzó de brazos.

—Pues mi opinión es ésta —respondió él—. Desde un punto de vista teórico, el duelo es una necedad, pero visto desde la práctica, la cuestión es diferente.

—¿Quiere decir usted, si no le he comprendido mal, que sea cual sea su opinión teórica sobre el duelo, en la práctica usted no permitiría que le ofendieran sin exigir algún tipo de satisfacción?

—Ha interpretado usted mis pensamientos de manera exacta.

—Muy bien. Me alegra mucho escuchar eso de usted. Sus palabras me liberan de toda incertidumbre...

—Querrá decir, de toda indecisión.

—Da igual. Me expreso así, para que me comprenda. Yo... no soy ninguna rata de seminario. Sus palabras me liberan de una infausta necesidad. He decidido batirme con usted en duelo.

Bazárov puso unos ojos como platos.

—¿Conmigo?

—Sí, con usted, sin falta.

—¿Y eso por qué, si tiene la amabilidad de explicarme?

—Podría explicarle la causa —respondió Pável Petróvich—, pero prefiero callármela. En mi opinión, usted está aquí de sobra. No le puedo soportar; le desprecio... Y si esto no le parece suficiente...

Los ojos de Pável Petróvich echaban chispas... Los de Bazárov también se

incendiaron.

—Muy bien, señor —repuso él—. No necesito más explicaciones. Ya veo que se le ha ocurrido la fantasía de poner a prueba conmigo su espíritu caballeresco. Y yo podría negarle a usted esa satisfacción, ¡pero hasta ahí podríamos llegar!

—Moralmente, está usted obligado a aceptar mi desafío —respondió Pável Petróvich— y espero que así lo haga, sin obligarme a recurrir a otros procedimientos más violentos.

—En una palabra, y alegorías aparte, recurrir a ese bastón suyo, ¿no es eso? —apuntó Bazárov con sangre fría—. Y estaría usted en su derecho. Pero no hay necesidad alguna de que me ofenda. Además, podría convertirse en un procedimiento nada seguro para usted. No se preocupe, puede usted seguir comportándose como un *gentleman*... Acepto su reto, a lo *gentleman* también...

—¡Muy bien! —exclamó Pável Petróvich, dejando el bastón en el suelo—. Entonces, entremos a negociar las reglas de nuestro duelo... Pero antes quisiera saber si considera usted necesario apelar a la formalidad de una pequeña discusión previa, que sirviera de excusa para el duelo.

—No, mejor sin formalidad alguna.

—Eso mismo pienso yo. Supongo también que está fuera de lugar profundizar en el verdadero motivo de nuestro enfrentamiento. Ni usted me soporta a mí, ni yo le soporto a usted. ¿Qué más hace falta?

—¿Qué más hace falta? —repitió Bazárov con ironía.

—En cuanto a las reglas del duelo, como no disponemos de padrinos, porque ¿dónde buscarlos?...

—Exactamente, ¿dónde buscarlos?

—... Entonces, si me permite, le propongo lo siguiente: podríamos celebrar el duelo por la mañana temprano, digamos a las seis, al otro lado del bosque y a pistola; la línea a diez pasos...

—¿A diez pasos? Vaya, ¿y a esa distancia nos odiamos el uno al otro?

—Pueden ser ocho —sugirió Pável Petróvich.

—¿Y por qué no?

—Dos disparos cada uno; y, por si acaso, cada uno llevará una nota en el bolsillo, culpándose a sí mismo de su propia muerte.

—Yo en esto último no estoy completamente de acuerdo —repuso Bazárov—. Recuerda demasiado a las novelas francesas y resulta un tanto inverosímil.

—Tal vez. Sin embargo, ¿estará de acuerdo en que no sería nada agradable someterse a una acusación por homicidio?

—En eso estoy de acuerdo. Pero hay otro medio de evitar esa penosa situación. No tendremos padrinos, pero sí un testigo.

—¿Quién exactamente, si es tan amable de decírmelo?

—Piotr.

—¿Qué Piotr?

—El ayuda de cámara de su hermano. Es una persona que está a la altura de la instrucción moderna y que cumplirá su papel *comme il faut*^[100], como exigen las circunstancias.

—Me parece, estimado señor, que está usted bromeando.

—En absoluto. Si analiza mi proposición, se convencerá de que está dictada por la sencillez y el buen juicio. La lezna no la puedes esconder en el zurrón. Y yo me comprometo a instruir a Piotr de manera adecuada y conducirlo al campo de batalla.

—Sigue con sus bromas —profirió Pável Petróvich, levantándose de la silla—. Pero después de la amable disposición que ha mostrado usted, no tengo derecho a negarme a su pretensión... Y bien, de acuerdo, todo convenido... Pero usted no dispone de pistolas, ¿no es cierto?

—¿Y de dónde iba a sacar yo unas pistolas, Pável Petróvich? Yo no soy un guerrero.

—En ese caso, le ofrezco las mías. Puede estar usted seguro, llevo cinco años sin disparar con ellas.

—Ése es un dato muy tranquilizador.

Pável Petróvich echó mano de su bastón...

—Y ahora, estimado señor, no me queda más que darle las gracias y devolverle a sus ocupaciones. Mis respetos.

—Hasta nuestro agradable y próximo encuentro, mi querido señor —profirió Bazárov, acompañando a su visita hasta la puerta.

Pável Petróvich salió y Bazárov, que se había quedado de pie junto a la puerta, musitó de repente: «¡Ufff, qué demonios! ¡Qué bonito y qué estúpido al mismo tiempo! ¡Menuda comedia nos hemos montado! Así bailan los perros amaestrados, sobre sus patas traseras. Pero no me podía negar; me habría golpeado con su bastón y entonces... (Bazárov palideció sólo de pensar en ello, sintiendo cómo su orgullo se rebelaba.)... Entonces hubiera tenido que estrangularlo como a un gatito».

Regresó a su microscopio, pero el corazón le latía muy deprisa y la calma necesaria para la observación había desaparecido. «Entonces nos vio esta mañana en el jardín —pensó—. ¿Pero es sólo por su hermano por lo que organiza todo esto? ¿Qué importancia tiene un beso?... Aquí debe haber algo más... ¡Ah! ¿Y no podría estar él mismo enamorado de ella? ¡Eso es, se ha enamorado! Está tan claro como el día, pero... ¡Ufff, en qué lío me he metido! ¡Esto huele mal, pero que muy mal, se mire desde donde se mire! —dedujo por fin—. En primer lugar, porque o huyo o tengo que poner la cabeza. Y, en segundo lugar, está Arkadi... y también ese cochinito de San Antón, el bueno de Nikolái Petróvich. ¡Qué lío, qué lío!».

El día transcurrió de la manera más tranquila e indiferente. A Féniechka parecía habérsela tragado la tierra, recluida en su habitación, como un ratoncito en su ratonera. A Nikolái Petróvich se le veía preocupado. Acababan de informarle de que había aparecido tizón en el trigo candeal, en el que tantas esperanzas tenía depositadas. Y Pável Petróvich abrumaba a todo el mundo, incluso a Prokófich, con

su gélida amabilidad. Bazárov había empezado a escribirle una carta a su padre, pero rompió el papel y lo tiró bajo la mesa. «Si muero —pensó—, ya le darán la noticia. ¡Pero no, no voy a morir! Aún pienso recorrer lo mío en esta vida». Y ordenó a Piotr que fuera a verle al día siguiente, al romper el alba, por un asunto importante, de lo que Piotr dedujo que quería llevárselo de sirviente a Petersburgo. Bazárov se acostó tarde y unos sueños de lo más confusos le estuvieron atormentando durante toda la noche... Odintsova remolineaba alrededor de él: era su madre y siempre la seguía una gatita de bigotitos negros; y esa gatita era Féniechka. Pável Petróvich se le representó como un enorme bosque contra el que, de todas formas, tenía que batirse. Piotr le despertó a las cuatro. Se vistió en un santiamén y se marcharon juntos.

Hacía una mañana fresca, magnífica. Unas abigarradas nubecillas permanecían ancladas, como borreguitos, en mitad de un cielo claro y azul pálido. Un ligero rocío se había depositado sobre las hojas y la hierba, y sus gotas brillaban como la plata en las telas de araña. Parecía como si la tierra, oscura y húmeda, conservara aún la huella carmesí del crepúsculo. Los cantos de alondra se esparcían por el cielo en todas direcciones. Bazárov llegó al bosque, se sentó en la linde de sombra y sólo entonces puso en conocimiento de Piotr los servicios que esperaba de él. El instruido lacayo se asustó lo que no está escrito, pero Bazárov le tranquilizó, asegurándole que lo único que tenía que hacer era mantenerse a distancia y presenciar desde allí lo que ocurriera, y que ninguna responsabilidad recaería sobre él. «¡Tú piensa sólo —añadió— en la importancia del papel que vas a representar!». Piotr se cruzó de brazos, bajó los ojos confuso y, con la cara verdosa de los muertos, se apoyó en el tronco de un abedul.

El camino que subía desde Marino bordeaba el bosque; el ligero polvo que lo cubría permanecía incólume desde la víspera, no hollado aún por rueda o pie alguno. Sin poderlo evitar, Bazárov no apartaba la vista del camino, arrancaba briznas de hierba que luego mordía, mientras no dejaba de repetirse a sí mismo: «¡Qué estupidez!». El relente de la mañana le hizo estremecerse por dos veces... Piotr le miraba con tristeza, pero Bazárov sólo sonreía: no sentía miedo.

Se escuchó el pisoteo de unas patas de caballo en el camino... Un *mujik* asomó detrás de unos árboles. Iba arreando dos caballos trabados y, cuando pasó a la altura de Bazárov, le miró de una manera extraña y sin quitarse el gorro ante su presencia, detalle este que turbó a Piotr, quizá por considerarlo una señal de mal agüero. «Otro que hoy también se ha levantado temprano —pensó Bazárov—. Al menos, él lo ha hecho por algo útil, pero ¿y nosotros?».

—Parece que ya llega el señor —susurró Piotr de repente.

Bazárov levantó la cabeza y divisó a Pável Petróvich. Llevaba una chaqueta ligera a cuadros y unos pantalones blancos como la nieve. Caminaba por el sendero a paso rápido. Llevaba una caja envuelta en un paño verde debajo de la axila.

—Perdóneme, al parecer le he hecho esperar —profirió en voz alta, haciéndole primero una reverencia a Bazárov y luego a Piotr, a quien, en aquel momento, le

atribuía la dignidad de padrino del duelo—. Pero no quería despertar a mi ayuda de cámara.

—No se preocupe —respondió Bazárov—, nosotros acabamos de llegar.

—¡Ah! ¡Entonces, mejor! —Pável Petróvich miró a su alrededor—. No se ve a nadie, nadie nos molesta... ¿Comenzamos entonces?

—Comencemos.

—¿Supongo que usted no exige más explicaciones?

—No las exijo.

—¿Quiere usted cargarlas? —preguntó Pável Petróvich, sacando las pistolas de la caja.

—No, cárguelas usted; mientras tanto, yo contaré los pasos. Mis piernas son más largas —añadió Bazárov con una sonrisa burlona—. Uno, dos, tres...

—¡Evgueni Vasílievich! —balbuceó Piotr con esfuerzo (temblaba como si tuviera fiebre)—. Yo me alejo, tal como usted me dijo.

—Cuatro... cinco... Aléjate, hermano, aléjate. Incluso puedes colocarte detrás de algún árbol y taparte las orejas, con tal de que mantengas los ojos bien abiertos. Y si alguien se desploma, acude a levantarlo... Seis... siete... ocho —Bazárov se detuvo —... ¿Es suficiente? —preguntó en voz alta, dirigiéndose a Pável Petróvich—. ¿O doy dos pasos más?

—Como usted prefiera —respondió aquél, introduciendo la segunda bala.

—Bien, demos dos pasos más —y Bazárov trazó una línea en la tierra con la puntera de su bota—. Aquí está la barrera... Por cierto: ¿cuántos pasos debemos separarnos de la barrera cada uno de nosotros? Ésta también es una cuestión importante y ayer no dispusimos nada sobre ella.

—Yo propongo que diez —respondió Pável Petróvich, entregándole las dos pistolas—. Por favor, elija una.

—Elijo. Pero convenga conmigo, Pável Petróvich, que este duelo nuestro es inusualmente divertido. Mire qué cara tiene nuestro padrino.

—Usted es bastante propenso a reírse de todo —respondió Pável Petróvich—. No niego la rareza de nuestro duelo, pero estimo mi deber advertirle que estoy dispuesto a batirme en serio. *A bon entendeur, salut*^[101]!.

—¡No tengo la más mínima duda de que hemos decidido dispararnos! ¿Pero por qué no nos vamos a reír de la situación y unir lo *utile dulci*^[102]?... ¡Vaya, usted en francés y yo en latín!

—Pienso batirme en serio —repitió Pável Petróvich, y se dirigió a su puesto. Mientras, Bazárov contó diez pasos desde la línea y se detuvo.

—¿Está preparado? —preguntó Pável Petróvich.

—Totalmente.

Bazárov echó a caminar hacia delante lentamente y Pável Petróvich lo hizo después de él, con la mano izquierda metida en el bolsillo, mientras que con la derecha levantaba lentamente el cañón de su pistola... «¡Éste me apuntará

directamente a la nariz! —pensó Bazárov—. ¡Y con qué celo entorna los ojos, el muy canalla!... Sin embargo, tengo una sensación extraña... Pondré los ojos en la cadena de su reloj...».

Algo pasó silbando al lado mismo de la oreja de Bazárov y, en ese mismo instante, se escuchó el disparo. «Si lo he escuchado, es que no me ha pasado nada», tuvo tiempo de pensar. Luego dio un paso más y, sin apuntar, apretó el gatillo.

Pável Petróvich vaciló y se llevó la mano al muslo. Un reguero de sangre comenzó a manar y empapar sus blancos pantalones.

Bazárov arrojó la pistola a un lado y se acercó a su rival.

—¿Está usted herido? —preguntó.

—Usted pudo con todo derecho llamarme hasta la línea de barrera y no lo hizo —dijo Pável Petróvich—. En cuanto a esto, no es nada. Además, como acordamos, cada uno tiene aún derecho a un disparo más.

—Bueno, perdone, pero eso para una próxima vez —respondió Bazárov y rodeó a Pável Petróvich con sus brazos, ya que empezaba a palidecer—. Ahora ya no ejerzo de duelista, sino de médico y, antes que nada, debo examinar su herida... ¡Piotr, ven aquí! Piotr, ¿dónde te has metido?

—¡Esto es una vergüenza!... Yo no necesito la ayuda de nadie —repuso pausadamente Pável Petróvich— y... tenemos... otra vez que... —hizo ademán de atusarse el bigote, pero su mano se tornó flácida, la vista se le nubló y, finalmente, perdió el sentido.

—¡Vaya contratiempo! ¡Se ha desvanecido! ¿Y eso por qué? —se cuestionó Bazárov involuntariamente, mientras tendía a Pável Petróvich sobre la hierba—. Veamos la herida... —y sacó el pañuelo, secó la sangre y palpó alrededor de la herida...—. El hueso está entero —farfulló entre dientes—. La bala le atravesó el muslo de parte a parte, pero sin afectar nada serio; tan sólo ha rozado ligeramente el músculo *vastus externus*. Dentro de tres semanas ya podrá bailar... ¡Mira que perder el conocimiento...! ¡Ay, qué gente ésta tan nerviosa! ¡Y qué piel tan delicada!

—¿Está muerto el señor? —susurró a sus espaldas la temblorosa voz de Piotr.

Bazárov se volvió para mirarle.

—¡Rápido, hermano, ve por agua! ¡Aún le queda más vida que a nosotros dos juntos!

Pero el refinado sirviente pareció no comprender sus palabras y se quedó allí quieto. Pável Petróvich abrió los ojos lentamente. «¡Se está muriendo!», cuchicheó Piotr, y comenzó a santiguarse.

—Tenía usted razón... ¡Qué cara tan estúpida la suya! —musitó el *gentleman* herido con una sonrisa forzada.

—¡Pero ve por agua, diablos! —gritó Bazárov.

—No es necesario... Ha sido un *vertige*^[103] momentáneo... ¡Ayúdeme a sentarme!... Así está bien... Y ahora basta con que me oprima el araño con algo, que yo mismo llegaré caminando hasta la casa. Y si no puedo, mandamos por un

carruaje. Si está de acuerdo, no reanudaremos el duelo. Hoy se ha portado usted con mucha nobleza... ¡Hoy, advierta lo que he dicho, hoy!

—No hay necesidad de recordar el pasado —repuso Bazárov—. Ni tampoco merece la pena romperse la cabeza con el futuro, porque me marcharé inmediatamente. Y ahora déjeme que le vende la pierna. La herida no es grave; no entraña ningún peligro, pero es mejor detener la hemorragia. Aunque antes de eso hay que hacer que este mortal entre en razón.

Bazárov sacudió a Piotr por las solapas y le mandó a buscar un carruaje.

—¡Y cuídate de no asustar a mi hermano! —le dijo Pável Petróvich—. ¡Que no se te ocurra informarle sobre lo sucedido!

Piotr se alejó corriendo en busca del carruaje, mientras los dos adversarios se quedaban sentados en el suelo, en silencio. Pável Petróvich evitaba mirar a Bazárov. Pese a lo ocurrido, no estaba dispuesto a reconciliarse con él. Se avergonzaba de su propia arrogancia, su fracaso y de todo el lío que había organizado, a pesar de que hubiera terminado de la mejor manera posible. «¡Al menos le perderemos de vista, a Dios gracias!». Continuaba reinando entre ellos un silencio penoso, embarazoso. Los dos se sentían incómodos. Cada uno era consciente de lo que el otro podría estar pensando; pero esa consciencia, que entre amigos suele ser agradable, entre personas enemistadas resulta de lo más embarazosa, sobre todo cuando no hay voluntad de arreglar la situación y están obligadas a permanecer juntas.

—¿No le habré vendado la pierna demasiado fuerte? —preguntó por fin Bazárov.

—No, en absoluto, está perfecto —respondió Pável Petróvich, y, haciendo una pausa, añadió—: Será difícil engañar a mi hermano; habrá que decirle que reñimos por cuestiones de política.

—Muy bien —dijo Bazárov—. Puede decirle que insulté a todos los anglófilos.

—Sería una buena explicación... ¿Qué cree que estará pensando ese hombre de nosotros? —prosiguió Pável Petróvich, señalando al *mujik* que había pasado por delante de Bazárov minutos antes del duelo, conduciendo los caballos trabados, y que ahora, regresando por el mismo camino, se había quitado el gorro en señal de respeto y disculpa *por inquietar a los señores*.

—¡Quién lo puede saber! —respondió Bazárov—. Lo más probable es que no piense nada. Un *mujik* ruso es ese misterioso desconocido sobre el que un día teorizara la señora Radcliffe^[104]. ¿Quién puede comprenderlo? Ni él mismo se comprende.

—¡Ah! ¡Así que eso es lo que piensa!... —quiso continuar Pável Petróvich, pero de repente exclamó—: ¡Vea lo que Piotr, ese estúpido asistente suyo, ha formado! ¡Mi hermano viene hacia aquí!

Bazárov volvió la cabeza y distinguió el pálido rostro de Nikolái Petróvich, que venía sentado en el carruaje. Saltando del coche antes incluso de que éste se detuviera, se precipitó hacia su hermano.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó, alarmado—. Evgueni Nikoláevich, tenga

la bondad, dígame, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado nada —respondió Pável Petróvich—. Te han alarmado sin motivo alguno. El señor Bazárov y yo discutimos y yo he pagado un poco por ello.

—Pero, por Dios, ¿por qué motivo?

—¿Qué te puedo decir? El señor Bazárov hizo un comentario poco respetuoso sobre *sir* Robert Peel. Pero añadido rápidamente que el único culpable de todo esto soy yo. El señor Bazárov se comportó de un modo muy diligente. Yo fui quien le provocó.

—¡Pero, por favor, si estás sangrando!

—¿Pensabas, acaso, que tenía agua en las venas? Pero esta sangría incluso me vendrá muy bien. ¿No es cierto, doctor? Anda, ayúdame a montar en el coche y no te entregues al abatimiento. Mañana ya estaré bien... Ajá, así, estupendo. ¡Ea, cochero, arrea los caballos, cochero!

Nikolái Petróvich se empeñó en regresar a pie, detrás del coche; pensaba hacerlo Bazárov, pero...

—Debo pedirle que se ocupe de mi hermano —le dijo Nikolái Petróvich— mientras hago venir a otro doctor desde la ciudad.

Bazárov agachó la cabeza sin decir nada.

Una hora después Pável Petróvich reposaba ya en su cama, con la pierna herida vendada de un modo magistral. Toda la casa andaba sobresaltada. Féniechka se desmayó. Nikolái Petróvich se mordía las uñas a escondidas. En cambio, Pável Petróvich reía y bromeaba, especialmente con Bazárov. Vestía una fina camisa de batista y una elegante cazadora matinal y con un fez se cubría la cabeza. No consentía que le bajaran las cortinas de las ventanas y, divertido, se quejaba del ayuno que le habían prescrito.

Pero por la noche le asaltó la fiebre y comenzó a dolerle la cabeza. Vino el doctor de la ciudad. (Nikolái Petróvich no había seguido los consejos de su hermano, también suscritos por Bazárov: se pasó el día entero sentado en su habitación, con el rostro amarillento y cariacontecido, y sólo se acercó un momento a ver a su hermano; se cruzó dos veces con Féniechka, pero ésta, asustada, se alejó rápidamente de él). El doctor de la ciudad le aconsejó tomar bebidas frías y, dicho sea de paso, confirmó el diagnóstico de Bazárov, en el sentido de que la herida no revestía peligro alguno. Nikolái Petróvich le informó de que su hermano se había herido a sí mismo en una imprudencia, a lo que el doctor, en primera instancia, respondió con un «¡hum!», y luego, cuando le pusieron veinticinco rublos de plata en la mano, con un: «¡Qué me dice! ¡Cosas como ésta ocurren con mucha frecuencia!».

Nadie en la casa se desnudó ni se fue a la cama. De tanto en tanto, Nikolái Petróvich se acercaba de puntillas a ver a su hermano y también de puntillas se marchaba. Éste perdía el conocimiento con frecuencia, gemía en voz baja y le hablaba en francés: «*Couchez-vous*^[105]!», pidiendo luego de beber. Nikolái Petróvich obligó una vez a Féniechka a que le llevara un vaso de limonada. Pável Petróvich se

quedó mirándola fijamente y se bebió el vaso hasta las heces. Al amanecer le aumentó la fiebre y desvarió un poco. Al principio Pável Petróvich dijo unas palabras incoherentes; luego, de repente, abrió los ojos y, al ver a su hermano junto a la cama, inclinado solícitamente hacia él, musitó en voz alta:

—¿Nikolái, no es cierto que Féniechka tiene un cierto parecido con Nelly?

—¿Con qué Nelly, Pasha?

—¿Y lo preguntas tú? ¡Con la princesa R!... Sobre todo en la parte superior de la cara... *C'est de la même famille*^[106].

Nikolái Petróvich no respondió, pero se sorprendió de la pervivencia de los viejos sentimientos en el hombre.

«¡Fíjate en qué circunstancias salen a flote!», pensó él.

—¡Ay, cómo quiero a ese ser tan frívolo! —gimió Pável Petróvich, colocando melancólicamente los brazos debajo de su cabeza—. No podía consentir que algún insolente la rozara... —balbució al cabo de un instante.

Nikolái Petróvich se limitó a suspirar, sin sospechar a quién se refería con aquellas palabras.

Bazárov le fue a visitar al día siguiente, sobre las ocho. Ya había hecho las maletas y puesto en libertad todas sus ranas, pájaros e insectos.

—¿Ha venido a despedirse? —le preguntó Nikolái Petróvich, levantándose para acudir su encuentro.

—Así es.

—Quiero que sepa que comprendo y apruebo completamente su actitud. Mi pobre hermano, está claro, fue el culpable: y por eso recibió su castigo. Él mismo ha reconocido que le puso a usted en una situación que no le dejó margen para actuar de otra manera. Estoy convencido de que usted no pudo evitar ese duelo, que hasta cierto punto se explica... se explica por sus constantes opiniones antagónicas. (Nikolái Petróvich se embrolló con sus palabras). Mi hermano es un hombre de temple antiguo, terco e irascible... Debemos dar gracias a Dios de que todo acabara como ha acabado. En cuanto a mí, he tomado las medidas oportunas para que nada de esto se difunda...

—De todas formas, le dejo mi dirección por si surgiera algún problema —observó Bazárov, como de pasada.

—Confío en que no surja ninguno, Evgueni Vasílievich... Siento mucho que su estancia en mi casa haya tenido... un final así. Y esto me resulta tanto más doloroso en cuanto que Arkadi...

—Probablemente, le veré —repuso Bazárov, que siempre sentía una sensación de desasosiego ante cualquier «explicación» o «aclaración» que tuviera que dar—. Y si no fuera así, le ruego que le presente mis respetos y acepte mi más profundo pesar por lo ocurrido.

—Y yo le ruego que... —le respondió Nikolái Petróvich con una reverencia, pero Bazárov salió de la habitación sin esperar a que acabara la frase.

Al tener conocimiento de la inminente marcha de Bazárov, Pável Petróvich expresó sus deseos de verle y estrecharle la mano. Pero, incluso con él, se mostró Bazárov frío como el hielo, porque comprendió que Pável Petróvich deseaba mostrarse magnánimo. En cambio, no tuvo oportunidad de despedirse de Féniechka; sólo pudo intercambiar una mirada con ella, cuando la joven se asomó a la ventana de su habitación, y la expresión de su rostro le resultó triste. «¡Ya se le pasará, eso espero! —se dijo para sí mismo—. ¡Ya encontrará la manera de sacarse esa espina!». En cambio, Piotr, hasta tal punto se enterneció que no paró de llorar en su hombro hasta el momento en que Bazárov le enfrió los ánimos con la pregunta: «Piotr, ¿no tienes ya los ojos demasiado húmedos?». En cuanto a Dúniasha, la muchacha tuvo que escapar al bosque para no delatar su agitación. En cambio, el culpable de toda aquella aflicción subió al carro, encendió un puro con gesto imperturbable y cuando ya llevaba recorridas más de tres verstas y en un recodo del camino apareció en la misma trayectoria de su mirada la hacienda de Kirsánov, con su nueva casa señorial, escupió al suelo, no sin antes farfullar: «¡Malditos señoritingos!». Dicho lo cual, se arrebujo mejor en su capote.

Pável Petróvich sanó rápidamente, pero aún tuvo que guardar cama durante casi una semana. Soportó su «cautiverio», como él lo llamaba, con bastante paciencia, aunque demorándose demasiado en su aseo personal y ordenando continuamente que asperjaran su habitación con agua de colonia. Nikolái Petróvich le leía revistas. Féniechka le seguía atendiendo igual que antes; le llevaba té, consomé, limonada, huevos pasados por agua... pero un oculto temor se apoderaba de ella cada vez que entraba en su habitación. La inesperada conducta de Pável Petróvich había asustado a todos los habitantes de la casa, pero a ella más que a nadie. El único que no se inmutó fue Prokófich, quien además explicaba a quien quisiera oírle que también en sus tiempos los señores dirimían sus disputas en duelo, «pero sólo los nobles de buena cuna; a los bribones como ese Bazárov les habrían azotado en la cuadra».

A Féniechka no es que le remordiera la conciencia, pero se atormentaba a veces, cuando pensaba en la verdadera causa de aquel duelo. Además, Pável Petróvich la seguía mirando de aquella manera tan extraña... que, incluso cuando le daba la espalda, sentía sus ojos clavados en ella. Aquella permanente zozobra interior le hacía perder peso, después incluso eso, como suele ocurrir, la hacía aún más agraciada.

Un día —era por la mañana— Pável Petróvich se sintió mejor y decidió trasladarse de la cama al diván y Nikolái Petróvich, informado de su mejoría, se marchó a la era. Pero cuando Féniechka le llevó una taza de té y, después de ponerla en la mesita, quiso retirarse, Pável Petróvich la retuvo.

—¿Por qué tanta prisa, Fedosia Nikoláevna? —le espetó Pável Petróvich—. ¿Acaso tiene algo que hacer?

—No, señor... Bueno, sí, señor... Tengo que servir el té a los demás.

—Eso ya lo hará Dúniasha sin su ayuda. Hágale compañía un momento a este

enfermo. Además, tengo algo que decirle.

Féniechka se sentó en silencio en el borde del sillón.

—Verá usted —comenzó Pável Petróvich atusándose el bigote—, hace tiempo que quería preguntarle: ¿acaso me tiene usted miedo?

—¿Yo, señor?...

—Sí, usted. Usted siempre me rehúye la mirada, como si no tuviera la conciencia tranquila.

Féniechka se ruborizó, pero miró a Pável Petróvich. Su expresión le resultó un tanto extraña y su corazón comenzó a temblar quedamente.

—Porque usted tiene limpia su conciencia, ¿no es cierto? —le preguntó él.

—¿Y por qué no iba a tenerla? —repuso ella en un susurro.

—¡Vaya usted a saber! Además, ¿ante quién podría usted sentirse culpable? ¿Ante mí? Sería inverosímil. ¿Ante otras personas de esta casa? Imposible, también. ¿Ante mi hermano, quizá? Porque usted le quiere, ¿no es así?

—Sí, le quiero.

—¿Con toda su alma, con todo su corazón?

—Quiero a Nikolái Petróvich con todo mi corazón.

—¿De verdad?... ¡Míreme, Féniechka! (Era la primera vez que la llamaba por su nombre). ¿Sabe que mentir es un grave pecado?

—Yo no miento, Pável Petróvich. ¡Que me quede aquí muerta si no quiero a Nikolái Petróvich!

—¿Y no le cambiaría por nadie?

—¿Y por quién le podría cambiar?

—¡Como si no hubiera más personas! Pues, por ejemplo, por ese señor que se acaba de marchar de aquí.

Féniechka se levantó.

—¡Dios mío! ¿Por qué me atormenta usted, Pável Petróvich? ¿Qué le he hecho yo? ¿Cómo puede usted hablarme así?...

—Féniechka —profirió Pável Petróvich con voz lastimera—, porque yo presencié...

—¿Qué vio usted?

—Pues allí... en el cenador.

Féniechka se sonrojó entera, hasta la raíz de sus cabellos.

—¿Y qué culpa tuve yo allí? —musitó ella con esfuerzo.

Pável Petróvich se irguió.

—¿No? ¿No fue culpa suya? ¿Ni siquiera un poco?

—¡Nicolái Petróvich es la única persona de este mundo a la que amo y amaré por siempre! —proclamó Féniechka con una inesperada energía, mientras los sollozos le subían hasta la garganta—. En cuanto a lo que usted presencié, ya declararé en el juicio final que no tuve culpa alguna de lo que ocurrió. Y si no fue así, mejor sería que muriera ahora mismo, antes de que puedan sospechar de mí que yo, en presencia

de mi bienhechor, Nikolái Petróvich...

Pero en ese momento la voz le traicionó y, al mismo tiempo, sintió cómo Pável Petróvich le cogía la mano y se la estrechaba... Ella le miró y se quedó petrificada. Estaba aún más pálido que antes; sus ojos brillaban y, lo que le sorprendió aún más, una gruesa y solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¡Féniechka! —susurró él de una manera extraña—. ¡Ame, ame a mi hermano! ¡Es un hombre tan bueno, tan bondadoso! ¡No le traicione por nadie, no escuche las zalameras palabras de ningún otro! ¡Piense qué puede haber más terrible que amar y no ser amado! ¡No abandone nunca a mi pobre Nikolái!

Tan grande fue su sorpresa, que a Féniechka se le secaron los ojos y su miedo desapareció por ensalmo. E imagínense su estado de ánimo cuando Pável Petróvich, sí, Pável Petróvich mismamente, desplazó su mano hasta rozarla con sus labios, sin llegar a besarla, aunque suspirando convulsivamente...

«¡Señor! —pensó ella—. ¿No estará sufriendo un ataque?...».

En realidad, ocurría que toda aquella vida suya que había muerto hacía tiempo palpitó por un instante.

La escalera crujió bajo unos pies que subían a toda prisa... Pável Petróvich soltó rápidamente la mano de la muchacha y dejó caer la cabeza sobre la almohada. La puerta se abrió de par en par y apareció Nikolái Petróvich, lozano y alegre, con la cara encendida. Mitia, tan lozano y sonrosado como su padre, vestido tan sólo con un diminuto camisón, brincaba en su pecho, mientras sus piecitos desnudos se aferraban a los enormes botones del rústico abrigo de su progenitor.

Féniechka se abalanzó hacia el niño y, abrazando tanto al padre como al hijo, apoyó la cabeza en el pecho de aquél. Algo que sorprendió a Nikolái Petróvich, pues la humilde y recatada Féniechka nunca hasta entonces se había mostrado cariñosa con él en presencia de terceras personas.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó y, clavando los ojos en su hermano, entregó a Mitia a la mujer—. ¿Te encuentras peor? —le preguntó, acercándose a él.

Pável Petróvich hundió el rostro en su pañuelo de batista.

—No... No me pasa nada... Al contrario, me siento bastante mejor.

—Creo que hiciste mal instalándote tan pronto en el diván... Y tú, ¿dónde vas? —añadió Nikolái Petróvich, volviéndose hacia Féniechka; pero ésta ya había cerrado la puerta a sus espaldas—. He subido para que vieras a mi caballerito y lo que echa de menos a su tío. ¿Por qué se lo habrá llevado Féniechka?... Pero bueno... ¿qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

—¡Hermano! —exclamó solemnemente Pável Petróvich.

Nikolái Petróvich se estremeció, asaltado por un inexplicable temor.

—¡Hermano —repitió Pável Petróvich—, dame tu palabra de que harás lo que te pida!

—¿Qué quieres que haga? Dime.

—Algo muy importante, de lo que, por lo que alcanzo a comprender, depende

toda la felicidad de mi vida. Durante todo este tiempo he reflexionado mucho sobre lo que ahora te quiero decir... Hermano, cumple tu deber, el deber de cualquier hombre noble y honrado. ¡Aparta a un lado la tentación y ese mal ejemplo que estás dando, tú, el mejor de los hombres!

—Pável, ¿qué quieres decir?

—Cásate con Féniechka... Ella te quiere, es la madre de tu hijo.

Nikolái Petróvich retrocedió un paso y juntó las manos.

—¿Y tú, Pável, me lo dices? ¡Tú, a quien tenía por el más inflexible enemigo de este tipo de matrimonios! ¡Y tú me lo dices! ¿Pero acaso no sabes que si aún no he cumplido eso que tan bien llamas mi deber ha sido tan sólo por el respeto que te tengo?

—Pues has hecho mal respetándome en esta cuestión —repuso Pável Petróvich con una melancólica sonrisa—. Comienzo a pensar que Bazárov tenía razón, cuando me acusaba de aristocratismo. No, querido hermano, basta ya de hacer melindres y pensar en el qué dirán. Somos ya gente vieja y tranquila. Y va siendo hora de que apartemos nuestra vanidad a un lado y comencemos, como tú bien dices, a cumplir con nuestro deber. Quién sabe, quizá así consigamos ser felices.

Nikolái Petróvich corrió a abrazar a su hermano.

—¡Acabas de abrirme los ojos definitivamente! —exclamó—. No en vano me he dicho siempre que eres el hombre más sabio y bueno del mundo. Y ahora compruebo que eres tan sensato como generoso.

—Calma, calma —le interrumpió Pável Petróvich—. No vayas a hacer que empeore la pierna de este sensato hermano que, ya casi en la cincuentena, aún se bate en duelo como si fuera un alférez. Y bien, este asunto ya está decidido: ¡Feniéchka será mi... *belle-soeur*^[107]!

—¡Mi querido Pável! ¿Y qué dirá Arkadi?

—¿Arkadi? ¡Por favor, estará encantado! Aunque el matrimonio no entre en sus principios, su sentido de la equidad quedará satisfecho. Y con toda la razón del mundo. ¿Qué es eso de pensar en castas *au dix-neuvième siècle*^[108]?

—¡Ah, Pável, Pável! ¡Déjame que te bese otra vez! No temas, lo haré con cuidado.

Los hermanos se abrazaron.

—¿No crees que deberías comunicarle tu intención a Féniechka cuanto antes? —inquirió Pável Petróvich.

—¿Qué prisa hay? —repuso Nikolái Petróvich—. ¿Acaso lo habéis hablado entre vosotros?

—¿Hablarlo entre nosotros? *Quelle idée*^[109]!

—¡Tanto mejor! Lo primero de todo es que te pongas bien. Lo hablado quedará entre nosotros. Tengo que meditarlo, analizarlo bien...

—¿Pero no lo has decidido ya?

—Naturalmente que sí. Y te estoy sumamente agradecido por ello. Ahora te dejo

tranquilo. Debes descansar; las emociones te perjudican... Ya seguiremos hablando. ¡Duerme, querido hermano, y que Dios te dé salud!

«¿Por qué me lo agradecerá tanto? —pensó Pável Petróvich cuando se quedó solo—. ¡Como si este asunto no dependiera sólo de él! Y, por lo que a mí respecta, en cuanto él se case, me marcharé lejos, a Dresde o Florencia, y viviré allí hasta el fin de mis días».

Pável Petróvich se refrescó la frente con agua de colonia y cerró los ojos. Su hermosa testuz de convaleciente, iluminada por la rutilante luz de la mañana, reposaba sobre la almohada como la cabeza de un moribundo... Y en verdad que era ya un cadáver.

XXV

En Nikólskoe, en el jardín, a la sombra de un esbelto fresno, sentados en una pequeña grada cubierta de césped, se encontraban Katia y Arkadi. A su lado, en el suelo, se había instalado Fifí, la galga, después de someter su largo cuerpo a esa elegante contorsión, que los cazadores suelen llamar «reposo de la liebre gris». Ambos guardaban silencio. Arkadi sostenía en sus manos un libro entreabierto, mientras ella extraía las migajas de pan que se habían quedado en el interior de su canastillo y se las tiraba a una pequeña bandada de gorriones que, con su característica y asustadiza insolencia, brincaban y gorjeaban a sus mismos pies. Una suave brisa mecía las hojas del fresno, desplazando blandamente hacia delante y hacia atrás, sobre el sombrío sendero y el lomo amarillento de Fifí, unas manchas de luz pálidas y doradas. Una sombra uniforme caía sobre Arkadi y Katia y, sólo de vez en cuando, un brillante festón incendiaba los cabellos de ella. Ambos guardaban silencio; pero precisamente esa manera de callar, de estar sentados el uno junto al otro, delataba una confiada afinidad; como si cada uno de ellos no reparara en su vecino, pero, íntimamente, se alegrara de su cercanía. La expresión de sus rostros también había cambiado desde la última vez que les vimos: la de Arkadi parecía ahora más tranquila y la de Katia más viva y audaz.

—¿No le parece —comenzó Arkadi— que la palabra *yásen*^[110], en ruso, se ajusta muy bien al árbol que denomina, el fresno? No hay ningún árbol tan translúcido, ni que deje pasar tan libremente el aire como él.

Katia levantó la mirada y respondió: «Sí». Arkadi pensó: «Al menos ella no me reprocha que me exprese con frases bonitas».

—No me gusta Heine, ni cuando ríe ni cuando llora —comentó Katia, señalando con la mirada el libro que Arkadi sostenía en sus manos—. Sólo me gusta cuando está triste y meditabundo.

—A mí, en cambio, me gusta cuando se ríe —observó Arkadi.

—Eso son las viejas rémoras de su vena satírica, que aún le quedan... («¡Viejas rémoras! —pensó Arkadi—. ¡Si Bazárov la escuchara!»)... Tenga paciencia y verá cómo le haremos cambiar.

—¿Y quién me va a hacer cambiar? ¿Usted?

—¿Quién?... Pues mi hermana; Porfiri Platónovich, con quien usted ya no discute como solía hacerlo; la tía, a la que usted ha acompañado a la iglesia por tercer día consecutivo...

—¿Y cómo me podía negar? En cuanto a Anna Serguéievna, antes también ella coincidía en multitud de ocasiones con Evgueni.

—Mi hermana se encontraba entonces sometida a su influencia, al igual que usted.

—¿Al igual que yo? ¿Y considera usted que ya me he liberado de su influencia?

Katia guardó silencio.

—Sé que a usted nunca le gustó —prosiguió Arkadi.

—Yo no puedo juzgarle.

—¿Sabe usted una cosa, Katerina Serguéievna? Cuando escucho esa respuesta nunca llego a creérmela... ¡No existe persona en este mundo que pueda escapar a los juicios de los demás!... Eso que usted dice es simplemente una excusa.

—Está bien, entonces le diré que... no es que Evgueni no me guste, pero sí siento que me resulta ajeno, como ajena debo resultarle yo a él... Y usted también le resulta ajeno.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo se lo podría decir?... Él es un animal de presa y nosotros, dos animales mansos.

—¿También yo soy manso?

Katia asintió con la cabeza.

Arkadi se rascó detrás de la oreja.

—Verá usted, Katerina Serguéievna: eso suena ofensivo.

—¿Acaso le gustaría ser un animal de presa?

—No un animal de presa, pero sí alguien fuerte y enérgico.

—Eso no es cuestión de querer... Por ejemplo, su amigo no quiere serlo, pero lo lleva dentro.

—¡Hum! ¿Así que usted cree que él tuvo mucha influencia sobre Anna Serguéievna?

—Sí, pero sobre ella nadie puede influir durante mucho tiempo... —añadió Katia a media voz.

—¿Y por qué piensa usted eso?

—Ella es muy orgu... No, eso no... Ella valora demasiado su independencia.

—¿Y quién no la valora? —preguntó Arkadi, mientras un pensamiento parpadeaba en su cabeza: «¿Y para qué la quiere?». «¿Y para qué la quiere?», pensó igualmente Katia. A los jóvenes que pasan juntos y en buena armonía mucho tiempo suelen asaltarles los mismos pensamientos.

Arkadi sonrió y, acercándose ligeramente a Katia, musitó en un susurro:

—Reconozca que la teme un poco.

—¿A quién?

—A *ella* —repitió Arkadi significativamente.

—¿Y usted? —preguntó Katia a su vez.

—También yo. Advierta que he dicho *también yo*.

Katia le amenazó con un dedo.

—Me sorprende —dijo ella—, porque mi hermana nunca ha tenido mejor disposición hacia usted que ahora. Mucha mejor disposición que la primera vez que usted nos visitó.

—¡Vaya!

—¿Y eso no lo había advertido usted? ¿No le halaga?

Arkadi se quedó pensativo.

—¿Y cómo me habré ganado la benevolencia de Anna Serguéievna? ¿Quizá por entregarle las cartas de vuestra madre?

—Ésa es una razón. Pero hay otras, aunque no le hablaré de ellas.

—¿Por qué motivo?

—No se lo diré.

—¡Ah, ya veo! ¡Es usted muy obstinada!

—Obstinada, sí.

—Y observadora, también.

Katia miró a Arkadi de reojo.

—¿Acaso se ha enfadado por lo que le he dicho? ¿En qué está pensando?

—Me pregunto de dónde le vendrá a usted esa capacidad de observación que, efectivamente, posee. Es usted tan asustadiza, tan desconfiada... Rehúye a todo el mundo...

—He vivido mucho tiempo sola y, sin quererlo, reflexionas. ¿Pero rehúyo yo a todo el mundo?

Arkadi lanzó a Katia una mirada de reconocimiento.

—Todo eso está muy bien —prosiguió él—, pero las personas de su posición, quiero decir, con su fortuna, raramente tienen ese don. A ellas, como a los zares, les cuesta llegar a la verdad.

—Pero yo no soy rica.

A Arkadi le sorprendió tanto esa confesión que no comprendió a Katia de inmediato. «¡Pues claro, la hacienda es de su hermana!», relampagueó en su cabeza, pero ese pensamiento no le desagradó.

—¿Qué manera tan bonita ha tenido usted de decirlo! —exclamó él.

—¿Cómo dice?

—Que lo ha dicho usted muy bien: con sencillez, sin avergonzarse, sin darse ínfulas. Aunque supongo, por decirlo ya todo, que en la sensibilidad de la persona que se sabe pobre y reconoce que lo es debe de haber algo especial, una especie de vanidad.

—Yo, gracias a la benevolencia de mi hermana, nunca he llegado a experimentar esa sensación. Y he hablado de mi fortuna porque venía al caso.

—Está bien, pero reconozca que también tiene usted ese toque de vanidad del que he hablado.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... ¿Acaso usted, y permítame la pregunta, no se casaría con una persona rica?

—Si le amara mucho... Pero no, ni en ese caso me casaría con él.

—¡Ah, lo ve usted! —exclamó Arkadi y, tras hacer una pequeña pausa, añadió—: ¿Y por qué no se casaría?

—Pues porque hasta en las canciones se habla de las consortes sin fortuna.

—Quizás a usted le guste dominar o...

—¡No, en absoluto! ¿Qué necesidad hay de eso? Al contrario, estaría dispuesta a someterme, pero resulta duro desde una posición de desigualdad. Estimarse a sí mismo y, al mismo tiempo, subordinarse a alguien, es algo que entiendo: es la felicidad. Pero someterse a alguien para garantizarse la subsistencia... eso ya no. Ya estoy bien como estoy.

—«Ya estoy bien como estoy» —remedó Arkadi a Katia, y prosiguió—. Sí, sí —prosiguió—, no en vano corre por usted la misma sangre que por Anna Serguéievna. Es usted tan independiente como ella, pero más reservada. Estoy seguro de que por nada del mundo sería la primera en manifestar sus sentimientos, por muy fuertes y sagrados que fueran...

—¿Y cómo podría ser de otra manera? —preguntó Katia.

—Son ustedes igual de inteligentes; y usted con tanto carácter, si no más, que ella...

—Por favor, no me compare con mi hermana —le interrumpió Katia de inmediato—. No resulta demasiado ventajoso para mí. Parece haber olvidado que mi hermana es bella y también inteligente... Además, Arkadi Nikoláich, en particular usted, no debería pronunciar esas palabras y, mucho menos, con ese rostro tan serio.

—¿Qué significa eso de «en particular usted»? ¿Y por qué cree usted que bromeo?

—Claro que bromea.

—¿Ah, eso piensa? ¿Y si estoy convencido de lo que digo, incluso opino que no me he expresado con toda la fuerza que debiera?

—No le comprendo.

—¿De veras no me comprende? Entonces ahora veo claro que quizá alabé en demasía su capacidad de observación.

—¿Cómo dice usted?

Arkadi volvió la cara sin responder y Katia rebuscó en la cesta algunas migajas más y comenzó a arrojárse las a los gorriones. Pero el movimiento de su brazo fue demasiado enérgico y los gorriones, asustados, echaron a volar sin picotearlas.

—¡Katerina Serguéievna! —exclamó súbitamente Arkadi—. Seguramente a usted le dará igual, pero sepa que yo no la cambiaría a usted no sólo por su hermana, sino por nadie en este mundo.

Y, dicho esto, se levantó y se alejó a paso rápido, como si las palabras que acababan de escaparse de su boca le hubieran asustado.

Katia dejó caer la cesta y las manos sobre sus rodillas y, ladeando la cabeza, se quedó contemplando largo rato cómo Arkadi se alejaba. Poco a poco el arbol fue apoderándose de sus mejillas; pero sus labios no sonreían y sus oscuros ojos expresaban perplejidad, incluso algo más, un sentimiento todavía incalificable.

—¿Estás sola? —sonó a su lado la voz de Anna Serguéievna—. Creía que habías

salido al jardín con Arkadi...

Katia fue desplazando lentamente la mirada hacia su hermana (estaba de pie en el sendero, iba elegante, incluso refinadamente vestida, y con el extremo de su paraguas, que llevaba abierto, movía las orejas de Fifí) y entonces respondió en tono tranquilo:

—Estoy sola.

—Eso ya lo veo —repuso ella, riéndose—, ¿Arkadi se ha marchado a su habitación?

—Sí.

—¿Estuvisteis leyendo juntos?

—Sí.

Anna Serguéievna asió el mentón de Katia y alzó su rostro.

—Espero que no os hayáis enfadado...

—No —respondió Katia, y apartó suavemente la mano de su hermana.

—¡Qué respuestas tan solemnes!... Pensaba encontrarle aquí y proponerle que diera un paseo conmigo. Siempre está pidiéndome que paseemos juntos... Te han traído unos botines de la ciudad; ve y te los pruebas: ayer noté que los anteriores ya los tenías gastados. No sueles ocuparte lo suficiente de estas cosas... ¡y tienes unos piecitos tan preciosos! Tus manos también son hermosas... pero grandes. Así que debes esmerarte con tus pies. ¡Qué poco coqueta eres!

Y Anna Serguéievna se alejó por el sendero haciendo crujir suavemente su hermoso vestido. Katia se levantó del banco y, cogiendo el tomo de Heine, se marchó también, aunque no precisamente a probarse los botines.

«¡Así que unos piecitos preciosos! —pensó ella, mientras subía lenta y grácilmente por los escalones de piedra de la terraza, recalentados por el sol—. Unos piecitos preciosos, dice usted... ¡Pues bien, él se pondrá a mis piecitos!».

Pero, avergonzándose al instante, coronó rápidamente la escalera.

Arkadi se dirigía por el pasillo hacia su habitación, cuando el mayordomo le informó de que en ella le esperaba el señor Bazárov.

—¡Evgueni! —balbució Arkadi casi en un sobresalto—. ¿Y hace mucho tiempo que ha llegado?

—Acaba de llegar, señor. Ordenó que no avisáramos a Anna Serguéievna y que le condujéramos directamente a su habitación.

«¿Habría ocurrido alguna desgracia en mi casa?», pensó Arkadi y, subiendo precipitadamente la escalera, abrió de un golpe la puerta de su habitación. El rostro de Bazárov le tranquilizó de inmediato, aunque posiblemente un ojo más experto habría advertido en el semblante del inesperado huésped, tan enérgico como siempre, pero ahora algo más flaco, algún indicio de su agitación interior. Estaba sentado sobre el poyete de la ventana, con el capote lleno de polvo sobre sus hombros y la cabeza cubierta con su gorra de estudiante. No hizo ademán alguno de levantarse, ni siquiera cuando Arkadi se abalanzó sobre su cuello profiriendo efusivas exclamaciones.

—¡Qué llegada tan inesperada! ¿Qué haces por aquí? —insistía Arkadi, mientras trajinaba por la habitación, como si tratara de convencerse y de convencer a su amigo de que se alegraba de su llegada—. Porque por mi casa están todos sanos y felices, ¿no es así?

—Todos felices, pero no todos sanos —repuso Bazárov—. Pero deja de parlotear y ordena que me traigan *kvas*^[111]. Siéntate y escucha lo que te voy a decir en unas pocas, pero espero que sustanciosas frases.

Arkadi guardó silencio y Bazárov le contó entonces el duelo con Pável Petróvich. Arkadi se sorprendió mucho, incluso se le notaba apenado, pero se esforzó por no manifestarlo. Tan sólo preguntó si en verdad la herida de su tío no revestía peligro. Pero cuando escuchó que la herida era de lo más interesante, aunque no desde un punto de vista médico, no tuvo más remedio que sonreír, pese a la sensación de espanto y vergüenza que le embargó el corazón. Bazárov pareció percibir su embarazo...

—Sí, hermano —profirió él—, ¡eso es lo que pasa cuando se convive con señores feudales! Coincides con ellos y terminas participando en sus torneos caballerescos. Así que decidí volver a casa de mis «padres» —concluyó Bazárov— y, de paso, desviarme del camino y acercarme hasta aquí para contártelo todo. Trataría de justificar mi visita de esta manera, si no considerara estúpido mentir inútilmente. Pero no, la verdad no es ésa: ¡a saber por qué demonios me desvié hacia aquí!... ¿Sabes? A veces viene bien cogernos del moño y extraernos del lugar donde nos encontremos en ese momento, igual que arrancamos un nabo del bancal. Y eso es lo que hice yo ayer... Pero quise contemplar por última vez lo que quiero dejar atrás, el bancal al que estuve anclado.

—Espero que tus palabras no se refieran a mí —repuso Arkadi, inquieto—; que no sea yo eso que quieres dejar atrás.

Bazárov le miró fijamente, casi atravesándolo con la mirada.

—¿Tanto te afligiría? Tengo la sensación de que *tú* ya te has despedido de mí. Eres tan tiernecito, tan inmaculado... que tus asuntos con Anna Serguéievna deben marchar viento en popa.

—¿Qué asuntos tengo yo con Anna Serguéievna?

—¿Acaso no fue por ella por lo que viniste aquí desde la ciudad, querido mío? Por cierto, ¿qué tal funcionan las escuelas dominicales? Dime, ¿acaso no estás enamorado de ella? ¿O ya se te han bajado los humos?

—Evgueni, sabes que siempre fui sincero contigo. Te puedo asegurar, te juro, que te equivocas.

—¡Hum! Ésa es una palabra nueva. Pero no tienes por qué acalorarte, porque a mí todo esto me trae al paio. Un romántico diría: «Presiento que nuestros caminos comienzan a alejarse»; pero yo diré, simplemente, que nos hemos hastiado el uno del otro.

—Evgueni...

—Amigo mío, no es el fin del mundo. ¡Quedan tantas cosas por hastiarnos en esta vida!... Y bien, creo que ha llegado la hora de despedirnos, ¿no te parece? Me siento fatal desde que llegué aquí, como si me hubiera atiborrado de leer las cartas que Gógol escribió a la mujer del gobernador de Kaluga^[112] Además, no di orden de desenganchar los caballos.

—¡Por favor, no puedes irte, es imposible!

—¿Y eso por qué?

—No hablo ya por mí. Pero serías sumamente descortés con Anna Serguéievna, que sin duda querrá verte.

—Bueno, en eso te equivocas.

—En cambio, yo estoy seguro de tener razón —repuso Arkadi—. Además, ¿por qué tienes que disimular? Si viniste hasta aquí, ¿no fue acaso para verla?

—Quizá aciertes en eso, pero de todas maneras te equivocas.

Pero Arkadi tenía razón. Anna Serguéievna deseaba ver a Bazárov y mandó razón con el mayordomo para que se reuniera con ella. Bazárov se cambió de ropa antes de ir a verla y, cosa curiosa, resultó que había hecho la maleta de tal manera que su traje nuevo le quedara a mano.

Odintsova le recibió, pero no en la habitación donde él se le había declarado de manera tan inesperada, sino en el salón. La anfitriona le ofreció con amabilidad las puntas de sus dedos, pero su rostro expresaba una involuntaria tensión.

—Anna Serguéievna —se apresuró a decir Bazárov—, antes que nada debo tranquilizarla. Ante usted sólo hay un mortal que hace tiempo que recobró la sensatez y espera que los demás mortales hayan olvidado su pasada ligereza. Dejo estos lugares por una larga temporada y estará de acuerdo en que, aun no siendo un hombre blando, me resultaría desagradable marcharme con la sensación de que me recuerda con aversión.

Anna Serguéievna suspiró profundamente, como alguien que acabara de subir una alta cumbre y, de pronto, su rostro se iluminó con una sonrisa. Por segunda vez le ofreció su mano a Bazárov e incluso respondió al apretón de éste.

—Olvidemos el pasado —dijo ella—. Tanto más cuanto, para ser sincera, también yoiqué entonces, si no de coquetería, al menos de algo similar. En una palabra: sigamos siendo amigos como antes. Lo que ocurrió fue un sueño, ¿no es cierto? ¿Y quién recuerda los sueños?

—Eso es, ¿quién los recuerda? Además, el amor... ¡es un sentimiento tan vacío!

—¿De veras? Me alegra oírsele decir.

Así hablaba Anna Serguéievna y así hablaba Bazárov; y los dos creían estar diciendo la verdad. ¿Pero era la verdad, la auténtica verdad, la que impregnaba sus palabras? Ni ellos mismos lo sabían y, ni mucho menos, este autor que les describe. Pero la conversación discurría de tal manera que daba la impresión de que ambos creían completamente las palabras del otro.

Entre otras cosas, Anna Serguéievna preguntó a Bazárov a qué se había dedicado

en casa de los Kirsánov. Él a punto estuvo de contarle el duelo con Pável Petróvich, pero le contuvo el mero pensamiento de que ella pudiera entender que se estaba haciendo el interesante, así que le respondió que había pasado todo el tiempo trabajando.

—Pues yo, al principio —dijo Anna Serguéievna—, me dejé vencer por la melancolía, sólo Dios sabe por qué. Incluso pensé en marcharme al extranjero, ¡figúrese usted!... Pero luego aquello pasó. Su amigo Arkadi vino a visitarnos y volví a recuperar la normalidad, mi papel de siempre.

—¿Y qué papel es el suyo, si es tan amable de decírmelo?

—El papel de tía, de preceptora, de madre o como lo quiera llamar. Por cierto, ¿sabía usted que antes era incapaz de explicarme del todo su estrecha amistad con Arkadi Nikoláich? Le tenía por alguien demasiado insulso. Sin embargo, ahora que le conozco mejor, le considero una persona inteligente... Y, lo más importante, es joven, joven... como ya no lo somos ni usted ni yo, Evgueni Vasílich...

—¿Y sigue aún Arkadi ruborizándose en su presencia? —preguntó Bazárov.

—¿Pero acaso...? —comenzó a decir Anna Serguéievna; sin embargo, se lo pensó mejor y prosiguió—: Ahora se ha vuelto más confiado, habla más conmigo. Antes me evitaba, aunque tampoco yo buscaba su compañía. Él es más amigo de Katia.

Bazárov se sintió molesto. «Esta mujer siempre con sus ardides», pensó para sí.

—Dice usted que le evitaba —dijo él con una fría sonrisa—. Pero ¿acaso desconocía que estaba enamorado de usted?

—¿Cómo? ¿Él también? —se le escapó a Anna Serguéievna.

—Él también —repitió Bazárov con una respetuosa inclinación—. ¿Acaso no lo sabía y le he dado una sorpresa?

Anna Serguéievna bajó los ojos.

—Usted se equivoca, Evgueni Vasílich.

—No creo. Pero quizá no debiera haber hablado de ello. —«¡Y tú, mujer, no sigas con tus astucias!», añadió para sí.

—¿Y por qué no? Creo que también en esta cuestión le da usted demasiada importancia a una impresión momentánea. Comienzo a sospechar que tiende usted a exagerar las cosas.

—Dejemos de hablar sobre este asunto, Anna Serguéievna.

—¿Y por qué razón? —repuso, aunque ella misma cambió de conversación. Pese a todo, incluso después de asegurar también ella que el pasado lo daba por zanjado, no se sentía cómoda en presencia de Bazárov. Aun intercambiando las palabras más triviales, incluso bromeando con él, sentía una ligera aprensión. Algo así como lo que les ocurre a los pasajeros de un barco cuando, aun conversando o riendo tan despreocupadamente como lo pudieran hacer en tierra firme, cualquier circunstancia, la aparición del menor indicio anómalo, hace que en sus rostros se dibuje esa expresión especial de alarma, testimonio indeleble de ser conscientes del peligro

constante en que se hallan.

La entrevista entre Anna Serguéievna y Bazárov no se prolongó mucho más. Ella comenzó a ensimismarse y a responder de manera distraída, hasta que por fin le propuso a Bazárov pasar al salón, donde encontraron a Katia y a la princesa.

—¿Dónde está Arkadi Nikoláich? —preguntó la dueña de la casa y, al ser informada de que hacía más de una hora que no le veían, mandó que le avisaran.

Tardaron un tiempo en encontrarle: se había internado en lo más profundo del jardín y, sentado en un banco, con la barbilla apoyada en sus brazos cruzados, andaba enfrascado en sus pensamientos. Eran pensamientos serios e importantes, pero no tristes. Sabía que en ese momento Anna Serguéievna estaba sentada a solas con Bazárov, pero esta vez no sentía celos, como en otras ocasiones. Al contrario, su rostro resplandecía serenamente: parecía sorprendido, pero, al mismo tiempo, contento de haber tomado una decisión.

XXVI

Al difunto Odintsov no le gustaban las innovaciones, pero admitía «cierto juego de gusto ennoblecedor» y, como consecuencia de ello, levantó en su jardín, entre el estanque y el invernadero, un edificio a la manera de un pórtico griego, pero construido con ladrillo ruso. En el muro ciego posterior de este pórtico o galería se abrieron cuatro hornacinas para unas estatuas que Odintsov pretendía comprar en el extranjero. Estas estatuas deberían representar la Soledad, el Silencio, la Meditación, la Melancolía, el Pudor y la Sensibilidad. Una de ellas, con un dedo en los labios, la que reflejaba a la diosa Silencio, llegó a destino y la colocaron en su emplazamiento, pero ese mismo día unos niños de la servidumbre le rompieron la nariz y, aunque un escayolista local se avino a hacerle una nueva, «dos veces más bonita que la primera», Odintsov ordenó retirar la estatua, que fue a parar a una esquina del granero, donde permaneció bastantes años infundiendo un temor supersticioso a las comadres de la hacienda. La fachada del pórtico se cubrió de espesos arbustos, hasta el punto de que tan sólo los capiteles de las columnas asomaban por encima del espeso follaje. En este pórtico hacía fresco, incluso a mediodía. A Anna Serguéievna no le gustaba visitar aquel lugar desde que un día viera una culebra, pero Katia acudía a menudo a sentarse en un enorme banco de piedra, construido debajo de una de las hornacinas. Rodeada de sombra y frescor, leía, trabajaba o se entregaba a esa sensación de absoluto silencio que sin duda todos conocemos y cuyo encanto reside en el acecho silencioso y apenas consciente de esa amplia onda de la vida, que se desliza constantemente a nuestro alrededor, así como en el interior de nosotros mismos.

Al día siguiente de la llegada de Bazárov, Katia se hallaba sentada en su banco preferido y, a su lado, se encontraba otra vez Arkadi, quien le había rogado que le acompañara al «pórtico».

Quedaba aproximadamente una hora para el desayuno y la mañana cubierta de rocío se transformaba ya en un día caluroso. El rostro de Arkadi conservaba la expresión de la víspera, mientras el de Katia expresaba preocupación. Inmediatamente después de tomar el té, su hermana la llamó a su despacho y, tras hacerle unas carantoñas previas, algo que siempre ponía a Katia en guardia, le aconsejó ser prudente en sus relaciones con Arkadi y, especialmente, evitar los encuentros a solas, pues, al parecer, tanto la tía como el personal de la casa ya estaban al corriente de ello. Además, desde la tarde anterior, Anna Serguéievna se encontraba de mal humor y Katia se sentía confusa, como si se sintiera culpable de ello. Así que, al ceder a la petición de Arkadi, se había dicho para sí misma que aquel encuentro a solas sería el último.

—Katerina Serguéievna —comenzó Arkadi con cierta tímida desenvoltura—, desde que tengo el honor de convivir con usted bajo el mismo techo, hemos conversado sobre muchas cosas y, sin embargo, aún queda una... una cuestión

bastante importante para mí, que aún no he abordado. Usted misma se refirió ayer a la transformación que he experimentado en esta casa —añadió, buscando y eludiendo al mismo tiempo la inquisitiva mirada que Katia le dirigía—. En efecto, he cambiado mucho; y esto usted lo sabe mejor que nadie, porque, de hecho, esta transformación se debe mucho a su persona.

—¿Yo?... ¿A mí?... —preguntó ella.

—Ya no soy el arrogante jovencito que era cuando llegué aquí —prosiguió Arkadi—. No en vano he cumplido los veintitrés años. Como antes, sigo deseando ser útil, dedicar mi vida a la búsqueda de la verdad. Pero ya no busco mis ideales allí donde los buscaba antes, sino que ahora me parece que están... bastante más cerca. Hasta llegar aquí no me comprendía a mí mismo y me imponía tareas que eran superiores a mis fuerzas... Pero un nuevo sentimiento acaba de abrir mis ojos... Aunque sé que no me expreso lo suficientemente claro, confío en que usted me comprenda...

Katia no respondió nada, pero apartó sus ojos de Arkadi.

—Supongo —prosiguió con voz cada más emocionada, mientras un pinzón trinaba despreocupadamente justo sobre él, sumergido en el follaje del abedul—, supongo que todo el mundo se siente obligado a mostrarse absolutamente sincero con aquellas... con aquellas personas que... en una palabra, le son cercanas... y por eso yo... yo estoy dispuesto a...

Pero, llegado a este punto, la oratoria le falló a Arkadi; se aturulló, perdió el hilo y se vio obligado a callar un momento. Katia no levantó la mirada. Parecía como si no comprendiera a dónde conducía todo aquello y se mantuviera a la espera de acontecimientos.

—Sospecho que la estoy turbando —comenzó de nuevo Arkadi, tras hacer acopio de las fuerzas necesarias—, tanto más cuanto que este sentimiento del que le hablo, de alguna manera... de alguna manera, advierta lo que le digo, está relacionado con usted. Ayer, recuerde usted, me reprochó mi falta de seriedad —prosiguió Arkadi, con la sensación del hombre que acaba de penetrar en un pantano y, a cada paso que da, siente cómo se va sumergiéndose más y más y, a pesar de todo, sigue avanzando más deprisa, con la esperanza de salir de él cuanto antes—. Es un reproche que se dirige... o recae a menudo... sobre los jóvenes, incluso cuando éstos han dejado ya de merecerlo. Pero si yo tuviera más seguridad en mí mismo... («¡Ayúdame, ayúdame!», pensó Arkadi con desesperación, mas Katia seguía sin volver el rostro hacia él.)... Si yo pudiera confiar en...

—Si yo pudiera estar segura de lo que usted dice... —se escuchó en ese instante la clara voz de Anna Serguéievna.

Arkadi calló inmediatamente y Katia palideció. Justo al lado de los arbustos que cubrían el pórtico transcurría un sendero y Anna Serguéievna paseaba por él en compañía de Bazárov. Katia y Arkadi no podían verlos, pero escuchaban cada palabra suya, cada crujido de su vestido, incluso su misma respiración. Avanzaron unos pasos

y, como hecho a propósito, se detuvieron justo delante del pórtico.

—¿Lo ve usted? —prosiguió Anna Serguéievna—. Los dos nos equivocamos. Ya no somos tan jóvenes; sobre todo yo. Hemos vivido lo nuestro y estamos cansados. Los dos, ¿a qué negarlo?, somos inteligentes y por eso, al principio, cada uno sintió interés por el otro, nos excitó la curiosidad... Pero después...

—Después yo me desinflé —quiso rematar la frase Bazárov.

—Usted sabe que no fue ésa la causa de nuestro desencuentro. Pero fuera como fuese, es evidente que no nos necesitamos el uno al otro, eso es lo importante. Somos... cómo decirlo... demasiado parecidos. Y esto, en un primer momento, no lo comprendimos. En cambio, Arkadi...

—¿A él sí lo necesita? —preguntó Bazarov.

—No ironice, Evgueni Vasílievich. Usted me dijo que no le resultaba indiferente a Arkadi, e incluso a mí misma me pareció que le gustaba. Sé que podría ser su tía, pero no quiero ocultarle que he comenzado a pensar con frecuencia en él. En ese sentimiento, joven y fresco, hay cierto encanto y...

—La palabra *atracción* se utiliza más en estas circunstancias —le interrumpió Bazárov, en cuya voz, grave y sosegada, se escuchaba, a pesar de todo, el hervor de la bilis—. Arkadi me hizo ayer ciertas confidencias, pero en ningún caso habló de usted ni de su hermana... Eso ya es un síntoma importante.

—Arkadi mantiene con Katia una relación casi fraternal —repuso Anna Serguéievna— y eso me gusta de él, aunque quizá no hubiera debido permitir tanta proximidad entre ellos.

—¿Habla usted... como hermana? —preguntó Bazárov, estirando las palabras.

—Naturalmente... Pero bueno, ¿qué hacemos aquí parados? Sigamos caminando... Qué extraña conversación la nuestra, ¿no le parece? ¿Cómo iba a pensar que llegaría a hablar con usted de esta manera? Usted sabe que le temo... pero al mismo tiempo también confío en usted, porque en el fondo sé que es una buena persona.

—En primer lugar, yo no soy bueno en absoluto; y en segundo lugar, como ya no le importo, esto le conduce a considerar que soy bueno... Algo así como colocar una corona de flores en la cabeza del muerto.

—Evgueni Vasílievich, en esta cuestión no podemos... —tomó la palabra Anna Serguéievna, pero en ese momento se levantó una suave brisa, susurraron las hojas y volaron sus palabras.

—Pero usted es un ser libre —se escuchó decir a Bazárov un momento después.

Y ya no se pudo entender nada más. Los pasos se alejaron... y se hizo el silencio.

Arkadi se volvió hacia Katia. Ella seguía sentada en la misma posición, pero había bajado aún más la cabeza.

—Katerina Serguéievna —dijo él con voz temblorosa, estrechando sus manos—, la amo a usted para siempre y sin remisión, y no quiero a nadie más que a usted. Quería decírselo para conocer su opinión y así pedir su mano, pues, aunque no soy

rico, me siento dispuesto a hacer cualquier sacrificio... ¿No dice usted nada? ¿No me cree? ¿Cree que hablo con demasiada ligereza? ¡Por favor, recuerde estos últimos días! ¿Aún no se ha convencido usted de que todo lo demás, compéndame bien, que todo, todo lo demás hace tiempo que desapareció de mi corazón sin dejar huella alguna? ¡Míreme a los ojos y dígame una sola palabra, una sola!... Yo la amo... la amo a usted... ¡Créame!

Katia dirigió hacia Arkadi una mirada límpida y grave y, después de pensárselo largamente, sonriendo apenas, dijo:

—Sí.

Arkadi se levantó del banco de un salto.

—¿Sí? ¿Ha dicho usted sí, Katerina Serguéievna? ¿Qué ha querido decir con esa palabra? ¿Que yo la quiero, que me cree usted... o... o...? No me siento capaz de terminar la frase...

—Sí —repitió Katia, y Arkadi comprendió esta vez lo que ella le había querido decir. Arkadi tomó sus grandes y hermosas manos y, suspirando de entusiasmo, las apretó contra su corazón. Apenas podía mantenerse en pie y se limitó a repetir: «Katia, Katia»... mientras ella, inocentemente, comenzaba a llorar y a reírse en silencio de sus propias lágrimas. Quien no haya visto esas lágrimas en los ojos de su amado, aún no ha experimentado cuán feliz puede ser un hombre en esta tierra, paralizado por un sentimiento de gratitud o azoro.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Anna Serguéievna mandó llamar a Bazárov a su despacho y, con una risa forzada, le entregó una octavilla de papel perfectamente redactada. Era una carta de Arkadi y, en ella, le pedía la mano de su hermana.

Bazárov leyó rápidamente la misiva y se contuvo para no expresar el maligno sentimiento que, de repente, estalló en su pecho.

—¡Vaya —dijo él—, y ayer creía usted que era amor filial lo que Arkadi le profesaba a Katerina Serguéievna! ¿Y ahora, qué piensa hacer?

—¿Qué me aconseja *usted* que haga? —preguntó Anna Serguéievna sin dejar de sonreír.

—Bueno, supongo —respondió Bazárov sonriendo también, aunque, al igual que ella, ni estaba contento ni le apetecía en absoluto sonreír—, supongo que procede dar la bendición a estos jóvenes. Arkadi es, en todos los sentidos, un buen partido. El patrimonio de los Kirsánov es considerable. El padre es, sin objeción, una buena persona y Arkadi, su único hijo.

Odintsova se paseaba por la habitación, mientras su rostro ora se sonrojaba, ora se tornaba pálido.

—¿Eso cree usted? —repuso ella—. En fin... Yo no veo obstáculo alguno... Me alegro por Katia... y también por Arkadi Nikoláich. Naturalmente, esperaré la respuesta de su padre. Le he rogado que vaya a verle... Así que resulta que tenía razón cuando le dije ayer que usted y yo ya no somos tan jóvenes... ¿Cómo no me di

cuenta de su idilio? ¡Estoy sorprendida!

Anna Serguéievna se echó a reír de nuevo, pero en seguida se volvió de espaldas.

—La juventud de hoy en día se ha vuelto demasiado astuta —observó Bazárov, riéndose también—. Bueno, me despido de usted —dijo de nuevo, después de una breve pausa—. Y deseo que este asunto concluya de la manera más satisfactoria. Yo me alegraré de ello allí donde esté.

Odintsova se volvió rápidamente hacia él.

—¿Pero se marcha usted? ¿Por qué no se queda *ahora* un poco más con nosotros? ... ¡Quédese!... Me divierte conversar con usted... Es como caminar por el borde de un precipicio. Al principio me intimidó, pero luego me armo de valor... ¡Quédese usted!

—Le agradezco su invitación, Anna Serguéievna, y también esa lisonjera opinión suya sobre mis cualidades oratorias. Pero considero que ya he permanecido demasiado tiempo en un entorno que no es el mío. Los peces voladores pueden quedarse suspendidos en el aire durante un cierto tiempo, pero inmediatamente tienen que zambullirse de nuevo en el agua. Deje que también yo retorne a mi medio natural.

Odintsova miró a Bazárov. Una amarga sonrisa contrajo su pálido rostro. «¡Este hombre me quería!», pensó para sí, y, sintiendo pena por él, le ofreció la mano con cariño.

Pero Bazárov no interpretó bien su gesto.

—¡No! —repuso, dando un paso hacia atrás—. Soy un hombre pobre, pero aún no acepto dádivas. ¡Adiós y conserve la salud!

—Estoy segura de que volveremos a vernos —dijo Anna Serguéievna, con un involuntario ademán.

—¡Todo es posible en este mundo! —respondió Bazárov e, inclinando respetuosamente la cabeza, abandonó la habitación.

Ese mismo día, Bazárov, mientras hacía su maleta en cuclillas, le dijo a Arkadi:

—¿Así que has decidido construirte tu propio nido? ¡En fin! ¡Me parece una buena decisión! Sólo que tus ardides resultaron inútiles. Te creía en otra dirección. ¿O fue algo que tú tampoco te esperabas?

—Te aseguro que no esperaba este desenlace al despedirme de ti —respondió Arkadi—. ¿Pero no eres tú el que emplea ardides ahora, al felicitarme por mi «buena decisión», conociendo como conozco tu opinión sobre el matrimonio?

—¡Ay, querido amigo! —exclamó Bazárov—. ¡Qué manera tienes de expresarte! ¿Acaso no ves lo que estoy haciendo? Queda un hueco en mi maleta y lo estoy rellenando con heno. Pues lo mismo pasa con la maleta de la vida. ¡Con qué no la llenaría uno, con tal de que no quedara vacía!... No te ofendas, por favor. Seguramente, recordarás la opinión que he tenido siempre sobre Katerina Serguéievna. Cualquier damita de sociedad pasa por inteligente tan sólo por suspirar de manera diligente. Pero ésta sabe defender lo suyo, y con tanto celo, que terminará

atándote de manos... Eso será lo que pase —cerró la tapa de la maleta y se irguió— ... Y ahora vuelvo a despedirme de ti... No tenemos por qué engañarnos: nos despedimos para siempre y tú, como ya sabes... has actuado correctamente. No estás hecho para nuestra vida en soledad, áspera y amarga. No eres vanidoso y careces de maldad; pero sí tienes el ímpetu y la valentía de los jóvenes. Vosotros, los aristócratas, no vais más allá de una noble resignación o un ímpetu noble; pero eso son estupideces. Vosotros, por ejemplo, no necesitáis batiros para consideraros unos valientes. En cambio, a nosotros nos gusta la pelea... ¡Para qué insistir!... Nuestro polvo te irritaría los ojos y nuestra suciedad te emporcaría, porque no estás a nuestra altura. Sin pretenderlo, os bastáis para quereros y reprenderos a vosotros mismos. Pero a nosotros eso nos aburre: ¡tenemos que zurrarles y romperles los huesos a los demás!... Eres un muchacho estupendo; pero también un señorito blando y liberal: y *voilà tout!*, como dice mi padre.

—Evgueni —musitó Arkadi con tristeza—, ¿te estás despidiendo para siempre y no tienes otras palabras que dirigirme?

Bazárov se rascó la nuca.

—Las tengo, Arkadi... tengo otras palabras, pero no las pronunciaré para no caer en romanticismos... ¡Resultaría demasiado dulzón!... ¡Tú, cástate cuanto antes, construye tu nidito y ten hijos! Cuantos más, mejor: seguro que serán inteligentes, porque nacerán en la época adecuada y no como tú o como yo... Bueno, veo que los caballos ya están preparados. ¡Llegó la hora! Y yo ya me he despedido de todo el mundo... Bueno, ¿qué... nos damos un abrazo?

Arkadi se arrojó al cuello de su antiguo amigo y preceptor y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Ah, la juventud! —exclamó tranquilamente Bazárov—. Menos mal que confío en Katerina Serguéievna. ¡Ya verás lo rápido que te consuela!

—¡Adiós, hermano! —le dijo Bazárov a Arkadi, subido ya a la carreta, y añadió, señalando hacia un par de chovas que estaban posadas allí cerca, sobre el tejado de la caballeriza—: ¡Ahí las tienes! ¡Aprende de ellas!

—¿A qué te refieres? —preguntó Arkadi.

—¿Cómo? ¿Tan malo eres en ciencias naturales, que has olvidado que la chova es el más respetable y hogareño de todos los pájaros?... ¡Aprende de ellas!... ¡Adiós, signior!

La carreta crujió y se puso en marcha.

Bazárov tenía razón. Esa misma tarde, la compañía de Katia hizo que Arkadi se olvidara por completo de su preceptor. Comenzaba ya a subordinarse a su voluntad y Katia, que se daba cuenta de ello, no se sorprendía en absoluto. Al día siguiente tenía que ir a Marino para hablar con Nikolái Petróvich. Anna Serguéievna no quería interferir en la vida de los dos jóvenes, aunque, por decoro, no les dejaba a solas por mucho tiempo. Fue magnánima y mantuvo alejada de ellos a la princesa, a quien la noticia de la inminente boda le había arrancado lágrimas de ira. Al principio, Anna

Serguéievna temió que presenciar la felicidad de la pareja le resultara doloroso. Pero ocurrió lo contrario: esa contemplación no sólo no la mortificó, sino que la mantenía interesada y, naturalmente, acabó provocándole ternura. Aquella situación entristecía y alegraba a Anna Serguéievna al mismo tiempo. «Tenía razón Bazárov —pensó ella—. Mi curiosidad por los demás se queda en eso, en curiosidad: en el fondo, prevalece mi amor a la tranquilidad, mi egoísmo...».

—¡Hijos! —exclamó en voz alta—. Decidme: ¿es el amor un sentimiento que se pueda fingir?

Pero ni Katia ni Arkadi comprendieron su pregunta. Además, ambos rehuían su encuentro: la conversación que, involuntariamente, habían escuchado en el jardín no se les iba de la cabeza. Pero Anna Serguéievna les tranquilizó muy pronto. Algo que, por cierto, no le resultó nada difícil, pues también ella había recobrado su tranquilidad.

XXVII

La llegada del hijo alegró tanto más a los ancianos Bazárov cuanto que no la esperaban. Arina Vlásievna se alborotó y revoloteó tanto por toda la casa que Vasili Ivánovich la llegó a comparar con «una perdiz»: y en verdad que la exigua cola de su blusa casera le daba un cierto parecido con ese pájaro. Por su parte, el viejo Bazárov se limitó a bufar y mordisquear el remate ambarino de su chibucú, mientras se rodeaba el cuello con los dedos y giraba la cabeza a un lado y otro, como si quisiera comprobar hasta qué punto la tenía bien atornillada al tronco. Con la boca abierta, contemplaba a los demás y se reía en silencio.

—Padre, aquí me tienes, dispuesto a pasar seis semanas enteras con vosotros —le dijo Bazárov—. Quiero dedicarme a mi trabajo, así que te rogaría que no me importunaras demasiado.

—¡Terminarás olvidándote de mi cara, así que fíjate lo que pienso importunarte! —le repuso Vasili Ivánovich.

Y mantuvo su promesa. Después de instalarlo en su despacho, como ya hiciera la primera vez, no sólo desapareció de su vista, sino que logró convencer a su esposa para que evitara cualquier manifestación superflua de cariño hacia su hijo. «Madrecita —le dijo el viejo—, recuerda cómo llegamos a hastiar a Eniúshka la primera vez que estuvo en casa. Ahora debemos ser más prudentes». Arina Vlásievna se mostró de acuerdo con su marido, pero poco ganó con ello, ya que ahora sólo veía a su hijo en la mesa, a las horas de la comida, e incluso entonces temía dirigirle la palabra. «¡Eniúshenka!», trataba ella de comenzar, pero antes de que Bazárov la mirara, ya estaba ella toqueteando las cintas de su *ridicule*^[113] y balbuceando: «Nada, nada, son cosas mías», para luego ir a buscar a Vasili Ivánovich y preguntarle, acodando la mejilla en la palma de su mano:

—Padrecito, ¿cómo podría averiguar lo que Eniúsha prefiere comer hoy: *schì*^[114] o *borsch*^[115]?

—¿Y por qué no se lo preguntas tú misma?

—¿Y si lo hastío?...

Pero muy pronto fue el propio Bazárov quien puso fin a su encierro. Sus ansias de trabajo se esfumaron de repente y un melancólico aburrimiento y una sorda intranquilidad vinieron a apoderarse de él. En sus movimientos se percibía un cansancio extraño y sus mismos andares, antes firmes y un tanto insolentes, resultaban distintos ahora. Abandonó sus paseos solitarios y comenzó a buscar compañía: tomaba el té en el salón y luego vagaba por el huerto con Vasili Ivánovich, fumando con él *en silencio*. En cierta ocasión hasta se interesó por el padre Alekséi. Al principio, Vasili Ivánovich se alegró con el cambio, pero su contento no duró demasiado.

—Eniúsha me preocupa —se lamentaba a solas con su mujer—. Si sólo estuviera

enojado e insatisfecho, no le daría más importancia. Pero le veo triste y amargado, eso es lo terrible. Y no habla nada... ¡Si al menos nos regañara!... Además, está cada vez más delgado y el color de su cara no me gusta nada.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —bisbiseaba la vieja—. Yo le colgaría al cuello mi talismán, pero él no lo permitiría.

Vasili Ivánovich trató de sonsacarle varias veces, y con el máximo tacto posible, alguna impresión sobre su trabajo, su estado de salud o sobre Arkadi. Pero Bazárov siempre le respondía con indolencia y a desgana y, en cierta ocasión, al notar cómo su padre trataba de reconducir la conversación hacia esos temas, le espetó con fastidio:

—¿Por qué te gastas ahora esos circunloquios conmigo? Estas maneras tuyas son aún peores que las que utilizabas antaño.

—¡De acuerdo, hombre, de acuerdo! ¡Si yo no pretendía nada! —le respondió precipitadamente el pobre Vasili Ivánovich.

Igual de improductivas resultaron sus insinuaciones políticas. En cierta ocasión en que el viejo sacó el tema del progreso y la inminente manumisión de los siervos de la gleba, confiando en despertar el interés de su hijo, éste le espetó con frialdad:

—Ayer, cuando pasaba al lado de una cerca, escuché a unos chiquillos campesinos que, en vez de cantar las viejas canciones de siempre, voceaban:

*Llegan tiempos más justos;
el amor late en los corazones...*

... ¿Ése es el progreso del que hablas?

A veces Bazárov visitaba la aldea y entonces, con su tono burlón de siempre, entablaba conversación con algún *mujik*.

—¡Anda, hermano, exponme tus ideas sobre la vida! —le interpelaba—. Dicen ahora que por vuestra boca habla la fuerza y el futuro de Rusia; ¡que sois el comienzo de una nueva época en la historia y que seréis vosotros los que nos deis una lengua y unas leyes auténticas!

Y entonces el *mujik* o bien guardaba silencio o bien respondía algo de esta guisa:

—Seguro que *pudremos...* porque... a ver si me explico..., nosotros no nos ponemos ningún límite y...

—¡Entonces, anda y explícame en qué consiste ese mundo futuro vuestro! —le interrumpía Bazárov—. No será ese que descansa sobre tres peces, ¿no?

—Padrecito, es la Tierra la que descansa sobre tres peces^[116] —le aclaró el *mujik* en un tono tranquilizador, con una cantarina voz entre bondadosa y patriarcal—. Y a ese mundo nuestro se opone la voluntad de nuestros señores. Ellos son nuestros padres y, cuanto más exigente sea el señor, tanto mejor para los *mujiks*.

Una vez que escuchó un discurso parecido, Bazárov se encogió despreciativamente de hombros y le dio la espalda al *mujik*, mientras éste se volvía para su casa.

—¿De qué hablabais? —preguntó en voz alta, desde la puerta de su isba, un segundo *mujik*, de mediana edad y aspecto sombrío, al campesino que había conversado con Bazárov. ¿Sobre los retrasos del pago?

—¡Qué retrasos ni retrasos, hermano mío! —respondió el primer *mujik* con una voz en la que ya no quedaba ni rastro de aquel tono cantarino y patriarcal de antes, sino, por el contrario, una desdeñosa aspereza—. Le dio por hablar, quería mover la lengua. Ya sabes, cosas del señor... ¿Qué puede comprender él?

—¡Eso digo yo, qué va a comprender! —respondió el otro *mujik* y, sacudiendo sus gorros de piel y apretándose los cintos, empezaron los dos a discutir de sus asuntos y urgencias—... ¡Ay, si Bazárov, el que acababa de encogerse desdeñoso de hombros y presumía de saber hablar con los campesinos (algo de lo que había alardeado durante una disputa con Pável Petróvich), ay, si este presuntuoso Bazárov pudiera siquiera sospechar que a los ojos de los *mujiks* no era más que un mamarracho...!

Bazárov terminó finalmente por encontrar ocupación. Un día, mientras presenciaba cómo Vasili Ivánovich vendaba la pierna herida de un *mujik*, se dio cuenta de que al viejo le temblaban las manos y no podía vérselas con las vendas. El hijo le ayudó y, desde entonces, no dejó de participar en las prácticas médicas de su padre, aunque no podía evitar reírse de sí mismo cuando aconsejaba ciertos remedios, ni tampoco de su padre cuando se apresuraba a ponerlos en práctica inmediatamente. Pero las burlas de Bazárov no sólo no azoraban a Vasili Ivánovich, sino que más bien le confortaban. Sosteniendo su sucia bata con dos dedos a la altura del vientre y sin dejar de fumar en su chibucú, escuchaba con placer a Bazárov y, cuanto más mordaces resultaban las salidas de tono de su hijo, con tanta más afabilidad se carcajeaba el satisfecho padre, mostrando hasta el último de sus dientes ennegrecidos. Le gustaba, incluso, repetir sus torpes o absurdos comentarios y así, por ejemplo, durante varios días, viniera o no a cuento, podía repetir hasta la extenuación: «¡Pero si eso no interesa ni a los muertos!», tan sólo porque un día antes su hijo, al enterarse de que su padre asistía todas las mañanas a maitines, utilizó esa expresión.

—¡Gracias a Dios, ha dejado de lado la melancolía! —le confió en cierta ocasión a su esposa—. ¡Si supieras qué rapapolvos me ha soltado hoy!... ¡Un milagro!

Pero sólo el pensamiento de contar con un ayudante como su hijo le hacía feliz y saciaba su orgullo.

—Sí, sí —le podía decir a cualquier matrona, vestida con un abrigo de hombre y con la cabeza cubierta con el típico tocado ruso con cuernos, al entregarle un frasco de agua acidulada o un ungüento de beleño—. Yo que tú, no pararía de dar gracias a Dios de que mi hijo esté ahora en casa. Gracias a él, te estamos curando con los métodos más científicos y modernos, ¿comprendes lo que te digo? ¡Ni Luis Napoleón, el emperador francés, tiene a su servicio un médico mejor!

Y la matrona, que había acudido a él para quejarse de «una subida de pálpitos», algo que ni ella misma era capaz de explicar lo que significaba, se limitaba a hacerle

una reverencia y a hurgar en su enfaldo los cuatro huevos que había metido allí, envueltos en un remate de lienzo.

Bazárov llegó un día incluso a extraerle un diente a un buhonero del lugar que traficaba con mercancías caras y, aunque el diente era de lo más normal, Vasili Ivánovich lo conservó como si se tratara de una reliquia. Cuando se lo mostró al padre Alekséi, no cesaba de repetir:

—¡Vea usted qué raíces! ¡Menuda fuerza que tiene Evgueni! —y a continuación, soltando un suspiro de lo más expresivo, se puso en pie... ¡Yo creo que si hubiera sido un roble, lo hubiera arrancado igual!

—¡Digno de loa, sí señor! —convino por fin el padre Alekséi, que no sabía qué responder ni cómo librarse de aquel viejo en éxtasis que había ido a visitarle.

Cierto día un *mujik* de la aldea vecina llevó a su hermano, enfermo de tifus, a que lo viera Vasili Ivánovich. Tendido boca abajo sobre un hato de paja, el infeliz se moría; unas manchas oscuras cubrían su cuerpo y hacía tiempo que había perdido el conocimiento. Vasili Ivánovich, tras lamentarse de que a nadie se le hubiera ocurrido antes recurrir a la ayuda médica, declaró que el enfermo no tenía salvación. Y, efectivamente, el *mujik* no tuvo tiempo de llevar a su hermano de regreso a casa y éste murió en la carreta.

Unos tres días más tarde Bazárov entró en la habitación de su padre y le preguntó si tenía piedra infernal^[117]: «Pues claro que tengo, ¡qué te crees!».

—La necesito... para cauterizar una heridita.

—¿De quién?

—Mía.

—¡Cómo que mía! ¿Y eso? ¿Qué herida es ésa? ¿Dónde la tienes?

—Aquí, en el dedo. ¿Sabes? Hoy fui a la aldea de donde trajeron a aquel enfermo de tifus. Por alguna razón se empeñaron en hacerle la autopsia al cadáver y yo hacía tiempo que no practicaba.

—¿Y?

—Así que le pedí al médico del distrito que me dejara intervenir y me corté.

De repente, Vasili Ivánovich palideció por completo y, sin decir una palabra, se precipitó a toda prisa a su despacho, de donde regresó inmediatamente con un trozo de piedra infernal en la mano. Bazárov cogió la piedra y quiso abandonar la habitación.

—¡Por los clavos de Cristo! —profirió Vasili Ivánovich—. ¡Déjame que lo haga yo!

Bazárov sonrió burlonamente.

—¡Pero qué sabueso de la medicina estás hecho!

—No bromees, por favor. Enséñame el dedo. La herida no es muy grande. ¿Te duele?

—¡Aprieta más fuerte, no temas!

Vasili Ivánovich se detuvo.

—Evgueni, ¿no te parece que sería mejor que la cauterizáramos con hierro candente?

—Eso habría que haberlo hecho antes. Ahora, de hecho, hasta la misma piedra infernal no sirve de nada. Si me he contagiado, ya es tarde para todo.

—¿Cómo que... tarde? —apenas pudo articular Vasili Ivánovich.

—¡Y tanto! Han pasado ya más de cuatro horas.

Vasili Ivánovich quemó la herida un poco más.

—¿Acaso el médico de distrito no tenía piedra infernal?

—No tenía.

—¡Pero cómo puede ser eso, Dios mío! ¡Un médico que no tiene esas cosas tan elementales!

—¡Tenías que ver la lanceta que utiliza! —masculló Bazárov, y salió de la habitación.

Durante toda esa tarde y a lo largo del día siguiente, Vasili Ivánovich aprovechó cualquier pretexto para entrar en la habitación de su hijo y, aunque evitó hacer la mínima referencia a la herida, limitándose a hablar de las cosas más accesorias, no dejó de mirarle insistentemente a los ojos. Tanta alarma expresaba su mirada que Bazárov perdió la paciencia y amenazó con marcharse de la casa. Vasili Ivánovich le dio su palabra de no preocuparse más del asunto, tanto más cuanto que Arina Vlásievna, a la que, naturalmente, le había ocultado lo sucedido, comenzaba a importunarle y a preguntarle por qué no dormía o qué era lo que le pasaba. Durante dos días enteros mantuvo su palabra, aunque el aspecto de su hijo, a quien de continuo y a hurtadillas tenía en su punto de mira, cada vez le gustaba menos... Pero al tercer día, después del almuerzo, ya no pudo aguantar más. Bazárov no levantaba la mirada del plato, ni tampoco probaba bocado alguno.

—¿Por qué no comes, Evgueni? —le preguntó, adoptando la expresión más despreocupada de la que era capaz—. La comida, en mi opinión, es inmejorable.

—Como no tengo ganas, no como.

—¿No tienes apetito? ¿Y la cabeza, te duele? —añadió tímidamente.

—Me duele. ¿Por qué no me iba a doler?

Arina Vlásievna enderezó el cuerpo y se puso en guardia.

—Evgueni, por favor, no te enfades —prosiguió Vasili Ivánovich—, pero déjame tomarte el pulso.

Bazárov se puso en pie.

—Sin tener que tomarme el pulso, te digo que tengo fiebre.

—¿Y has sentido espasmos?

—Sí, los he sentido. Será mejor que me vaya a la cama. Por favor, haced que me lleven una tila. Debo de haberme resfriado.

—Por eso te escuché toser esta noche —musitó Arina Vlásievna.

—Sí, me he resfriado —repitió Bazárov y se levantó de la mesa.

Arina Vlásievna se fue a preparar la tila. Vasili Ivánovich se retiró a la habitación

vecina y comenzó a mesarse los cabellos en silencio.

Bazárov ya no se levantó más ese día y la noche la pasó sumido en un pesado y semiinconsciente sopor. Hacia la una de la madrugada, abrió los ojos con esfuerzo y vio sobre él, a la luz de la lamparilla, el pálido rostro de su padre. Él le ordenó que se marchara y, aunque el anciano obedeció en primera instancia, al instante regresó de puntillas y, ocultándose a medias con las puertas del armario, se quedó allí sin apartar los ojos de su hijo. Arina Vlásievna tampoco se acostó esa noche y de continuo se acercaba al despacho para, tras entreabrir la puerta, «oír la respiración de Eniúsha» y ver a Vasili Ivánovich: lo único que podía distinguir de él era su espalda inmóvil y encorvada, pero esa simple visión le producía cierto alivio. Por la mañana, Bazárov trató de levantarse, pero como se sintió mareado y comenzó a sangrar por la nariz, volvió a acostarse. Vasili Ivánovich permaneció a su lado, en silencio, para prestarle la ayuda que necesitara. Arina Vlásievna fue a ver a su hijo y, cuando le preguntó que cómo se encontraba, él, tras responderle que «mejor», se volvió de nuevo hacia la pared. Vasili Ivánovich le hizo un gesto con ambas manos a su mujer y ella, mordiéndose los labios para no llorar, abandonó la habitación. Toda la casa pareció sumirse en la oscuridad y un extraño silencio se abatió sobre ella: a un gallo cacareador que había en el corral se lo llevaron a la aldea, sin que el animal pudiera explicarse durante mucho tiempo por qué se comportaban con él de aquella manera. La preocupación se dibujó en los rostros de todos los moradores de la casa. Bazárov seguía acostado en la cama, con el rostro vuelto hacia la pared. Vasili Ivánovich trataba de conversar con él haciéndole las preguntas más diversas, pero al ver que eso fatigaba a Bazárov, se sumió en silencio en su sillón, limitándose a hacer crujir los dedos de vez en cuando. El anciano hizo varias escapadas breves al jardín. Se quedaba allí impasible un rato, como inmerso en un inefable desconcierto, una expresión de desconcierto que ya no abandonaba su rostro, y volvía de nuevo con su hijo, tratando de evitar cualquier interrogatorio por parte de su esposa. Hasta que ella, finalmente, agarrándole del brazo, de manera compulsiva y casi en tono de amenaza, le preguntó qué tenía realmente su hijo. Entonces él, dominándose, trató de responderle con una sonrisa, pero de repente, y para su propio espanto, en vez de sonreír, emitió una especie de risa descontrolada.

Como ya había mandado avisar al médico desde por la mañana, Vasili Ivánovich consideró apropiado informar a su hijo, para evitar que éste se enfadara. Bazárov se giró de repente en el diván, miró fijamente y con una expresión vacía a su padre y le pidió de beber.

Vasili Ivánovich le dio agua y, aprovechando el momento, le palpó la frente. Abrasaba.

—Viejo —comenzó a decir Bazárov con voz ronca y pausada—, mi asunto pinta mal. Me he contagiado y, dentro de unos días, me tendrás que enterrar.

Vasili Ivánovich se tambaleó como si alguien le hubiera golpeado las piernas.

—¡Evgueni, por qué dices eso! —musitó el anciano—... ¡Que Dios te perdone!...

Estás resfriado...

—No sigas por ahí —le interrumpió Bazárov sin acalorarse—. Un médico no puede hablar de esa manera. Tengo todos los síntomas del contagio y tú lo sabes.

—Por favor, Evgueni, ¿dónde están esos síntomas... de contagio?

—¿Y esto qué es? —le espetó Bazárov y, levantándose las mangas de la camisa, le mostró a su padre unas manchas rojas y siniestras sobre la piel.

Vasili Ivánovich se estremeció con un escalofrío de pavor.

—Supongamos —dijo por fin—, supongamos que... eso sea... un síntoma de contagio...

—De piemia —corrigió el hijo.

—Bueno, sí... como... de epidemia...

—De piemia —repitió Bazárov, tajante y preciso—. ¿O es que ya te has olvidado de tus apuntes?

—Bueno, bueno, llámalo como tú quieras... Pero sea lo que sea, ¡te curaremos!

—¡Eso son cuentos! Pero bueno, el asunto no es ése. La cuestión es que no esperaba morir tan pronto. Esto es lo que se dice una desagradable sorpresa. Ahora tú y mamá debéis hacer uso de vuestras profundas creencias religiosas. Aquí tenéis una buena ocasión para ponerlas a prueba. —Y bebió un trago de agua—. Pero ahora que la cabeza aún me obedece, te quería pedir una cosa. Tú ya sabes que, mañana o pasado mañana, mi cerebro dejará de funcionar para siempre. Incluso ahora no estoy del todo seguro de expresarme claramente. Hace un momento, cuando yacía, me pareció ver a unos perros rojos corriendo a mi alrededor, mientras tú hacías la muestra sobre mí y me apuntabas como si yo fuera un urogallo... Me sentía como... ¿Me comprendes bien?

—¡Pues claro, Evgueni! ¡Te expresas perfectamente!

—Entonces, mucho mejor. Me has dicho que has mandado a llamar al médico... Y eso te ha tranquilizado... Pues bien, ahora tranquilízame también a mí y envía un correo urgente a...

—A Arkadi Nikoláich... —completó la frase el anciano.

—¿Quién es ese Arkadi Nikoláich? —preguntó Bazárov como si tratara de recordar—. ¡Ah, sí, el lechuguino ese! No, a él no le molestes: ha encontrado a su tortolita. No pongas esa cara, no desvarío. Envía el mensajero a casa de Anna Serguéievna Odintsova, una terrateniente de la comarca... ¿La conoces? —Vasili Ivánovich asintió con la cabeza—. Que el mensajero le diga que Evgueni, mejor dicho, Bazárov, le presenta sus respetos y que tiene a bien informarle de que se encuentra al borde de la muerte... ¿Lo harás?

—Lo haré... ¿Pero acaso crees que puedes morir, Evgueni?... ¡Juzga por ti mismo!... Si eso ocurre, ¿qué justicia se puede esperar ya?

—Eso no lo sé. Tú envía ese correo urgente.

—Ahora mismo mando un mensajero. Yo mismo escribiré la carta.

—No, ¿para qué? Que el mensajero le diga que le presento mis respetos; con eso

es suficiente. Y ahora me vuelvo con mis perros... ¡Qué extraño! Intento imaginarme la muerte, pero no lo consigo. Sólo veo una especie de mancha... y nada más.

Torpemente, Bazárov se volvió de nuevo hacia la pared. Vasili Ivánovich salió del despacho y, entrando en el dormitorio de su mujer, se arrojó de rodillas ante los iconos.

—¡Reza, Arina, reza! —profirió entre sollozos—. Nuestro hijo se muere.

El doctor, el mismo médico de distrito que no disponía de piedra infernal, llegó a la casa y, después de examinar al enfermo, aconsejó mantenerse a la espera, mientras pronunciaba algunas vagas frases de esperanza en el restablecimiento.

—¿Ha visto usted alguna vez que alguien en mi estado no se marchara a los Campos Elíseos^[118]? —le preguntó Bazárov y, de repente, asió una pata de la mesa que estaba junto al diván y la zarandeo violentamente, desplazándola de su sitio. Luego prosiguió—:... ¡Fuerza, vea qué fuerza!... ¡Conservo aún todas mis fuerzas y, sin embargo, tengo que morir!... Al menos un anciano dispone de tiempo suficiente para despedirse de la vida, ¡pero yo!... ¡Sí, trata ahora de renegar de la muerte! ¡Es ella la que reniega de ti y basta^[119]!...

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—¿Quién está llorando por ahí? ¿Mamá?... ¡Pobre mamá! ¿A quién alimentará a partir de ahora con su exquisito *borsch*? ¿También tú, Vasili Ivánovich, estás lloriqueando?... Pues bien, ya que tu religión cristiana no te ayuda, ¡recurre a la filosofía estoica! ¿No alardeabas de ser un filósofo?

—¡Qué filósofo voy a ser yo! —y Vasili Ivánovich gimió, mientras las lágrimas comenzaban a manar por sus mejillas.

Bazárov empeoraba a cada hora que pasaba. La enfermedad avanzaba muy deprisa, como suele ser habitual en los contagios quirúrgicos, pero aún no había perdido la memoria y comprendía lo que le decían. Y eso quería decir que continuaba luchando contra la enfermedad.

—No quiero desvariar —murmuraba, apretando los puños—. ¡Qué vergüenza! —E inmediatamente añadía—: Entonces, si a ocho le restamos diez, ¿quedan?...

Vasili Ivánovich iba de un lado para otro como un demente, proponiendo un remedio ahora y otro después, aunque luego se limitara tan sólo a abrigarle a su hijo las piernas. «Habría que envolverle en sábanas frías... Un vomitivo... Una cataplasma sobre el estómago... Una sangría», proponía, presa de la angustia. El doctor, a quien había rogado que se quedara, asentía a todas sus propuestas y atiborraba de limonada al enfermo, mientras pedía para él una pipa de tabaco o un «tónico energético», es decir, algo de vodka. Arina Vlásievna permanecía sentada en una banqueta baja cerca de la puerta y sólo se alejaba de allí para ir a rezar. Unos días antes, el espejo del baño se le había resbalado de las manos y se había roto, lo que ella interpretaba siempre como un mal presagio. Anfísushka no sabía qué palabras emplear para consolarla. Y Timoféich había partido para la casa de Odintsova.

Bazárov pasó la noche muy mal... Una fiebre brutal le martirizaba. Hacia el

amanecer se sintió mejor. Pidió a Arina Vlásievna que le peinara y luego le besó la mano y hasta tomó un par de sorbos de té. Vasili Ivánovich se animó un tanto.

—¡Gracias a Dios! —aseguró él—. Llegó la crisis y ahora parece que se acaba.

—¿Qué te parece? —musitó Bazárov—. ¡Menudo valor que tiene una palabra! Das con ella, la pronuncias, «crisis», y te consuelas. Resulta sorprendente la confianza que los hombres tienen aún en las palabras...

»A alguien le llaman tonto, sin pegarle, y se entristece. En cambio, le llaman inteligente y, aunque no le den dinero, se alegra.

Este pequeño discurso de Bazárov, que hizo recordar la ironía de sus anteriores «salidas de tono», emocionó a Vasili Ivánovich.

—Bravo^[120]!. ¡Muy bien dicho, así se habla! —exclamó, moviendo las manos como si aplaudiera.

Bazárov sonrió con tristeza.

—¿Entonces, qué opinas? —le preguntó—. ¿La crisis no ha hecho más que empezar o ha pasado ya?

—Estás mejor. Es lo que veo y me alegra —respondió Vasili Ivánovich.

—Eso está muy bien, nunca es malo alegrarse. Pero, dime, aquello que te dije, ¿recuerdas? ¿lo enviaste?

—Sí, claro que lo envié.

Pero el cambio a mejor duró poco. Los ataques de la enfermedad se renovaron. Vasili Ivánovich permanecía sentado al lado de Bazárov. Parecía como si una profunda angustia atormentara al anciano. Varias veces estuvo a punto de decir algo, pero no pudo.

—¡Evgueni! —exclamó por fin—. ¡Hijo mío, querido mío, mi hijo amado!

Ese llamado tan poco habitual impresionó a Bazárov... quien, girando levemente la cabeza y tratando momentáneamente de sacudirse el sopor que le aplastaba, preguntó:

—¿Qué pasa, padre mío?

—Evgueni —prosiguió Vasili Ivánovich, arrodillándose ante Bazárov, pese a que éste no había abierto los ojos y, por tanto, no podía verle—. Evgueni, ahora estás mejor. Si Dios lo quiere, te pondrás bien, pero ¿por qué no aprovechas este momento y nos confortas a tu madre y a mí, cumpliendo tus deberes de buen cristiano? Es terrible que te recuerde esto; pero aún más terrible sería que tú... por los siglos de los siglos... Piénsalo, Evgueni...

La voz del anciano se rompió, mientras en la cara del hijo, que aún permanecía con los ojos cerrados, se fue dibujando una expresión extraña.

—No me negaré a ello, si os sirve de consuelo —repuso al fin—. Pero creo que no hay razón para precipitarse. Tú mismo dices que me encuentro mejor.

—Sí, Evgueni, estás mejor, estás mejor. Pero quién sabe, todo está en manos de Dios y si cumples ese deber...

—No, prefiero esperar —le interrumpió Bazárov—. Estoy de acuerdo contigo en

que la crisis está en su punto álgido. ¡Y si nos equivocamos, qué se le va a hacer! También a los inconscientes les dan la extremaunción.

—Te lo ruego, Evgueni...

—Esperaré. Y ahora quiero dormir. No me molestes.

Y volvió a recostar la cabeza en la posición anterior.

El anciano se levantó, se sentó en el sillón y, asiéndose la barbilla, comenzó a morderse los dedos...

El traqueteo de un carruaje con ballestas, ese traqueteo que resulta tan especialmente audible en los profundos espacios rurales, cogió por sorpresa a sus oídos. Las ruedas ligeras del equipaje se iban acercando más y más; ya se oían los resoplidos de los caballos... Vasili Ivánovich se puso en pie y se abalanzó hacia la ventana. Un coche de dos plazas, con un tiro de cuatro caballos, entró en el patio de la casa. Sin apercibirse aún de lo que aquello podía significar, en el frenesí de una alegría irracional, salió corriendo al porche... Un lacayo de librea abría las puertas del coche. Una dama, cubierta con un velo negro y una mantilla también negra, descendió de él.

—Soy Odintsova —dijo ella—. ¿Evgueni Vasílich aún vive? ¿Es usted su padre? Traigo conmigo a un doctor.

—¡Nuestra bienhechora! —exclamó Vasili Ivánovich y, asiendo su mano, aplastó ansiosamente sus labios sobre ella, mientras el médico que Anna Serguéievna había traído, un hombre bajito con quevedos, de fisionomía germana, bajaba del coche sin demasiadas prisas—. ¡Mi hijo vive, mi Evgueni aún sigue vivo! ¡Y ahora, sin duda, se salvará!... ¡Esposa mía, esposa mía!... ¡Como caído del cielo, un ángel...!

—¡Dios mío, qué pasa! —balbució Arina Vlásievna, saliendo precipitadamente del recibidor y, sin comprender aún nada de lo que ocurría, cayó de rodillas allí mismo, en el vestíbulo, a los pies de Anna Serguéievna, besando su vestido como una posesa.

—¡Por favor, qué hace, qué hace! —insistió Anna Serguéievna; pero Arina Vlásievna no le escuchaba, mientras Vasili Ivánovich no hacía más que repetir: «¡Un ángel, un ángel!».

—*Wo ist der Kranke*^[121]?. ¿Pero dónde está el enfermo? —preguntó por fin el doctor, con un cierto enfado.

Vasili Ivánovich recobró el sentido de la realidad.

—Por aquí, por aquí, sígame, *wertester Herr Collega*^[122] —añadió él, recurriendo a su vieja memoria.

—¡Ah! —exclamó el alemán, sonriendo con frialdad.

Vasili Ivánovich le condujo al despacho.

—El doctor viene de parte de Anna Serguéievna Odintsova —informó a su hijo, inclinándose a su oído—. Ella también está aquí.

Bazárov, de repente, abrió los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Digo que Anna Serguéievna Odintsova está aquí y que ha traído con ella al señor doctor.

Bazárov paseó la mirada a su alrededor.

—Ella, aquí... Quiero verla.

—Y la verás, Evgueni, pero antes es necesario que hables con el señor doctor. Yo mismo le pondré al corriente del historial de la enfermedad; ya que Sídor Sídorich (así se llamaba el médico de distrito) se ha marchado, le haremos una pequeña consulta.

Bazárov miró al alemán.

—Está bien, hablemos. Cuanto antes mejor, y sin latinajos. Ya sé lo que significa *jam moritur*^[123].

—*Der Herr scheint des Deutschen mächtig zu sein*^[124] —comenzó a hablar el nuevo pupilo de Esculapio, dirigiéndose a Vasili Ivánovich.

—¡Ah, ah! ¿Cómo se *decíarr*?... *Fot*... A ver... *Quizarr*...

Y la consulta comenzó.

Media hora más tarde, Anna Serguéievna entraba en el despacho en compañía de Vasili Ivánovich. El doctor tuvo tiempo de susurrarle que no cabía pensar en un posible restablecimiento del enfermo.

Ella miró a Bazárov... y se detuvo en la misma puerta: hasta tal punto le impresionó aquel rostro tan exaltado y, al mismo tiempo, tan mortecino, con aquella turbia mirada clavada en ella. Sencillamente, le embargó un frío y angustioso temor. Y un pensamiento pasó rápidamente por su cabeza: que no sentiría lo que sentía, si realmente amara a aquel hombre.

—Gracias —dijo Bazárov a duras penas—, no esperaba esto de usted. Un acto muy bondadoso de su parte. Como usted prometió, nos hemos vuelto a ver.

—¡Anna Serguéievna ha sido tan buena!... —comenzó a decir Vasili Ivánovich.

—Padre, déjanos a solas... ¿Lo permite usted, Anna Serguéievna?... Parece que ahora...

Y con un gesto de su cabeza señaló hacia su cuerpo desmadejado y sin fuerzas.

Vasili Ivánovich abandonó la habitación.

—Y bien, le doy las gracias —repitió Bazárov—. El suyo es un gesto propio de un zar. Dicen que los zares también visitan a los moribundos.

—Evgueni Vasílievich, yo confío en que...

—¡Ah, eso no, Anna Serguéievna! Sigamos hablándonos con franqueza. Estoy en las últimas. Como se suele decir, he caído bajo las ruedas del carro. Así que no tengo motivos para confiar en el futuro. La muerte es cosa vieja, pero algo nuevo para quien le toca. Aún no siento miedo... pero en cualquier momento desfallecerán mis fuerzas y... ¡zas!... —dijo, haciendo un débil movimiento con la mano—... Y bien, ¿qué le puedo decir? ¿Que la he amado? Pero si esto no tuvo sentido antes, mucho menos lo tiene ahora. El amor requiere un molde que lo contenga y mi molde se está descomponiendo. Así que mejor le diré... ¡Qué maravillosa es usted!... ¡Y está usted

ahí, de pie... tan hermosa!...

Anna Serguéievna sintió un involuntario estremecimiento.

—No pasa nada, no tema... Pero siéntese allí... Y no se acerque a mí: mi enfermedad es contagiosa.

Anna Serguéievna cruzó rápidamente la habitación y se sentó en el sillón que estaba junto al diván, donde yacía Bazárov.

—¡Qué generosa es usted! —murmuró él—. ¡Oh, qué cerca y qué joven, fresca y pura parece usted en esta mezquina habitación!... ¡Bien, despedámonos! Deseo que viva mucho tiempo, es lo mejor que le puedo desear. Y que lo aproveche mientras pueda. Contemple, si no, el horrible espectáculo que ahora le ofrezco: un gusano medio aplastado, que aún se retuerce... Yo también pensaba: pero si me quedan mil cosas por hacer, ¡cómo voy a morir!, ¡tengo aún una enorme tarea ante mí!, ¡soy un titán!... Pero ahora toda la tarea de ese titán es tratar de morir con dignidad, aunque eso no le importe a nadie... Da igual: de todas formas, no pienso mover el rabo como un perrito.

Bazárov calló un momento y palpó su vaso con la mano. Anna Serguéievna le dio de beber, respirando con temor y sin despojarse del guante.

—Usted me olvidará —prosiguió Bazárov—. Un muerto no es compañero para un vivo. Mi padre le asegurará que Rusia pierde a un gran hombre... ¡Qué tontería!... Pero usted no trate de disuadirle. Ya sabe que los padres encuentran consuelo en sus hijos. Y sea también cariñosa con mi madre, porque a personas como ellos no las encontrará usted en su mundo ni a la luz del día... ¡Rusia me necesita!... Pero no, es evidente que no me necesita para nada. ¿Quién es necesario? Un zapatero y un sastre son necesarios, un carnicero... El carnicero vende carne... Espere, comienzo a confundirme... Siento como si tuviera un bosque en mi cabeza...

Y Bazárov se llevó la mano a la frente.

Anna Serguéievna se inclinó sobre él.

—Evgueni Vasílievich, estoy aquí...

Entonces él, de repente, le cogió la mano y se incorporó.

—¡Adiós! —exclamó Bazárov con una inesperada energía, mientras sus ojos emitían su último brillo—. ¡Adiós!... ¿Recuerda usted?... Aquella vez no la besé... Sople ahora sobre esta luz mortecina y que se apague definitivamente...

Anna Serguéievna posó los labios en su frente.

—¡Ya es suficiente! —dijo él, reposando la cabeza sobre la almohada—. Ahora... la oscuridad.

Anna Serguéievna salió sin hacer ruido.

—¿Qué? —le preguntó Vasili Ivánovich en un susurro.

—Se ha quedado dormido —le respondió ella en un hilo de voz.

Pero el destino de Bazárov era no volverse a despertar. Al caer la noche entró en un completo estado de inconsciencia y murió al día siguiente. El padre Alekséi le administró los últimos sacramentos. Cuando le aplicaron la extremaunción, cuando el

santo crisma rozó su pecho, se entreabrió uno de sus ojos y pareció como si, ante la visión del pope vistiendo sus ropas sagradas, el incensario humeante y la vela delante del icono, un estremecimiento de terror se reflejara en su lívido rostro. Cuando por fin Bazárov exhaló su último suspiro y se elevó en la casa un gemido general, Vasili Ivánovich fue preso de un repentino ataque de furia.

—¡Dije que me rebelaría y me rebelo! —gritó con voz ronca y el rostro encendido y desencajado, mientras agitaba en el aire su puño cerrado, como si amenazara a alguien—. ¡Me rebelo, me rebelo!

Entonces Arina Vlásievna, bañada en lágrimas, se colgó de su cuello y, juntos los dos, se postraron de hinojos.

—Y agacharon la cabeza así, uno al lado del otro, como dos corderitos en un tórrido mediodía... —contaría luego Anfísushka a la gente.

Pero el tórrido calor de mediodía termina por pasar y cae la tarde, y luego llega la noche, y entonces regresamos a ese tranquilo refugio, donde el atormentado y el extenuado encuentra reposo...

XXVIII

Pasaron seis meses. Había llegado el invierno, un invierno blanco con el severo silencio de los fríos intensos y los cielos despejados, la nieve crujiente y compacta, la rosada escarcha depositada sobre los árboles, los cielos de pálida esmeralda, los bonetes de humo sobre las chimeneas, las bocanadas de vapor que surgían de las puertas abiertas con brusquedad, los rostros de la gente, frescos y como mordidos por el frío, y el galope diligente de los caballos ateridos. Aquel día de enero ya se acercaba a su fin. El frío del atardecer oprimía aún con más fuerza el aire inmóvil y el crepúsculo rojo sangre se extinguía con rapidez. En las ventanas de la casa señorial de Marino se encendieron las luces. Prokófich, con su negro frac y sus guantes blancos, ponía la mesa para siete comensales con especial solemnidad. Una semana antes, en la pequeña iglesia parroquial, se habían celebrado dos bodas, sin alharacas y casi sin invitados: la de Arkadi con Katia y la de Nikolái Petróvich con Féniechka. Y ese mismo día, Nikolái Petróvich había organizado una cena de despedida a su hermano, que se marchaba a Moscú para resolver unos asuntos. Anna Serguéievna había llegado a la hacienda poco después de la boda, tras dotar generosamente a la joven pareja.

A las tres en punto los comensales se sentaron a la mesa. Mitia tenía ya un sitio asignado en ella; incluso le habían buscado una niñera, a la que se podía distinguir por su *kokóshnik*^[125] de brocado. Pável Petróvich ocupaba el sitio de honor entre Katia y Féniechka. Los «maridos» estaban sentados junto a sus mujeres. Nuestros conocidos habían cambiado en los últimos tiempos: parecían tener mejor aspecto y gozar de más salud. Tan sólo Pável Petróvich había adelgazado, lo que, dicho sea a propósito, le daba una superior elegancia y un mayor porte de *grand seigneur* a sus ya de por sí sugestivos rasgos... También Féniechka parecía otra mujer. Con su vestido de seda recién estrenado, aquella ancha cofia de terciopelo sobre su cabello y su cadena de oro al cuello, permanecía sentada inmóvil y con un aire de deferencia hacia sí misma y todo lo que le rodeaba, sonriéndose, como si quisiera decir: «Disculpenme, pero yo no tengo la culpa». Y no sólo ella: también los demás sonreían como si pidieran disculpas. Todos se sentían tristes, un tanto incómodos, pero, en el fondo, muy satisfechos. Todos atendían y se prestaban a los demás con una festiva afabilidad, como si hubieran consentido en interpretar una ingenua comedia. La que parecía más tranquila era Katia y se podía advertir que Nikolái Petróvich la quería ya con locura. Hacia el final de la comida, el anfitrión se levantó y, tomando una copa en la mano, se dirigió a Pável Petróvich.

—Nos dejas... nos dejas, querido hermano —comenzó el brindis—, aunque, naturalmente, no por mucho tiempo. Sin embargo, no quiero dejar de manifestarte que yo... que nosotros... tanto yo... como nosotros, que... ¡Qué desgracia la mía! ¡Soy incapaz de pronunciar un brindis!... Arkadi, hazlo tú.

—No, papá, no vengo preparado.

—¡Y acaso lo vengo yo!... Bueno, hermano, con palabras sencillas, permíteme que desde aquí te abraze, te desee lo mejor y te ruegue que regreses con nosotros cuanto antes.

Pável Petróvich se besó con todos los presentes, sin excluir, naturalmente, a Mitia. A Féniechka, además, le besó la mano, que ella no le supo ofrecer, como rige la etiqueta. Y luego, tras beberse la copa que habían llenado por segunda vez, profirió con un profundo suspiro: «¡Sed felices, amigos míos! *Farewell*^[126]!». Esta coletilla en inglés pasó casi desapercibida, pues todos estaban emocionados.

—¡A la salud de Bazárov! —murmuró Katia a su marido en la oreja y chocó la copa con él. Arkadi le respondió con un fuerte apretón en el brazo, pero no se atrevió a proponer ese brindis en voz alta.

Parece llegado el fin, ¿no es cierto? Pero quizá algún lector desee conocer qué hace ahora, exactamente ahora, cada uno de los personajes que aquí hemos descrito. Y nosotros estamos dispuestos a complacerle.

Anna Serguéievna se casó recientemente, aunque no por amor ni convicción, con un futuro estadista ruso, un hombre de leyes, muy inteligente y con una voluntad de hierro, unas dotes oratorias y un sentido práctico realmente admirables: un hombre joven, bueno y frío como el hielo. Congenian de maravilla y quizá logren un día... ser felices... o incluso enamorarse. La princesa J...ia falleció y fue olvidada desde el mismo día de su muerte. Los Kirsánov, padre e hijo, se instalaron en Marino. Sus negocios comienzan a enderezarse. Arkadi se ha descubierto como un diligente propietario y la «hacienda» proporciona ya unos sustanciosos beneficios. Nikolái Petróvich se ha convertido en juez de paz^[127] para la realización de la reforma campesina. Es un personaje muy conocido y dedica todas sus energías a su trabajo, recorriendo su distrito sin descanso y pronunciando largos discursos: es de la opinión de que a los *mujiks* hay que hacerlos «entrar en razón»; esto es, repetirles continuamente las mismas consignas hasta hacerlos desfallecer. Sin embargo, a decir verdad, ni deja satisfecho al noble ilustrado, que habla de la emancipación (así, nasalizando la sílaba final) a veces con palabras chic, a veces en un tono melancólico, ni tampoco a ese noble rudo y zafio, que denosta sin miramientos esa «mancipación» de las narices: para unos y para otros resulta demasiado blando. Katerina Serguéievna dio a luz a un hijo, Kolia, y Mitia ya corretea por ahí como un rapazuelo y parlotea con elocuencia. Féniechka, Fedosia Nikoláevna, después de su marido y Mitia, al ser que más adora en este mundo es a su nuera y, cuando ésta se sienta al piano, se podría pasar el día entero sin apartarse de su lado. Por cierto, también tenemos que mencionar a Piotr. La estupidez y los aires de importancia le han envarado tanto que pronuncia todas las «e» como «iu», así que dice cosas como «nochiu» o «ayiur». Pero también se ha casado y ha recibido por ello una considerable dote de la familia de su esposa. La joven, hija de un hortelano de la ciudad, rechazó a otros dos pretendientes por el simple hecho de que no tenían reloj: en cambio, Piotr no sólo tenía reloj, sino

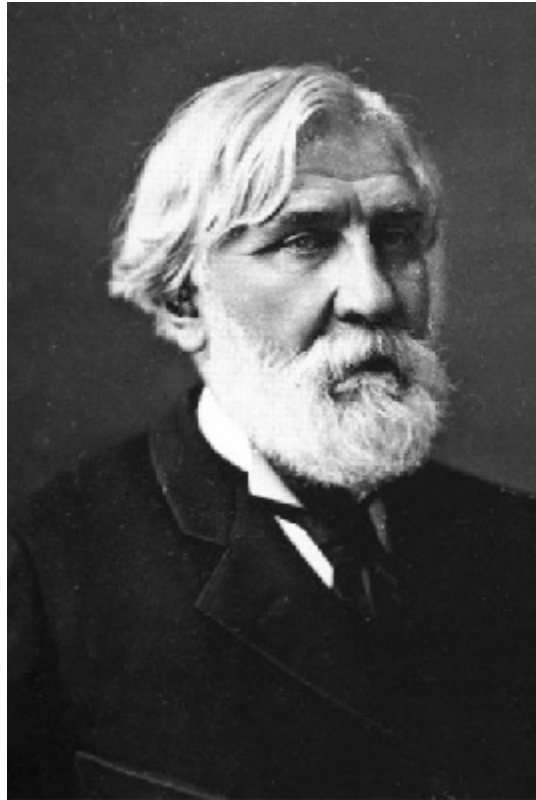
que además calzaba unos botines de charol.

En Dresde, en la terraza de Brühl^[128], entre las dos y las cuatro de la tarde, en las horas más apropiadas para el paseo, pueden toparse con un hombre de unos cincuenta años, con el pelo ya totalmente cano y que, pese a dar la impresión de padecer de gota, aún resulta atractivo para sus años y sigue vistiendo con ese toque de elegancia que sólo imprime el codearse durante largos años con la alta sociedad. Sí, se trata de Pável Petróvich. Dejó Moscú y se marchó al extranjero para hacerse una cura de salud, y al final fijó su residencia en Dresde, donde suele frecuentar la compañía de turistas rusos y residentes ingleses. Con los ingleses se conduce con sencillez, casi con modestia, aunque siempre con una gran dignidad. Ellos le tienen por una persona algo aburrida, pero también por un perfecto caballero, *a perfect gentleman*. Con los rusos se muestra más desenvuelto, da rienda suelta a sus arranques de bilis y bromea a costa de sí mismo y de los demás, pero siempre lo hace de una manera muy amable y desenfadada, guardando muy bien las formas. Mantiene posiciones esclavófilas, lo que, como todo el mundo sabe, se considera *très distingué*^[129] entre la alta sociedad. No lee nada ruso, aunque sobre su escritorio se puede ver un cenicero de plata con la forma de una alpargata de *mujik*. Nuestros turistas se esmeran en ganarse sus simpatías y hasta el mismo Matvéi Ilich Koliazin, miembro de la llamada «oposición temporal» al gobierno, hizo un alto en su viaje a un balneario de Bohemia para honrarle con una solemne visita. En cuanto a la población local, con la que, por cierto, apenas mantiene trato, poco menos que lo venera. No hay nadie para quien resulte tan fácil y rápido conseguir un pase especial para la capilla de la corte o el teatro, que para *Herr Baron von Kirsanoff*. Se porta bien con todo el mundo, aunque de vez en cuando muestra los dientes: no en vano fue en su día todo un león. Pero su vida le resulta triste... más triste de lo que él sospechaba... Para constatarlo basta con observarle en la iglesia rusa, cuando, apoyado contra el muro en un rincón apartado, se sume en sus pensamientos y permanece así un buen rato, completamente inmóvil y con los labios apretados en un rictus amargo, hasta que de repente vuelve en sí y comienza a persignarse casi involuntariamente...

Kúshkina también acabó en el extranjero. Ahora está en Heidelberg, pero ya no estudia ciencias naturales, sino arquitectura, disciplina en la que, asegura, ha descubierto nuevas leyes. Sigue, como antes, relacionándose con estudiantes, especialmente con jóvenes físicos y químicos rusos —Heidelberg está lleno de ellos—, de esos que al principio sorprenden a los cándidos profesores alemanes con su sensata visión de las cosas y luego, a esos mismos profesores, con su pereza y ociosidad más absoluta. Con dos o tres de esos químicos, incapaces de distinguir el oxígeno del nitrógeno, pero rebosantes de negativismo y consideración hacia sí mismos, el gran Elisévich Sítnikov se prepara también para convertirse en una gran eminencia, vagabundeando por las calles de Petersburgo y prosiguiendo, según proclama, la causa de Bazárov. Dicen que, no hace mucho, alguien le propinó una buena zurra, pero Sítnikov no se quedó atrás y, en un corto y nebuloso artículo,

publicado en una revistilla de tres al cuarto, insinuó que la persona que le había golpeado era un cobarde, algo que él calificó de ironía. Su padre le sigue tratando a baquetazos, mientras su esposa le considera un idiota... además de un literato.

En uno de los rincones más apartados de Rusia hay un pequeño cementerio rural. Como casi todos nuestros cementerios, su aspecto es lamentable. Las zanjas que lo circundan hace tiempo que están llenas de maleza y las grises cruces de madera están torcidas y se pudren bajo unos tejadillos que, tiempo ha, lucían pintados. Las losas de piedra están todas levantadas, como si alguien las hubiera empujado desde abajo. Dos o tres árboles ralos y deshojados proyectan su magra sombra sobre el conjunto, mientras las ovejas pastan y vagan sin obstáculos entre las tumbas... Pero entre ellas, entre esas tumbas, hay una que los humanos no pueden tocar ni los animales hollar; en ella tan sólo se posan los pájaros para emitir sus trinos al amanecer. Una verja de hierro la rodea y dos pequeños abetos se yerguen en sus dos extremos: Evgueni Bazárov está enterrado en esa tumba. Dos ancianos decrepitos, marido y mujer, la visitan con frecuencia desde una aldeúcha cercana. Apoyándose el uno en el otro, caminan hasta ella con paso fatigoso y, al llegar a la verja, caen juntos de rodillas y lloran larga y amargamente, contemplando fijamente la muda piedra bajo la que descansa su hijo. Luego intercambian algunas frases cortas, limpian el polvo de la lápida, colocan bien alguna que otra rama de abeto y vuelven a rezar, incapaces de abandonar aquel lugar en donde creen estar más cerca de su hijo, más cerca de los recuerdos que conservan de él... ¿Pueden esas oraciones y esas lágrimas resultar estériles? ¿Puede ese amor sagrado y lleno de abnegación ser del todo impotente?... ¡Oh, no! Por muy pasional, rebelde y pecador que fuera el corazón que se oculta bajo esa tumba, las flores que crecen sobre ella nos miran, serenas, con sus ojos inmaculados. Ellas no sólo nos hablan de la quietud eterna, de esa quietud de la naturaleza «impasible»; nos hablan también de la resignación eterna, de la vida infinita...



IVÁN SERGUÉIEVICH TURGUÉNEV nació en Orel en 1818. Estudió filosofía en Moscú, San Petersburgo y Berlín, de donde regresó a Rusia convertido en un liberal occidentalista. Su primera novela, *Rudin*, se publicó en 1856, cuando el autor gozaba ya de gran notoriedad. Siguieron, entre otras, *Nido de nobles* (1859), *En vísperas* (1860), *Padres e hijos* (1862), *Humo* (1867) y *Tierras vírgenes* (1876). Escribió asimismo unas memorables *Páginas autobiográficas* (1869-1883). Murió en Bougival, cerca de París, en 1883.

Notas

[1] Narodismo: movimiento revolucionario ruso que alcanzó su apogeo en 1860-1870 y que surgió en respuesta a la crisis y el empobrecimiento del campesinado ruso, que siguió a la liberación de los siervos de la gleba y las reformas agrarias de esos años. El narodismo no tenía una organización definida, pero los distintos grupos que lo formaban compartían la lucha contra la monarquía y los abusos de la nobleza y los *kulaks*, los grandes terratenientes burgueses rusos, así como la necesidad perentoria de distribuir la tierra entre los campesinos. Los *naródniki* creían en la posibilidad de llegar al desarrollo económico e industrial del país sin necesidad del capitalismo, al que querían sustituir por un cierto tipo de socialismo. Los *naródniki* estaban representados por Ograriov y Bakunin. <<

[1] Versta: antigua unidad de longitud rusa. Equivalía a 1,067 kilómetros. <<

[2] Desiatina: antigua unidad de superficie rusa. Equivalía a 1,10 hectáreas. <<

[3] Se refiere a las Revoluciones liberales de 1848 que tuvieron lugar principalmente en Francia, Imperios austríaco y alemán, Polonia, Italia, Valaquia y Moldavia. <<

[4] Carruaje de viaje de cuatro ruedas, cubierto en ocasiones. <<

[5] Troika: trío, conjunto de tres personas, animales o cosas. En este caso, el tiro de tres caballos del carruaje. <<

[6] *Obrok*: contribución o tributo que pagaban los campesinos a su señor en la Rusia zarista. <<

[7] «En efecto, él es libre» (en francés en el original). <<

[8] Se refiere a los tiempos del reinado de la emperatriz Catalina II (1762-1796). <<

[9] Isba: vivienda de madera, típica de los campesinos rusos. <<

[10] Textualmente, «nuevo poblado de gente libre». <<

[11] Textualmente, «caserío del campesino soltero y sin tierras», o, quizá metafóricamente, «caserío aislado y solo». <<

[12] «Apretón de manos» (en inglés en el original). <<

[13] «Está más desenvuelto» (en francés, en el original). <<

[14] Heinrich Daniel Gambs (1764-1831), famoso artesano del mueble, prusiano de origen, que se instaló en San Petersburgo en 1795. <<

[15] Sin duda, se refiere al *Galignani's Messenger*, que el editor de periódicos italiano Giovanni Antonio Galignani (1757-1821) fundó y comenzó a publicar en París en 1814. A su muerte, sus dos hijos se hicieron cargo de la publicación, que alcanzó en su tiempo una gran reputación internacional. <<

[16] «Ustedes lo han cambiado todo» (en francés en el original). <<

[17] Traducción literal del refrán ruso, equivalente al español «Gato escaldado, del agua fría huye». <<

[18] Denominación despectiva del *Galighani's Messenger*. Véase n. 15. <<

[19] «Pero yo puedo darte dinero» (en francés en el original). <<

[20] Alekséi Petróvich Ermólov (1777-1861), general ruso, conocido por sus crueles y sangrientas campañas contra los pueblos montañoses del Cáucaso. <<

[21] Konstantín Petróvich Masalsky (1802-1861), funcionario, diplomático y escritor ruso, muy popular en las décadas centrales del siglo XIX. <<

[22] «Renacimiento» (en francés en el original). <<

[23] «Bien» (en italiano en el original). <<

[24] «Un padre de familia» (en latín en el original). <<

[25] Ludwig Büchner (1824-1899). Médico, naturalista y filósofo alemán, hermano del conocido dramaturgo Georg Büchner y uno de los grandes teóricos del materialismo filosófico. *Fuerza y materia [Kraft und Stoff]* es una de sus obras más representativas. <<

[26] Expresión rusa equivalente a «no merece la pena tantas molestias» o «tantas molestias para nada». El *kissel* es un típico postre de la Europa central y del este, preparado con frutas o bayas, leche, zumos de fruta y almidón de patata o de maíz.

<<

[27] En francés en el original. <<

[28] Alejandro I (1777-1825), emperador de Rusia, uno de los principales protagonistas de la reacción absolutista que, tras la derrota de Napoleón, se implantó en Europa con el Congreso de Viena (1815) y la constitución de la Santa Alianza. <<

[29] «Bien común» (en francés en el original). <<

[30] El término *mujik* (en ruso, мужик significa «hombre») era empleado para referirse a los campesinos rusos. Antes de que en 1861 se realizaran reformas agrícolas en Rusia, los *mujiks* eran siervos. Como consecuencia de esas reformas, a los siervos se les otorgaron parcelas para trabajar la tierra y se convirtieron en campesinos libres. Estos campesinos fueron conocidos como *mujiks* hasta 1917, cuando se produce la Revolución soviética. El *mujik* es descrito generalmente en la literatura rusa como un ser pobre e ignorante. En ocasiones se le presenta como alguien perverso y corrupto. <<

[31] «Mamarracho» (en francés en el original). <<

[32] Tienda de los nómadas calmucos del Asia central. <<

[33] Raffaello Sanzio (1483-1520), junto con Leonardo da Vinci y Miguel Ángel, conforma el núcleo creativo pictórico del Renacimiento italiano. <<

[34] Quizá Turguéniev aluda aquí al cuadro de Paul Delaroche *Muchacha en una fuente* (1850), que marcó una tendencia de poco valor pictórico, con la que se trataba de conciliar el historicismo romántico culto con la comprensión realista de los temas.

<<

[35] *Snojách*: suegro amancebado con su nuera. Durante los siglos XVIII y XIX, esta práctica, la del amancebamiento del patriarca de una familia campesina, dueño de la *isba* comunal, con las mujeres más jóvenes de la familia, generalmente las esposas de sus hijos, se convirtió prácticamente en una institución en el campo ruso. El fenómeno era consecuencia de la recluta militar de los campesinos jóvenes o de la marcha de éstos a la ciudad para buscar trabajo, mientras sus esposas se quedaban en la aldea. <<

[36] «Anticuada» (en francés en el original). <<

[37] «Buenas tardes» (en francés en el original). <<

[38] «Perdón, señor» (en francés en el original). <<

[39] «Basta» (en italiano, en el original). <<

[40] «La energía es la primera cualidad de un hombre de Estado» (en francés en el original). <<

[41] François Guizot (1787-1874), historiador y político francés, líder del partido de los Doctrinarios y figura preeminente en varios gobiernos durante la monarquía de Luis Felipe de Orleans. <<

[42] Sofía Petrovna Svéchina, dama rusa que mantenía abierto en París uno de los salones más visitados por los representantes católicos de la Ilustración francesa. <<

[43] Étienne Bonnot, abate de Condillac (1715-1803), filósofo y economista francés, ilustre representante de la Segunda Ilustración francesa, esa corriente que ha sido calificada por muchos como «los ideólogos de Napoleón». <<

[44] «Es una de las preferidas» (en inglés en el original). <<

[45] «Pasó su tiempo», ya no está de moda (en francés en el original). <<

[46] Juego de palabras: *Vziátka*, en ruso, significa indistintamente «botín de miel que obtiene la abeja en su salida» y, también, «soborno». <<

[⁴⁷] Juego de palabras intraducible entre el nombre de Louis Bourdaloue (1632-1704), jesuita jansenita francés y brillante predicator y la palabra Бурда (*burdá*), «brebaje» en español. <<

[48] «Emancipada» (en francés en el original). <<

[49] Especie de abrigo con la cintura plegada. <<

[50] «¡Entren!» (en francés en el original). <<

[51] Justus von Liebig (1803-1873), químico alemán. Uno de sus logros más renombrados fue la invención del fertilizante a base de nitrógeno. Otro, el extracto de carne, que llegó a fabricar y comercializar en todo el mundo desde una planta industrial que levantó junto con el ingeniero Georg Giebert en Fray Bentos (Uruguay). <<

[52] George Sand, seudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin (1804-1876). Escritora francesa. Consorte de un barón, se divorció y comenzó a llevar una vida sexual liberada y a vestir ropa masculina, prácticas bastante excepcionales entre las mujeres del siglo XIX. Mantuvo relaciones amorosas con Alfred de Musset y el compositor Frédéric Chopin. Entre sus amistades se contaban el pintor Delacroix, el compositor Liszt y los escritores Heinrich Heine, Victor Hugo, Honoré de Balzac, Julio Verne y Gustave Flaubert. <<

[53] Aparentemente, se refiere a Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Escritor, filósofo y poeta estadounidense. Su filosofía es típicamente liberal: potencia los valores del individuo y del yo; es vitalista y optimista. Su obra influyó en el poeta Walt Whitman y fue alabada por Nietzsche, entre otros filósofos. <<

[54] Se refiere al protagonista de la novela *El trampero* [*The pathfinder*] de James Fenimore Cooper (1789-1851). <<

[55] Robert Bunsen (1811-1899), eminente químico alemán. Perfeccionó el quemador que lleva su nombre, inventado por Michel Faraday, y trabajó en la espectroscopia de emisión de los cuerpos calientes. Descubrió el cesio y el rubidio con su espectroscopio. <<

[56] «Mi amiga» (en francés en el original). <<

[57] Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), filósofo político y revolucionario francés, padre del pensamiento anarquista y de su primera tendencia económica, el mutualismo. <<

[58] Thomas Babbington Macaulay (1800-1859), poeta, historiador y político del partido *whig* británico. <<

[59] Monumento literario ruso, del género «manual de conducta», una colección de reglas, consejos y preceptos que debe observar el «buen ruso creyente», cuya versión más clásica se atribuye al arcipreste Silvestre, confesor de Iván el Terrible, y que fue escrito hacia la mitad del siglo XVI. <<

[60] Jules Michelet (1798-1874), historiador francés, autor de una monumental *Histoire de France*. Librepensador romántico y republicano, aunque no participó en la política activa, sí fue uno de los inspiradores de la Revolución francesa de 1848.

<<

[61] En francés en el original. <<

[62] «Como un auténtico caballero francés» (en francés en el original). <<

[63] «Encantado de conocerla» (en francés en el original). <<

[64] «¡Caramba!», «Ah, demonios», «Chsss, chsss, mi niñita» (en francés en el original). <<

[65] «Yo tendría», «yo tenía», «absolutamente» (en francés en el original). <<

[66] Expresión de doble sentido. En la frase anterior las habladurías parecían sugerir que Odintsova salió al extranjero para librarse de un embarazo indeseado. La expresión española «pasar las de Caín» equivale a la rusa «Proiti chéres miódnie trubí» (Пройти через медные трубы), «pasar por los tubos de cobre». Y de cobre era el instrumental quirúrgico de aquellos días. <<

[67] «¡Estupendo!» (en latín en el original). <<

[68] En italiano en el original. <<

[69] El Clasicismo alejandrino es una variante histórico-regional del Clasicismo ruso de comienzos del siglo XIX, llamado así en honor de uno de los zares rusos más renombrados, Alejandro I (1801-1825), adalid de la reacción absolutista que fue implantada en Europa con el Congreso de Viena (1815) tras la derrota de la Francia napoleónica. <<

[70] «¡Qué estilo!» (en el texto, trasladado fonéticamente del francés). <<

[71] Mijaíl Mijáilovich Speranski (1772-1839), político reformista y legislador liberal que ocupó varios cargos gubernamentales durante los reinados de Alejandro I y Nicolás I y cuya figura domina el constitucionalismo ruso de los siglos XIX y XX. Mano derecha del emperador Alejandro I, durante sus conversaciones de Erfurt con Napoleón Bonaparte cayó en desgracia tras el giro autocrático del zar que culminó en el Congreso de Viena (1815). <<

[72] Aquí Turguéniev parece referirse al héroe romántico, protagonista de la balada *El caballero de Toggenburgo*, de Friedrich Schiller (1759-1805). En Rusia, «la casa amarilla» se asocia al manicomio. <<

[73] *Nociones generales de química* (en francés en el original). <<

[74] Diminutivo cariñoso de Evgueni. <<

[75] «*Un homme fait*» (un hombre, hecho y derecho). En el original, transcrito fonéticamente de la expresión francesa. <<

[76] Cristoph-Wilhem Hufeland (1762-1836), uno de los médicos más famosos de su tiempo. <<

[77] «A cada uno lo suyo» (en latín, en el original). <<

[78] Semanario médico que apareció en San Petersburgo en 1835 y que gozó de enorme difusión en su tiempo. <<

[79] Doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con relieves del cráneo. El examen de éstos permitiría reconocer el carácter y aptitudes de la persona. <<

[80] Johann Lukas Schönlein (1793-1864) y Johann Gottfried Rademacher (1772-1850), famosos médicos alemanes de la época. <<

[81] Friedrich Hoffmann (1660-1742), profesor de Medicina de la Universidad de Halle y teórico del humoralismo, doctrina médica según la cual la alteración orgánica fundamental de la enfermedad consiste en un desorden de los humores. <<

[82] John Brown (1735-1788) desarrolló un completo sistema de medicina en torno al concepto de irritabilidad, con el cual intentó explicar todos los aspectos de la salud y la enfermedad. Sus teorías forman parte de la corriente vitalista que, en medicina, surge como una reacción frente a la interpretación materialista de los procesos corporales. <<

[83] «Y nada más» (en francés en el original). <<

[84] Piotr Jristiánovich Wittgenstein (1769-1843), mariscal ruso que luchó contra Napoleón en Austerlitz y Friendland, llegando incluso a sustituir a su muerte al mariscal Kutúzov en el mando supremo del ejército ruso contra el emperador francés.

<<

[85] Grigori Vasílievich Yukovski (1800-1880), general ruso que destacó en las campañas del Cáucaso. <<

[86] En italiano o español en el original. <<

[87] «En las hierbas, las palabras y las piedras» (en latín en el original) se encuentran los remedios de los males, escribió Teofrasto Paracelso (1493-1541), alquimista, médico y astrólogo suizo que contribuyó en gran manera a que la medicina siguiera un camino más científico y se alejase de las teorías de los escolásticos. <<

[88] Evidentemente, Turguéniev se refiere aquí a la política de Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), único presidente de la II República Francesa de 1848 y más tarde, en 1852, segundo emperador de los franceses bajo el nombre de Napoleón III, así como a los problemas que generaba el proceso de unificación italiana. <<

[89] Lucio Quincio Cincinnato (519 a. C.-439 a. C.), patricio romano, considerado como modelo de los valores republicanos romanos, que supo combinar una gran capacidad estratégica militar y legislativa. El Senado le otorgó poderes absolutos y el nombramiento de dictador para salvar a Roma de la invasión de los ecuos y volscos. Se cuenta que Cincinnato estaba con las manos en el arado cuando se le hizo llegar el requerimiento. Tras conseguir la victoria sobre los invasores, rechazó en dieciséis días todos los honores. <<

[90] «Gratis» (en italiano o español en el original). «En plan *amateur*» (en francés en el original). <<

[91] «Hombre nuevo, hombre moderno» (en latín en el original). <<

[92] «Amigo» (en italiano en el original). <<

[93] Se refiere a *Roberto*, ópera de Giacomo Meyerbeer (1791-1864), compositor francoalemán. <<

[94] Aleksánder Vasílievich Suvórov (1729-1800), generalísimo ruso, reconocido como uno de los pocos grandes generales de la historia que nunca perdió una batalla. Además de luchar contra polacos y turcos, el zar Pablo I le otorgó el mando de las tropas rusas que lucharon contra los ejércitos revolucionarios franceses en Italia. Existe un monumento a él tallado en las rocas del paso de San Gotardo, en los Alpes suizos. <<

[95] En la mitología griega, los Dioscuros (hijos de Dios o de Zeus) eran los dos famosos héroes, Cástor y Pólux o Polideuco. Aunque existen distintas versiones, Pólux sería inmortal e hijo de Zeus, transformado en cisne para seducir a Leda, mientras que Cástor sería hijo del marido mortal de Leda, el rey Tíndaro de Lacedemonia. <<

[96] *Yeralash* (Ералаш), antiguo juego de cartas ruso parecido al *whist* y al *préférence*. Se juega con la baraja francesa al completo, 52 cartas. <<

[97] Títulos de Estado que sirvieron de papel moneda en la Rusia zarista entre 1769 y 1848. <<

[98] «Tranquilidad, tranquilidad sobre todo» (en francés en el original). <<

[99] En el siglo XVIII, el territorio que actualmente ocupan las repúblicas independientes bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) fue incorporado al Imperio ruso bajo el nombre administrativo de Otsííski Krái, literalmente «Región del Ostsee». <<

[100] «Como es debido» (en francés en el original). <<

[101] «A buen entendedor sobran las palabras» (en francés en el original). <<

[102] «Unir lo bueno con lo bonito» (en latín en el original). <<

[103] «Mareo» (en francés en el original). <<

[104] Ann Radcliffe (1764-1823), escritora inglesa, autora de varias novelas góticas de época. <<

[105] «¡Váyase a la cama!» (en francés en el original). <<

[106] «Es de la misma familia» (en francés en el original). <<

[107] «Cuñada» (en francés en el original). <<

[108] «En pleno siglo XIX» (en francés en el original). <<

[109] «¡Qué idea!» (en francés en el original). <<

[110] Juego de palabras intraducible, entre los vocablos rusos *yásen* (fresno) e *iásna* (claro, nítido). <<

[111] Bebida alcohólica fermentada, muy suave —la más fuerte ronda el 2,2% de concentración alcohólica—, muy popular en Rusia, Ucrania y otros países del este de Europa. <<

[112] Turguéniev parece referirse aquí a Aleksandra Osípovna Smirnova-Rosset, esposa del gobernador del Kaluga, de quien Nikolái Gógol estuvo enamorado. Gógol visitó varias veces al matrimonio Smírnov, la primera de ellas en el verano de 1849, cuando escribía el segundo tomo de *Almas muertas*. <<

[113] «Bolso de mano» (en el original, transcrito fonéticamente del francés). <<

[114] Щи (*shi*): comida tradicional rusa, especie de sopa con col, que se caracteriza por su sabor ácido. El sabor ácido lo aporta la col, pero también puede sustituirse por otras verduras, como la acedera. <<

[115] *Borsch*: plato típico de Europa del Este y Centroeuropa. Forma parte de la cocina nacional de muchos países (Ucrania, Rusia, Polonia, Bielorrusia, Rumania, Lituania). Es, básicamente, una sopa de verduras (a veces con setas y carne, de ternera, por lo general) a base de col y remolacha, que le aporta su característico color rojo. <<

[116] Un mito, muy extendido entre muchos pueblos antiguos, es que el mundo reposa o se apoya sobre un pez o algún otro animal acuático. En la tradición rusa, este mito está recogido en el *Libro profundo* (o «de las cuestiones profundas» [Голубиная Книга]), un compendio de leyendas, atribuido a Abraham Smolénski (finales del s. XII-comienzos del XIII) y escrito en verso, con el que se trataba de explicar los grandes misterios cosmológicos al pueblo llano y analfabeto. <<

[117] Nitrato de plata. En la farmacopea de numerosos países, el nitrato de plata, junto con la propia plata, se utiliza como antiséptico y desinfectante, aplicado por vía tópica. <<

[118] En la mitología griega, los Campos Elíseos eran una sección subterránea sagrada de los Infiernos: un lugar donde las sombras de los hombres virtuosos y los guerreros heroicos llevaban una existencia dichosa y feliz. Era la antítesis del Tártaro y a menudo se ha asociado con el Cielo cristiano. <<

[119] En el texto, transcrito fonéticamente del italiano. <<

[120] En el original, transcrito fonéticamente del italiano. <<

[121] «¿Dónde está el enfermo?» (en alemán en el original). <<

[122] «Estimado colega» (en el original, transcrito fonéticamente del alemán). <<

[123] «Se muere sin remedio» (en latín en el original). <<

[124] «El señor, al parecer, domina la lengua alemana» (en alemán en el original). <<

[125] Antiguo tocado femenino en las regiones rusas del norte. <<

[126] «Adiós, hasta la vista» (en inglés en el original). <<

[127] Juez de paz (Mirovói posriédnik), cargo instituido en Rusia en 1861. Era elegido por el Senado ruso, a propuesta de las autoridades provinciales, entre los nobles y propietarios de la zona. Entre sus funciones se hallaban el seguimiento de la aplicación normativa de la reforma, la instrucción de las quejas de los campesinos contra los propietarios y la resolución de los conflictos que surgieran entre ellos. <<

[128] Conjunto arquitectónico que extiende en la orilla del Elba, junto al casco histórico de Dresde. <<

[129] «Muy distinguido» o «de buen gusto» (en francés en el original). <<